

Jet

CLIVE CUSSLER

Y PAUL KEMPRECOS

SERPIENTE



Lectulandia

En diversas partes del mundo se producen misteriosos asesinatos de arqueólogos. Todas las víctimas tienen un elemento en común: en el momento de los crímenes estaban reuniendo asombrosas pruebas de que Colón no fue el primer europeo en pisar las tierras del Nuevo Mundo. Sin embargo, no se trata de acciones aisladas de maníacos u obsesos. Muy al contrario, detrás de estos asesinatos hay una orquestada campaña que busca provocar un terrible conflicto bélico. Y sólo los investigadores de la NUMA, con la ayuda de una joven y bella científica, podrán impedir que el siniestro complot se consuma. Ambientada en Marruecos, México y EE.UU., esta nueva novela de Clive Cussler, autor de 15 *bestsellers* consecutivos, deja a los lectores sin aliento, y no precisamente por hacer submarinismo... Una aventura no apta para cardíacos.

Lectulandia

Clive Cussler & Paul Kemprecos

Serpiente

Archivos NUMA - 1

ePub r1.2

Titivillus 13.07.15

Título original: *Serpent*
Clive Cussler & Paul Kemprecos, 1999
Traducción: Matuca Fernández de Villacencio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

25 de julio de 1956

Sur de la isla de Nantucket

El barco asomó de repente, como surgido de las profundidades marinas, deslizándose cual fantasma sobre el lecho de luz plateada proyectada por la luna llena. Las portillas de los costados brillaban con sus luces mientras la proa, afilada y altiva, sesgaba como un estilete las calmadas aguas en dirección este.

Arriba, en la oscuridad del puente de mando del trasatlántico sueco-americano *Stockholm*, a siete horas y 130 millas al este de Nueva York, Gunnar Nillson, segundo oficial de a bordo, escudriñaba el océano. Las grandes ventanas rectangulares de la cabina de mando le ofrecían una vista hasta el horizonte. El mar estaba sereno. La temperatura era de 21 grados, un cambio agradable con respecto al aire húmedo y denso que había pesado sobre el *Stockholm* esa mañana, cuando se alejaba del amarradero de la calle Cincuenta y siete en dirección al río Hudson. Restos del cielo encapotado pasaban, como jirones de algodón, frente a la luna.

Nillson desvió la mirada hacia babor, donde la delgada línea del horizonte se perdía en una oscuridad brumosa que velaba las estrellas y fundía el cielo con el mar.

Por un instante le sobrecogió la imagen del vasto vacío todavía por cruzar. Era una sensación frecuente entre los marinos, y le habría durado más de no ser por aquel hormigueo en las plantas de los pies. La potencia producida por los dos motores de 14.600 caballos parecía atravesar la sala de máquinas y penetrarle el cuerpo, que movía levemente para adaptarse al balanceo. El pavor y la admiración dieron paso a la sensación de omnipotencia que le producía el hecho de hallarse al mando de un trasatlántico que cruzaba el océano a toda máquina.

Con 160 metros de eslora y 21 metros de bao, el *Stockholm* era un trasatlántico pequeño. Con todo, se trataba de un barco especial, elegante como un yate, de líneas modernas que se deslizaban por el castillo de proa hasta morir en una popa tan redonda como una copa de vino. Con excepción de la chimenea amarilla, el casco era enteramente blanco. A Nillson le encantaba estar al mando. Un simple chasquido de sus dedos y los tres tripulantes de guardia se cuadrarían prestos a recibir órdenes. Un ligero golpe de palanca y los timbres empezarían a sonar poniendo en situación de alerta a toda la tripulación.

Sonrió, consciente de su soberbia. Sus cuatro horas de guardia se componían, básicamente, de tareas rutinarias destinadas a mantener el barco en una línea imaginaria que había de llevarles hasta un punto imaginario próximo al buque faro que delimitaba los traidores bajíos de Nantucket. Allí, el *Stockholm* giraría hacia el noreste y, tras dejar atrás la isla Sable, cruzaría el Atlántico con sus 534 pasajeros

hasta el norte de Escocia y, finalmente, el puerto de Copenhague.

Aunque tenía veintiocho años y sólo llevaba tres meses en el *Stockholm*, Nillson había tratado con barcos desde que aprendió a caminar. De adolescente había trabajado en las embarcaciones de arenque del mar Báltico y, más tarde, en una gran compañía naviera como aprendiz de marinero. Luego vino la Universidad Náutica Sueca y una temporada en la armada de ese mismo país. El *Stockholm* era un paso más en la consecución de su sueño: ser capitán de su propio barco.

Nillson constituía una excepción con respecto al escandinavo rubio y alto. Tenía más de veneciano que de vikingo. Había heredado de su madre los genes italianos, el cabello castaño, la piel aceitunada, la complexión pequeña y el carácter alegre. Los suecos morenos constituían una rareza. Nillson se preguntaba a veces si el calor mediterráneo que rezumaban sus enormes ojos marrones tenía algo que ver con la frialdad de su capitán, aunque dicha frialdad se debía más, probablemente, a que el hombre era una mezcla de introversión y disciplina escandinavas. Con todo, Nillson trabajaba más de lo que debía. No quería dar a su capitán ni un solo motivo de queja. Hasta en una noche tranquila como ésta, con un mar sereno y despejado y un tiempo ideal, Nillson se paseaba de un lado a otro del puente de mando como si el barco se hallara en medio de un huracán.

El puente del *Stockholm* estaba dividido en dos espacios: una cabina de mando de seis metros de ancho delante y una caseta de derrota detrás. Las puertas que daban a ambas alas del puente estaban abiertas para que corriese la brisa del sudoeste. Cada ala tenía una estación de radar y un telégrafo. En el centro de la cabina, sobre una plataforma de madera de varios centímetros de altura, se hallaba el timonel con las manos sobre el timón y la mirada puesta en el girocompás que tenía a su izquierda. Justo delante del timón, debajo de la ventana, estaba la caja de rumbo. En ella había tres cubos de madera con números impresos destinados a que el timonel mantuviese el rumbo.

Los cubos marcaban 090.

Nillson había subido al puente unos minutos antes de que comenzara su turno de las ocho y media para consultar el parte meteorológico. Se esperaba bruma cerca del buque faro de Nantucket. Lo de siempre. Las aguas cálidas de los bajíos de la isla eran auténticas fábricas de niebla. El oficial al que sustituía le dijo que el *Stockholm* se hallaba al norte del rumbo fijado por el capitán, pero ignoraba cuánto. Los radiofaros estaban demasiado lejos para determinar la posición.

Nillson sonrió. También lo de siempre. El capitán navegaba siempre veinte millas por encima de la ruta recomendada por los acuerdos internacionales. La ruta no era obligatoria, y el capitán prefería la trayectoria del norte porque ahorra tiempo y combustible.

Los capitanes escandinavos no hacían guardias en el puente de mando y normalmente dejaban el barco a cargo de un solo oficial. Nillson procedió a realizar las tareas de rutina. Recorrer el puente. Comprobar el radar derecho. Asegurarse de

que los motores iban a toda máquina. Escudriñar el mar desde un ala. Asegurarse de que las luces blancas del tope estaban encendidas. Regresar a la cabina. Examinar el girocompás. Despabilar al timonel. Recorrer nuevamente el puente.

El capitán apareció pasadas las nueve, después de cenar en su camarote situado debajo del puente de mando. Hombre taciturno de casi sesenta años, aparentaba más edad con sus marcadas facciones desgastadas por el inexorable mar. De porte todavía erguido, llevaba impecable el uniforme. Sus ojos azules brillaban bajo su rostro rubicundo. Se paseó por el puente durante diez minutos contemplando el océano y olfateando el aire como un sabueso. Luego entró en la cabina de mando y examinó la carta de navegación como si tuviera un presagio.

Al cabo de un rato, dijo:

—Cambie el rumbo a 87 grados.

Nillson giró los cubos de la caja hasta que marcaron 087. El capitán aguardó a que el timonel ajustara el timón y volvió a su camarote.

Nillson regresó a la caseta de derrota. Borró la línea de noventa grados, anotó el nuevo rumbo y calculó la posición del barco. Alargó la línea de la trayectoria de acuerdo con la velocidad y el tiempo transcurrido y trazó una X. La nueva línea les mantendría a cinco millas del buque faro, pero Nillson dedujo que las fuertes corrientes del norte reducirían esa distancia a dos millas.

Se acercó al radar de la derecha y aumentó el alcance a cincuenta millas. La línea amarilla iluminó el delgado brazo de cabo Cod, las islas Nantucket y Martha's Vineyard. Los barcos eran demasiado pequeños para ser captados por el radar a ese alcance. Ajustó el alcance original de quince millas y reanudó su paseo.

El capitán reapareció a las diez.

—Estaré trabajando en mi camarote —dijo—. Dentro de dos horas pondremos rumbo norte. Si ve el buque faro antes de eso, llámeme. —Escudriñó el vacío que se extendía al otro lado de la ventana, como si presintiese algo—. Llámeme también si hay niebla o si el tiempo empeora.

El *Stockholm* se hallaba ahora cuarenta millas al oeste del buque faro, lo bastante cerca para captar la radio. La antena direccional indicaba que el *Stockholm* navegaba dos millas por encima del rumbo establecido por el capitán. La corriente está arrastrándonos hacia el norte, pensó Nillson.

Minutos más tarde la antena marcaba una desviación de tres millas. No había por qué alarmarse todavía; sólo era cuestión de estar alerta. Tenía órdenes de avisar al capitán si se desviaban del rumbo. Nillson imaginó la cara ceñuda del hombre y el desprecio reflejado en sus ojos. «¿Me ha hecho subir para esto?». Nillson se frotó pensativamente el mentón. Quizá el problema se hallaba en la antena. Tal vez los radiofaros estaban todavía demasiado lejos para dar una posición precisa.

Nillson sabía que debía obedecer al capitán. Pero en ese momento era el oficial al mando del puente. Tomó una decisión.

—Gire a 89 —ordenó al timonel.

El timón viró hacia la derecha, dirigiendo el barco ligeramente hacia el sur para recuperar el rumbo inicial.

La tripulación del puente cambiaba de turno cada ochenta minutos. El timonel Lars Hansen entró para sustituir a su compañero.

Nillson torció el gesto. No se sentía cómodo compartiendo la guardia con ese hombre. La marina sueca era un cuerpo muy serió. Los oficiales solamente se dirigían a la tripulación para dar órdenes. Jamás bromeaban. Nillson gustaba de quebrantar esa regla e intercambiar algún chiste o comentario irónico. Más nunca con Hansen.

Se trataba del primer viaje de Hansen a bordo del *Stockholm*. Había embarcado en el último minuto para reemplazar a un timonel que no se había presentado. Según su currículum, había trabajado en varios barcos, pero a nadie le sonaba su cara, lo cual resultaba extraño. Hansen era alto, rubio, de hombros anchos y cara chupada, y llevaba el pelo casi rapado. Millones de escandinavos veinteañeros respondían a esa misma descripción. Con todo, la cara de Hansen no era de las que se olvidan fácilmente. Una cruel cicatriz blanquecina cruzaba su mejilla hasta rozar la comisura del labio derecho, de modo que éste apuntaba hacia arriba dibujando una especie de sonrisa grotesca. Hansen había trabajado en buques de carga, hecho que tal vez explicara su anonimato, si bien Nillson sospechaba que se debía más a su actitud, pues sólo hablaba cuando le hablaban e incluso entonces apenas abría la boca. Nadie le había hecho preguntas sobre la cicatriz.

Nillson, no obstante, reconocía que era un buen tripulante. Cumplía las órdenes con presteza y sin hacer preguntas. Por eso se llevó una sorpresa cuando vio la brújula. Hansen había demostrado hasta ahora ser un timonel competente. Esa noche, sin embargo, estaba permitiendo que el barco avanzara a la deriva. Nillson sabía que siempre hacía falta un rato para acostumbrarse al timón. Pero esa noche, pese a la corriente, la conducción era fácil. No había vendavales ni olas gigantes rompiendo contra la cubierta. Simplemente había que mover el timón un poco hacia cada lado.

Nillson consultó el girocompás. No había duda. Se acercó al timonel por detrás.

—Mantenga la trayectoria, Hansen —dijo con tono afable—. Esto no es un buque de guerra.

La cabeza de Hansen giró sobre su musculoso cuello. La luz de la brújula reveló un brillo animal en sus ojos y acentuó la profundidad de la cicatriz. El timonel tenía fuego en la mirada. Nillson estuvo a punto de retroceder, pero se mantuvo firme y señaló los números de la caja de rumbo.

Hansen le miró fijamente a los ojos y asintió con la cabeza levemente.

Tras asegurarse de que recuperaba el rumbo, Nillson se dirigió a la caseta de derrota.

Ese hombre me da escalofríos, pensó mientras consultaba la posición del barco. Algo no encajaba. Pese a la corrección de dos grados al sur, el *Stockholm* se hallaba tres millas al norte del rumbo estipulado.

Regresó a la cabina de mando y, sin mirar a Hansen, ordenó:

—Dos grados a la derecha.

Cambió los números de la caja de rumbo y permaneció junto a la brújula hasta comprobar que Hansen enfilaba la nueva dirección. Luego consultó el radar. La manecilla barredora iluminaba un punto a la izquierda de la pantalla, a unas doce millas de distancia. Nillson enarcó una ceja.

El *Stockholm* tenía compañía.

Sin saberlo Nillson, el casco y la superestructura del *Stockholm* estaban recibiendo el impacto de ondas eléctricas invisibles, las cuales regresaban al radar de un trasatlántico italiano que navegaba a toda máquina hacia ellos en sentido convergente. Minutos antes, en el espacioso puente de mando del *Andrea Doria*, el oficial a cargo del radar había requerido la presencia de un hombre fornido vestido con gorra de marinero y uniforme de gala azul marino.

—Capitán, he detectado un barco a diecisiete millas, cuatro grados a estribor.

El radar había mantenido un alcance de veinte millas desde las tres de la tarde, cuando el capitán Piero Calamai subió al puente y vio sobre el mar estelas grises que parecían espíritus.

Calamai había ordenado que el barco se preparara para introducirse en la niebla. Los 572 hombres de la tripulación se pusieron en alerta. La sirena empezó a sonar automáticamente cada cien segundos. El puesto de observación de la cofa se trasladó a proa, donde la visibilidad era mejor. La tripulación de la sala de máquinas estaba lista para actuar en caso de emergencia. Las compuertas de los once compartimientos del barco se cerraron.

El *Andrea Doria* se hallaba en el tramo final del viaje de nueve días y 4000 millas que había iniciado en el puerto de Génova con 1134 pasajeros y 401 toneladas de mercancía a bordo. Pese a la densa niebla, navegaba prácticamente a toda máquina. Los motores de 35.000 caballos impulsaban la embarcación a una velocidad de 22 nudos.

La compañía italiana no jugaba con sus barcos ni con sus pasajeros. No pagaba a los capitanes para que llegaran a puerto con retraso. El tiempo era dinero. Nadie lo sabía mejor que el capitán Calamai, que había estado al mando del barco en todas sus travesías transatlánticas. El hombre estaba decidido a llegar a Nueva York habiendo recuperado la hora perdida dos noches antes a causa de una tormenta.

A las diez y veinte de la noche, cuando el *Doria* pasó junto al buque faro, el puente captó la nave en el radar y escuchó el gemido de la sirena, pero era imposible ver nada incluso a menos de una milla de distancia. Tras dejar atrás el buque faro, el capitán del *Doria* puso rumbo oeste, dirección Nueva York.

El pitido del radar avanzaba hacia el este, justamente hacia el *Doria*. Calamai se inclinó sobre la pantalla del radar y observó con expresión ceñuda el progreso del punto luminoso. No podía saber qué clase de embarcación estaba contemplando.

Ignoraba que se trataba de un trasatlántico. A una velocidad conjunta de cuarenta nudos, las dos embarcaciones se estaban aproximando dos millas cada tres minutos.

La posición del barco resultaba desconcertante. Las embarcaciones que navegaban hacia el este debían seguir una ruta veinte millas al sur. Tal vez se tratara de un pesquero.

Como ocurre en la carretera, los barcos, al cruzarse en el mar, deben hacerlo por el lado de babor, esto es, por el lado izquierdo, como los coches. Si para cumplir esta norma tienen que efectuar una maniobra peligrosa, pueden cruzarse por el lado de estribor.

De acuerdo con el radar, el barco se cruzaría sin problemas con el *Doria* por la derecha si ambas embarcaciones mantenían su rumbo actual. Así pues, circularían como en Inglaterra, esto es, por la izquierda.

Calamai ordenó a la tripulación que mantuviera vigilado al barco. No se perdía nada con ser prudente. Diez millas separaban ambas naves cuando Nillson encendió la luz situada junto al radar y procedió a trasladar la posición del punto luminoso a papel.

—¿Qué dirección llevamos, Hansen? —gritó.

—Noventa grados —respondió el timonel.

Nillson anotó varias X y trazó algunas líneas, consultó de nuevo el punto y ordenó al vigía que se situara en el ala de babor. El trazado indicaba que el barco se les estaba acercando por la izquierda siguiendo un trayecto paralelo. Salió y escudriñó la noche con los prismáticos. No se veía ningún barco. Se paseó de un ala a la otra, deteniéndose frente al radar en cada ocasión, y preguntó de nuevo el rumbo.

—Señor, 90 grados —respondió Hansen.

Nillson se dirigió al girocompás. Cualquier desviación, por mínima que fuera, podía ser grave, y quería asegurarse de que el rumbo era el correcto. Hansen tiró del acollador situado sobre su cabeza. La campana del barco sonó seis veces. Las once. A Nillson le encantaba ese momento. En el turno de noche, cuando la soledad y el aburrimiento conspiraban, el sonido de la campana encarnaba la atracción romántica que de joven había sentido hacia el mar. Más tarde, ese mismo sonido le recordaría a muerte.

Se concentró de nuevo en el radar e hizo otra anotación.

Las once. Siete millas separaban a ambos barcos.

Nillson calculó que se cruzarían por babor a una distancia más que prudencial. Salió de nuevo y oteó con los prismáticos hacia la izquierda. Qué locura. Donde el radar marcaba la presencia de un barco sólo se veía oscuridad. Quizá la embarcación tuviera las luces averiadas. O a lo mejor se trataba de un buque de la armada haciendo maniobras.

Miró hacia la derecha. La luna brillaba con intensidad sobre el agua. De nuevo a la izquierda. Nada. ¿Era posible que aquel barco se hallara en medio de un banco de niebla? No. Ningún buque avanzaría a semejante velocidad en esa situación. Pensó en

desacelerar el *Stockholm*. No. El capitán oiría el sonido del telégrafo y subiría corriendo. Llamaría a ese cabrón escarchado después de cruzarse con aquel misterioso barco.

A las 23.03 los radares de ambos navíos mostraban una separación de cuatro millas.

Sigue reinando la oscuridad, pensó Nillson, y barajó nuevamente la posibilidad de avisar al capitán, pero no lo hizo. Tampoco dio la orden de conectar las señales de advertencia tal como exigen las leyes marítimas. Era una pérdida de tiempo. Estaban en alta mar, había luna llena y la visibilidad debía de ser, como mínimo, de cinco millas.

El *Stockholm* siguió surcando el mar a 18 nudos.

—¡Luces a la vista! —gritó el vigía de la cofa.

Por fin, pensó Nillson.

Más tarde, los investigadores se preguntarían cómo fue posible que dos barcos equipados con radar se atrajeran como dos imanes en medio del océano.

Nillson caminó hasta el ala izquierda del puente y observó las luces del otro barco. Dos puntos, uno arriba y otro abajo, brillaban en medio de la oscuridad. Bien. La posición de las luces indicaba que pasaría por la izquierda. En ese momento apareció la luz roja de babor. Así pues, ambos navíos se cruzarían por babor. El radar marcaba una distancia de más de dos millas. Nillson consultó el reloj: las 23.06.

Según podía apreciar el capitán del *Andrea Doria* en el radar, los barcos se cruzarían por la derecha sin problemas. Cuando se hallaron a menos de tres millas y media de distancia, Calamai ordenó un viraje de cuatro grados a la izquierda para ampliar la distancia de separación. Instantes después apareció un destello espectral en la niebla y lentamente asomaron unas luces blancas. El capitán Calamai aguardó a ver la luz verde de estribor.

Una milla de distancia.

Nillson recordó haber oído comentar que el *Stockholm* podía girar con la habilidad de una peonza. Había llegado la hora de demostrarlo.

—Dos puntos a estribor —ordenó al timonel.

También él, como Calamai, quería aumentar el espacio de separación entre ambos navíos.

Hansen efectuó dos giros completos de timón a la derecha. La proa del barco se desvió veinte grados a estribor.

—Endereza el barco.

En ese momento sonó el teléfono. Nillson contestó.

—Puente de mando —dijo.

Convencido de que el cruce se produciría sin problemas, se volvió y quedó de espaldas a la ventana.

Era el vigía de cofa.

—Luces a veinte grados babor.

—Gracias —respondió Nillson.

Se acercó al radar, ignorando la nueva trayectoria del *Doria*. Los puntos estaban ahora tan cerca que su lectura había dejado de tener sentido. Fue a estribor y enfocó los prismáticos con calma hacia las luces.

La calma lo abandonó.

—¡Dios mío! —exclamó al ver el cambio de luces por primera vez.

Las luces se habían invertido. El barco ya no mostraba la luz roja de babor, sino la verde de estribor. El barco parecía haber girado hacia la izquierda.

En ese momento los focos cegadores de la cubierta de un enorme buque negro asomaron por el espeso banco de niebla y su costado derecho se interpuso en el camino del raudo *Stockholm*.

—¡Todo a estribor! —ordenó Nillson.

Se volvió rápidamente y tiró de las palancas hasta la señal de paro. Luego las bajó por completo, como si pudiera detener el barco con su determinación. Se oyó un zumbido pavoroso.

Marcha atrás a toda máquina.

Nillson se volvió hacia el timonel. Hansen semejaba un centinela de piedra en la puerta de un templo sagrado.

—¡Maldita sea! ¡He dicho todo a estribor! —gritó Nillson.

Hansen empezó a girar el timón. Nillson no daba crédito a sus ojos. El timonel, en lugar de girar a estribor, maniobra que podría haberles dado una pequeña oportunidad de evitar la colisión, estaba girando lenta y deliberadamente hacia la izquierda.

La proa del *Stockholm* efectuó un viraje mortal.

Nillson oyó una sirena y supo que era la del otro barco.

La situación en la sala de máquinas era caótica. La tripulación estaba girando frenéticamente la manivela que debía detener el motor de estribor. Los hombres se apiñaron para abrir las válvulas a fin de invertir la potencia y detener el motor de babor. El barco se estremeció, pero demasiado tarde. El *Stockholm* se dirigía como una flecha hacia el otro barco.

Nillson seguía apretando las palancas.

También el capitán Calamai había visto cómo aparecían de repente las luces del tope, cómo éstas se invertían y la luz roja de babor asomaba como un rubí sobre terciopelo negro. Comprendió que el otro barco había hecho un giro cerrado hacia la derecha y bloqueado el camino del *Doria*.

Sin avisar. Sin sirena. Sin silbato.

A esa velocidad era imposible detener la nave. Para ello hacían falta varias millas. Calamai apenas disponía de unos segundos. Podía ordenar un viraje a la derecha,

en dirección a la amenaza, con la esperanza de que los barcos pasaran rozándose. Quizá el *Doria* lograra sortear a aquel barco del demonio.

Calamai tomó una decisión desesperada.

—¡Todo a babor! —Ladró.

—¿Detenemos los motores? —gritó un oficial del puente.

Calamai negó con la cabeza.

—A toda máquina.

Sabía que el *Doria* viraba mejor a una velocidad elevada.

El timonel giró el timón hacia babor con ambas manos. El silbato aulló dos veces para indicar la maniobra. El barco luchó contra la fuerza impulsora que lo arrastraba antes de empezar a girar.

El capitán sabía que estaba corriendo un gran riesgo al dejar el flanco del *Doria* al descubierto. Rezó para que el otro barco se desviara antes de que fuera demasiado tarde. No podía creer que ambos navíos fueran a chocar. Tenía la sensación de estar en un sueño.

El grito de un oficial le devolvió a la realidad.

—¡Viene hacia nosotros!

El barco se dirigía hacia estribor, desde donde Calamai lo observaba horrorizado. La proa afilada y altiva parecía apuntar directamente hacia él.

El capitán del *Doria* tenía fama de hombre fuerte y sereno, pero en ese momento hizo lo que cualquier persona habría hecho en su lugar: huir.

La proa reforzada del barco sueco perforó el casco del *Andrea Doria* con la misma suavidad que una bayoneta y atravesó casi un tercio de sus 27 metros de ancho antes de detenerse.

Con 29.100 toneladas de peso, más del doble que el *Stockholm*, el trasatlántico italiano arrastró consigo a este último, haciéndolo girar en torno al punto de impacto. La proa aplastada del *Stockholm* se liberó al fin y, en medio de una lluvia de chispas, desgarró siete de los diez puentes para pasajeros del *Doria* como el pico de un buitre desgajando la carne de su víctima.

El agujero producido en el costado del *Doria* medía doce metros en su punto más alto y dos metros en su punto más bajo, situado por debajo del nivel del mar.

Miles de litros de agua penetraron en la enorme herida y anegaron los depósitos de combustible resquebrajados tras la colisión. El barco escoró hacia la derecha bajo el peso de quinientas toneladas de agua que inundaron la sala de generadores. Ríos grasientos viajaron por las tuberías y emergieron por el suelo emparrillado de la sala de máquinas. Los hombres resbalaban por las cubiertas a causa de la grasa. El agua también se acumuló en los depósitos vacíos de babor.

Minutos después de recibir el impacto la escora del *Doria* era crítica.

Nillson, paralizado, había esperado que el impacto lo derribara, pero el golpe fue sorprendentemente suave. Corrió hasta la caseta de derrota y apretó el botón que cerraba las compuertas del *Stockholm*.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —gritó el capitán.

Nillson intentó articular una respuesta, pero las palabras se le atascaron en la garganta. No sabía cómo describir la escena: Hansen desoyendo la orden de virar a estribor; el giro del timón a babor; las manos de Hansen aferradas a los radios de la rueda como si el tiempo se hubiese detenido... En los ojos de Hansen no había miedo, sólo una frialdad glacial. Nillson había creído que era a causa del efecto engañoso de la luz del girocompás, pero de pronto lo comprendió: mientras el barco se precipitaba hacia el desastre, el hombre sonreía.

No le cabía duda. Hansen había chocado contra el otro barco deliberadamente, dirigiendo el *Stockholm* como si se tratara de un torpedo. Tampoco le cabía duda de que nadie, empezando por el capitán, le creería.

La mirada angustiada de Nillson saltó del rostro iracundo del capitán al timón como si la respuesta estuviera allí. La rueda, abandonada, giraba fuera de control.

Hansen había desaparecido.

Un estruendo metálico despertó bruscamente a Jake Carey. Instantes después oyó el roce agonizante de acero contra acero y un crujido aterrador, como si el camarote superior hubiese sufrido una implosión. Carey abrió los ojos y su mirada tropezó con una blanca pared móvil a unos metros de él.

Hacía unos minutos que había conciliado el sueño. Después de besar a Myra, su esposa, se había deslizado entre las frescas sábanas de la cama gemela de su camarote de primera clase. Myra había leído algunas páginas de una novela hasta que sus párpados empezaron a cerrarse. Apagó la luz, se subió la colcha hasta el cuello y se perdió en el agradable recuerdo de los viñedos toscanos bañados por el sol.

Esa noche, en el comedor de primera, ella y Jake habían brindado con champán por el éxito de su viaje a Italia. Carey había propuesto una copa en el salón Belvedere, pero Myra le dijo que si la orquesta volvía a tocar *Arrivederci, Roma*, renunciaría para siempre a los espaguetis. Se retiraron poco antes de las diez y media.

Tras pasear de la mano por las tiendas del vestíbulo principal, subieron en ascensor a la siguiente planta y fueron hasta su espacioso camarote situado en estribor. Dejaron las maletas en el pasillo para que los camareros las recogieran al día siguiente, antes de llegar a Nueva York. El barco se balanceaba ligeramente porque, habiendo consumido la mayor parte del combustible, ahora tenía más peso arriba que abajo. Myra Carey tenía la sensación de estar en una enorme cuna, y no tardó en dormirse también.

Ahora la cama de su marido se agitaba violentamente. Jake salió despedido y voló durante una eternidad hasta caer en un pozo oscuro y profundo.

La muerte se abrió paso en el *Andrea Doria*.

Visitó desde los camarotes de lujo de las plantas superiores hasta los de segunda clase situados debajo del nivel del agua. Más de cincuenta personas yacían muertas o moribundas a causa de la colisión. Diez camarotes de primera clase, donde el boquete alcanzaba su máxima anchura, habían quedado destruidos. El agujero era más estrecho por abajo, pero los camarotes de segunda también eran más pequeños y alojaban a más personas, de modo que el efecto en ellos fue aún más devastador.

Los pasajeros morían o sobrevivían según antojos del destino. Un pasajero de primera clase que estaba lavándose los dientes regresó corriendo al dormitorio y descubrió que el tabique y su esposa habían desaparecido. En el vestíbulo dos personas murieron al instante. Veintiséis inmigrantes italianos que ocupaban los camarotes más pequeños y baratos recibieron directamente el impacto y perecieron bajo un amasijo de hierros aplastados. Entre ellos había una mujer y sus cuatro hijos pequeños. También se produjeron milagros. Una joven que descansaba en su camarote de primera clase despertó junto a la proa estrujada del *Stockholm*. En otro camarote el techo se desplomó sobre una pareja que, sin embargo, consiguió arrastrarse hasta el pasillo.

Los pasajeros de los dos niveles inferiores corrieron la peor suerte, pues tuvieron que abrirse paso por los pasillos inclinados y llenos de humo luchando contra una corriente de agua negra y aceitosa. Poco a poco la gente consiguió llegar a los puntos de encuentro y esperó a recibir instrucciones.

En el momento de la embestida el capitán Calamai se hallaba al otro lado del puente, el cual había quedado intacto. Tras recuperarse de la conmoción, tiró de la palanca hasta la posición de paro. El barco finalmente se detuvo.

El segundo oficial de a bordo llegó hasta el instrumento que medía el escoramiento de la embarcación.

—Dieciocho grados —dijo—. Diecinueve —anunció un minuto más tarde.

El corazón del capitán se paralizó. La escora no debía superar los quince grados, ni siquiera con dos compartimientos inundados. Una inclinación de más de veinte grados haría estallar las compuertas.

La razón le decía que se hallaban en una encrucijada sin salida. Los diseñadores habían asegurado que el barco podía mantenerse equilibrado incluso con dos compartimientos inundados. Pidió informes sobre los daños sufridos en cada puente y especialmente sobre el estado de las compuertas. Luego ordenó el envío de un SOS.

Los oficiales regresaron al puente con los informes. La tripulación de la sala de máquinas estaba achicando los compartimientos de estribor, pero el agua entraba con demasiada rapidez. La sala de calderas estaba inundada y el agua empezaba a colarse en otros dos compartimientos.

El problema estaba en el nivel A, que debía hacer de tapadera de acero por

encima de los mamparos transversales que compartimentaban el barco. El agua corría por las escaleras de pasajeros y entraba en otros compartimientos.

—¡Veintidós grados! —gritó el oficial.

El capitán Calamai no necesitaba que se lo dijeran para saber que la escora había sobrepasado el punto de no retorno. La inclinación del suelo que tenía bajo sus pies era la prueba.

El *Andrea Doria* se hundía.

Calamai estaba entumecido de dolor. Aquél no era un barco cualquiera. El rey de los transatlánticos italianos, que había costado 29 millones de dólares, era el barco de pasajeros más lujoso del momento. Se había construido cuatro años atrás para demostrar al mundo que la marina mercante italiana se había recuperado de la guerra. Con su elegante casco negro, su superestructura blanca y su gallarda chimenea roja, blanca y verde, parecía más la obra de un escultor que de un arquitecto naval.

Además, era su barco. Él había capitaneado el *Doria* en los viajes de prueba y en cien travesías por el Atlántico. Conocía sus salones mejor que las habitaciones de su casa. Como el visitante de un museo, jamás se cansaba de recorrerlos, de admirar la obra de treinta artesanos y artistas italianos de renombre, de enorgullecerse de la belleza renacentista de los espejos, vidrios, maderas, tapices y mosaicos. Rodeado por el inmenso mural dedicado a Miguel Ángel y otros maestros italianos, solía detenerse en el salón de primera clase, frente a la enorme estatua de Andrea Doria, el más grande después de Colón. El viejo almirante genovés aparecía, como siempre, presto a desenvainar su espada contra los piratas.

Todo eso estaba a punto de perderse.

Los pasajeros son la principal responsabilidad de un capitán. Calamai se disponía a dar la orden de abandonar el barco cuando un oficial le comunicó que los botes salvavidas de babor estaban inutilizables. Eso significaba que sólo podían contar con los de estribor, los cuales se encontraban suspendidos a una elevada distancia del agua. Aunque pudieran lanzarlos, sólo habría espacio para la mitad del pasaje. No se atrevió a dar la orden de abandonar el barco. Los pasajeros, presas del pánico, correrían a babor y la situación se volvería caótica.

Rezó por que otros barcos hubiesen oído su llamada de socorro y logran encontrarles pese a la niebla.

No podía hacer nada salvo esperar.

Angelo Donatelli acababa de servir una bandeja de martinis a una mesa de bulliciosos neoyorquinos que estaban celebrando su última noche en el *Doria* cuando miró por uno de los ventanales que ocupaban tres tabiques del elegante salón Belvedere. Un movimiento extraño le había llamado la atención.

El salón, con su paseo al aire libre, estaba en la parte anterior de la cubierta del barco, y durante el día y en las noches claras los pasajeros de primera clase gozaban

de estupendas vistas al mar. Esa noche, la mayoría había renunciado a intentar ver algo en la espesa niebla que envolvía el salón. Fue pura casualidad que Angelo levantara la vista y viera cómo las luces y las barandillas de un enorme barco blanco atravesaban la capa de bruma.

—¡Dios mío!

Apenas había murmurado las palabras cuando se produjo un estallido ensordecedor. El salón quedó a oscuras.

El suelo tembló con violencia. Angelo se tambaleó y, sin soltar la bandeja, luchó por recuperar el equilibrio haciendo una imitación bastante aceptable del famoso discóbolo. El atractivo siciliano de Palermo era un atleta por naturaleza y conservaba su agilidad salvando mesas y haciendo equilibrios con las bebidas.

Las luces de emergencia se encendieron. Las tres parejas neoyorquinas habían caído al suelo. Angelo ayudó primero a las mujeres. Nadie parecía malherido. Miró alrededor.

En el hermoso salón, con sus tapices, cuadros y tallas de madera débilmente iluminados, reinaba la confusión. La lustrosa pista de baile por la que segundos antes se habían deslizado parejas al son de *Arrivederci, Roma* era un revoltijo de cuerpos. La música había cesado bruscamente para dar paso a gritos de pánico, dolor y consternación. Los miembros de la orquesta lograron escapar de la maraña de instrumentos. Había botellas y copas rotas por todas partes, y el aire apestaba a alcohol.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó un hombre.

Angelo calló, pues ni siquiera ahora estaba seguro de lo que había visto. Miró de nuevo por el ventanal y sólo vio niebla.

—Puede que hayamos chocado con un iceberg —dijo la esposa del hombre.

—¿Un iceberg? Por lo que más quieras, Conni, estamos en julio, en la costa de Massachusetts.

—Entonces, una mina.

El hombre miró a los músicos y sonrió.

—Sea lo que sea, ha conseguido que la orquesta deje de tocar esa maldita canción.

La gente rió. Los bailarines estaban alisándose la ropa y los músicos se incorporaban lentamente. Los camareros iban de un lado a otro.

—No hay razón para preocuparse —terció otro hombre—. Un oficial me dijo que este barco es insumergible.

Su esposa, que estaba comprobando su maquillaje en el espejo de su polvera, se detuvo y comentó alarmada:

—Eso mismo dijeron del *Titania*

Se hizo el silencio. Acto seguido se produjo un rápido intercambio de miradas atemorizadas. Como si hubiesen oído un disparo, las tres parejas echaron a correr hacia la salida más cercana.

La primera reacción de Angelo fue recoger las copas y limpiar la mesa. Sonrió. Llevas demasiado tiempo de camarero, se dijo.

Casi todo el mundo se dirigía hacia las puertas de salida. Angelo no tardaría en quedarse solo si no se marchaba también. Encogiéndose de hombros, tiró su trapo al suelo y se dirigió a la salida más próxima para averiguar qué había ocurrido.

Un tenebroso oleaje amenazaba con llevarse a Jake Carey para siempre. El hombre luchó contra la oscura corriente que tiraba de su cuerpo y se aferró a la cornisa de la conciencia. Oyó un gemido y se percató de que provenía de sus propios labios. Volvió a gemir, esta vez a propósito. Estupendo. Los muertos no gimen. El siguiente pensamiento fue para su mujer.

—¡Myra! —gritó.

Oyó un movimiento leve en la oscuridad. El pecho se le hinchó de esperanza. Volvió a llamarla.

—Estoy aquí. —Su voz sonaba ahogada, como si viniera de lejos.

—¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?

Pausa.

—Sí. ¿Qué ha ocurrido? Estaba dormida...

—No lo sé. ¿Puedes moverte?

—No.

—Voy a ayudarte.

Carey estaba tumbado sobre el costado izquierdo, con el brazo atrapado bajo el cuerpo, y sentía un peso sobre el lado derecho. No podía mover las piernas. Un temor helado le recorrió el cuerpo. A lo mejor se había roto la espalda. Intentó moverlas de nuevo. El dolor cegador que le estalló en el tobillo y le subió hasta el muslo le llenó los ojos de lágrimas, pero eso significaba que no estaba parálítico. Dejó de luchar. Tenía que reflexionar. Carey era ingeniero y había hecho una fortuna construyendo puentes. Este problema no era diferente de cualquier otro que pudiera resolverse con lógica y perseverancia. Y mucha suerte.

Levantó el codo derecho y notó una tela suave. Estaba atrapado bajo el colchón. Empujó con más fuerza, pero el colchón apenas cedió. Diantre, es posible que tenga encima el techo entero, pensó. Respiró profundamente y, reuniendo toda su fuerza, volvió a empujar. Esta vez el colchón resbaló hasta el suelo.

Alargó ambos brazos y notó algo sólido sobre el tobillo. Tras tantear la superficie con los dedos, llegó a la conclusión de que era la mesita de noche que separaba las dos camas. El colchón debió de protegerle de los trozos caídos del tabique y el techo. Levantó la mesita unos centímetros y liberó ambas piernas. Se frotó los tobillos para incentivar la circulación. Aunque magullados y doloridos, no estaban rotos. Se apoyó sobre las manos y las rodillas.

—Jake. —De nuevo la voz de Myra, esta vez más débil.

—Enseguida voy, cariño. Aguanta.

Algo iba mal. Era como si la voz de su mujer llegara del otro lado del tabique. Apretó un interruptor. Nada. Desorientado, se arrastró entre los escombros. Sus dedos encontraron una puerta. Apretó la oreja y le pareció oír el sonido de olas rompiendo contra la costa y el graznido de gaviotas. Se levantó, apartó los escombros y abrió la puerta.

El pasillo hervía de pasajeros que corrían y se empujaban bajo el halo ambarino de las luces de emergencia. Hombres, mujeres y niños, algunos vestidos, otros con el pijama debajo del abrigo, algunos con las manos vacías, otros cargados con bolsas, todos empujaban, caminaban o se arrastraban en dirección a la cubierta superior. El pasillo, inundado de polvo y humo, estaba inclinado como el suelo de una casa encantada. Algunos pasajeros que querían llegar a sus camarotes batallaban contra la marea humana como salmones en su trayecto contracorriente.

Carey miró la puerta por la que acababa de salir y se dio cuenta de que era la del camarote contiguo. Probablemente había sido lanzado de un camarote a otro. Esa noche, en el salón, él y Myra habían hablado con sus vecinos, un matrimonio mayor italoamericano que regresaba de una reunión familiar. Rezó por que no hubiesen seguido su costumbre de acostarse temprano.

Carey se abrió paso hasta la puerta de su camarote. Estaba cerrada con llave. Regresó al camarote contiguo y caminó hacia la pared apartando muebles y trozos de techo por el camino. Unas veces pasaba por encima de los escombros, otras, llevado por una impaciencia repentina, lo hacía por debajo. Llegó hasta su camarote y llamó a su mujer. Ella respondió desde el otro lado. Presa de la angustia, Carey buscó una abertura. La parte de abajo del tabique estaba suelta y él empujó hasta hacer un agujero lo bastante grande para pasar arrastrándose.

El camarote estaba en penumbra. Formas y objetos aparecían bañados por una luz débil. Carey se levantó y buscó el origen de la luz. Una brisa salobre le acarició el rostro sudado. No podía creer lo que estaba viendo. ¡La pared exterior del camarote había desaparecido! En su lugar había un boquete por el que podía ver el mar iluminado por la luna. Bregó febrilmente y al cabo de unos minutos llegó junto a su mujer. Con la chaqueta del pijama le limpió la sangre de la frente y las mejillas y la besó con dulzura.

—No puedo moverme —dijo Myra con tono casi de disculpa.

El mismo fenómeno que le había arrojado hasta el camarote contiguo había arrancado del suelo la cama de su esposa, empujándola contra la pared como si fuera una ratonera. Myra estaba en posición casi erguida. Por fortuna, el colchón la protegía de los muelles retorcidos del somier, pero la pesada armazón la tenía atrapada contra la pared. El brazo derecho le colgaba por el costado.

Carey agarró el canto de la cama. Tenía cincuenta y cinco años pero conservaba la fuerza de su juventud. Tiró con toda la potencia de su fornido cuerpo y la armazón cedió ligeramente, pero recuperó su posición en cuanto Carey la soltó. Intentó hacer

palanca con un palo pero se detuvo cuando Myra gritó de dolor.

—Cariño —dijo, intentando mantener la voz serena—, voy a buscar ayuda. Te dejaré sola un momento, pero te prometo que volveré.

—Jake, sálvate... El barco...

—No vas a deshacerte de mí de forma tan fácil, amor mío.

—No seas testarudo, por lo que más quieras...

Carey la besó de nuevo. La piel de su esposa, normalmente cálida al tacto, estaba fría como el hielo.

—Piensa en el sol de la Toscana mientras esperas. Volveré pronto, te lo prometo.

Le apretó la mano. Luego salió al pasillo sin saber qué hacer. Se acercaba un hombre corpulento. Jake le pidió ayuda.

—¡Apártese! —gritó el hombre con la mirada en blanco.

Desesperado, Carey trató de reclutar a otros dos pasajeros antes de desistir. No había buenos samaritanos en esa situación. Era como intentar arrancar a un búfalo de una manada sedienta que corre en estampida hacia un estanque de agua. No podía culparles por intentar salvar sus vidas. Si Myra estuviera libre, él la estaría arrastrando hacia cubierta. No, no encontraría ayuda entre los pasajeros. Tenía que buscar a alguien de la tripulación. Luchando contra la inclinación del suelo, se sumó a la riada de gente que huía hacia las plantas superiores.

Angelo había pasado revista al barco y no le gustó lo que vio, sobre todo en el lado de estribor, que cada vez se escoraba más.

Miembros de la tripulación habían lanzado al agua y ocupado cinco botes salvavidas. Camareros y ayudantes de cocina saltaban a las embarcaciones ya sobrecargadas. Angelo sólo tuvo que echar una rápida ojeada a la proa achatada del trasatlántico y al costado perforado del *Doria* para saber qué había ocurrido. Agradeció a Dios que muchos de los pasajeros estuvieran fuera de sus camarotes celebrando la última noche a bordo del *Doria* cuando se produjo la colisión.

Se dirigió a babor. Era difícil caminar por el suelo inclinado y anegado en aceite y agua. Agarrándose a pasamanos y picaportes, trepó por un pasillo que llevaba a la cubierta de paseo. La mayoría de los pasajeros se había aglutinado instintivamente en el lado más distanciado del agua y allí esperaban recibir instrucciones. Bajo las luces de emergencia, se agarraban a las sillas atornilladas al suelo o se apiñaban entre las montañas de equipaje colocadas allí para su desembarque. La tripulación hacía lo posible por atender piernas y brazos fracturados. Las magulladuras y rasguños tendrían que esperar.

Los pasajeros mantenían una serenidad sorprendente salvo cuando el barco se estremecía. En ese momento gritos de angustia y pánico inundaban el aire. Angelo sabía que esa calma se convertiría rápidamente en histeria si corría el rumor de que los miembros de la tripulación estaban ocupando los botes salvavidas y abandonando

a los pasajeros en un barco que zozobraba.

La cubierta de paseo estaba diseñada de manera que los pasajeros pudieran subir, a través de las ventanas correderas, a los botes salvavidas que colgaban de la cubierta. Los oficiales y lo que quedaba de la tripulación trataron en vano de desenganchar los botes. Los pescantes no estaban hechos para trabajar con semejante inclinación. Angelo sintió una opresión en el corazón. Por eso no se había ordenado a los pasajeros que abandonaran el barco. El capitán temía que cundiera el pánico.

Con la mitad de los botes ocupados por la tripulación y la otra mitad inutilizada, no había sitio para los pasajeros. Ni siquiera había suficientes chalecos salvavidas. La gente no tendría escapatoria si el barco se hundía. Por un instante Angelo tuvo la tentación de regresar a estribor y saltar a un bote, pero enseguida cambió de idea. En lugar de eso arrebató un puñado de chalecos a un compañero y empezó a repartirlos. Maldito código de honor siciliano. Un día acabaría matándolo.

—¡Angelo!

Una suerte de aparición se abrió paso entre la multitud gritando su nombre.

—¡Angelo, soy yo, Jake Carey!

El americano de la bella esposa. La señora Carey era lo bastante mayor para ser su madre, pero *mamma mia*, qué ojos, tan grandes y hermosos, y esos kilos de la madurez que habían añadido voluptuosidad a sus curvas. Angelo se había enamorado de ella al instante. Los Carey le habían dado generosas propinas y, sobre todo, tratado con respeto. Muchos pasajeros, incluso compatriotas italianos, miraban con desdén el tono oscuro de su piel siciliana.

Ese Jake Carey había sido la personificación del americano próspero, todavía en forma a los cincuenta y cinco años, hombros anchos y chaqueta deportiva, elegante cabello y tez bronceada. Nada quedaba del caballero que Angelo había visto esa misma noche. El hombre de mirada salvaje que corría hacia él vestía un pijama hecho jirones con una gran mancha roja delante. Carey le agarró el brazo con tanta fuerza que le hizo doler.

—Gracias a Dios que encuentro a alguien conocido.

—¿Dónde está la *signora* Carey?

—Atrapada en el camarote. Necesito tu ayuda. —Carey echaba fuego por los ojos.

—Vamos —respondió Angelo sin vacilar.

Entregó los chalecos a otro camarero y siguió al hombre hasta la escalera más próxima. Carey se abrió paso entre la marea de gente que subía a cubierta. Angelo le agarró la chaqueta del pijama para no perderlo. Finalmente llegaron al puente que alojaba casi todos los camarotes de primera clase. Para entonces en los pasillos sólo quedaban algunos rezagados.

Angelo dio un respingo al ver a la señora Carey. Parecía atrapada en un potro de tortura medieval. Tenía los ojos cerrados y por un momento él pensó que estaba muerta, pero cuando su marido la acarició abrió los párpados.

—Te dije que volvería, cariño —susurró Carey—. Mira, Angelo ha venido a ayudarnos.

El joven tomó la mano de la mujer y la besó con galantería. Ella sonrió tiernamente.

Los dos hombres procedieron a tirar de la cama, gruñendo más de frustración que de esfuerzo, ignorando el dolor que les producía el canto afilado del metal. La armazón cedió unos centímetros más que la primera vez, pero en cuanto la dejaban ir, regresaba a su lugar de un latigazo. A cada intento la señora Carey cerraba con fuerza los ojos y los labios. Carey blasfemó.

Tantas veces se había salido con la suya gracias a su fuerza que estaba acostumbrado a ganar. Pero esta vez era diferente.

—Necesitamos más hombres —jadeó.

Angelo se encogió de hombros.

—La mayor parte de la tripulación ha saltado a los botes salvavidas —dijo avergonzado.

—Mierda —masculló Carey.

Le había costado mucho encontrar a Angelo. Intentó analizar el problema desde el punto de vista de un ingeniero.

—Podríamos conseguirlo si tuviéramos un gato —dijo al fin.

—¿Un qué? —El camarero le miró sin comprender.

—Un gato. —Carey buscó un sinónimo, desistió e hizo un movimiento de bombeo con la mano—. Para coches.

Los ojos de Angelo se iluminaron.

—Ah, una palanca —dijo.

—Exacto. Podríamos colocarlo contra la pared y separar la cama.

—Voy.

—Bien. —Carey contempló el rostro afligido de su esposa—. Pero date prisa.

El ingeniero no era un ingenuo. Sabía que Angelo podría correr hacia el bote más cercano al salir del camarote. Y no se lo reprocharía. Posó una mano sobre su hombro.

—No te imaginas cuánto te agradezco tu ayuda, Angelo. Cuando llegemos a Nueva York te recompensaré.

—*Signor*, no lo hago por dinero. —Angelo sonrió, lanzó un beso a la señora Carey y salió del camarote agarrando un chaleco salvavidas por el camino.

Bajó corriendo hasta el vestíbulo y se detuvo. La proa del *Stockholm* había llegado casi hasta la capilla y el vestíbulo era un amasijo de hierros retorcidos y cristales rotos. Echó a andar por un pasillo central que llegaba hasta popa. Luego bajó hasta el nivel A, donde también habían desaparecido muchos camarotes. Siguiendo una ruta tortuosa, descendió a otro puente.

Angelo se detenía para santiguarse antes de bajar al siguiente nivel. Eso le tranquilizaba pese a saber que era inútil. Ni siquiera Dios cometería la locura de

seguirle hasta las entrañas de un barco que se hundía.

Se detuvo un momento para orientarse. Estaba en el nivel B, el del garaje y los camarotes más pequeños. La Grande Autorimessa con capacidad para cincuenta coches se hallaba insertada entre los camarotes de segunda clase de delante. El garaje ocupaba todo el ancho del barco. Las puertas situadas a ambos lados permitían a los coches salir directamente al muelle. Angelo sólo había estado allí una vez. Uno de los hombres que trabajaban allí, un colega siciliano, había querido enseñarle el maravilloso coche que Chrysler se había traído de Italia. Valorado en cien mil dólares, habían tardado un año en diseñar el aerodinámico Norseman, y Ghia de Turín había invertido otros quince meses en construirlo manualmente. A través de las rendijas del cajón de embalaje era posible ver su hermosa y moderna silueta. A ellos, no obstante, les interesaba más el Rolls Royce que un rico americano de Miami se había traído como recuerdo de su luna de miel en París. Angelo y su amigo habían hecho, por turnos, de chófer y pasajero.

Angelo recordó que en el garaje había nueve coches. Quizá alguno fuera equipado con un gato fácil de extraer, aunque dados los daños que sufría el *Doria*, lo dudaba. Seguro que el otro barco había perforado la pared del garaje. Se detuvo en la penumbra para recuperar el aliento y enjugarse el sudor de los ojos. ¿Y ahora qué? ¿Huir? *Mamma mia*. ¿Y si se cortaba la luz? Jamás encontraría la salida. El miedo tiraba de sus piernas.

Un momento, se dijo.

El día que visitó el garaje su amigo le había enseñado una furgoneta blindada aparcada en un rincón alejado del lugar del impacto. La lustrosa carrocería no llevaba ningún rótulo. Cuando Angelo preguntó por qué, su amigo se encogió de hombros. Oro, quizá. Sólo sabía que la vigilaban día y noche. Durante la conversación Angelo había visto a un hombre de uniforme gris que no les quitó ojo hasta que se marcharon.

El suelo tembló bajo sus pies y el barco se inclinó otro grado. Angelo había sobrepasado la sensación de miedo y ahora estaba aterrorizado.

Su corazón se disparó, pero volvió a calmarse cuando el barco recuperó la estabilidad. Se preguntó cuánto tardaría en volcar. Miró el chaleco salvavidas y soltó una risotada. No le serviría de mucho si la nave zozobraba con él atrapado en su panza. Cinco minutos era el tiempo que se daba. Luego volvería al camarote como un rayo. A él y a Carey se les ocurriría otra cosa. Encontró la entrada del garaje. Respiró hondo, abrió la puerta y entró.

Las luces de emergencia del techo iluminaban débilmente el recinto. Miró a estribor y vio unas ondas brillantes en el suelo. Sus pies se cubrieron de agua. Probablemente estaba entrando agua y el garaje no tardaría en llenarse. La proa del otro barco debía de haber arrastrado los coches que se interponían en su camino. Disponía de poco tiempo. Apretándose contra una pared, avanzó hacia la furgoneta. Podía ver su silueta y la luz reflejada en las ventanillas tintadas. La razón le decía que

seguir adelante era peligroso e inútil. Sube a cubierta, rápido, se ordenó. Antes de que el garaje se convierta en una pecera.

Le asaltó la imagen de la señora Carey atrapada contra la pared como una mariposa. Aquella furgoneta era su última oportunidad: probablemente el gato estaba dentro del vehículo. De pronto se dio cuenta de que no estaba solo.

Un halo de luz delgado como un lápiz horadó la oscuridad cerca del vehículo. Luego otro. Linternas, pensó. Acto seguido varios focos portátiles fueron colocados en el suelo para iluminar la furgoneta. Había varios hombres. Unos vestían uniformes grises; otros, trajes negros. Habían abierto las puertas lateral y trasera. No podía ver lo que estaban haciendo, sólo que parecían muy concentrados en su trabajo. Angelo había recorrido dos tercios del garaje cuando abrió la boca para gritar «*Signores*». La palabra nunca salió de sus labios.

Algo se movió en la penumbra. De repente unas figuras grises aparecieron como actores en un escenario. Luego desaparecieron y volvieron a aparecer. Eran cuatro, vestidas con el mono de la sala de máquinas, y estaban cruzando el garaje. Sus movimientos furtivos, como los de un leopardo al acecho, hicieron que Angelo guardara silencio. Uno de los vigilantes se volvió y vio las figuras que se acercaban. Tras advertirles que se detuvieran, se llevó la mano a la pistola.

Con precisión militar, los hombres de los monos clavaron una rodilla en el suelo y se llevaron al hombro los objetos que portaban. Angelo comprendió, por la suavidad del gesto, que no eran herramientas. Uno no crecía en la patria de la mafia sin saber qué aspecto tenía una metralleta y cómo se manejaba.

Cuatro cañones con silenciadores abrieron fuego simultáneamente contra el vigilante. El impacto de decenas de balas le desintegró el cuerpo formando un amasijo de sangre, carne y ropa.

Sus compañeros intentaron ponerse a salvo, pero una despiadada lluvia de plomo los derribó antes de dar un solo paso. Las paredes metálicas del garaje reproducían el silbido de las balas que rebotaban en la furgoneta blindada y la pared de detrás. Aunque era evidente que no podía haber supervivientes, los hombres de las metralletas avanzaron sin dejar de disparar sobre los cuerpos tendidos.

De repente se hizo el silencio.

Una capa de humo morado flotaba en el aire, y olía a muerte y cordita.

Los agresores giraron los cadáveres uno a uno. Angelo temió volverse loco. Tenía el cuerpo apretado contra el mamparo, paralizado por el miedo y maldiciendo su suerte. Probablemente se trataba de un robo. Esperaba que los asesinos empezaran a extraer sacos de dinero de la furgoneta, pero en cambio hicieron algo inesperado. Arrastraron los cuerpos acribillados hasta la parte trasera del vehículo, los metieron dentro y cerraron la portezuela.

Angelo sintió un frío en los pies que no tenía nada que ver con el miedo. El agua había llegado hasta él. Retrocedió en la penumbra. A medida que se alejaba el agua le iba cubriendo el cuerpo, primero hasta las rodillas, luego hasta las axilas. Se puso el

chaleco salvavidas y nadó a braza el tramo final que le separaba de la puerta. Se volvió para echar un último vistazo. Uno de los asesinos miró fugazmente hacia donde él se encontraba. Luego todos arrojaron las armas y empezaron a nadar. Angelo salió del garaje rezando por que no le hubiesen visto. El pasillo estaba inundado. Siguió nadando hasta que notó escalones bajo los pies. Los zapatos y las ropas le pesaban como plomo. Con una fuerza generada por el puro pánico, echó a correr por las escaleras como si la cara morena y chupada del asesino que había parecido percibir su presencia le pisara los talones.

Instantes después irrumpía en el camarote de los Carey.

—No he conseguido la palanca... —farfulló entre jadeos—. El garaje...

La cama había sido separada de la pared y en esos momentos Carey estaba liberando a su mujer con la ayuda del médico del barco y otro miembro de la tripulación.

—Angelo —dijo el ingeniero al verle—, estaba preocupado por ti.

—¿Se recuperará? —preguntó angustiado el camarero.

La señora Carey tenía los ojos cerrados y el camisón empapado de sangre. El médico le tomó el pulso.

—Se ha desmayado, pero está viva. Podría sufrir lesiones internas.

Carey reparó en las ropas mojadas de Angelo y en sus manos vacías.

—Estos hombres me encontraron y consiguieron un gato. Ya veo que no encontraste nada en el garaje.

Angelo sacudió la cabeza.

—Dios mío, estás empapado. Lamento que tuvieras que pasar por todo esto.

Angelo sacudió la cabeza.

—No es nada.

El médico introdujo una inyección hipodérmica en el brazo de Myra.

—Morfina para el dolor —explicó al tiempo que desviaba la mirada para ocultar su preocupación—. Tenemos que sacarla cuanto antes del barco.

La envolvieron en una manta y la subieron hasta la cubierta de paseo. La niebla había desaparecido como por arte de magia y una pequeña flotilla de embarcaciones rodeaba el *Doria*. Helicópteros de la Guardia Costera giraban en el cielo como libélulas mientras una hilera de botes salvavidas fluía entre el trasatlántico arrollado y los barcos de salvamento.

La mayor parte del tráfico se producía entre el *Doria* y un enorme barco de pasajeros, el *lie de France*. Los reflectores de éste apuntaban hacia el trasatlántico italiano. Nunca se llegó a dar la orden de abandonar el barco. Tras dos horas de espera, los pasajeros habían decidido actuar por sí mismos. Primero mujeres, niños y ancianos. La evacuación transcurría lentamente porque la única forma de bajar del barco era mediante maromas y redes.

La camilla de la señora Carey descendió hasta un bote salvavidas al tiempo que unas manos se alzaban para recogerla.

Carey permaneció asomado a la barandilla hasta que su esposa estuvo a salvo. Luego se volvió hacia Angelo.

—Será mejor que te largues de aquí, amigo mío. Está a punto de hundirse.

Angelo miró alrededor con tristeza.

—Lo haré, señor Carey, pero primero he de ayudar a algunos pasajeros. ¿Recuerda lo que le dije sobre mi nombre? —repuso con una sonrisa.

Cuando Angelo conoció a los Carey, les contó con humor que su nombre significaba «ángel», un ser que ayuda a los demás.

—Lo recuerdo. —Carey le estrechó la mano—. Gracias. Nunca podré agradecértelo lo bastante. Si alguna vez necesitas algo, acude a mí. ¿Entendido?

Angelo asintió.

—*Grazie*. Salude a su *bella signora* de mi parte.

Carey asintió, saltó por encima de la barandilla y bajó por una cuerda hasta el bote salvavidas. Angelo se despidió agitando una mano. No le había contado a nadie lo sucedido en el garaje. No era el momento. Quizá nunca lo fuera. Nadie creería semejante historia viniendo de un simple camarero. Recordó el refrán siciliano: «El pájaro que canta en el árbol acaba en la cazuela».

El turno de la muerte estaba a punto de terminar.

Los últimos supervivientes habían desembarcado envueltos por la luz rosada del amanecer. El capitán y parte de la tripulación permanecieron a bordo hasta el último minuto para que el trasatlántico no pudiera ser reclamado por terceros. Ahora, también ellos descendían por las cuerdas hasta los botes salvavidas.

A medida que el sol ascendía la escora iba en aumento. A las 9.50 el *Andrea Doria* descansaba sobre el costado de estribor en un ángulo de cuarenta y cinco grados. La proa estaba parcialmente sumergida.

El *Stockholm* se alejó tres millas. El agua estaba cubierta de rocalla y aceite. Dos destructores y cuatro guardacostas lo escoltaban. Avionetas y helicópteros circulaban sobre sus cabezas.

El final se produjo en torno a las diez. Once horas después de la colisión, el *Doria* se volcó por completo sobre su costado derecho. Los botes salvavidas que habían resistido las maniobras de la tripulación se alejaron flotando, liberados finalmente de los pescantes. El aire atrapado en el casco estalló a causa de la presión y de las portillas se elevaron chorros de espuma.

El sol fulguraba sobre la enorme pala del timón y las aletas de las dos hélices de veintisiete metros que habían impulsado orgullosamente al *Doria* por el océano. En pocos minutos el agua engulló la proa, la popa se elevó y la embarcación desapareció bajo el mar como si los tentáculos de un monstruo marino tiraran de ella.

El agua fue llenando del todo compartimientos y camarotes. La presión arrancaba el metal y los remaches, produciendo ese gemido escalofriante, casi humano, que estremecía a la tripulación de los submarinos cuando hundían un barco.

El trasatlántico se precipitó hacia el fondo sin apenas cambiar de posición.

Doscientos veinticinco pies más abajo se aposentó en su féretro de arena volcado sobre estribor. Las burbujas que salían de los cientos de aberturas tiñeron de azul claro las negras aguas.

Los residuos estuvieron girando en torno a un tremendo vórtice durante quince minutos. Cuando el agua hubo recobrado la calma, un guardacostas se acercó y dejó caer una boya en el lugar del naufragio.

Enterrada quedaba la mercancía de vinos, finas telas, muebles y aceite de oliva valorada en dos millones de dólares.

Enterradas, también, quedaban las obras de arte, los mosaicos y tapices, la estatua de bronce del almirante.

Y atrapada en las entrañas del barco quedaba la furgoneta blindada con los cuerpos acribillados y el secreto por el que habían muerto.

Un hombre alto y rubio bajó hasta el muelle 84 por la plancha del *lie de France* y se dirigió a la aduana. Tocado con una gorra de marinero negra y un gabán, pasaba desapercibido entre los cientos de pasajeros que se apiñaban alrededor.

El cumplir con su deber humanitario había causado al trasatlántico francés un retraso de treinta y seis horas. Llegó a Nueva York el jueves por la tarde en medio de una calurosa bienvenida y permaneció el tiempo justo para descargar a los 733 supervivientes del *Doria*. Tras cumplir su histórico rescate, hizo un rápido viraje y enfiló de nuevo el río Hudson en dirección al mar. Después de todo, el tiempo era dinero.

—Siguiente —dijo el oficial de la aduana levantando la vista.

Se preguntó si el hombre que tenía delante se había herido en el accidente, pero al final decidió que la cicatriz era vieja.

—El Departamento de Estado examinará los pasaportes de los supervivientes. Firme esta declaración en blanco. Sólo necesito su nombre y su dirección en Estados Unidos —dijo.

—Lo sé, gracias, nos lo dijeron en el barco. —El hombre sonrió. O quizá fuera un efecto de la cicatriz—. Me temo que mi pasaporte se halla en el fondo del océano.

Dijo llamarse Johnson y que iba a Milwaukee.

—Súmese a esa cola, señor Johnson. El Departamento de Sanidad debe comprobar que no padece enfermedades contagiosas. Será un momento. Siguiente, por favor.

El examen, efectivamente, fue breve. Minutos más tarde el hombre rubio atravesaba la reja. Una muchedumbre de supervivientes, familiares y amigos se agolpaba en la calle. Los coches, autobuses y taxis avanzaban lentamente. Se detuvo en la cuneta y recorrió con la mirada las caras de la gente hasta que tropezó con un par de ojos, luego otro, y otro. Asintió con la cabeza para indicar que había reconocido a sus camaradas y cada uno echó a andar en una dirección.

Caminó hasta la calle Cuarenta y cuatro y detuvo un taxi. Estaba agotado después de los esfuerzos de esa noche y necesitaba descansar.

Misión cumplida. Por el momento.

10 de junio del 2000
Costa de Marruecos

Subida en lo alto de la milenaria escalera, Nina contemplaba las aguas verdes de la laguna mientras pensaba que nunca había visto una costa tan árida como ese trecho aislado del litoral marroquí. Nada se movía en el sofocante calor. La única huella humana eran las tumbas blanquecinas de techos abovedados que daban a la laguna como apartamentos de playa para difuntos. La arena filtrada durante siglos por las puertas arqueadas se había mezclado con el polvo de los muertos. Nina sonrió con el placer de una niña frente a un árbol de Navidad atiborrado de regalos. Para una arqueóloga marina, este inhóspito paisaje era más bello que la arena blanca y las palmeras de un paraíso tropical. Su naturaleza desoladora era, justamente, lo que lo había protegido del peor temor de Nina: la corrupción humana.

Inclinó la cabeza para agradecer nuevamente al doctor Knox que la hubiera animado a unirse a la expedición. En un principio rechazó la invitación del prestigioso departamento de antropología de la Universidad de Pensilvania alegando que era una pérdida de tiempo. A estas alturas seguro que cada centímetro de la costa de

Marruecos había sido recorrido con lupa. Y aunque alguien descubriera restos bajo el agua, los romanos, inventores de la renovación portuaria, los habrían enterrado bajo toneladas de material. Aunque Nina admiraba su talento para la ingeniería, los romanos le parecían los grandes imitadores dentro del gran esquema de la historia.

Sabía que su negativa tenía que ver más con el resentimiento que con la arqueología. Nina estaba intentando salir de una montaña de papeleo generada por el proyecto de exploración de un barco naufragado cerca de la costa de Chipre en aguas reclamadas por los turcos. Los informes preliminares sugerían que se trataba de un barco de la antigua Grecia, hecho que desató el conflicto entre estos viejos enemigos. Con el honor nacional en juego, los F16 de Ankara y Atenas estaban calentando motores cuando Nina buceó hasta la nave y comprobó que era un buque mercante sirio. Eso hizo que los sirios entraran en escena, pero redujo las posibilidades de un maldito acuerdo. Como propietaria, presidenta y única empleada de la firma especializada en arqueología marina MariTime Research, el papeleo había caído por entero en su regazo.

Después de comunicar a la universidad que no podía aceptar la invitación porque tenía mucho trabajo, Stanton Knox la llamó.

—Creo que empieza a fallarme el oído, doctora Kirov —dijo con la voz nasal que

ella había escuchado cientos de veces tras el atril—. He creído oír que no estabas interesada en nuestra expedición marroquí, pero me he dicho que no podía ser verdad.

Habían transcurrido varios meses desde la última vez que habló con su viejo mentor. Sonriendo, Nina visualizó la melena blanca, el brillo casi maniaco oculto tras las gafas de montura metálica, el bigote de puntas retorcidas sobre la maliciosa boca.

Nina intentó frenar la sugestiva y encantadora ofensiva que se avecinaba.

—Con todos mis respetos, profesor Knox, dudo que exista un trecho de costa norteafricana sobre el que los romanos no hayan construido o que alguien no haya descubierto ya.

—¡Bravo, doctora Kirov! Me alegra ver que recuerdas las tres primeras lecciones de arqueología.

Nina rió. Con treinta y tres años, una próspera firma y casi tantos títulos como Knox, todavía se sentía como una estudiante cuando hablaba con él.

—¿Cómo podría olvidarlas? Escepticismo, escepticismo y más escepticismo.

—Exacto —respondió él con júbilo—. Los tres sabuesos del escepticismo te devorarán si no les sirves una comida de pruebas contundentes. Te sorprendería saber cuántas veces mis consejos caen en saco roto. —Suspiró exageradamente y adoptó un tono de voz más profesional—. En fin, comprendo tu preocupación. En otras circunstancias estaría de acuerdo contigo en lo referente a la corrupción, pero este lugar se halla en la costa atlántica, mucho más allá de los Pilares de Melkar, por tanto, lejos de la influencia romana.

Interesante. Knox utilizaba el nombre fenicio para el extremo oeste del Mediterráneo, donde Gibraltar se inclinaba para besar a Tánger. Los griegos y romanos lo llamaban Pilares de Heracles. Nina sabía por su amarga experiencia como estudiante que en cuanto a nombres, Knox era tan preciso como un cirujano cerebral.

—Estoy de trabajo hasta las cejas...

—Será mejor que me sincere, doctora Kirov —le interrumpió Knox—. Lo cierto es que necesito tu ayuda. Desesperadamente. Estoy harto de arqueólogos terrestres que se meten en la bañera con chanclos. Necesito a alguien que se zambulla en el agua. Se trata de una expedición de apenas doce personas. Tú serías la única submarinista.

La fama que tenía Knox de pescador con mosca no era inmerecida. Tras haberle puesto la conexión fenicia frente a la nariz, había preparado el anzuelo con su desesperada petición de ayuda y ahora iba cobrando sedal al sugerir que, como única submarinista, se llevaría todo el mérito de los hallazgos bajo el agua.

Nina podía ver la nariz rosada del profesor retorciéndose de gozo. Revolvió las carpetas que tenía sobre el escritorio.

—Tengo un montón de papeles...

Knox bloqueó el pase.

—Conozco tu trabajo en Chipre —dijo—. Por cierto, felicidades por impedir una crisis entre miembros de la OTAN. Me he encargado de todo. Tengo dos asistentes

muy competentes que estarán encantados de familiarizarse con la burocracia que hoy día constituye parte tan importante de la arqueología. Se trata de un estudio preliminar. Sólo durará una semana, como mucho diez días. Para entonces mis jóvenes secuaces te habrán puesto los puntos sobre las íes. No tienes que decidirte ahora. Te enviaré información por fax. Cuando le hayas echado un vistazo, llámame.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—De una hora. Adiós.

Nina colgó el auricular y soltó una carcajada. Una hora.

Instantes después el fax empezó a escupir papel como un volcán en erupción. Era el proyecto que Knox había presentado junto con la solicitud de fondos. Quería dinero para estudiar una zona que contenía ruinas grecorromanas o, posiblemente, de otras civilizaciones. El estilo negociador de Knox, una mezcla seductora de hechos y posibilidades, estaba destinado a hacer que su proyecto destacara por encima de los demás trabajos que pedían dinero.

Nina echó una ojeada al proyecto y miró el mapa.

La zona de estudio se hallaba entre la desembocadura del río Draa y el Sahara occidental, sobre la llanura litoral marroquí que se extendía entre Tánger y Essaouira. Tocándose los dientes con la punta del bolígrafo, examinó una sección ampliada del lugar. La costa era tan mellada que parecía que el cartógrafo hubiese sufrido hipo mientras la trazaba. Al reparar en la proximidad de las islas Canarias, se reclinó en el asiento y pensó en lo mucho que necesitaba volver a trabajar sobre el terreno si no quería volverse loca. Levantó el auricular y marcó un número.

Knox descolgó a la primera señal.

—Partimos la semana que viene.

Ahora, de pie frente a la laguna, las líneas y garabatos del mapa se habían materializado. Abrazada por dos tenazas de piedra rojiza, la cuenca era más o menos circular. Al otro lado se extendían unos bajíos que, cuando la marea bajaba, revelaban marismas. Miles de años atrás la laguna se abría directamente al océano. Sus aguas protegidas de forma natural probablemente habían atraído a marineros que anclaban en ella a la espera de que amaneciera o de que el tiempo mejorara. Cerca había un cauce seco que los lugareños llamaban *wadi*. Otra buena señal. Los asentamientos generalmente tenían lugar cerca de los ríos.

Desde la laguna, un sendero estrecho y arenoso atravesaba las dunas y desembocaba en las minas de un pequeño templo griego. El puerto habría sido demasiado angosto para las naves romanas y sus enormes embarcaderos. Supuso que los griegos utilizaban la ensenada como fondeadero temporal. La elevación de la costa no favorecía el transporte de mercancías tierra adentro. Había consultado viejos mapas y este lugar estaba a varios kilómetros de todo poblado antiguo conocido. Incluso hoy día el pueblo más cercano, un campamento berebér adormecido, estaba a quince kilómetros de distancia por un camino de tierra cubierto de baches.

Nina se protegió los ojos del sol y contempló un barco anclado costa afuera. El

casco, de color turquesa, llevaba escrita en el centro la palabra NUMA, las siglas de la Agencia Nacional Marina y Submarina de Estados Unidos. Se preguntó qué hacía un barco del gobierno estadounidense en una costa remota de Marruecos. Recogió su bolsa de malla y bajó la docena de escalones de piedra desgastada que la separaban del agua.

Se quitó la gorra de béisbol de la Universidad de Pensilvania y el sol iluminó unas trenzas del color del trigo recogidas en la nuca. Luego se sacó la holgada camiseta. El bikini floreado que llevaba debajo dejaba al descubierto un cuerpo de metro ochenta de estatura, constitución fuerte y piernas largas.

Nina había heredado su nombre, su rubia cabellera, su rostro ligeramente redondeado y una resistencia capaz de avergonzar a sus homólogos masculinos, de su bisabuela, una campesina fortachona que encontró el verdadero amor en un campo de algodón de Ucrania con un soldado del zar. De su madre georgiana provenían los ojos grises y rasgados, casi asiáticos, los pómulos altivos y la boca exuberante. Para cuando su familia emigró a Estados Unidos, el aerógrafo genético había estilizado la silueta femenina de las Kirov, estrechando las gruesas cinturas y afilando las amplias caderas hasta crear una silueta bella y saludable.

Nina extrajo de la bolsa una cámara digital Nikon protegida por una cámara de plástico Ikelight y comprobó la luz estroboscópica. Luego sacó una botella de aire comprimido, un chaleco hinchable, un traje isotérmico Henderson negro y morado, unos botines, unos guantes, una capucha, un cinturón de plomo, unas gafas de bucear y un tubo. Se puso el traje y se ajustó en la frente una linterna Niterider Cyclops que le permitiría tener las manos libres. Ajustó las hebillas del compensador y el cinturón de plomo. Por último, se ató al muslo un cuchillo Divex de dieciocho centímetros. Tras prender una bolsa de recolección al mosquetón, estableció la hora en su último juguete, un reloj Aqualand con indicador de profundidad.

A falta de un compañero que le repasara el equipo, Nina realizó la inspección de rutina dos veces. Luego se sentó en el escalón y, tras ponerse las aletas, entró en el agua antes de que el sol la asara en el interior del traje. El agua se coló entre la piel y el neopreno y enseguida alcanzó la temperatura del cuerpo. Comprobó la válvula reguladora principal y la de repuesto y penetró lentamente en la laguna nadando a braza.

El agua, tranquila y viscosa, era ligeramente salobre, pero a pesar de su superficie espumosa Nina agradeció la sensación de libertad. Mientras aleteaba suavemente los pies, sintió lástima por los arqueólogos terrestres de la expedición que en esos momentos se arrastraban sobre sus rodillas empuñando paletas y cepillos, los ojos irritados por la mezcla de sudor y polvo.

Un islote coronado por un grupúsculo anorético de pinos bajos protegía la entrada a la laguna desde el mar. Nina había planeado nadar directamente hasta el islote y bisecar la laguna. Exploraría cada mitad por separado, efectuando trayectos paralelos en ángulo recto con respecto a la línea del fondo. La trayectoria de

reconocimiento era similar a la utilizada para encontrar barcos naufragados en mar abierto. Sus ojos harían de magnetómetro. Las mediciones vendrían después. Ahora sólo quería hacerse una idea de lo que descansaba bajo el agua.

Una vez salvada la brumosa superficie, el agua era relativamente clara y Nina alcanzaba a ver el fondo. La profundidad no superaba los veinte pies. Eso le permitiría bucear y ahorrar oxígeno. Una serie de rectángulos de piedra cuidadosamente encajados aparecieron frente a ella. La vieja escalera seguía por debajo del agua hasta desembocar en un muelle. Era un hallazgo importante, pues revelaba que la laguna había sido en otros tiempos un auténtico puerto y no un fondeadero temporal. Probablemente el fondo estaba cubierto de restos de civilizaciones en lugar de basura arrojada por marineros de paso.

Muy pronto divisó unas líneas más gruesas y pilas de cascotes. Ruinas. ¡Bingo! Los almacenes o las oficinas del capitán del puerto. Decididamente, no era un fondeadero temporal.

De repente vio oscuridad y pensó que se hallaba al final del muelle. Pasó sobre un gran recuadro y se preguntó si se trataba de un depósito de peces, lo que los antiguos llamaban una «piscina». Demasiado grande. Más bien parecía una piscina olímpica.

Nina mordió la boquilla del regulador y se precipitó hacia el fondo. Avanzó por un lado del recuadro. Al llegar a la esquina, giró y siguió nadando hasta cubrir todo el perímetro. Tenía aproximadamente treinta metros de ancho y cuarenta y cinco de largo.

Conectó la linterna y se sumergió en el estanque. El suelo embarrado era totalmente llano y se hallaba a unos dos metros y medio del nivel del muelle. El haz de la linterna alumbró fragmentos de cerámica y escombros. Con ayuda del cuchillo, arrancó algunos cascos del lodo y, tras marcar la posición, los guardó en la bolsa. Descubrió un canal y lo siguió hasta desembocar en la laguna. La abertura era lo bastante grande para permitir el paso de un navío antiguo. El lugar tenía todas las características de un puerto artificial conocido como *cothon*. Descubrió varias gradas, todas suficientemente grandes para acoger barcos de más de quince metros de eslora, y una piscina auténtica, lo cual confirmaba su teoría sobre el *cothon*.

Dejó el muelle y siguió nadando utilizando el banco de arena que tenía a la derecha como punto de referencia. Nadó entre el islote y tierra firme hasta que encontró un malecón sumergido unos metros, hecho de paredes de piedra paralelas rellenas de escombros. En tiempos más secos habría conectado tierra firme con el islote.

Al llegar a éste, se despojó de su equipo de buceo y cruzó a pie las rocas punzantes. El islote tenía unos quince metros de ancho, casi el doble de largo, y era en su mayor parte llano. Los árboles que había visto desde la costa apenas le llegaban al mentón.

Junto a la entrada de la laguna había unos montículos de piedras, probablemente cimientos, y un círculo de adoquines. Era el lugar idóneo para un faro o una atalaya,

pues ofrecía al centinela una amplia vista del tráfico marítimo. Desde allí podía pedir a tierra firme defensores cada vez que apareciera una embarcación.

Nina entró en el círculo, subió por una escalera medio derruida y localizó el barco que poco antes había visto anclado costa afuera. Volvió a preguntarse qué hacía un barco del gobierno estadounidense en esa costa árida y solitaria. Se puso de nuevo el equipo de buceo. El entorno fresco y ligero del agua resultaba vigorizante, y Nina llegó a la conclusión de que sus antepasados marinos cometieron un gran error cuando treparon a tierra.

Cruzó a nado la entrada de la laguna. La otra península empezaba muy baja y se alzaba lentamente hasta formar un peñasco. La piedra rojiza caía directamente en el agua como la muralla de una fortaleza. Nina buceó hasta la base de la pared y buscó un sendero. Al no encontrarlo nadó hasta el extremo del promontorio, que terminaba en una plataforma rocosa. Una posición defensiva perfecta. Los arqueros podían descargar una lluvia de flechas sobre las cubiertas de cualquier invasor que pretendiera entrar en el puerto.

Cerca de la plataforma, una losa horizontal sobresalía de la roca como una marquesina de la edad de piedra. Debajo de la marquesina había un hueco del tamaño y la forma de una puerta. Nina se acercó y escudriñó la amenazante negrura. Entonces se acordó de la linterna y la encendió. La luz provocó un revuelo espectral. Retrocedió alarmada para luego dejar escapar una risa por el regulador. La colonia de peces plateados que habían hecho del túnel su hogar se habían sobresaltado más que ella.

Mientras su pulso se normalizaba recordó la advertencia del doctor Knox: no te juegues el cuello por una pepita de información que acabará en un tomo cubierto de polvo leído por unos pocos. Con un deleite diabólico, relató detalladamente el sino de algunos científicos que fueron demasiado lejos. Furbush fue devorado por caníbales. A Rozzini lo mató la malaria. O'Neil cayó por la grieta de un glaciar.

Nina estaba segura de que Knox se inventaba los personajes, pero tuvo en cuenta su advertencia. Estaba sola, sin cuerda salvavidas. Nadie sabía dónde se encontraba. Sin embargo, ese elemento de riesgo en lugar de intimidarla la seducía. Consultó el manómetro. Todavía le quedaba bastante oxígeno.

Se hizo la promesa de detenerse nada más cruzar la puerta. El túnel no podía ser muy largo, pues había sido cortado con herramientas primitivas. Hizo algunas fotos de la entrada y avanzó.

¡Increíble!, pensó.

El suelo era totalmente plano y las paredes lisas bajo la vegetación marina.

Continuó nadando, ajena a su promesa de seguir el sabio consejo de Knox. Ese túnel era la pieza arqueológica más bella que había visto en su vida, y más largo que un pasadizo similar de la ciudad sumergida de Apolonia.

Las paredes lisas terminaban abruptamente y daban paso a un túnel de superficie rugosa que se estrechaba y ensanchaba siguiendo una línea más o menos recta, con

pequeños pasillos a los lados y candelabros incrustados en las paredes. Los constructores habían prolongado el túnel natural con uno artificial. Nina admiró la habilidad y la determinación de los excavadores de la Edad de Bronce.

El pasadizo volvió a hacerse más ancho y liso. Animada por un destello verdoso en la distancia, Nina se escurrió por encima de una pila de rocalla. Nadó hacia la luz, la cual ganaba intensidad a medida que se acercaba.

En su búsqueda de información, ella se había arrastrado sobre pilas de guanos y cubiles protegidos por escorpiones de mal carácter. Por muy maravilloso que fuera aquel túnel, estaba deseando salir de él y suspiró aliviada cuando llegó al final. Nadó hasta una escalera, cruzó un arco y salió a un espacio abierto rodeado de cimientos derruidos.

Nina sospechó que el doctor Knox había sabido desde un principio lo que podía encontrar en la laguna, pero era imposible que conociera la magnitud del hallazgo. Nadie podía saberlo. Un momento, chica. Ordena tus ideas. Evalúa los detalles. Actúa como una científica, no como Huckleberry Finn.

Se sentó en una piedra y meditó sobre su descubrimiento. El puerto era probablemente una estación militar y comercial que mantenía a raya a los mercaderes extranjeros y protegía el transporte marítimo. Oyó un gruñido. Los sabuesos del escepticismo esperaban su plato de pruebas contundentes. Antes de llegar a alguna conclusión sobre su hallazgo, debía explorar y evaluar cada metro cuadrado del puerto.

Se aventuró a suponer que el puerto se había hundido debido a un cambio de placas tectónicas, quizá durante el gran terremoto del año 10 a.C. Los terremotos no eran tan frecuentes aquí como en el Mediterráneo, pero podían darse. Otro gruñido. Lo sé. Nada de conclusiones mientras no haya reunido todas las pruebas. Observó cómo las burbujas de sus exhalaciones subían a la superficie mientras pensaba que quizá hubiera una forma más rápida de llegar a la verdad.

Nina poseía un talento raro e inexplicable. Sólo había hablado de ello con sus amigos más íntimos, y lo había hecho en términos forenses, comparándose con un analista del FBI capaz de recrear la escena del crimen como si la hubiese presenciado. No eran poderes psíquicos, se dijo. Sólo un dominio extraordinario de su especialidad sumado a una memoria fotográfica y una gran imaginación. Parecido a los zahoríes que encuentran agua con una rama ahorquillada.

Descubrió su talento accidentalmente durante su primer viaje a Egipto. Había posado las manos sobre una de las enormes piedras de la gran pirámide de Kufu para absorber la enormidad de la increíble construcción cuando algo extraño y aterrador ocurrió. Todos sus sentidos se vieron asaltados por imágenes. La pirámide estaba a medio construir y en lo alto se apiñaban cientos de hombres —de piel oscura y vestidos con calzones— que subían piedras a través de andamios rudimentarios. La piel les brillaba a causa del sudor. Podía oír sus gritos y el chirrido de las poleas. Nina apartó la mano como si la piedra estuviera al rojo vivo.

—¿Paseo en camello, señorita? —le dijo una voz.

Nina parpadeó. La pirámide se elevó de nuevo hacia el cielo y los hombres morenos desaparecieron. Delante tenía a un camellero con una ancha sonrisa en el rostro. El hombre se inclinó sobre el pomo de la silla de montar.

—¿Paseo en camello, señorita? Le haré un buen precio.

—*Shukran*. Gracias, pero hoy no.

El camellero asintió tristemente y se alejó.

De vuelta al hotel, Nina dibujó la piedra y el sistema de poleas. Luego se lo enseñó a un amigo ingeniero, que contempló el dibujo y murmuró: «Que ingenioso». Acto seguido preguntó a Nina si podía robarle la idea para una grúa en la que estaba trabajando.

Después de Giza había tenido otras experiencias similares. No era algo que podía provocar o anular voluntariamente. Si recibiera una llamada del pasado cada vez que levantaba un objeto antiguo, estaría ingresada en un manicomio. Hacía falta que algo la arrastrara como si fuese un imán. En una versión reducida del Coliseo de Roma, las imágenes de dolor y pavor fueron tan reales, la arena empapada de sangre, los miembros cercenados, los gritos de los moribundos tan vívidos, que vomitó. Creyendo que estaba loca, pasó varias noches en vela. Tal vez era por eso que le desagradaban los romanos.

Esto no es un anfiteatro romano, se dijo. Antes de que pudiera cambiar de idea, nadó hasta el borde del muelle, colocó las manos sobre las piedras y cerró los ojos. Pudo ver a los estibadores transportando ánforas de vino y aceite, y el azote de las velas contra los mástiles, pero sólo eran imágenes. Soltó un suspiro de alivio. Eso le pasaba por interrumpir el proceso científico.

Hizo algunas fotos, decepcionada por no haber encontrado ningún barco hundido. Recogió más fragmentos de cerámica y encontró un ancla de piedra medio enterrada. Estaba haciendo las últimas fotos cuando vio que de la arena del fondo marino surgían unas protuberancias redondeadas.

Nadó hasta el lugar. Los bultos eran parte de un objeto mayor. Intrigada, se arrodilló y retiró la arena de una nariz de piedra que pertenecía a la escultura de una enorme cara. La escultura, de nariz chata y ancha, boca grande y labios carnosos, medía unos dos metros y medio desde el mentón hasta el pelo.

La cabeza llevaba puesta un casco. La expresión del rostro era ceñuda. Nina dejó de escarbar y deslizó los dedos por la piedra.

Los labios carnosos parecieron moverse.

«Tócame. Tengo mucho que contarte».

Ella retrocedió y contempló el rostro impassible. Aguzó el oído. «Tócame». Esta vez la voz sonó más débil, como ahogada por el burbujeo metálico de su respiración.

Llevas demasiado tiempo debajo del agua, se dijo.

Apretó la válvula del compensador. El chaleco hinchable empezó a llenarse de aire. Todavía sobresaltada, inició el lento ascenso hacia su mundo.

El hombre de tez morena y constitución robusta vio que Nina se acercaba al campamento y corrió hacia ella con un brazo extendido.

—¿Quiere que le lleve la bolsa, doctora Kirov? —preguntó Raúl González con su marcado acento español.

—Puedo sola... —Estaba acostumbrada a cargar con su equipo y, de hecho, prefería hacerlo.

—No me cuesta nada —dijo galantemente él, ampliando al máximo su sempiterna sonrisa.

Demasiado cansada para discutir, y porque no deseaba herir sus sentimientos, Nina le entregó la pesada bolsa. Raúl la levantó como si fuera un saco de plumas.

—¿Ha tenido un día productivo? —preguntó.

Ella se enjugó el sudor de los ojos y bebió un trago de limonada tibia. No era una profesora inconsciente. En una especialidad donde una cuenta o un botón pueden constituir un gran hallazgo, los arqueólogos aprenden a escudriñar hasta el más nimio de los detalles. No sabía qué pensar de González. Había observado algunas cosas en él, sobre todo cuando creía que nadie le miraba. Le había descubierto examinándola sin su infatigable sonrisa, con una mirada dura como el mármol. Nina era una mujer atractiva y solía atraer las miradas de los hombres. No obstante, González le había parecido más un león observando una gacela. Luego estaba esa sensación de que siempre lo tenía ahí, mirando por encima de su hombro. No sólo el de ella. González parecía acechar a todos los miembros de la expedición.

Nina estaba tan eufórica que descuidó su prudencia habitual.

—Sí, gracias —respondió—. Ha sido productivo. De hecho, muy productivo.

—No esperaba menos de una científica de su categoría. Estoy impaciente por escuchar su relato.

González dejó la bolsa frente a la tienda de Nina y se puso a pasear por el campamento como si fuera un inspector general.

Había contado a la gente que se había jubilado anticipadamente gracias al dinero ganado vendiendo inmuebles en el sur de California y que había decidido dar rienda suelta a su afición de arqueólogo. Aparentaba cincuenta años y medía varios centímetros menos que Nina. Su cabello era negro y brillante. Se había sumado a la expedición a través de TimeQuest, una organización que destinaba voluntarios de pago a excavaciones arqueológicas. Cualquier persona que tuviera dos mil dólares podía pasar una semana arrojando arena a un cedazo con una pala de plástico. Las quemaduras de tercer grado producidas por el sol iban incluidas en el precio.

Con ella y el doctor Knox, el grupo sumaba diez personas en total. González, naturalmente. El señor y la señora Bonell, un matrimonio mayor de Iowa enviado por

otra organización de pago. Y, con gran pesar para Nina, el insufrible doctor Fisel del Departamento de Antigüedades de Marruecos, del que se decía que era primo del rey. El grupo lo cerraban el joven ayudante de Fisel llamado Kassim, un cocinero y dos conductores bereberes que también ayudaban en la excavación.

La expedición se había encontrado en Tarfaya, un puerto petrolífero del sur. El gobierno marroquí había alquilado a una compañía petrolífera tres furgonetas Renault de nueve plazas para transportar a la gente y el equipo. Los vehículos habían viajado por carreteras polvorientas, siguiendo la llanura de la costa, a lo largo de 320 kilómetros.

Salvo por algún que otro asentamiento berebér, casi toda la región estaba despoblada. El territorio había permanecido inexplorado hasta que Mobil y otras compañías decidieron buscar yacimientos de petróleo costa afuera.

El campamento estaba situado detrás de las dunas, en un campo reseco salpicado de chumberas, junto a una llanura que se extendía hasta un lejano altiplano. Algunos olivos de aspecto lastimoso conseguían succionar suficiente humedad de la tierra reseca para mantener su desdichada existencia. Si proyectaban alguna sombra era, en su mayor parte, psicológica. Las tiendas estaban próximas a una pila de cascotes y columnas desplomadas, el lugar donde estaban llevando a cabo la excavación.

Nina entró en una de las cúpulas de nailon dispuestas en círculo sobre la arena. Se lavó la cara y se puso una camiseta y unos pantalones cortos limpios. Salió fuera, se sentó en una silla plegable con su cuaderno de dibujo y, a la luz del atardecer, procedió a realizar bocetos de sus hallazgos. Había cubierto varias páginas cuando empezó a llegar la gente de la excavación.

El doctor Knox tenía la camisa y los pantalones cubiertos de polvo y sudor y las rodillas arañadas de tanto arrastrarse por el suelo pedregoso. La nariz, roja como una gamba, empezaba a pelársele. La transformación de Knox resultaba impresionante. En clase vestía impecablemente, pero una vez en el terreno se lanzaba a la excavación como un niño en un pozo de arena.

—Menudo día —rezongó mientras se quitaba el casco—. Me temo que tendremos que excavar otros seis o siete metros para encontrar algo anterior a la rebelión rifeña. Y si piensas que trabajar conmigo es todo un desafío, te reto a que trabajes con ese burro pomposo de Fisel. —El regocijo de estar en una excavación restaba veracidad a sus gruñidos—. Tú, en cambio, pareces muy relajada. ¿Cómo fue...? No importa, lo veo en tus ojos. Cuéntamelo todo, Nina, o te daré trabajo extra.

El uso del nombre de pila transportaba a Nina a sus días de estudiante. Viendo la oportunidad de vengarse de las mofas amables que había soportado en clase, preguntó:

—¿No te gustaría lavarte primero?

—No, no me gustaría. Por todos los demonios, no seas sádica, jovencita. No es propio de ti.

—Lo aprendí de un buen maestro —respondió Nina con una sonrisa—. No te

impacientes, profesor. Acerca una silla mientras sirvo té frío y te lo contaré todo.

Poco después Knox estaba sentado a su lado, escuchando con la cabeza algo ladeada. Nina describió su exploración, omitiendo únicamente el hallazgo de la cabeza esculpida. No sabía por qué, pero le incomodaba hablar de ella. Quizá en otro momento.

Knox sólo abría la boca para instarla a que siguiera hablando cada vez que ella se detenía para recuperar el aliento.

—Lo sabía, lo sabía. Sigue, sigue.

—Eso es todo —dijo finalmente Nina.

—Buen trabajo. ¿Conclusión?

—Creo que era un puerto muy antiguo.

—Naturalmente —respondió él con fingida irritación—. Lo supe nada más ver las fotos aéreas de tu charca hechas por una compañía petrolera. Todo lo que nos rodea en cien metros a la redonda es antiguo. Pero ¿cuánto?

—¿Te has olvidado de tus escépticos sabuesos? —repuso Nina.

Encantado con el juego, Knox se frotó las manos.

—Imagina que el cazador de sabuesos ha capturado a las molestas criaturas y ahora éstas descansan felizmente en una jaula. ¿Cuál es, querida, tu hipótesis?

—Si me lo pones así, mi opinión es que se trata de una estación militar y comercial fenicia.

Alargó el cuaderno de dibujo y los fragmentos de cerámica. Knox acarició amorosamente los cantos de los cascos. Luego examinó los dibujos con los labios apretados.

—Creo —dijo con placer— que debemos contárselo al querido doctor Fisel.

Garniel Fisel se hallaba sentado bajo una sombrilla. Su rechoncho cuerpo ocultaba la silla que lo sostenía. Sus ropas, de color tostado, hacían juego con su piel y le daban el aspecto de una manzana acaramelada. Sobre su mesa descansaban algunos cascos de la excavación que, cual Sherlock Holmes, estaba examinando con una lupa. A su lado tenía a Kassim, su joven ayudante, teóricamente estudiante, que hacía, sobre todo, de chico para preparar y servir el té.

—Buenas tardes, doctor Fisel. La doctora Kirov ha hecho algunas averiguaciones interesantes —explicó un Knox radiante.

Fisel levantó la vista como si un molesto mosquito acabara de posarse en la punta de su nariz. Estaba acostumbrado a la presencia femenina en el lugar de trabajo. Muchas mujeres marroquíes trabajaban. Con todo, le costaba relacionarse con una mujer que poseía su misma categoría académica, le superaba en títulos y era treinta centímetros más alta. Como arqueólogo terrestre, Fisel estaba a merced de Nina en lo referente a la excavación submarina, y le desagradaba no tener el pleno control de la situación.

Ella fue al grano.

—Creo que aquí había un puerto fenicio, pequeño pero importante.

—Más té, Kassim —ordenó Fisel. Luego, como si Nina no estuviera, se volvió hacia Knox—. Su ayudante tiene una gran imaginación. Supongo que usted ya le habrá contado que hemos hallado restos griegos y romanos. —Hablaba de una forma nerviosa y precipitada, como si disparara las frases con una ametralladora.

Hasta ahora Nina había tratado con deferencia a Fisel, pero ya no podía seguir ignorando su mala educación.

—En primer lugar, no soy la ayudante del doctor Knox —dijo fríamente—. Soy su colega. En segundo lugar, aunque no dudo de la influencia grecorromana, el principal centro de actividad estaba en el agua, no en tierra. Y era fenicio.

El cuaderno de dibujo cayó con un ruido seco sobre la mesa y Nina señaló el boceto del *cothon*.

—Los fenicios eran los únicos que construían puertos artificiales como éste sobre tierra firme. Estoy segura de que estos cascos revelarán la época.

Vació sobre la mesa los fragmentos de cerámica sin importarle que pudieran mezclarse con los demás. Fisel levantó lentamente cada uno de ellos para examinarlos. Al cabo de unos minutos alzó la vista. Pese a los esfuerzos por ocultar su entusiasmo, sus ojos palpitaban con fuerza tras los gruesos cristales de las gafas.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Supongo, doctor Knox, que no aceptará esto como prueba definitiva de la teoría de la doctora Kirov.

—Por supuesto que no. Hay mucho trabajo que hacer, y la doctora Kirov lo sabe tan bien como nosotros. Con todo, tiene que reconocer que es un buen comienzo.

Creyendo haber detectado una grieta en la defensa de Knox, la expresión ceñuda de Fisel dio paso a una sonrisa de catorce quilates.

—No puedo reconocer nada mientras no tenga buenas razones para hacerlo.

Kassim llegó con un vaso de té caliente. Fisel hizo una inclinación de la cabeza y levantó la lupa. La audiencia con el primo del rey había terminado.

—¡Cerdo arrogante! Sabe perfectamente que tengo razón —dijo Nina mientras se alejaban, hirviendo de indignación.

Knox se echó a reír.

—Creo que Fisel está totalmente de acuerdo con tus hallazgos y no perderá ni un minuto en notificarlos.

Nina agarró al profesor del brazo.

—Entonces ¿por qué tanta comedia?

—Oh, está muy claro. Fisel quiere atribuirse el mérito de tu hallazgo.

—¿De veras? —Ella echó a andar de nuevo hacia la tienda de Fisel—. Si cree que va a salirse con la suya...

—Un momento, querida. Te prometí que te llevarías el mérito de todos tus descubrimientos bajo el agua y lo dije en serio. Recuerda que nosotros tenemos el mejor naipe. Tú eres la única persona de esta expedición que sabe bucear.

—Fisel podría traerse sus propios submarinistas.

—Podría. Por muy bajo, gordo, calvo y miope que sea, tiene un gran peso, figurada y literalmente, en el departamento de antigüedades. Es posible que se haga traer todos los recursos que necesita, pero entretanto quiero que termines tus bocetos, clasifiques las piezas y prosigas tu estudio utilizando métodos científicos.

Nina no parecía muy convencida.

—¿Y si intenta impedir que siga buceando?

—Esta es una expedición conjunta. Él y yo ostentamos el mismo cargo. Sólo podrá actuar si recibe una autorización, y eso tardará días. Si crees que los trámites burocráticos en nuestro país son interminables, piensa en la fuerte influencia que ha recibido Marruecos de los franceses, los inventores de la palabra *bureaucrat*. Me encargaré de alimentar el ego de Fisel. Debo pedirte un favor difícil. Quiero que atribuyas a Fisel cierto mérito sobre tus hallazgos en el caso de que resulten realmente fenicios. Después de todo, es su país el que estamos excavando.

Nina se permitió una sonrisa.

—Tienes razón. Lamento haber saltado de esa manera. Ha sido un día duro.

—No tienes que disculparte. Fisel es un imbécil, pero le recordaré que si no cuenta con nuestra colaboración para hacer de esto un hallazgo conjunto, otro imbécil, pero de rango superior, le robará el mérito.

Nina le dio las gracias, le besó en la mejilla y regresó a su tienda. Trabajó en los bocetos hasta el anuncio de la cena. En la mesa, Fisel evitó su mirada. El matrimonio de Iowa, que había desenterrado el mango de una jarra de agua intacto, era el centro de atención, de modo que nadie reparó en Nina cuando se disculpó y regresó a su tienda.

Una vez hubo redactado el informe sobre sus hallazgos en su ordenador portátil IBM, abrió el cuaderno y fotografió los dibujos con su cámara digital. Acto seguido introdujo las imágenes en el ordenador. La claridad era impecable.

—Bien, Fisel, a ver cómo te atribuyes el mérito después de esto.

El ordenador estaba conectado a un maletín que contenía un teléfono vía satélite. El equipo, alimentado por energía solar, le había costado un riñón, pero le conectaba con su centro de operaciones desde cualquier lugar del mundo. Tecleó un número y envió el paquete de palabras y fotografías electrónicas por el éter hasta un satélite de comunicaciones Inmarsat de baja órbita que retransmitió la información a una parabólica. Ésta la introdujo a la velocidad de la luz en la base de datos de la Universidad de Pensilvania.

Apagó el ordenador y celebró que sus informes y fotografías descansaran seguros en el banco de datos de la universidad. No sabía que también en la autopista de la información existían desvíos peligrosos.

San Antonio; Texas

En los planos oficiales, la habitación sin ventanas, situada casi en la cima del edificio de oficinas acristaladas junto a las apacibles aguas del río San Antonio, no existía. Ni siquiera los inspectores municipales sabían que estaba allí. Los subcontratistas que habían instalado las paredes insonorizadas, los circuitos eléctricos independientes y los cierres de seguridad activados por la voz recibían buenas sumas de dinero por mantener la boca cerrada. Si les parecía extraño construir una puerta secreta en la ducha de un cuarto de baño privado, se guardaban su opinión.

La decoración de la estancia era tan funcional como la de un laboratorio. Paredes desnudas de color beige. Una hilera de ordenadores y grandes pantallas IBM, una caja fuerte y, en el centro, una mesa de trabajo. Frente a un ordenador había un hombre de rostro duro bañado por la fría luz de la pantalla. Tras recorrer varias páginas se detuvo ante unos bocetos.

Con un golpecito de cursor amplió un dibujo. Sus ojos azules absorbieron hasta el último detalle. Tras consultar todo el archivo, lo copió en un disquete y pulsó la tecla de imprimir. Mientras la impresora zumbaba, introdujo el disquete en un sobre y lo guardó en la caja fuerte. Luego metió el documento impreso en una carpeta, cruzó la ducha, abrió la puerta de su despacho y activó el interfono.

—Necesito unos minutos lo antes posible —dijo.

—Dispone de diez minutos entre cita y cita —respondió una voz femenina.

El hombre salió del despacho y penetró en un laberinto de pasillos enmoquetados. De mandíbula cuadrada y pómulos elevados, medía metro ochenta y no era joven, pero la única concesión que había hecho a la edad era el pelo blanco cortado al rape y una ligera inclinación de los hombros. Mantenía el cuerpo fuerte y ágil gracias a un régimen espartano de alimentación y ejercicio. Como raras eran las veces que sonreía o fruncía el entrecejo, su rostro apenas tenía arrugas en torno a la boca y los ojos.

La planta contenía las oficinas administrativas de la compañía y sólo tenían acceso a ella las personas cuyas manos y voz estaban registradas. Las áreas de trabajo se hallaban en otras plantas, y no tropezó con nadie hasta que llegó a la espaciosa zona de recepción.

El suelo y las paredes del vestíbulo estaban decorados con estampados indios en tonos rojos, marrones y verdes. Detrás de la recepcionista había un mural semiabstracto con figuras de piel morena y plumas de quetzal gigantes tan entremezcladas que era difícil saber si se trataba de un sacrificio humano o de un cóctel. La recepcionista, sentada a un escritorio que parecía flotar sobre un mar naranja, vivía ajena al drama representado a su espalda.

El hombre se detuvo y miró hacia una puerta de madera labrada con docenas de cuerpos atormentados que ardían en el infierno.

—El señor Halcón le recibirá ahora mismo —dijo la recepcionista, una mujer de mediana edad seleccionada por su dulzura, eficiencia e incuestionable lealtad.

La puerta daba a un despacho esquinado, casi tan amplio como la recepción y decorado con más temas centroamericanos. Halcón estaba de espaldas a la puerta y de cara a un ventanal que iba del suelo al techo.

—Señor, si tiene un momento.

Halcón se volvió para mostrar una nariz aguileña sobre un rostro angosto, el perfil que le había valido su apodo en la plaza de toros.

—Acércate, Guzmán —dijo.

Guzmán cruzó la estancia. Halcón tenía unos cuarenta y cinco años y era unos centímetros más alto que Guzmán. Era delgado, de aspecto casi frágil, pero, como todo lo demás en él, las apariencias engañaban. Cediendo a su papel de hombre de negocios, hacía tiempo que se había cortado la coleta de matador, afeitado las patillas a lo Valentino y colgado el traje de luces. No obstante, bajo su elegante traje todavía se ocultaba el cuerpo del cruel matador conocido como Halcón, verdugo de docenas de toros bravos. Los aficionados que siguieron su breve pero fulgurante carrera sólo tenían como queja que los golpes de gracia del Halcón, si bien tremendamente precisos, carecían de pasión.

—¿Sabes por qué decidí construir este despacho justamente aquí, Guzmán?

—Me atrevería a decir, don Halcón, porque desde aquí puede ver todas sus empresas.

Halcón sonrió.

—Una respuesta honesta, como cabría esperar de mi viejo guardián, pero no muy halagadora.

—Lo siento, don Halcón, no pretendía ofenderle.

—Y no lo has hecho. Ha sido una suposición lógica, aunque errónea. —La sonrisa de Halcón se desvaneció y su voz adquirió el tono acerado de la gente peligrosa—. Elegí este despacho porque desde aquí veo la misión de San Antonio de Valero. Me hace ver el pasado, el presente y el futuro. —Señaló la ciudad a través del cristal tintado—. A veces miro por la ventana y pienso en los giros inesperados que puede dar la historia como consecuencia de las acciones de unos pocos. El Álamo fue una derrota para sus defensores, pero también constituyó el principio del final para el general Santa Anna. Fue capturado en San Jacinto y en un combate decisivo Texas se independizó de México. La lección es evidente, ¿no crees?

—No sería la primera vez que la muerte de un puñado de mártires derriba a los poderosos.

—Exacto. Y no será la última. Lo que ocurrió una vez puede volver a ocurrir. El Álamo tenía 183 defensores frente a seis mil soldados mejicanos, lo cual demuestra que la determinación de unos pocos puede transformar el mundo de muchos.

Se detuvo, absorto en sus pensamientos, con la mirada clavada en la ciudad que se extendía a sus pies. Luego se volvió hacia Guzmán como si despertara de un sueño.

—¿Para qué querías verme?

—Hay un asunto importante, señor —dijo Guzmán tendiéndole la carpeta—. Acabo de interceptar esta transmisión entre Marruecos y la Universidad de Pensilvania.

Halcón contempló el dibujo y murmuró:

—Extraordinario. ¿Seguro que no hay ningún error?

—Nuestro sistema de vigilancia es prácticamente infalible. Como ya sabe, todas las expediciones arqueológicas del mundo solicitan fondos y voluntarios a TimeQuest, nuestra fundación, y los proyectos más prometedores reciben prioridad. Los ordenadores acceden automáticamente a todas las transmisiones efectuadas desde el terreno a sus sedes centrales y busca las contraseñas o los mensajes enviados por fax, télex y correo electrónico.

—¿Cuenta la Hermandad con un observador directo?

—Sí. González está allí.

—Excelente —dijo Halcón—. González sabe qué debe hacer.

Guzmán sonrió y, cuando se volvió para marcharse, sus labios parecieron esbozar una sonrisa ladeada. Con todo, era sólo el efecto engañoso de una cicatriz que le cruzaba la cara desde el pómulo derecho hasta la comisura del labio.

Marruecos

Nina colocó la cámara frente a las gafas de bucear, encuadró el muro en el visor y apretó el disparador. La cámara ronroneó suavemente. La última imagen que necesitaba para el mosaico. Por fin.

Despejó el agua del tubo con un fuerte soplido y regresó a la escalera nadando de costado. Trazar el plano del fondo marino sin ayuda de nadie había sido una tarea tediosa. Lo primero que hizo fue extender boyas de plástico siguiendo el patrón del tres en raya para orientarse. Luego el trabajo consistía en nadar, detenerse y disparar, una y otra vez. Llevaba el plano del puerto grabado en la mente. Si el agua hubiese retrocedido milagrosamente, habría sido capaz de pasearse con los ojos vendados por el viejo muelle sin tropezar con una sola pared.

La tarea de unir las imágenes hasta formar un plano sería formidable. Había intentado hacer coincidir los márgenes de las fotos guiándose por las boyas, que había marcado en la base para distinguirlas. Un sistema rudimentario donde los haya, pero suficiente por el momento. Nina no iba en busca de la precisión científica. Quería algo con efecto que hiciera soñar a la panda de roñosos que controlaban el dinero de las expediciones con titulares en la portada del *USA Today* y artículos en el *Time* y *Mistérios no resueltos*.

Se quitó el equipo de buceo. Mientras se secaba con una toalla decidió que retiraría las boyas al día siguiente. Si pasaba más tiempo dentro del agua se arrugaría como una pasa. Luego echó a andar por el sendero que conducía al campamento. Tenía buenas razones para estar contenta. Había adelantado mucho trabajo.

El resto del equipo seguía en la excavación y el campamento estaba desierto. O casi. Nina se dirigía a su tienda cuando vio a González hablar con una persona subida a un *jeep*. Al acercarse, el vehículo arrancó y Nina no pudo ver la cara del conductor.

—¿Quién era? —preguntó contemplando la nube de polvo levantada por los neumáticos.

La sonrisa automática de González se activó como si hubiese apretado un interruptor.

—Alguien que se había extraviado. Le he indicado el camino.

¿Extraviado? Ni que estuvieran en una autopista con diferentes salidas. El campamento estaba en pleno desierto, rodeado de tierra solitaria que sólo atraía a un puñado de locos desenterradores de huesos. Para poder perderse aquí había que hacer un esfuerzo. Al principio, al ver el *jeep*, había pensado que podía tratarse de un enviado de Fisel, de modo que aunque no se tragaba la explicación de González, le tranquilizó oírlo.

Durante el desayuno el doctor Fisel había informado de la llegada de un grupo de submarinistas marroquíes en cuestión de días. «Aconsejó» enérgicamente a Nina que limitara sus exploraciones para no perturbar la zona. Nina se inclinó sobre la mesa y prácticamente le clavó el mentón en la cara. Una cámara no podía considerarse una intrusión, dijo con calma, aunque también con tal fiereza en la mirada que el doctor Knox se quejó más tarde de que se le habían formado carámbanos en el bigote. Fisel recordó a todo el mundo su propio deber para con su primo el rey y acto seguido pronunció una disculpa poco convincente, asegurando que sólo quería conservar la integridad del lugar.

Nina tenía que reconocer que también ella estaba actuando taimadamente. Había extraído piezas de las ruinas, algo censurable, y para colmo a espaldas de Fisel y Knox. El doctor marroquí tampoco sabía que Nina había enviado sus primeros hallazgos al banco de datos de la Universidad de Pensilvania. La cabeza de piedra también seguía siendo su secreto. Nina meditó sobre semejante conducta, tan impropia de ella. Tiempos difíciles exigían medidas difíciles.

Kassim, el ayudante de Fisel, la saludó desde lejos. Un poco bobo, pero en el fondo buen chico. Disfrutando la tranquilidad del entorno, Nina entró en su tienda y se puso ropa seca. Encendió el ordenador y advirtió que la señal de correo electrónico parpadeaba. El mensaje era de la doctora Elinor Sanford, la profesora de la Universidad de Pensilvania a quien Nina había dirigido su transmisión por ordenador.

Sandy Sanford y Nina fueron compañeras de universidad hasta la especialización. Sandy optó por los estudios mesoamericanos, alegando que su elección tenía que ver más con la gastronomía que con la cultura. Prefería los burritos al cuscús. Tal vez sus gustos culinarios pudieran ponerse en entredicho, pero no sus conocimientos. Acababa de ser nombrada directora del museo de la universidad. Nina leyó el mensaje:

¡Felicidades, Nina! No es preciso que me traigas la cabeza de Aníbal para convencerme de que has descubierto un puerto fenicio. Ojalá pudiera enseñar la fabulosa información que me has enviado al equipo Jurásico del departamento de arqueología. Podría iniciar otra guerra púnica. Pero respetaré tus deseos y callaré. ¿Qué opina el Gran Profesor? Estoy deseando verte. Mantente seca. Un beso, Sandy.

Había más.

P.D. Dibujo de la gran cabeza de piedra. Una broma, ¿verdad? Ya lo entiendo, me estás poniendo a prueba. Consulta tu línea de fax.

Nina pulsó la función de fax. La foto de un rostro de piedra apareció en la pantalla.

Al principio creyó que era la estatua de la laguna, pero junto a ella estaba el dibujo que había enviado. Contempló la pantalla sin dar crédito a sus ojos. Ambas caras eran idénticas. Siguió rastreando. Aparecieron otras cabezas que podrían haber sido talladas por el mismo escultor. Salvo algunos detalles, como por ejemplo los tocados, poseían la misma mirada triste, la misma nariz ancha y los mismos labios carnosos e impasibles. Debajo de la imagen había otra nota de Sandy:

Hola otra vez. Bienvenida a uno de los misterios mesoamericanos más duros de pelar. En 1938 la National Geographic Society y el Instituto Smithsonian enviaron una expedición a México para investigar unos informes sobre unas cabezas de basalto gigantes enterradas hasta las cejas. Encontraron once figuras de estilo africano como ésta en tres excavaciones de La Venta, centro sagrado de la civilización olmeca situado a 30 kilómetros del golfo de México. Medían entre dos y tres metros y pesaban cuarenta toneladas cada una. No está mal si tenemos en cuenta que la cantera se hallaba a 15 kilómetros y las cabezas fueron transportadas por tierra sin el uso de la rueda ni de animales de tiro. Todas tenían ese curioso casco que recuerda a los jugadores de la liga de fútbol americano. Pero dime ¿qué hace una chica como tú metida en un asunto mesoamericano?

Nina escribió una respuesta rápida:

Gracias por la información. Superinteresante. Regreso la próxima semana. Hablaremos entonces. Un beso, Nina.

Pulsó *enviar*, apagó el ordenador y se reclinó en su silla.

¡Una cabeza olmeca! Tranquilízate, señorita. Repasa los hechos. La figura que había encontrado en la laguna tenía rasgos africanos. ¿Y qué? Esto es África, ¿o no? Pero eso no explicaba la similitud con las figuras mejicanas halladas a miles de kilómetros de allí. Dos hipótesis podían justificar el parecido. Tal vez las figuras de La Venta fueron talladas en África y trasladadas a México. Poco probable, teniendo en cuenta que pesaban cuarenta toneladas cada una. La otra teoría no era mucho mejor: que una de las figuras talladas en La Venta hubiese sido trasladada a África. Ambas posibilidades tenían un problema: la época. Las cabezas habían sido esculpidas muchos siglos antes de que Colón cruzara el océano Atlántico.

Caray, pensó Nina, estoy pensando como una «difusionista».

Miró por encima de su hombro, como si temiera que alguien escuchase sus pensamientos. El difusionismo era un billete sin retorno hacia el olvido para una arqueóloga moderna. Los difusionistas opinan que las culturas no evolucionan

aisladamente, sino que se difunden de un lugar a otro. Las similitudes entre el Viejo y el Nuevo Mundo siempre habían intrigado a Nina. Los entusiastas de los ovnis y la Atlántida enturbiaban las aguas al sugerir que las pirámides y las líneas de Nazca eran producto de seres extraterrestres o de continentes desconocidos. Una difusionista era una perdedora por partida doble. Ya tenía bastantes problemas con ser mujer en un mundo de hombres.

La teoría difusionista siempre se había enfrentado a un obstáculo: la ausencia de pruebas científicamente comprobables que demostraran que existió contacto entre uno y otro hemisferio antes de Colón. La gente podía insistir cuanto quisiera en el parecido que compartían las pirámides de Egipto, los templos de Camboya y las pirámides mejicanas. Pero nadie había encontrado un solo objeto que los relacionara. Hasta ahora. Y en un puerto fenicio. ¡Dios mío!

Menuda se iba a armar. Podría ser el descubrimiento más importante desde la tumba de Tutankamón. La historia de la arqueología se pondría patas arriba. La cabeza de la laguna demostraba que existía un vínculo entre el Viejo y el Nuevo Mundo dos mil años antes de que Colón le sacara tres naves a la realeza española. ¡Basta! Nina apretó el freno justo al borde del precipicio. Tenía que analizar el asunto con frialdad. Espantó un par de moscas y se tumbó en el camastro. Trató de dejar la mente en blanco concentrándose en la respiración. Al cabo de un rato la despertó la campana que anunciaba la cena.

Salió de la tienda bostezando y frotándose los ojos. Una magnífica puesta de sol, violeta y dorada, estaba en camino. Una vez en el comedor se sentó en un extremo de la mesa, frente a Fisel, que parecía un rey rodeado por su corte. El mismo bla bla bla de siempre. Desconectó y se embarcó en una agradable charla con la pareja de Iowa. Regresó a su tienda antes del postre y se plantó delante del ordenador.

Trabajó hasta muy tarde redactando el texto para el mosaico fotográfico. Cuando lo hubo terminado, todo el mundo se había retirado ya a sus respectivas tiendas. Se puso el camisón de franela mientras se felicitaba por haberlo incluido en el equipaje. Los días eran calurosos y secos, pero por la noche llegaba del mar una brisa fresca. Se deslizó bajo la manta mientras oía las risas y conversaciones en árabe del personal que estaba recogiendo el comedor. Poco después se hizo el silencio. La gente se durmió.

Menos Nina. Tumbada en el camastro, lamentó haber dormido siesta. El fax de Sandy también era otro motivo de su desvelo. Empezó a dar vueltas hasta que finalmente se sumió en un sueño ligero, pero el chisporroteo de la hoguera la despertó. Abrió los ojos y contempló el vacío. Estaba claro que no iba a dormir.

Se puso las sandalias y, con la manta sobre los hombros, salió de la tienda. Una rama de olivo ardía en la hoguera envuelta en una lluvia de chispas. De las tiendas colgaban lámparas de propano por si alguien sentía la llamada de la naturaleza durante la noche.

Nina contempló la negrura del cielo. Llevada por un impulso, sacó una linterna de

su mochila y echó a andar hacia la laguna. Las tumbas brillaban como el peltre bajo la media luna. Se sentó en el peldaño superior de la escalera y observó el reflejo del satélite en el agua.

Sobre el océano resplandecían unos puntos amarillos. El barco de la NUMA, con su casco turquesa, debía de seguir allí. Respiró profundamente. La noche olía a agua estancada, vegetación putrefacta, ciénaga y vejez. Cerró los ojos y escuchó. En las profundidades de su imaginación sonó el golpeteo de unas velas de cuero contra mástiles de madera y el gruñido de marineros en calzones transportando ánforas llenas de vino y aceite. El frío aire horadó la manta. Nina se estremeció y comprendió que había perdido la noción del tiempo. Despidiéndose de la laguna con la mirada, inició el regreso al campamento.

Al alcanzar las dunas oyó un ruido extraño, el grito de un pájaro o algún animal. Otro. No se trataba de ningún animal. Era un grito humano. Alguien asustado o herido. Atravesó las dunas a todo correr hasta que el campamento apareció ante sus ojos.

Unas figuras armadas y vestidas de negro empujaban a los miembros de la expedición. Divisó al matrimonio de Iowa. La mujer tropezó y cayó al suelo. Un hombre la agarró del pelo y la arrastró mientras ella gritaba. Su marido trató de impedirlo, pero otro hombre le golpeó con una porra hasta dejarlo sangrando en el suelo.

El profesor Knox salió en pijama de la tienda y miró alrededor. Nina estaba lo bastante cerca para ver su expresión de perplejidad. La silueta inconfundible del doctor Fisel apareció y alguien lo empujó contra Knox. Fisel empezó a gritar en tono desafiante, pero los gritos y los lamentos de fondo impidieron a Nina comprender lo que decía. Casi todos los miembros de la expedición estaban fuera de sus tiendas, apiñados y aterrorizados. Nina vio a los conductores y al cocinero. No había ni rastro de González.

Los agresores detuvieron su brutal ataque y retrocedieron. Knox había recobrado la dignidad y permanecía de pie, inmóvil y con la cabeza bien alta. Su rostro parecía tener mil años. Fisel intuyó lo que se avecinaba. Gritó algo en árabe, pero sus palabras se perdieron en el estruendo de los disparos.

La lluvia de balas había barrido a Fisel y a los demás como una guadaña. Pese a la intensidad de la descarga, de la montaña de cuerpos todavía brotaban gemidos. Las pocas esperanzas que Nina abrigaba de que quedaran supervivientes se diluyeron cuando dos hombres se acercaron a los cuerpos moribundos y dispararon. Los gemidos cesaron. Ya sólo se oía el chisporroteo del fuego.

Nina apenas podía respirar. Tenía la boca paralizada y el corazón le palpitaba desbocadamente. Notó la cena en la garganta y luchó por impedir el vómito. Quería huir. Los asesinos no tardarían en divisarla, pero sentía que estaba pegada a la tierra, demasiado asustada para correr.

Una figura asomó por detrás de una tienda y corrió hacia ella. ¡Kassim! Debió de

estar fuera cuando la banda llegó. Al verle, los asesinos alzaron sus armas y uno de los hombres le persiguió.

Poseído por el miedo, Kassim se precipitó directamente hacia Nina sin verla. La habría derribado si no llega a tropezar. Mientras trataba de levantarse su agresor se le echó encima, le aferró el mentón y le levantó la cabeza. En el aire brilló el destello metálico de un cuchillo. El hombre rebanó la garganta del muchacho como si fuera una piña. El grito de Kassim murió en una gárgara cuando, obturados los pulmones, se ahogó en su propia sangre.

El asesino se levantó y vio a Nina. Llevaba un turbante en la cabeza que sólo dejaba ver unos ojos llenos de odio. Con la mirada afilada, fue hacia ella empuñando el cuchillo ensangrentado.

Nina se quitó la manta de los hombros y, sujetándola con las dos manos, la lanzó contra la cara de su agresor. Sorprendido, el hombre intentó detener el golpe con el brazo izquierdo. Nina le envolvió la cabeza con la manta y le clavó la rodilla en la entrepierna.

—¡Aaaahhh!

Consciente de que el grito la había delatado, repitió el golpe, esta vez contra el mentón. Su agresor cayó al suelo.

Los otros, alertados, echaron a correr hacia Nina, pero la demora le había dado ventaja. Se volvió como un ciervo asustado y huyó por piernas.

A su espalda oyó gritar «¡Cogedla! ¡Que no escape!».

Perdió una sandalia y se deshizo de la otra. Descalza, cruzó las dunas que descendían suavemente hacia el agua. Pisó lo que parecía un trozo de madera o una piedra afilada y sintió un dolor punzante. Cayó sobre una rodilla, se mordió el labio para ahogar un grito y siguió corriendo con un pie cojo.

Al pasar junto a las tumbas pensó en ocultarse allí, pero comprendió que era un escondite demasiado obvio. Si la atrapaban no tendría escapatoria. Decidió correr por la costa y retroceder. En ese momento la luz de unas linternas horadó la oscuridad. Los agresores habían intuido las intenciones de Nina. Tomándose su tiempo, se distribuyeron por la cadena de dunas para cortarle el paso.

Corrió hacia la escalera de la laguna. Los asesinos estaban cerrando el cerco. Le darían alcance en pocos segundos.

El cerebro de Nina trabajaba febrilmente. Podía lanzarse al agua y bucear, pero eso sólo retrasaría lo inevitable. Cuando emergiera para respirar, los asesinos la acribillarían. Tenía que permanecer sumergida hasta hallarse fuera de tiro. Imposible.

No. Había una forma. Echó a correr por la costa rocosa. Sus ojos escudriñaron el agua hasta atisbar una boya naranja.

Las linternas parecían surgir de todas direcciones. Pronto la tendrían rodeada.

Con los brazos extendidos, Nina saltó al vacío. Se zambulló a una distancia considerable y nada más emerger empezó a nadar hacia la boya con potentes brazadas. La boya brilló intensamente al ser iluminada por una luz procedente de la

costa.

Finalmente la alcanzó.

En ese momento sus perseguidores abrieron fuego y la superficie de la laguna se llenó de pequeños surtidores.

Nina hizo una aspiración rápida y se hundió. Justo debajo de la boya, iluminado fantasmagóricamente por las luces de la costa, estaba el arco de piedra. Lo cruzó y se impulsó hacia las entrañas oscuras del túnel.

Atravesar el túnel representaba todo un reto, pero si ese condenado agujero se convertía en su tumba, por lo menos tendría la satisfacción de que sus agresores jamás conocerían su sino. Trató de mantener un ritmo suave y uniforme. El pánico sólo conseguiría robarle oxígeno y energía.

La pared se volvió áspera al tacto. Estaba en el túnel natural. Allí el avance resultaba más difícil. Desembocó en un callejón sin salida y dio la vuelta, con la sensación de que llevaba varias horas sin respirar. Los pulmones parecían a punto de estallarle. ¿Durante cuánto tiempo podía contener la respiración? ¿Un minuto? ¿Dos? Dios, ¿cuánto faltaba?

Su cabeza chocó contra una superficie dura. Nina gesticuló de dolor y perdió más aire. Maldita sea, había olvidado los cascotes. Se escurrió por el boquete. ¡Había recorrido más de medio camino!

La pared recuperó la suavidad. Bien. Se hallaba de nuevo en el túnel artificial. Sólo unos metros más. Los pulmones le ardían. Soltó un poco de aire en un intento de mitigar la presión. No quería ahogarse. Allí no. Empezó a nadar con desesperación.

La falta de oxígeno la mareó. Pronto comenzaría a perder el conocimiento y a tragar agua. Una muerte dolorosa, atroz. Nina se negó a tomar ese primer aliento mortal. Buscó a tientas la pared. No la encontró. Luego el techo. Tampoco. ¡Un momento! ¡Estaba fuera del túnel! Aleteando los pies enloquecidamente, emergió a la superficie medio asfixiada, boqueando con desesperación.

Al cabo de un rato su respiración se normalizó. Empezó a nadar sin perder de vista la costa cubierta de lucecitas que parecían luciérnagas. Rodeó el promontorio y nadó paralela a la playa. Cuando ya no pudo más, giró en dirección a la orilla. Las algas le acariciaron los pies y sus dedos notaron el fondo pantanoso. Se arrastró hasta la arena, donde descansó unos minutos antes de echar a andar por la playa. Cuando llegó al cauce reseco, lo siguió tierra adentro durante unos cientos de metros, salvó el terraplén y caminó por las dunas hasta que se le agotaron las fuerzas. Entonces entró en un terreno de hierba alta y se tumbó.

La terrible carnicería empezó a reproducirse en su mente. Knox. Fisel. Kassim. Todos muertos. ¿Por qué? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Por qué iban tras ella? ¿Bandidos que pensaban que la expedición había descubierto un tesoro? No. Se trataba de un asalto demasiado organizado para ser obra de bandidos. La carnicería había sido premeditada.

Temblando de frío, se quitó el camión de franela, lo escurrió y se lo puso de

nuevo. La humedad de la tela le puso la piel de gallina. Partió penachos de hierbas y los introdujo por debajo del camisón hasta parecer un espantapájaros. Era un método de calentarse primitivo y chapucero, pero los temblores remitieron y Nina no tardó en dormirse.

Amanecía cuando la despertó un murmullo de voces procedentes del cauce. Quizá había llegado ayuda y la estaban buscando. Contuvo la respiración y escuchó.

Español.

Sin perder un instante, procedió a deslizarse por la maleza como una salamandra asustada.

Los tallos le rasguñaban el camisón y la piel de brazos y piernas. Ajena al dolor, hundió las rodillas y los codos en la arena y siguió avanzando. No tenía elección. Si se levantaba, era mujer muerta.

Los asesinos la habían encontrado demasiado pronto, como si hubieran seguido un mapa. Nina blasfemó en la lengua nativa de su madre. ¡Tenían un mapa! El dibujo del puerto trazado tan laboriosamente había quedado en su mesa de trabajo. El túnel estaba representado por dos líneas claramente rotuladas. Una vez descubierta la ruta submarina, los asesinos sólo tenían que buscar pisadas en la playa y seguir las hasta el cauce.

El volumen de las voces aumentó. Parecían agitadas. Probablemente los asesinos habían encontrado señales en el terraplén. Nina se volvió bruscamente y avanzó paralela a su ruta original hasta que alcanzó el cauce. Atisbo entre la maleza. No había nadie. Se deslizó por el terraplén y corrió cabizbaja en dirección a la playa. El cauce estaba cubierto de pisadas, lo que indicaba que la seguía un grupo numeroso. Muy pronto divisó el mar. El barco turquesa seguía anclado costa afuera. Se detuvo en la desembocadura del cauce. La playa se extendía a ambos lados como una autopista.

Volvió a oír voces y crujido de pisadas a su espalda.

Sus perseguidores se habían dispersado cual cazadores en pos de su presa. El agua volvía a ser su única escapatoria.

Se quitó el camisón y echó a correr en camisola y ropa interior por el delta confiando en que la cadena de dunas la ocultaran hasta alcanzar el agua. Todavía reinaba el silencio cuando alcanzó los bajíos. Era consciente de su vulnerabilidad, sin nada donde ocultarse. En cualquier momento los asesinos asomarían por lo alto de las dunas y ella se convertiría en un blanco perfecto.

El agua sólo le cubría hasta las rodillas, entorpeciendo su avance sin ofrecerle protección alguna. Corrió con más fuerza hasta que finalmente le cubrió la cintura. Justo en el momento en que el aire se llenaba de balas, se sumergió y el agua se cubrió de espuma. Nadó con todas sus fuerzas antes de emerger para tomar aire. Cuando dejó atrás los bajíos y alcanzó el mar, se volvió y divisó una docena de figuras en la playa. Los disparos habían cesado.

Nina miró el barco, temerosa de que levantara anclas y se alejara. Un paseo a nado hasta las islas Canarias no entraba en sus planes. Contempló las nubes de canto dorado. Por lo menos era un buen día para nadar.

Márcate un ritmo, descansa cuando lo necesites y reza. El mar estaba tranquilo y no había vientos ni corrientes. La única diferencia con la etapa de natación de un triatlón era que si perdía la carrera, perdía la vida. Apuntando hacia el mástil del

barco, echó a nadar.

El agua perdía temperatura a medida que aumentaba la profundidad. Nina se puso a canturrear sonsonetes para olvidarse del frío y mantener el ritmo de las brazadas.

Su repertorio era reducido. Para cuando hubo cantado *Derríbalo, marinero* por quincuagésima vez, sus brazadas se habían vuelto más débiles y los descansos más frecuentes. Cada vez estaba más cerca del barco. Se volvió y se alegró de comprobar que la costa quedaba ahora lejos. Para darse ánimos, imaginó que en la embarcación la recibirían con una taza humeante de café.

El zumbido era tan débil que al principio no reparó en él. Incluso cuando se detuvo para aguzar el oído pensó que era la presión del agua en su cabeza. Introdujo una oreja en el agua y escuchó.

El ronroneo era cada vez más audible.

Nina se volvió hacia la costa. Un objeto oscuro se acercaba a toda velocidad. Al principio pensó que era un barco, pero cuando distinguió el casco negro y achaparrado se dio cuenta de que se trataba de un hidrodeshlizador, un vehículo anfibia que circulaba sobre un cojín de aire.

La nave avanzaba en zigzag, pero Nina intuyó que no era un bote de salvamento cubriendo una trayectoria de reconocimiento. Los virajes eran demasiado agresivos. De repente, la embarcación avanzó directamente hacia ella. Probablemente la habían visto. Estaban a punto de arrollarla cuando Nina se sumergió en el agua.

El hidrodeshlizador pasó por encima con su cojín de veinticinco centímetros y dejó atrás un remolino de agua. Nina emergió para tomar aire, pero sus pulmones se anegaron con los gases del tubo de escape y empezó a toser. La embarcación giró e inició otro pase.

Se zambulló una vez más y una vez más emergió para ser zarandeada por la estela del barco.

El hidrodeshlizador se detuvo y miró a Nina como un gran gato jugando con un ratón. Un ratón agotado y empapado. Los motores se animaron de nuevo y la embarcación reanudó el ataque.

Nina rodó bajo el agua como una piedra en una pulidora. Estaba mareada y el pulso le retumbaba en los oídos. Reaccionaba por puro instinto. El juego terminaría pronto. La maldita embarcación giraba con una facilidad pasmosa. Cada vez era menos el aire que Nina conseguía inhalar cuando emergía a la superficie.

El casco se acercaba una vez más, y ella apenas podía verlo a causa del agotamiento y la irritación de los ojos. Estaba demasiado cansada para bucear, y en cualquier caso ya no le quedarían fuerzas para emerger. Hizo un intento lastimoso de apartarse, pero finalmente decidió enfrentarse a su agresor, como si pudiera golpearle con los puños.

Tenía el hidrodeshlizador casi encima. Apretó la mandíbula y esperó.

El horror vivido durante las últimas horas no fue nada comparado con lo que ocurrió a continuación. La embarcación se hallaba apenas a unos segundos de Nina

cuando algo aferró sus tobillos y tiró de ellos hacia las frías profundidades marinas.

Nina trató de liberarse, pero ni el violento remolino generado por el hidrodeshlizador aflojó la presión que sentía en los tobillos. En un último gesto desafiante, vació los pulmones con un grito de rabia que escapó como una explosión ahogada de burbujas.

La presión de los tobillos disminuyó y una figura vagamente humana empezó a tomar forma en medio de la nube de burbujas. Como un alienígena salido de un ovni, la silueta amorfa se acercó hasta que Nina percibió unas gafas de bucear a unos centímetros de su cara. Tras el cristal la miraban unos ojos azules y penetrantes que, en lugar de peligro, inspiraban fuerza y confianza.

Una mano enguantada agitó un regulador delante de las narices de Nina, que mordió la boquilla. Ni el olor de la flor más aromática habría sido tan dulce como el aire comprimido que penetró en sus pulmones. La mano enguantada subió y bajó varias veces.

«Espacio. Poco a poco».

Nina asintió con la cabeza para indicar que comprendía y notó en el hombro un apretón de mano amistoso. Siguió respirando por el tubo de emergencia hasta que se le pasó el pánico.

Los dedos índice y pulgar de la mano enguantada formaron una O.

«¿OK?».

Nina imitó el gesto.

«OK».

Un ojo azul le hizo un guiño. Nina ignoraba de dónde había salido ese providencial hombre rana, que encima era amable. Iba cubierto con una capucha y un casco integrado a las gafas. Nina sólo podía saber que era alto y de espaldas anchas.

Levantó la vista. El hidrodeshlizador desgarraba la luz de la superficie y el ruido de los motores hacía vibrar las aguas. La búsqueda proseguía.

Nina notó otro apretón en el hombro. El hombre señaló la superficie y cerró la mano en un puño.

«Peligro».

Nina asintió. El pulgar apuntó hacia abajo y Nina contempló el fondo tenebroso. Hasta lo desconocido era preferible al peligro real que la acechaba arriba. Asintió nuevamente e hizo la señal de OK. El hombre unió sus manos.

«Dame la mano».

Nina obedeció e iniciaron lentamente el descenso.

La tonalidad del agua pasó del cobalto al índigo, y al final era tan oscura que Nina notó el fondo helado antes de verlo.

El submarinista extrajo una linterna estroboscópica y la sostuvo sobre su cabeza. Nina cerró los ojos para que el intenso resplandor que se avecinaba no la cegara.

Cuando miró de nuevo, una luciérnaga marina brillaba en la distancia.

El submarinista unió sus dos dedos índices.

«Nademos juntos en esa dirección».

Nadaron hacia la luz intermitente hasta que avistaron a otro submarinista, que, al verlos llegar, apagó su linterna estroboscópica y se llevó la mano al botón del micrófono de sus auriculares Aquacom.

—No se te puede dejar solo —dijo—. Te pierdo de vista un minuto y al siguiente apareces con una sirena.

El primer submarinista miró a Nina de arriba abajo y pensó que la descripción era bastante acertada. Con sus trenzas doradas, sus largas piernas y su exigua indumentaria, Nina podría haber pasado por una sirena de no ser por un detalle.

—Las sirenas son mitad pez.

—Prefiero el nuevo modelo. ¿Cómo se llama?

—Buena pregunta. Todavía no nos han presentado formalmente. Tropecé con ella cuando subía a la superficie para localizar el barco. Estaba en apuros, así que le eché una mano. Bueno, en realidad dos.

Nina supuso que estaban hablando de ella. Por muy agradecida que estuviera, le habría gustado que dejaran la charla para otro rato. Estaba congelada. Si no se ponía pronto en movimiento, perdería el conocimiento. Cruzó los brazos sobre el pecho.

«Tengo frío».

Su salvador asintió con la cabeza. Enfundado en su traje isotérmico, había olvidado el frío que debía de hacer para un cuerpo desnudo.

—Volvamos al barco antes de que nuestra sirena se convierta en una merluza congelada.

El otro hombre consultó la brújula y señaló el camino. El hombre rana tomó a Nina de la mano. Ella supuso que se dirigían al barco, pero estaba tan agotada y entumecida que temió no poder llegar. El submarinista pareció reparar en su dificultad para seguirle sin aletas y le apretó la mano varias veces a fin de infundirle ánimos.

Nadaron durante unos minutos antes de descender una vez más. Un par de objetos amarillos descansaban en el fondo marino. Eran de plástico y tenían la forma de un torpedo en miniatura con orejas. Nina los reconoció: eran unidades de propulsión submarinas o, como los llamaban comúnmente, escúteres de agua.

Los hombres montaron en los vehículos y los encendieron. Los motores, alimentados por pilas, se activaron y el hombre rana señaló su espalda. Nina se sujetó a ella y ascendieron hasta media profundidad, donde el agua estaba un poco más caliente.

Por el camino el hombre llamó al barco y preguntó si había algún hidrodslizador por las inmediaciones. No quería correr riesgos.

—Antes pasó por aquí un hidrodslizador —dijo una voz—, pero puso rumbo a tierra y se alejó.

—Roger, prepárate para una visita femenina.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué has dicho?

—No importa. Prepárate para tratar una hipotermia.

Emergieron del agua cerca del barco y se acercaron a la popa. Un comité de bienvenida les aguardaba con toallas y mantas. Nina tenía la cara moteada y los labios morados. Rechazó una camilla, pero agradeció una mano de apoyo cuando echó a andar hacia la enfermería con paso tambaleante. Cojeaba del pie herido y los dientes le castañeteaban.

Los dos submarinistas fueron a la enfermería en cuanto se quitaron el equipo y esperaron al otro lado de la puerta como padres inquietos. Al cabo de un rato el médico del barco, una joven atractiva y elegante, salió al pasillo.

—¿Cómo está? —preguntó el hombre más corpulento.

La mujer sonrió.

—Es una chica muy fuerte —dijo—. Le he puesto antiséptico en los cortes y heridas. Estaba al borde de una hipotermia, así que por ahora quiero que se mantenga caliente. Luego podrá tomar una taza de caldo.

—¿Podemos verla?

—Desde luego. Entretenedla mientras le busco algo de ropa e instalo un camastro en mi camarote para que pueda descansar en privado.

—¿Cómo se llama?

La ayudante levantó una ceja.

—¿No lo sabéis? Caballeros, me temo que pasáis demasiado tiempo debajo del agua, sobre todo tú, Zavala. Pensaba que a estas alturas ya sabrías su número de teléfono además de sus flores y restaurantes favoritos.

A José *Joe* Zavala su reputación le perseguía desde Washington, y no era de extrañar teniendo en cuenta que había salido durante un tiempo con la doctora. Siempre encantador con las damas, atraía a muchas mujeres solteras por su juvenil atractivo a lo Ricardo Montalbán. Esbozó una sonrisa leve, casi tímida.

—Debo de estar perdiendo facultades —dijo.

—Eso habría que verlo —repuso la joven y se alejó con paso presuroso.

Nina estaba sentada en la camilla de reconocimiento cuando los hombres entraron a verla. Vestía un chándal azul, envuelta en una gruesa manta. Tenía el pelo enmarañado y los ojos enrojecidos, pero las mejillas habían recuperado el color y los labios ya no estaban morados. Sostenía con ambas manos una taza de café humeante. Vio a un hombre alto que ocupaba todo el marco de la puerta. De piel tostada y pelo casi blanco, parecía el héroe vikingo de una ópera wagneriana. Su voz, no obstante, era dulce.

—¿Te importa que entremos? —preguntó.

Nina se apartó un mechón de la cara.

—En absoluto. Adelante.

El hombre entró seguido de su compañero, de tez morena y sonrisa seductora.

—Me llamo Kurt Austin, y éste es Joe Zavala.

—Yo soy Nina Kirov. —Ella reconoció los ojos de su salvador. Le recordaban al color del coral bajo aguas mansas—. Creo que ya nos conocemos.

Austin sonrió, complacido por el reconocimiento.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias. Pero me sentiré mejor después de una ducha caliente. —Miró alrededor—. ¿Qué barco es éste?

—El *Nereus*, un navío de investigación de la NUMA.

—¿La agencia submarina?

—Sí. Yo soy el director del equipo de misiones especiales. Joe es el ingeniero marino.

—Digamos que soy el motor del equipo.

—Joe es quien nos mantiene en movimiento, tanto debajo como encima del agua.

Zavala, de hecho, era un profesional en todo lo referente a propulsión. Podía reparar, modificar o restaurar cualquier motor, ya fuera de vapor, diésel o eléctrico, de automóvil, barco o avión. No tenía reparos en llenarse las manos de grasa cuando tenía delante un problema mecánico. Había diseñado y dirigido la construcción de numerosos vehículos marinos, con y sin piloto, algunos de ellos a bordo del *Nereus*. Su talento también se extendía al cielo. Tenía dos mil horas de vuelo en helicópteros y aviones pequeños.

—¿Dices que pertenecéis a un equipo de misiones especiales?

—Así es. Cuatro de nosotros formamos el núcleo del equipo. Tenemos un geólogo oceánico y una bióloga marina, pero ahora se hallan en otras misiones. Básicamente, hacemos trabajos que escapan al ámbito rutinario de la NUMA. —Y a la vigilancia gubernamental, hubiera debido añadir.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Un estudio del fondo marino —explicó Austin—. El gobierno marroquí teme que la perforación petrolífera esté perjudicando la pesca de la sardina. El *Nereus* tenía previsto pasar por aquí procedente del Mediterráneo, así que nos ofrecimos a ayudarles.

—*Nereus*, el Viejo del Mar —murmuró Nina, ladeando la cabeza—. Hay una cita de Hesiodo, el poeta griego, que dice: «Dios bondadoso e íntegro que tiene pensamientos justos y amables, y nunca miente».

Austin miró a Zavala. Tal vez Nina fuera realmente una sirena.

—No sé si el barco merece el título de Viejo del Mar. El *Nereus* fue botado hace apenas dos meses, pero Hesiodo tenía razón en lo de no mentir. Este barco está provisto con lo último en equipos de investigación.

—El diseñador del barco asegura que los científicos sobramos a bordo —bromeó Zavala.

El fornido Austin y su encantador compañero tenían poco que ver con el perfil del

científico a que Nina estaba acostumbrada. Los calibró con ojo analítico. De metro ochenta y cinco y noventa kilos sin un gramo de grasa, Austin parecía un jugador profesional de fútbol americano. Su tez poseía el bronceado profundo de quien pasa la mayor parte del tiempo al aire libre y el lustre que confiere el contacto constante con el mar. Exceptuando las arrugas de la sonrisa, su piel era tersa. Aunque todavía no había cumplido los cuarenta, su pelo era gris acerado, casi platino. De metro setenta y ocho, el atractivo Zavala no poseía la corpulencia de Austin, pero su complexión de ochenta y cinco kilos era musculosa y flexible, especialmente en brazos y cuello. Las cejas mostraban algunas cicatrices, legado de una carrera universitaria financiada boxeando como profesional de peso medio. Había ganado veintidós combates, doce por K.O., y perdido seis. Llevaba el pelo, liso y negro, peinado hacia atrás. La sonrisa que esbozara al entrar en la sala de reconocimiento no le había abandonado. Recordando el comentario del médico, Nina comprendió que las mujeres se sintieran atraídas por sus ojos marrones y cautivadores.

Austin se mostraba muy simpático y cortés, pero

Nina recordaba su fiera determinación cuando tiró de ella para salvarla del hidrodreslizador. Y sospechaba que tras la extraversión de Zavala se ocultaba una dureza de piedra. La forma en que ambos actuaron al trasladarla al barco, cual engranajes de una máquina perfectamente engrasada, demostraba que solían trabajar en equipo.

—Lo siento —dijo al recordar el rescate—. Todavía no te he dado las gracias.

—Lamento haber tirado de ti como si fuera un tiburón —repuso Austin—. Debió de resultarte aterrador.

—No tanto como tener aquel barco jugando a waterpolo con mi cabeza. Puedes tirar de mí para salvarme la vida cuando quieras. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿tenéis por costumbre nadar por el Atlántico buscando damiselas en peligro?

—Fue pura chiripa. Joe y yo estábamos en el fondo cuando decidí subir un momento para echarle un vistazo al barco. Fue entonces cuando te vi jugando al escondite con el hidrodreslizador. Ahora me toca preguntar a mí. ¿A qué venía todo eso?

Nina se puso seria.

—Muy sencillo. Querían matarme.

—Eso era evidente. Pero ¿por qué?

—Lo ignoro —respondió con la mirada vidriosa.

Austin intuyó que intentaba evitar hablar de algo.

—No nos has dicho de dónde vienes —dijo, y fue como si hubiera quitado un tapón.

—¡Dios mío! —susurró ella—. La expedición. El doctor Knox.

—¿Qué expedición?

Nina se quedó mirando al vacío, como si tratara de recordar un sueño.

—Soy arqueóloga marina. Estaba con un grupo de la Universidad de Pensilvania

trabajando en una excavación no lejos de aquí.

Relató la masacre y su huida. El suceso era tan fantástico que Austin no se lo habría creído si no hubiese visto el acoso del hidrodreslizador y el miedo en la cara de Nina. Cuando la narración hubo terminado, Austin preguntó a Zavala:

—¿Qué opinas?

—Creo que deberíamos verlo por nosotros mismos.

—Yo también. Primero llamaremos a las autoridades marroquíes. Señorita Kirov, ¿podrías indicarnos cómo llegar al campamento?

Nina había estado luchando contra el sentimiento de culpa que la embargaba por haber sido la única superviviente. Necesitaba hacer algo. Bajó de la camilla y se sostuvo sobre sus piernas tambaleantes.

—Haré algo más que eso —dijo—. Iré con vosotros.

Mohamed Mustafá, capitán de la Gendarmería Real Marroquí, se apoyó en su *jeep* y observó a la mujer estadounidense inspeccionar de una punta a otra el claro de arena.

Como la mayoría de los policías rurales del país, el capitán se pasaba el día persiguiendo gandules entre los escolares del pueblo, rellenando informes de accidentes de tráfico o comprobando la documentación de turistas, que eran muy pocos. La desaparición de un camello ocurrida el año anterior había planteado la excitante posibilidad de un hurto, pero finalmente se comprobó que había sido una simple huida. Esta era la primera vez que buscaba el rastro de una expedición arqueológica desaparecida.

Mustafá conocía la zona que los bereberes llamaban el Lugar de la Muerte por las milenarias tumbas, y también las ruinas. Alejado del camino trillado de un territorio policial que abarcaba cientos de kilómetros cuadrados, había visitado el solitario lugar en una ocasión y permanecido en él lo suficiente para decidir que no volvería a menos que fuera estrictamente necesario.

La mujer se detuvo con las manos en jarras, como si se hubiera extraviado, y luego se acercó al *jeep*.

—No lo entiendo —dijo con ceño—. Acampamos justo aquí, pero todo, las tiendas, las furgonetas, ha desaparecido.

El capitán se volvió hacia el hombre corpulento del cabello del color de la nieve del Gran Atlas.

—A lo mejor *mademoiselle* se ha equivocado de lugar.

Nina miró furiosa al policía.

—*Mademoiselle* no se ha equivocado.

El hombre suspiró.

—Tal vez los hombres que la asaltaron fueran bandidos.

—No lo creo.

Mustafá se encogió de hombros, encendió un Gauloise y se levantó la visera. Le incomodaba estar en presencia de una mujer con las piernas y los brazos descubiertos, pero no era un hombre insensible. Tendría que haber estado ciego para no ver su turbación y los arañazos que le cubrían la piel. Con todo, también podía ver que no había ni rastro de tiendas, cadáveres o furgonetas. No había ningún indicio que apoyase su historia.

Dio una calada y exhaló el humo por la nariz.

—Como es lógico, estaba informado de que había una expedición cerca del Lugar de la Muerte. A lo mejor sus compañeros se fueron sin decírselo.

—Genial. De todos los polis de Marruecos, ha tenido que tocarme el inspector Clousseau berebér.

La crispación la había vuelto irascible. Consciente de lo que había sufrido, Austin no podía recriminarle su impaciencia con aquel obtuso policía, pero decidió que había llegado el momento de intervenir.

—Nina, dijiste que había una gran hoguera. ¿Podrías mostrarme dónde?

Seguidos pausadamente por el agente, Nina condujo a Austin hasta el centro del claro y trazó una X en la tierra con el zapato.

—Yo diría que aquí.

—¿Tiene una pala? —preguntó Austin al capitán.

—Desde luego. Es una herramienta indispensable en el desierto.

Mustafá fue hasta el *jeep* y regresó con una pala militar plegable. Austin se arrodilló y empezó a cavar zanjas paralelas de unos quince centímetros de profundidad. Las dos primeras no arrojaron nada interesante, pero la tercera, sí.

Austin agarró un puñado de tierra negruzca y se la acercó a la nariz.

—Cenizas. —Apoyó la palma en el suelo—. Todavía está caliente.

Nina apenas le escuchaba. Tenía la mirada en un trozo de terreno oscuro que parecía moverse detrás de Austin.

—Allí —susurró.

La mancha estaba formada por miles de hormigas. Austin las apartó con el canto de la pala y empezó a cavar. A los quince centímetros sacó un puñado de tierra manchada de rojo. Amplió el boquete. Aparecieron más manchas. El suelo estaba empapado de rojo. Nina se arrodilló junto a Austin. Sangre seca.

—Aquí fue donde les dispararon —dijo con voz entrecortada.

El capitán Mustafá, que tenía la mirada perdida en el vacío mientras se preguntaba cuándo podría regresar a casa, arrojó el cigarrillo y se arrodilló junto a Nina. Su rostro palideció.

—Loado sea Alá —murmuró. Segundos después estaba en su *jeep* hablando precipitadamente por radio en árabe.

Nina permanecía arrodillada con la mirada clavada en la tierra como si los terribles sucesos de la noche anterior estuvieran emergiendo del foso. Austin pensó que se derrumbaría si no la alejaba de allí. La tomó del brazo y la ayudó a levantarse.

—Me gustaría echarle un vistazo a la laguna.

Nina parpadeó como si acabara de despertar.

—Buena idea. Quizá encontremos algo.

Atravesaron las dunas. La zodiac que les había traído desde el *Nereus* reposaba sobre la escalera de piedra.

Nina escudriñó la laguna.

—No me puedo creer que también se llevaran mis boyas —dijo con sarcasmo.

Seguida de Austin, bordeó la costa rocosa mientras describía el túnel y el *cothon*. Austin señaló una docena de peces que flotaban inertes.

—Probablemente falta de oxígeno —dijo Nina—. La laguna no es el mejor lugar para un ser vivo. —Sonrió al darse cuenta de la ironía—. Hay algo que no he

mencionado.

Describió la cabeza de piedra. Austin hizo un gesto de incredulidad.

—¿Un escultura olmeca aquí? —Se mordió el labio mientras buscaba una forma educada de expresar su escepticismo—. Vaya.

—Yo tampoco lo creería si no la hubiese visto. Apuesto a que cambiarías de opinión después de un baño.

A Austin no le importaba refrescarse un poco. Además, el baño distraería a Nina del macabro hallazgo. Con aquel sol, los pantalones y las camisetas se secarían en un abrir y cerrar de ojos.

Nina saltó al agua y Austin la siguió. Nadaron hasta que ella se detuvo para localizar dos señales. Se sumergió y cuando estuvo cerca del fondo empezó a nadar en círculo. Luego subió a la superficie seguida de Austin.

—¡Ha desaparecido! —resopló—. ¡La figura ha desaparecido!

—¿Estás segura de que es aquí?

—Segura. La maldita cabeza ha desaparecido. Ven, te lo mostraré.

Nina se sumergió de nuevo. Cuando él le dio alcance, estaba nadando de un lado a otro señalando lo que parecía un cráter. Recogió algo del lodo y subieron de nuevo a la superficie.

—La han hecho estallar —dijo ella mientras agitaba un trozo de piedra negruzca—. Han volado la cabeza.

Se dirigieron a la orilla. Allí les esperaba Zavala, que había estado explorando el perímetro del campamento.

—El capitán me ha pedido que te comunique que ha llamado a su comisaría —explicó—. Van a ponerse en contacto con la *Sureté Nationale* de Rabat. La *Sureté* se encarga de las investigaciones criminales importantes.

Nina entregó su hallazgo a Austin.

—Es basalto volcánico. Estoy segura de que pertenece a la figura.

Austin lo examinó.

—Los cantos están mellados y chamuscados. Una explosión reciente. Eso explica la presencia de los peces muertos.

—No lo entiendo —dijo Nina—. Primero matan a la expedición e intentan matarme a mí. Luego, en lugar de huir, se toman la molestia de volar una cabeza de piedra. ¿Por qué?

Se hizo un silencio. Austin propuso hablar con el capitán y regresar al barco. Camino del campamento con Nina en cabeza, Zavala se rezagó a propósito para hablar con Austin.

—Le dije al capitán que era preciso cavar en torno a la excavación —dijo en voz baja.

Austin enarcó una ceja.

—Nina dijo que la expedición llevaba varios días trabajando —añadió Zavala—, y sin embargo no hay rastro de ninguna excavación. Todas las zanjas han sido

cubiertas ¿Te sugiere eso algo?

—Me temo que sí. Es posible que las víctimas, sin saberlo, estuvieran cavando su propia fosa.

Zavala tendió a Austin unas gafas de montura metálica con los cristales rotos.

—Las encontré cerca de la excavación.

Austin las guardó en el bolsillo.

Cuando la zodiac se detuvo junto al barco, Nina admiró su mezcla de funcionalidad y estética.

—La primera vez que vi el *Nereus* desde la costa me pareció un barco magnífico. De cerca es aún más hermoso.

—Es más que hermoso —repuso Austin mientras la ayudaba a subir a la cubierta de popa—. Es el buque de investigación más avanzado del mundo. Setenta y cinco metros de eslora con miles de fibras ópticas y comunicaciones de datos de alta velocidad entremedio. El *Nereus* es capaz de girar como una peonza o mantenerse estable en medio de una tormenta, y lleva lo último en vehículos sumergibles. Hasta tenemos un sistema sonar montado en el casco para trazar el mapa del fondo marino sin mojarnos los pies.

Austin señaló un edificio en forma de cubo situado detrás del puente de mando.

—La superestructura es la zona de almacenamiento científico. Ahí guardamos los sumergibles, los trineos de las cámaras y los equipos de buceo. El buque está diseñado para una tripulación de sólo veinte personas y puede alojar a más de treinta científicos.

Subieron tres cubiertas, entraron en un pasillo y se detuvieron frente a la puerta de un camarote.

—Dormirás aquí los próximos dos días.

—No quiero quitarle la cama a nadie —repuso Nina.

—Y no lo harás. La doctora tiene un camastro adicional en su camarote. Está situado al lado de la biblioteca y cerca de la zona principal del barco. Ven, te la enseñaré.

Recorrieron el pasillo hasta desembocar en la cafetería, donde Zavala disfrutaba de un café expreso mientras leía una versión en fax del *New York Times*. El aire acondicionado era un potente antídoto contra la agobiante desolación del Lugar de la Muerte. Las mesas y sillas de formica estaban atornilladas al suelo. De la cocina no surgía el olor a hamburguesa y tocino típico de otras embarcaciones.

Nina se sentó, deseosa de poder descansar el pie todavía dolorido.

—Estoy hambrienta —dijo alzando el mentón—. Huele como un restaurante de cuatro tenedores.

Zavala bajó el periódico.

—¡Ja! Los tipos mal pagados de la NUMA sufrimos muchas privaciones. La lista

de vinos es buena, pero sólo encontrarás cosechas de California.

—Éste es un buque estadounidense —se disculpó Austin con gesto exagerado—. No estaría bien tener burdeos o borgoñas, aunque nuestro cocinero se licenció en Cordón Bleu, si eso te anima.

—El menú de esta noche es filete *au poivre* o hipogloso *au beurre blanc* —dijo Zavala—. Debería disculparme en nombre del cocinero. Es de la Provenza y se le suele ir la mano con la albahaca y el aceite de oliva.

Nina miró alrededor y sacudió maravillada la cabeza.

—Creo que sobreviviré.

Austin decidió que era buen momento para abordar un asunto desagradable, pero primero le trajo un té helado.

—Si no te importa, me gustaría hablar de nuevo sobre lo ocurrido anoche.

Nina bebió como si la infusión fuera a darle fuerzas.

—Por supuesto —respondió, y procedió a repetir el relato de lo sucedido la noche anterior.

Austin escuchaba con los ojos entrecerrados, atento a cada palabra y cada inflexión, revolviendo los hechos en su cabeza, buscando contradicciones.

Cuando Nina hubo terminado, dijo:

—Yo tampoco creo en la teoría del capitán Mustafá. Si hubiesen sido bandidos, sólo habrían matado a algunas personas durante el robo. Lo que tú has descrito es una matanza deliberada.

—¿Y terroristas fundamentalistas? —Propuso Zavala—. Han matado a miles de personas en Argelia.

—Puede, pero a los terroristas les gusta hacer públicos sus atentados. Este grupo se ocupó de borrar las pruebas. Además, ¿por qué iban a querer destruir una escultura de piedra? Por cierto, ese asunto también me tiene intrigado. Hicieron falta explosivos especiales para volar esa cabeza.

—Lo que significa que conocían su existencia de antemano —prosiguió Zavala.

—Exacto. Llegaron preparados para llevar a cabo una demolición subterránea.

—Imposible —repuso Nina—. No entiendo cómo pudieron averiguarlo.

—Ni yo —dijo Zavala—. ¿Estás segura de que hablaban español?

Nina asintió con la cabeza.

—España está a tiro de piedra de Tánger por el estrecho de Gibraltar, y Tánger no cae lejos de aquí.

Zavala negó con la cabeza.

—Eso no significa nada. Yo hablo español, pero soy estadounidense de origen mejicano y nunca he estado en España.

Nina recordó algo.

—Un momento. He olvidado mencionar a González.

—¿González? —preguntó Austin.

—Un voluntario de la expedición. Bueno, en realidad pagó para formar parte de

ella a través de una organización no lucrativa llamada TimeQuest. Ayer por la tarde le vi hablando con un hombre que iba en un *jeep*. González me dijo que era un turista extraviado. En aquel momento me pareció extraño.

—Tal vez no sea importante —dijo Austin—, pero investigaremos a TimeQuest para ver si tiene algo sobre González. Supongo que murió con los demás.

—No le vi en ningún momento, pero tampoco sé cómo habría podido escapar.

—¿Qué me dices del hidrodreslizador? —Preguntó Zavala a Austin—. A lo mejor encontramos alguna pista por ese lado.

—Desde el nivel del agua me pareció un Griffon hecho en Inglaterra. Esta mañana llamé a la NUMA para que averiguaran el nombre de los propietarios de todos los hidrodreslizadores Griffon. Pero tal vez lo compraron a través de una compañía falsa.

—Lo que significa que será muy difícil localizarlo.

—Puede que incluso imposible, pero hay que intentarlo. —La mirada de Austin se perdió en el vacío—. Todavía no hemos resuelto la cuestión principal. ¿Quién podría desear cargarse una inofensiva expedición arqueológica?

Nina tenía el mentón apoyado en una mano.

—Quizá no fuera tan inofensiva —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—La figura olmeca es la clave de todo esto.

—Todavía no veo claro que sea olmeca, sobre todo ahora que se ha convertido en un montón de gravilla.

—No sólo lo digo yo. Recuerda que fue Sandy quien la identificó. La doctora Sanford es una de las especialistas en temas mesoamericanos más respetadas del país. Ha publicado numerosos artículos y realizado investigaciones de campo en todas las grandes excavaciones, entre ellas Tikal.

—De acuerdo, supongamos que Sandy tiene razón.

Sin embargo, ¿por qué es tan importante esa figura?

—Podría sacudir a toda la comunidad arqueológica e histórica. La gente lleva años preguntándose si existió contacto entre el Viejo y el Nuevo Mundo antes de Colón.

—¿Como Leif Eriksson y los vikingos? Creía que había pruebas concluyentes al respecto —dijo Zavala.

—Las hay, pero fueron aceptadas a regañadientes. Estoy hablando de un contacto trasatlántico varios siglos antes que los vikingos. El problema hasta ahora era que faltaba un objeto que lo demostrara científicamente. La cabeza olmeca habría sido ese objeto.

Austin levantó una ceja.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? —repuso Nina, casi ofendida.

—Digamos que esa figura es una prueba concluyente de que existió contacto

precolombino. Un tema fascinante y sin duda polémico, pero ¿qué importancia puede tener salvo para los arqueólogos, los historiadores y los caballeros de Colón? En otras palabras, ¿qué lo convierte en motivo para matar?

—Ya —respondió Nina más calmada—. Pues lo ignoro. Sólo puedo decirte que creo que mi descubrimiento fue la causa de la matanza.

—Nadie en el campamento conocía su existencia.

—Cierto. Debí contárselo al doctor Knox y a Fisel. Desde el principio sospeché que la figura era olmeca, pero me pareció tan increíble que quería corroborarlo antes de hacerlo público. Fue entonces cuando me puse en contacto con Sandy.

—¿Tú y tu colega erais las únicas personas que habían visto imágenes del hallazgo?

—Sí, pero Sandy no se lo habría contado a nadie. Por fortuna la información está a salvo en sus manos. —Nina hizo una pausa—. Tengo que volver a casa cuanto antes.

—Nos dirigimos hacia la península de Yucatán para investigar la zona impactada por el asteroide que pudo acabar con los dinosaurios —explicó Austin—. Nos queda otro día de trabajo aquí antes de partir y nos encantaría que fueras nuestra invitada hasta entonces. Luego te dejaremos en Marrakesh para que tomes un avión a Nueva York. Así tendrás tiempo para descansar y calibrar tus ideas.

—Gracias. Todavía estoy nerviosa, pero aquí me siento a salvo.

—Estarás más que a salvo, estarás bien alimentada.

—Tengo que comunicar a la universidad lo ocurrido al doctor Knox y el resto de la expedición. El departamento de antropología se llevará un fuerte golpe. El doctor Knox era toda una institución. Todo el mundo le quería.

—Te llevaré a la sala de radio —dijo Zavala.

Austin pidió un café y regresó a la mesa. Añadió un chorro de crema de leche y contempló las vetas del líquido como si contuvieran la respuesta al rompecabezas de Nina.

Zavala regresó poco después con Nina.

—Qué rápidos —dijo—. ¿No pudisteis conectar con la universidad?

La expresión de Zavala era grave.

—Conectamos inmediatamente, Kurt.

Austin notó que Nina tenía lágrimas en los ojos.

—He hablado con la administración —explicó ella, pálida como la nieve—. Al principio no querían decírmelo. ¡Dios mío! ¿Qué está ocurriendo?

—No entiendo nada —dijo Austin, aunque sospechaba lo que se avecinaba y no se sorprendió cuando Nina dijo:

—Sandy ha muerto.

Tendido sobre el camastro, Austin contemplaba el techo mientras, presa de la envidia, escuchaba los suaves ronquidos de Zavala. Como cabía esperar, al cocinero se le había ido la mano con las hierbas y el aceite de oliva. Pero no era el estómago lo que le mantenía despierto, sino el cerebro, que como un archivador incansable repasaba una y otra vez los acontecimientos del día y no parecía dispuesto a darle un respiro.

Este viaje en el *Nereus* debía ser, en teoría, rutinario, una oportunidad para descansar de las investigaciones más arduas de la NUMA. Hasta que apareció Nina perseguida por los demonios del infierno y se arrojó prácticamente a sus brazos. A lo mejor lo que le impedía dormir fueran los pensamientos sobre la encantadora mujer que descansaba en el camarote contiguo.

Miró las manecillas fosforescentes de su reloj Chronoport. Las tres en punto. Un médico le había contado que a esa hora la mayoría de los enfermos moribundos entregaba el alma. Saltó rápidamente de la cama y se vistió. Luego, tratando de no despertar a Zavala, salió al pasillo y subió las cuatro cubiertas que le separaban del puente de mando.

La puerta de la timonera estaba abierta para que corriese la brisa nocturna. Austin asomó la cabeza. Un joven llamado Mike Curtis hacía guardia sentado en una silla con la nariz hundida en un libro de geología.

—Hola, Mike —le saludó Austin—. No podía dormir. ¿Te apetece un poco de compañía?

—No me irá mal. Uno se aburre aquí arriba. ¿Quieres café?

—Gracias.

Mientras Mike servía dos tazas humeantes Austin hojeó el libro.

—Una lectura un poco pesada para el turno de noche, ¿no?

—Estaba empollando para el estudio en Yucatán. ¿Crees que fue realmente un meteoro lo que acabó con los dinosaurios?

—Cuando un objeto tan grande como Manhattan se estrella contra la Tierra, las consecuencias son enormes. Si esas lagartijas ya se encontraban al borde de la extinción es otra cuestión. El estudio del plancton nos proporcionará mucha información. Qué ironía pensar que sean unos animales unicelulares los que nos revelen qué le ocurrió al ser vivo más grande de la Tierra.

Charlaron hasta que Mike se puso a realizar sus tareas de rutina. Austin apuró la taza y se fue a la caseta de derrota, en la parte posterior del puente. Gracias a sus amplios ventanales, la estancia también servía de cabina de mando cuando el barco reculaba.

Austin extendió un mapa de la costa marroquí sobre la mesa y trazó una X en la posición actual del barco. Pensativo, su mirada vagó por la protuberancia occipital

del continente africano, entre Gibraltar y el Sahara. Sacudió la cabeza. El mapa no revelaba nada nuevo. El hidrodreslizador pudo llegar tanto por tierra como por mar.

Se sentó, colocó los pies sobre la mesa y procedió a leer el diario de navegación desde el comienzo del viaje. Las cosas habían salido rodadas hasta ahora. Una travesía rápida y sin sobresaltos por el Atlántico, breve escala en Londres para recoger a un grupo de científicos europeos, dos agradables semanas en el Mediterráneo probando el sumergible y la escala en Marruecos.

La historia de Nina era bien extraña. El ataque del hidrodreslizador y la sangre encontrada en el campamento le habían convencido de su autenticidad. La desgraciada muerte de su colega eliminaba todo resto de duda. Un accidente de coche. Muy convincente. Esos asesinos tenían el brazo largo. Habían borrado la información que Nina enviara a la Universidad de Pensilvania. Ahora era ella la única persona que conocía de primera mano la existencia de la misteriosa escultura olmeca, y parecía lo bastante honesta para darle crédito. Austin se alegró de que estuviera a salvo en su camarote, dormida bajo los efectos del suave sedante que le había administrado su compañera de habitación.

Salió a la pequeña cubierta de la caseta de derrota y se apoyó en la barandilla. El barco estaba a oscuras salvo por algunos focos que iluminaban partes de la superestructura y las luces de baliza de las cubiertas. Más allá se extendía una vasta negrura. El olor a vegetación putrefacta era la única prueba de que se hallaban a menos de una legua del continente. África. Se preguntó cuántas expediciones como la de Nina habían desaparecido en el corazón de la noche. Quizá nunca llegarían a conocer la verdad.

Ya has filosofado bastante, se dijo. Bostezó y barajó la posibilidad de regresar al puente, volver al camarote o quedarse donde estaba y ver la salida del sol. Finalmente decidió saborear la belleza de la noche. El *Nereus* era como un behemot en reposo. Adoraba la sensación de los barcos cuando dormían, el ocioso ronroneo del sistema eléctrico, los crujidos y gemidos de la embarcación anclada.

Tanc.

Austin se inclinó y aguzó el oído. El sonido metálico provenía de abajo.

Tanc. Otra vez.

No era un ruido fuerte, pero desentonaba de los sonidos habituales de un barco. Intrigado, bajó sigilosamente hasta el primer nivel y avanzó por la cubierta con la mano sobre la barandilla. De repente se detuvo. Sus dedos habían tropezado con un bulto duro. Era la punta de un garfio cubierto con una tela para ahogar el ruido. Sus dedos descendieron hasta notar el metal desnudo del astil, probablemente el causante del sonido metálico al chocar contra el casco.

Asomó la cabeza por la barandilla. Del agua llegaba un ligero frufurú. Podrían ser los remolinos de las olas contra el casco. Se hizo pantalla con una mano en la oreja.

Advirtió un susurro de voces y unas sombras que se movían.

No esperó a preguntarles si venían en son de paz. La respuesta era, en su opinión,

obvia. Corrió hasta la escalera más próxima y regresó al camarote para despertar a Zavala. Su compañero dormía siempre como si estuviera drogado, pero poseía una alarma interior que lo despabilaba si el asunto lo requería realmente. Zavala sabía que Austin no le despertaría a menos que se tratara de algo importante. Gruñendo para hacerle saber que se estaba preparando para actuar, bajó de la cama y se vistió.

Austin, entretanto, buscaba algo en su taquilla. Finalmente extrajo una cartuchera de piel y segundos después empuñaba un Ruger Redhawk. El revólver del 37 fabricado por Bowen, con su cañón de cuatro pulgadas, era pequeño pero poderoso.

Zavala lo llamaba «el cañón de Kurt» y aseguraba que empleaba agujas de ferrocarril como munición. En realidad, el arma disparaba balas del calibre 50.

—Tenemos compañía —dijo Austin al tiempo que comprobaba la recámara de cinco balas—. A estribor, subiendo con arpeos. Podría haber más. Necesitaremos armas.

Zavala miró alrededor.

—Menuda suerte la mía —refunfuñó—. Alguien me dijo que esto iba a ser un crucero como los de *Vacaciones en el mar*. Ni siquiera me traje mi pistola de fogeo. Ignoraba que hubiese piratas por estos andurriales.

Austin se ató la cartuchera al hombro.

—Y yo, por eso no traje balas de repuesto. Sólo tengo cinco.

El rostro de Zavala se iluminó.

—¿Qué me dices de tu adquisición en Londres?

Austin revolvió su taquilla y sacó un lustroso estuche de madera.

—¿Mis Joe Mantón? Bueno, ¿por qué no?

Zavala sacó un cuchillo de submarinismo.

—Este palillo de dientes es todo mi arsenal —dijo.

—Dudo que llegues muy lejos con eso. Tendremos que improvisar sobre la marcha.

—No sería la primera vez.

Austin se acercó a la puerta.

—Sospecho que buscan a Nina. Yo me encargaré de despertar a los de este puente. Baja y levanta al resto de la tripulación y a los científicos. Los meteremos a todos en la sala de propulsión de proa.

—Estarán muy apretados.

—Lo sé, pero podrán atrancar la compuerta desde dentro y eso nos dará tiempo. No podemos tener a un montón de científicos indefensos pululando por cubierta. Podrían herirles o secuestrarles. El *Nereus* es un buque de investigación, no de guerra.

—En estos momentos desearía que fuera lo segundo —dijo Zavala, y desapareció por una escalera que conducía a la planta inferior.

La doctora abrió la puerta medio dormida. Sin más, Austin le dijo que se vistiera y despertara a Nina. Ésta seguía bajo los efectos del sedante, pero al ver la expresión

de Austin sus párpados se abrieron de golpe.

—Han vuelto, ¿verdad? —dijo con voz ronca.

Austin asintió. Llamaron a las puertas de los demás camarotes. Una docena de personas malhumoradas se apilaba poco después en el estrecho pasillo, luciendo pijamas o extrañas combinaciones de ropa.

—Nada de preguntas por el momento —dijo Austin.

Condujo al grupo hasta el sótano del barco, donde Zavala le esperaba con los demás. Como si de un rebaño de ovejas se tratara, los dirigieron hasta la sección de proa. Una vez allí, la tripulación y los científicos se mezclaron con los propulsores destinados a estabilizar el barco cuando el mar estaba agitado.

Austin se apresuró a resumir la situación.

—Seré breve. El barco ha sido abordado por gente armada. No abran esta puerta a menos que estén seguros de que somos Joe o yo.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó alguien.

Malditos científicos, pensó Austin, siempre haciendo preguntas. No era el momento de ser franco.

—No se preocupe. Joe y yo volveremos pronto.

Austin salió y cerró la compuerta, dejando atrás un montón de caras atemorizadas.

—Parecías Terminator —dijo Zavala—. Me alegra saber que tenemos un plan. Espero que no te importe decirme en qué consiste.

Austin posó una mano sobre el hombro de su colega.

—Muy sencillo, Joe. Tú y yo vamos a echar a esos cabrones del barco.

—¿Ése es el plan?

—¿Prefieres pedirles educadamente que se vayan?

—Nunca elijo el camino fácil. Muy bien, oriéntame. ¿Por dónde empezamos?

—Debemos ir al puente de mando, pues es el primer lugar que visitarán nuestros invitados si no están ya allí.

—¿Cómo sabes que irán primero al puente?

—Es lo que yo haría. Así podrán cortar las comunicaciones y hacerse con el control del barco. —Austin echó a correr hacia la escalera más cercana—. Intenta que no te vean. Si es la misma banda que se cargó a la expedición, mi revólver no tendrá nada que hacer contra sus armas automáticas.

Subieron los seis niveles que les separaban del puente de mando por escaleras interiores, deteniéndose en cada cubierta, pero no tropezaron con nadie. Un nivel antes del puente se separaron. Zavala se adelantó para alertar al tripulante que estaba de guardia. Austin despertó al capitán, que dormía en el camarote situado debajo de la timonera. Le resumió la situación y le aconsejó que se escondiera.

De rasgos marcados y duro como el percebe, el capitán Joe Phelan era un veterano de la NUMA. Respondió al consejo de Austin con un gruñido.

—Yo estaba presente cuando extendieron los calados del *Nereus* —espetó con

mirada encendida—. He esperado treinta años para dirigir el timón de un barco como éste. Se equivoca si piensa que voy a esconderme en el armario mientras esos tipos se hacen con el mando de mi barco.

Phelan maniobraba el *Nereus* con la agilidad de un bailarín, pero Austin dudaba de su habilidad en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Por otro lado, a esas alturas resultaba demasiado arriesgado intentar llegar a proa. Los intrusos podrían estar por todo el barco.

Phelan se subió la cremallera de su mono azul y bajó una escopeta del estante de la pared.

—Calibre 41 —dijo a modo de disculpa—. Uno nunca sabe cuándo le va a tocar sofocar un motín. —Al ver el rostro perplejo de Austin, sonrió—. A veces practico el tiro al plato desde cubierta.

—Esta vez los platos se defenderán —repuso Austin.

Phelan sacó dos cajas de cartuchos y las guardó en la bolsa de lona donde Austin portaba el estuche de madera. Luego se dirigieron al puente de mando.

—Joe, somos nosotros —susurró Austin antes de entrar en la timonera.

El aviso fue un acierto, porque al cruzar el umbral tropezaron con el cañón de una pistola de bengala.

Zavala bajó el arma.

—Mike está enviando un SOS.

El joven con quien Austin había tomado café poco antes entró en la timonera.

—La señal está en automático y transmitirá nuestra posición hasta que alguien la desconecte.

Austin no abrigaba demasiadas esperanzas de que vinieran a rescatarles. Tendrían que actuar sin ayuda del exterior.

—Creo que se te acabó el aburrimiento —dijo Austin.

—Eso parece —repuso Mike—. ¿Qué hago?

—Es demasiado tarde para reunirte con los demás, así que te daré trabajo. Sube a lo alto del puente. Capitán, cuando le haga una señal, quiero que ilumine el *Nereus* como si fuera Broadway, pero mantenga el puente a oscuras.

Con un rápido asentimiento, Phelan se acercó a una consola llena de botones. Austin y Mike fueron al ala de estribor y Zavala tomó posiciones en babor.

Antes de que Mike subiera al tejado del puente, Austin le dijo:

—En cuanto las luces se enciendan, cuenta todos los intrusos que veas y toma nota de su posición. Nosotros haremos lo mismo aquí abajo. Mantén la cabeza agachada.

Cuando todo el mundo estuvo en su sitio, Austin gritó:

—¡Luces, capitán!

El *Nereus* disponía de focos en todos sus ángulos para que la tripulación y los científicos pudieran trabajar también de noche. Los dedos de Phelan bailaron sobre la consola. En pocos instantes el barco quedó iluminado como un crucero del Caribe.

Austin vio tres figuras que se detenían dos cubiertas más abajo y corrían a ocultarse.

—¡Corte! —gritó.

Las luces se apagaron.

—He visto a tres tipos sobre el garaje de los sumergibles —informó Mike—. Venían hacia nosotros. No vi a nadie por delante.

—Ahora agáchate y no te muevas.

Austin entró en la cabina de mando al tiempo que Zavala lo hacía por el otro lado.

—He visto a tres, tres cubiertas más abajo. Parecían ninjas.

—Yo también he visto a tres. Y Mike vio a otros tres que se acercaban por la cubierta de popa. Eso hace nueve. Capitán, ¿le importaría que Joe usara su escopeta? Tiene más experiencia disparando... al plato.

El capitán sabía que existía una gran diferencia entre el tiro al plato y disparar para matar. Tendió la escopeta a Zavala.

—He quitado el seguro —dijo.

Siguiendo el consejo de Austin, entró en la sala de radio.

Austin y Zavala permanecieron de pie en medio de la cabina de mando con las espaldas encontradas y las armas dirigidas hacia ambas puertas. Sabían que en pocos minutos tendrían compañía.

Por la puerta de estribor aparecieron dos siluetas, una detrás de la otra, sin el menor sigilo o precaución. Fatal error. Austin apuntó su arma y disparó. El estruendo hizo temblar las ventanas. La bala del Bowen atravesó el tórax de la primera figura y se incrustó en el corazón de la segunda. La fuerza del impacto arrojó a los intrusos por encima de la barandilla.

Austin se volvió y vio entre la humareda que otro asaltante entraba por la puerta de babor. El tiro de Zavala se desvió y los gránulos mellaron el marco de la puerta. Zavala cargó otro cartucho y disparó de nuevo. Esta vez dio en el blanco. El intruso salió despedido hacia atrás, no sin antes disparar al vacío una ráfaga de metralleta. Todas las balas se perdieron salvo una que hirió a Austin por debajo de la axila izquierda. Tenía la sensación de que le habían flagelado con un alambre al rojo vivo.

Zavala, que estaba sacudiendo la cabeza, no vio que Austin se desplomaba sobre una rodilla.

—Le he dado —dijo sin dar crédito a sus ojos.

El capitán salió de la sala de radio y exclamó:

—¡Maldita sea! Olvidé decirle que la escopeta se desvía un poco hacia la derecha. Tiene que dirigirla dos centímetros a la izquierda.

Zavala se volvió y vio a Austin en el suelo.

—¡Kurt! —exclamó alarmado—. ¿Estás bien?

—He tenido mejores momentos —respondió Austin entre dientes.

Sus muchos años en el mar habían otorgado al capitán Phelan excelentes reflejos ante situaciones de emergencia. Acercó un botiquín y, mientras Zavala vigilaba ambas puertas, fabricó una compresa para cortar la hemorragia.

—Es su día de suerte —dijo mientras le anudaba un cabestrillo—. No le ha tocado el hueso.

—Es una pena que no tenga tiempo para jugar a la lotería. —El capitán le ayudó a levantarse—. Me he cargado a dos de un solo disparo. Lástima que cayeran por la barandilla sin soltar las armas.

—Ya me estás poniendo otra vez en ridículo —protestó Zavala—. Yo sólo he herido al mío.

—Creo que pensaban que nos pillarían dormidos y desarmados, pero no cometerán el mismo error la próxima vez. Nos instarán a disparar para saber cuántos somos y con qué armas contamos. Pronto se darán cuenta de que el barco está prácticamente vacío y concentrarán toda su munición en el puente de mando. Para entonces será mejor que nos hayamos largado a otro lado.

—Podríamos movernos por los conductos del barco —propuso el capitán—. Los conozco mejor que la palma de mi mano.

—Buena idea. Nuestra operación de ataque será más eficaz si conseguimos aparecer cuando menos se lo esperen. Tened cuidado, esos tipos son peligrosos pero no invencibles. Nina se les escapó de las manos dos veces y eso les tiene muy nerviosos. Por eso cometen errores.

—Nosotros también —dijo Zavala.

—Con una diferencia. Nosotros no podemos permitirnoslo.

Atrancaron las puertas de la cabina de mando y entraron en la sala de radio. El SOS seguía reverberando.

Austin se preguntó si alguien lo oiría. Se detuvo y levantó el Bowen con su brazo sano. El peso era excesivo para una sola mano.

—Me tiembla el pulso. Utilízalo tú.

Zavala se guardó el revólver en la cintura. Luego devolvió la escopeta al capitán y le dijo que vigilara la puerta.

—Dos pájaros de un tiro. Caray. —Alzó la escopeta—. Eso significa que con cuatro disparos podríamos cargarnos a ocho tipos.

—Bastaría un solo disparo si se pusieran en fila, pero yo no contaría con eso —dijo Austin mientras extraía de la bolsa el estuche de madera—. No todo está perdido. Tenemos las Mantón.

—Esos cabrones no podrán contra tus pistolas de duelo de una sola bala —bromeó Zavala.

—En otro caso te daría la razón, pero estas pistolas no son cualquier cosa.

En los compartimientos acolchados del estuche descansaban dos pistolas de duelo antiguas. Los cañones, marrones y relucientes, tenían forma octogonal, y las culatas se curvaban como el mango de un bastón.

Durante la escala en Londres Austin había visitado a un anticuario de Brompton Street con quien había tenido suerte otras veces. El juego de pistolas había ido a parar a la tienda como parte de la liquidación de una propiedad, le explicó el dueño, un hombre mayor llamado Slocum. Por el excelente acabado y la ausencia de adornos, Austin habría reconocido al fabricante sin necesidad de ver la etiqueta. Joseph Mantón y su hermano John eran, en el siglo XVIII, los fabricantes de armas de fuego más famosos de Inglaterra, país donde se hacían las mejores pistolas de duelo. Las Mantón tenían pocos perifollos y mucho de lo que importaba en cuestiones de honor: precisión mecánica. Austin tragó saliva cuando escuchó el precio.

—Tengo muchas Mantón en mi colección —dijo.

Slocum no se dejaba desanimar fácilmente.

—Le recuerdo que el señor Mantón hizo estas pistolas por encargo especial. Son las armas ideales para un canalla.

Austin no se ofendió, pues sabía que lo que Slocum quería decir era que las pistolas tenían un seguro incorporado. Empleando una creativa combinación de cheques de viajero y *American Express*, salió de la tienda con las pistolas bajo el brazo.

Cuando enseñó su adquisición a Zavala, éste sostuvo una pistola con el brazo extendido y dijo:

—El cañón parece pesado.

—Y lo es —explicó Austin—. Los fabricantes de armas como Mantón sabían que la gente se ponía nerviosa cuando apuntaba con una boca del calibre 59. Los duelistas tenían la tendencia de disparar hacia arriba, de modo que fabricaba cañones pesados para bajar la dirección del tiro.

—¿Son armas precisas?

—Los duelos eran una cuestión de suerte. Apuntar deliberadamente o estriar el cañón se consideraban actos poco deportivos e incluso podían ser considerados como asesinato. —Austin sacó la otra pistola del estuche—. Éstas tienen un «estriado invisible». Las estrías terminan unos centímetros antes de la abertura para que no puedan verse, pero hay suficientes para dar ventaja. A una distancia de tres o cinco metros deberían permitir un tiro rápido y directo.

Ahora, de pie en la sala de radio, Austin levantó los veinticinco centímetros de cañón como si fueran una continuación de su brazo.

—El arma perfecta para un hombre manco.

Había dado a su compañero una lección rápida sobre cómo cargar el arma, de modo que tenía la teoría fresca aunque le faltara la práctica. El frasco de pólvora disponía de un mecanismo que proporcionaba la cantidad exacta a cargar. Zavala no tuvo problemas para introducir la pesada bola de plomo en el cañón. Tras decirle a Zavala que sería un excelente padrino, Austin se guardó una pistola en el cabestrillo y sostuvo la otra con la mano derecha.

Tras decidir que era demasiado peligroso regresar a la cabina de mando, entraron en la caseta de derrota y el capitán abrió lentamente la puerta de popa. Con el Bowen listo para disparar, Zavala miró a través de la rendija. El camino estaba despejado. Se deslizaron hasta la cubierta.

Austin ordenó a Mike que se tumbara y sugirió a los demás bajar por las escaleras exteriores hacia la popa para así alejar a los asaltantes. Él y el capitán descendieron sigilosamente por el lado de estribor y Zavala lo hizo por babor. Finalmente se encontraron en la cubierta que también hacía de tejado de la sección de almacenamiento científico. La superestructura del puente tenía una altura de tres plantas y una anchura de quince metros. El tejado también alojaba a las barcas inflables.

Mike había visto a tres asaltantes en el tejado. Austin exploró las sombras al tiempo que pensaba que esa cubierta era ideal para una emboscada. Por un instante temió que los asaltantes llevaran gafas infrarrojas, en cuyo caso el tejado no sería lugar seguro.

—¿Conoces algún insulto en español? —preguntó a Zavala.

—Por supuesto. Mi padre nació en Morales.

Zavala colocó las manos huecas en torno a la boca y dejó escapar una retahíla de

impropios en español. La única que Austin reconoció, y en repetidas ocasiones, fue «madre». No hubo reacción.

—No lo entiendo —dijo Zavala—. Los hispanos generalmente se vuelven locos cuando insultas a su madre. Probaré con las hermanas.

Escupió más insultos. El eco de sus palabras todavía flotaba en el aire cuando dos figuras asomaron por detrás de los botes inflables y rociaron la cubierta de balas. Austin, Zavala y el capitán se apiñaron detrás de un cabestrante. Los disparos cesaron cuando las recámaras quedaron vacías.

—Qué susceptibles —dijo Austin.

—Debe de ser mi acento mejicano. ¿Qué opinas? ¿AK74?

El AK74 era la última versión del arma favorita de los terroristas, el venerable AK47.

—Eso creo. El sonido es inconfundible...

El estrépito de nuevas ráfagas ahogó sus palabras hasta que la descarga cesó de nuevo con brusquedad.

Austin y Zavala aprovecharon el descanso para buscar una posición que les ofreciera un blanco claro.

—¡Detrás! —gritó el capitán.

Ambos se volvieron justo cuando una sombra saltaba sigilosamente sobre la cubierta. Austin la vio primero. Levantó el brazo sano con un movimiento raudo y apretó el gatillo. Las chispas del pedernal tardaron un segundo en encender la pólvora. Después de lo que a Austin pareció una eternidad, la pistola escupió una llamarada como si fuera la boca de un dragón. El intruso dio un paso al frente y se desplomó. El arma que empuñaba cayó sobre cubierta.

Zavala pensó en recogerla, pero era demasiado arriesgado ahora que la explosión había revelado su posición. Con Zavala cubriéndoles las espaldas, Austin y el capitán echaron a correr hacia la escalera más cercana para bajar al siguiente nivel.

Los disparos llegaron esta vez de todas partes. Trataron de ocultarse, pero demasiado tarde. El capitán soltó un grito, se llevó las manos a la cabeza y cayó al suelo. Zavala le agarró del brazo y le puso a cubierto.

Más tiros y Zavala se desplomó al sentir que una bala le rozaba la nalga izquierda.

Estaban de espaldas al departamento científico. Austin abrió la puerta, agarró al capitán por el cuello del chándal y lo introdujo de un tirón. Con una pierna inerte, Zavala se arrastró y consiguió cruzar el umbral impulsado por su compañero.

Austin cerró la puerta y miró alrededor. Estaban en uno de los laboratorios «húmedos», así llamados por los fregaderos y grifos que proporcionaban agua marina. Enseguida dio con una linterna y un botiquín.

Examinó la herida de Zavala y cuando comprobó que la bala sólo le había rasguñado suspiró aliviado. Zavala tenía el Bowen apuntada hacia la puerta mientras su amigo se esforzaba por vendarle la herida con su mano sana.

—¿Es muy grave? —preguntó al fin.

—No podrás sentarte durante un tiempo y quizá tengas que explicar que no te lo hiciste corriendo por el monte, pero te pondrás bien. Ignoraban dónde estábamos y dispararon a ciegas.

Zavala miró el cabestrillo de Austin y la figura postrada del capitán.

—No me gustaría estar aquí cuando decidan hacer blanco.

Austin examinó la cabeza del capitán. Tenía el pelo manchado de sangre, pero la herida parecía superficial. El capitán soltó un gemido cuando el antiséptico humedeció el cuero cabelludo.

—¿Cómo se encuentra?

—Tengo un terrible dolor de cabeza y me falla la vista.

—Considérelo una resaca sin regusto a alcohol —le aconsejó Austin.

—Lamento haber perdido la escopeta —dijo el capitán.

—Ya puede lamentarlo —protestó Zavala—. Podría haberla utilizado de muleta. —Miró alrededor—. ¿Veis algo aquí que podamos utilizar para fabricar una bomba atómica?

Austin examinó las hileras de sustancias químicas y agarró un frasco vacío.

—Podríamos hacer un cóctel molotov, pero no podemos quedarnos aquí. Se darán cuenta de dónde estamos en cuanto vean el rastro de sangre.

Austin trasladó a su compañero hasta el garaje donde se guardaban los sumergibles.

—¿Qué hay de los cócteles? —preguntó Zavala.

La boca de Austin esbozó una sonrisa tensa y sus ojos se encendieron de rabia. Él y Zavala sabían que si fracasaban, Nina y todas las demás personas a bordo morirían. Los asesinos se los cargarían con la misma sangre fría con que habían hecho desaparecer a la expedición arqueológica. Austin juró que eso no ocurriría mientras le quedaran fuerzas para respirar.

—Olvídate de los cócteles —masculló—. Tengo una idea mejor.

Austin se recostó en la chapa metálica del sumergible y trazó su plan en voz alta. Zavala, que estaba sentado en el borde de un trineo para dar un respiro a su herida, asintió con la cabeza.

—La clásica estrategia Kurt Austin, dependiente de décimas de segundo, suposiciones infundadas y mucha suerte. Teniendo en cuenta que estamos entre la espada y el mar, voto a favor.

El capitán sacudió la cabeza al mismo tiempo que Zavala sonreía. Ese hombre podía desplomarse con un simple empujón y sin embargo actuaba como si tuviera detrás la quinta división de caballería. Austin, por su parte, con la culata de la pistola asomando por el cabestrillo empapado de sangre, podría haber pasado por un bucanero interpretado por Errol Flynn. Phelan se dijo que ya que tenía que luchar por su barco contra todo pronóstico, se alegraba de tener a esos dos lunáticos a su lado.

Finalizada la reunión, se deslizaron hasta una puerta que conducía a la cubierta de popa. Justo detrás de la estructura de almacenamiento científico descansaban dos furgones portátiles que hacían de espacio de laboratorio suplementario. El trío rodeó los furgones y cruzó la cubierta hasta llegar a la popa del barco, situada bajo las vigas de la grúa que utilizaban para bajar y subir los sumergibles.

La cubierta estaba vacía, pero Austin sabía que no por mucho tiempo.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó el capitán.

Austin se recriminó haber dudado de aquel viejo lobo de mar.

—Usted es el único que cuenta con dos piernas y dos brazos sanos. Puesto que esta parte de la operación no exige fuerza intelectual, le tocará hacer el trabajo pesado.

Siguiendo las órdenes de Austin, el capitán extrajo cuatro depósitos de gasolina utilizados por los botes inflables del almacén y los colocó formando una hilera a lo ancho de la cubierta, a medio camino entre la grúa y los furgones. Cada depósito de polietileno rojo contenía 35 litros de combustible.

Realizado el trabajo, el capitán se mareó y tuvo que sentarse. Austin, que se mareaba un poco a causa de la sangre perdida, no se lo reprochó. Zavala había encontrado una paleta de madera que le hacía de bastón y se paseaba por la cubierta como Long John Silver. Decía que estaba bien, pero cuando se apoyó en una bobina apretó los dientes.

—Adivinad quién no donará sangre durante mucho tiempo —dijo Austin—. Será mejor que pongamos manos a la obra antes de que nos desplomemos todos. Es fundamental que los atraigamos hacia nosotros.

—Puedo saludarles de nuevo en español.

—Adelante —dijo Austin, recordando la violenta reacción que los insultos de

Zavala habían provocado en la cubierta superior.

Zavala cogió aire y dejó escapar otra sarta de insultos que desacreditaban a todos los miembros de las familias de los oyentes. Padres, hermanos y hermanas, no había uno solo que no adoleciera de alguna imaginativa perversión. Austin no comprendía ni una palabra, pero el tono sarcástico de Zavala le hizo intuir su significado.

Mientras su amigo echaba el cebo, Austin levantó una manguera e indicó al capitán que abriera el grifo. Luego atravesó la cubierta barriendo el suelo con su chorro.

Los insultos de Zavala ahogaban el sonido del agua. Apenas visible en la noche, una ola de espuma avanzó hasta las inmediaciones de los depósitos de gasolina.

Los insultos de Zavala no hicieron efecto esta vez. El enemigo se había vuelto cauto tras el primer episodio. Austin se estaba impacientando. Empuñó la pistola y lanzó un tiro al aire. Si su plan fallaba, una bala más o menos no tendría importancia. La estratagema funcionó. Por detrás de los furgones, bajo la débil luz de la luna, asomaron dos figuras espectrales que avanzaron hacia ellos.

Austin temió una vez más que llevaran gafas infrarrojas, pero descartó esa posibilidad. Los intrusos se movían con más cautela que antes. Austin calculó que en pocos segundos se encenderían los focos y los disparos lloverían sobre la cubierta.

El agua seguía avanzando hacia los depósitos.

En la oscuridad aparecieron unas lucecitas rojas. Eran miras de láser.

Austin dio la señal a Zavala.

—¡Ahora!

Zavala estaba sentado sobre su lado sano en medio de la cubierta con los ojos clavados en la línea espumosa que marcaba el margen del agua. Levantó el revólver con ambas manos, apuntó hacia el depósito de la derecha y disparó.

El depósito estalló en pedazos y una lluvia de gasolina cayó sobre la cubierta. Zavala dirigió el arma hacia la izquierda. Disparó tres veces y otros tres depósitos volaron en pedazos. Los 140 litros de gasolina formaron un charco gigante.

Austin ordenó al capitán que aumentara la presión de la manguera. La gasolina se arremolinó en torno a los asaltantes, que yacían boca abajo sobre cubierta. Se pusieron en pie y, si pensaron en lo precario de llevar ropas empapadas de gasolina con un charco de combustible lamiéndoles los zapatos, fue demasiado tarde para hacer algo al respecto. Tan sólo se necesitaba una chispa para convertir la cubierta en un infierno, y Zavala estaba dispuesto a proporcionarla. Levantó la pistola de bengala.

—¡Ahora! —gritó Austin.

Zavala apretó el gatillo. La bengala salió envuelta en una nube de serpentinas fosforescentes y la cubierta estalló en llamas que avanzaron raudamente hacia las negras figuras. El líquido volátil que estaban pisando se incendió como una bomba de napalm. Aferrado a las ropas empapadas de gasolina, el fuego convirtió los cuerpos en antorchas candentes que se desplomaron sobre cubierta. De sus armas empezaron

a salir balas en todas direcciones envueltas en una nube de humo negro.

Austin no había previsto esto último. Gritó al capitán que buscara refugio y se acurrucó con Zavala detrás del cabestrante hasta que los disparos cesaron.

Agotado el combustible, el fuego se apagó con la misma rapidez con que había empezado. Austin se levantó. Cinco cadáveres humeantes descansaban en posición fetal sobre la cubierta.

—¿Todo bien? —preguntó Zavala.

—Sí, pero dudo que acepten la invitación a otra de nuestras barbacoas.

—¡Cuidado, Kurt, hay más!

Austin se llevó instintivamente la mano al cabestrillo sin recordar que había dejado su pistola de duelo en el suelo. Paralizado, vio cómo una figura asomaba por detrás de la grúa. Austin estaba al descubierto y el Bowen vacío. Era hombre muerto. Zavala y el capitán serían los siguientes.

No hubo disparos. La figura, en realidad, estaba huyendo hacia estribor, donde Austin había detectado el garfio.

Austin intentó perseguirle, pero desistió. Desarmado, herido y agotado, oyó cómo un motor fuera borda se ponía en marcha. Cuando el ruido se perdió en la distancia, regresó junto a Zavala y el capitán.

—Supongo que era el último de la lista —dijo Zavala.

—Eso creo.

Austin resopló. Todavía le quedaba algo por hacer. Mike seguía oculto en el techo del puente de mando y la tripulación y los investigadores estaban atrapados en la sala de proa.

—Esperad aquí. Les diré a los demás que pueden subir.

Sorteó los cadáveres chamuscados y se dirigió a la sección de proa. Austin no era un hombre insensible, pero reservaba su compasión para quienes la merecían. Minutos antes, aquellos hombres estaban decididos a matarles a él y a sus amigos y colegas. Algo que él no podía permitir bajo ninguna circunstancia. Especialmente si pensaba en Nina, por quien empezaba a sentir un cariño especial. Así de sencillo.

Se trataba, sin duda, del mismo grupo que había acabado con la expedición arqueológica. Esos asesinos habían venido a terminar el trabajo, sólo que Austin, Zavala y el capitán habían puesto freno a sus intenciones. Austin, sin embargo, sabía que la historia no terminaría mientras Nina Kirov siguiera viva.

La India

Los monzones que azotan la India desde el mar de Omán descargan casi toda su lluvia en la cadena montañosa de las Ghates Occidentales. Para cuando las corrientes de aire húmedo alcanzan las Decán, en el sureste indio, el aguacero se ha reducido bastante. El profesor Arthur Irwin contemplaba desde la entrada de la cueva el manto de agua que caía del cielo plomizo. Le costaba creer que fuera la misma cantidad de lluvia que recibía Londres. El chaparrón de esa tarde habría bastado para hacer flotar el Parlamento.

La entrada de la cueva se hallaba en la ladera empinada de un valle angosto cubierto de vegetación. El denso bosque situado en el sur del río Ganges es la región más antigua de la India, y en otros tiempos se la creía habitada por demonios.

A Irwin no le preocupaban tanto los demonios como el paradero de su colega. Hacía seis horas que el profesor Mehta se había marchado al pueblo con su taciturno guía. Suponía una hora de trayecto a pie por un camino enlodado. Confió en que el puente que cruzaba el río no hubiera sido derribado por una riada repentina. Suspiró. No podía hacer nada salvo esperar. Tenía provisiones de sobra y mucho en qué entretenerse. Regresó a la cueva y caminó entre los dos pilares del arco de herradura que daba paso al salón o capilla.

Pobre Menta. Después de todo, se trataba de su expedición. Estaba tan ilusionado el día que le llamó para decirle:

—Necesito un etnólogo de mediana edad, educado en Cambridge, para una pequeña expedición. ¿Puedes venir a la India? Los gastos corren de mi cargo.

—¿Qué ha pasado con la parsimonia del Museo Indio?

—Sigue igual, pero esto no tiene nada que ver con el museo. Te lo explicaré cuando nos veamos.

Los monjes budistas que perforaron la cueva a golpe de pico lo hicieron para honrar las palabras del Maestro. Éste había aconsejado a sus seguidores que utilizaran la estación de los monzones para meditar y estudiar.

A ambos lados de la capilla estaban las puertas de las celdas espartanas de los monjes. Los divanes de piedra sobre los que Irwin y los demás habían extendido sus sacos de dormir no eran excesivamente cómodos, pero por lo menos estaban secos.

El salón principal se asemejaba a una basílica cristiana. La luz se filtraba por la puerta hasta alcanzar la zona del fondo, donde, si se tratara de una iglesia, estaría el altar. Irwin admiró la belleza de los pilares esculpidos que sostenían el techo abovedado. En las paredes había escenas de la vida de Buda y pinturas representando los quehaceres domésticos y cortesanos de la época que permitían remontar la

perforación de la cueva aproximadamente al año 500 a.C.

Las Decán eran famosas por sus monasterios cavados en la roca. Se creía que no quedaba ninguno por descubrir cuando de repente apareció la entrada de esta cueva oculta en la vegetación. Durante su primera visita, Mehta e Irwin estaban examinando las pinturas cuando el guía les llamó desde una antecámara.

—¡Vengan rápido! ¡Un hombre!

Los colegas se miraron, pensando que el guía había descubierto un esqueleto. Entraron en la estancia fría y oscura y al encender las linternas vieron una estatua de piedra. El hombre, de metro y medio de largo, estaba recostado con la cabeza ladeada y sobre la panza sostenía un recipiente en forma de disco.

Desconcertado, Irwin regresó a la capilla y se sentó.

Mehta le siguió.

—¿Qué ocurre, Arthur?

—¿Habías visto alguna vez una figura como ésa?

—No, pero es evidente que tú sí.

Irwin se tiró de la barba con nerviosismo.

—Hace unos años, durante un viaje a México, visitamos las ruinas mayas de Chichén Itzá. Allí vi una versión de mayor tamaño de esa figura. Es una *chac mool*, y el recipiente en forma de disco se utilizaba para recoger la sangre durante los sacrificios.

—México —dijo Mehta en tono dubitativo.

Irwin asintió.

—Al ver esta escultura, me pareció totalmente fuera de tiempo y lugar...

—Te comprendo, pero puede que estés equivocado. Existen muchas similitudes entre unas culturas y otras.

—Puede, pero debemos sacarla de aquí para comprobar su autenticidad.

La mirada de Mehta se entristeció aún más.

—Ni siquiera hemos comenzado nuestro trabajo.

—Aún podemos hacerlo, pero esto es importante.

—Claro, Arthur —dijo Mehta con resignación, recordando cuan impulsivo había sido Irwin desde que estudiaban en Cambridge.

Regresaron a la aldea, recuperaron el camión y fueron a la población con teléfono más cercana. Mehta propuso llamar a TimeQuest, la fundación que financiaba su expedición, y pedir más dinero para trasladar la escultura. Explicó a Irwin que la fundación, para ayudar, imponía como única condición que se la informara de todo hallazgo importante.

Tras una larga conversación telefónica, Mehta colgó y sonrió.

—Han dicho que podemos contratar a algunos aldeanos, pero que esperemos a que nos envíen a alguien con el dinero. Les dije que la estación de los monzones estaba casi encima. Me aseguraron que el dinero llegaría en menos de cuarenta y ocho horas.

Regresaron a la cueva, donde estuvieron haciendo fotografías y catalogando datos. Dos días más tarde Mehta y el guía se fueron al pueblo para recibir al representante de TimeQuest. Entonces llegaron las lluvias.

Irwin estudió sus anotaciones. Luego, al ver que anochecía y que sus compañeros no llegaban, se preparó un estofado de arroz y judías. Convencido ya de que pasaría la noche solo, estaba terminando de lavar los platos con el agua de un depósito cuando oyó unos pasos sigilosos.

—Por fin, amigos —dijo por encima del hombro—. Me temo que os habéis perdido la cena, pero puedo cocinaros un poco de arroz.

Al no obtener respuesta, Irwin se volvió y vio una silueta que la luz de la lámpara no alcanzaba a iluminar. Creyendo que era un aldeano enviado por su colega, dijo:

—Me has asustado. ¿Me traes un mensaje de Mehta?

El forastero dio un paso al frente. De su mano salía un brillo metálico y, en los últimos momentos aterradores de su vida, Irwin comprendió qué le había sucedido a Mehta y el guía, pero ignoraba por qué.

China

—¿Cuánto falta para llegar a la excavación, Chiang?

El hombre nervudo que manejaba la larga caña del timón levantó dos dedos.

—¿Dos kilómetros o dos horas? —preguntó Jack. Quinn.

Una sonrisa desdentada iluminó el rostro apergaminado del timonel, que se encogió de hombros y se señaló el oído. O bien la pregunta era demasiado complicada para su rudimentario inglés o no podía oírle a causa del estruendo que despedía el viejo motor fuera borda Evinrude.

El ruido de la barca, con sus válvulas gastadas, su silenciador defectuoso y una cubierta que vibraba como un tambor, retumbaba en la orilla del río y ahogaba todo intento de comunicación verbal.

Quinn se mesó el pelo y sus posaderas buscaron una posición más cómoda. Era una causa perdida. La estrecha embarcación tenía forma de tabla de surf y una cubierta astillada que no invitaba a sentarse.

Rindiéndose, hundió los hombros y contempló el paisaje. Habían dejado atrás los arrozales y las plantaciones de té y pasado junto a pueblos de pescadores.

También habían visto campos dorados que se extendían hasta las montañas envueltas de niebla. Quinn era insensible a la belleza de China. Únicamente podía pensar en Ferguson, el director del proyecto.

Su primer mensaje le había parecido emocionante.

«He encontrado un montón de soldados de arcilla. Esto podría ser más grande que Xi'an».

Quinn enseguida comprendió que Ferguson estaba hablando de los siete mil guerreros de terracota hallados en un mausoleo imperial cerca de la ciudad china de Xi'an. Era la clase de noticias que gustaba de transmitir a la junta directiva de la Fundación de Asia Oriental, de la que era director ejecutivo.

La fundación pertenecía a un grupo de mecenas acaudalados que deseaban fomentar el entendimiento entre Oriente y Occidente. También era una forma de desgravar impuestos para que las personas que disfrutaban de las fortunas que sus antepasados habían amasado engancharo a cientos de miles de chinos a las drogas pudieran disfrutar de ellas al máximo.

Como parte del programa, la fundación patrocinaba excavaciones arqueológicas en China. Tales excavaciones eran muy populares entre los miembros de la junta porque a la fundación no le costaba un céntimo, pues la mayoría las sufragaban aficionados dispuestos a pagar por participar en ellas, y porque a veces ocupaban la portada del *New York Times*.

Quinn visitaba una excavación cuando sabía que iba a darle una publicidad favorable, pero aun así era difícil arrancarle del lujo de la caoba y el cuero de su despacho neoyorquino.

El segundo mensaje de Ferguson fue aún mejor que el primero.

«Hallada pieza impresionante. Pronto detalles».

Quinn ya había informado a sus contactos en prensa y televisión cuando le llegó el tercer mensaje.

«¡La pieza es maya!».

Quinn poseía ciertos conocimientos sobre culturas ancestrales, ya que en otros tiempos había dirigido un museo universitario.

«Imposible. La cultura maya no pertenece a China», fue su respuesta.

Al cabo de unos días volvió a tener noticias de Ferguson.

«Imposible pero cierto».

Esa noche Quinn hizo el equipaje y subió al primer vuelo a Hong Kong. Desde allí tomó un tren que lo llevó al interior y, tras varias horas en autobús, llegó al río justo cuando Chiang se disponía a partir. Además de mantener a la expedición abastecida, Chiang era el repartidor de telegramas, razón por la cual los mensajes tardaban tanto en llegar.

Quinn sabía que Chiang había visitado la excavación unos días antes y supuso que fue entonces cuando recogió la última carta de Ferguson. La indignación de Quinn había ido aumentando durante el largo y arduo trayecto. Todavía no sabía si iba a despedir a Ferguson antes o después de arrojarlo al río. Camino de la excavación, empezó a preguntarse si se habría vuelto loco de remate. Quizá se debía al agua.

Todavía no había elaborado su plan de acción cuando la barca viró y encalló contra la orilla del río. Chiang ató la embarcación a un palo. Luego él y Quinn cogieron dos cajas de víveres y echaron a andar tierra adentro.

Avanzaban por un sendero cubierto de hierba alta y amarilla cuando Quinn preguntó:

—¿Falta mucho?

Un dedo. Quinn imaginó que un kilómetro o una hora, pero se equivocaba. Transcurrido un minuto llegaron a un círculo de hierba aplastada.

Chiang dejó la caja en el suelo e indicó a su pasajero que hiciera lo mismo.

—¿Dónde está el campamento? —preguntó Quinn.

Chiang le miró con expresión ceñuda. Tirando de su barba escuálida, señaló el suelo.

El final de un día perfecto, gruñó Quinn. Estaba cansado y sucio, el estómago le hervía como una cazuela al fuego y para colmo su guía se había extraviado. Chiang dijo algo en chino e indicó a Quinn que le siguiera. Al cabo de unos minutos señaló una parcela de dos acres con la tierra removida.

Quinn caminó por el perímetro hasta que divisó un objeto redondeado que

sobresalía del suelo. Empezó a cavar con las manos hasta desenterrar la cabeza y los hombros de un guerrero de terracota. Cavó un poco más y encontró otros.

Tiene que ser el lugar de la excavación, pensó, pero aquí no hay nadie. ¿Dónde demonios está la gente? Chiang miró atemorizado a su alrededor.

—Demonios —dijo, y sin más echó a correr hacia el río.

El aire se enfrió como si una nube hubiese ocultado el sol. Quinn se dio cuenta de que estaba solo. Únicamente se oía el susurro de la brisa contra la hierba. Echó una última mirada alrededor y echó a correr en pos del barquero dejando atrás hileras e hileras de guerreros sepultados bajo tierra.

Condado de Fairfax, Virginia

En la sensual tranquilidad de la mañana virginiana, Austin se apartó de la rampa y cogió los remos de fibra de carbón. Con un tirón largo y suave, la canoa de competición cortó como un cuchillo las aguas relumbrantes del río Potomac.

Remar en el Potomac era un ritual diario que Austin seguía fielmente entre misiones. Obedeciendo las órdenes del médico, había dado a su costado izquierdo un respiro. Cuando los puntos cicatrizaron, inició su propia terapia de recuperación con las pesas y máquinas de su gimnasio privado y la sesión diaria de natación en la piscina. Poco a poco fue exigiendo más a su cuerpo, y finalmente decidió que ya podía remar.

El momento de poner a prueba los resultados de la terapia recayó en un día especialmente hermoso. Era imposible resistirse a la llamada de las sirenas del río. Arrastró su estilizada canoa Mass Aero de 6,5 m de largo por la plataforma del cobertizo para botes que había convertido en su hogar. Estaba justo debajo de las palizadas, en el condado de Fairfax. Empujar la ligera estructura hasta el agua no constituía ningún problema. Lo difícil era subirse a ella sin volcarla.

Su primer intento había sido un desastre. Las espadillas eran ligeras como plumas, pero sus casi tres metros de largo y la presión de las palas contra el agua hicieron que Austin apenas lograra dar unas remadas antes de regresar a la orilla envuelto en un sudor frío. Sentía como si su costado izquierdo colgara de un garfio. Volcó deliberadamente la canoa en la orilla, entró a trompicones en la casa y se quedó mirando el reflejo pálido de su rostro en el espejo del armario de las medicinas mientras engullía calmantes que apenas consiguieron mitigar el dolor. Esperó unos días y lo intentó de nuevo. Esta vez se apoyó más en el brazo derecho, por lo que el casco dibujaba arcos irregulares, pero por lo menos avanzaba. A los pocos días ya podía remar sin apretar los dientes.

Hoy, el único recuerdo de la bala afortunada del asesino eran las punzadas que notaba durante los ejercicios de calentamiento. Se sintió bien en cuanto subió a la canoa, introdujo los pies en los zuecos atornillados a los reposapiés y se deslizó varias veces sobre el asiento para calentar los músculos del abdomen. Luego ajustó los collarines que descansaban sobre las chumaceras destinados a permitir la máxima potencia con cada remada.

Inclinado hacia adelante, Austin sumergió las palas en el agua y, dejando que el peso de su cuerpo trabajara por él, tiró hacia atrás. La canoa rozó la superficie como un ave acuática. Era sin duda el mejor día hasta el momento. La dicha de poder remar a un ritmo normal mitigaba todo residuo de dolor. Sentado con la espalda recta, las

manos sobrepuestas, remaba lentamente utilizando un empuje moderado y un estirón largo. Austin gruñó de satisfacción. Estaba remando bien.

La canoa avanzaba corriente arriba con el sigilo de un susurro, dejando atrás las viejas mansiones de la costa. El aroma de las flores que llenaba sus pulmones era como el perfume de un viejo amor. Y, en cierto modo, así era. Para Austin, remar no era sólo su principal ejercicio físico. Concentrándose en la técnica más que en la potencia, esta fusión de la mente con el cuerpo era como una meditación zen. Totalmente concentrado, aumentó la frecuencia de las remadas desatando gradualmente la potencia de sus anchas espaldas, hasta que la pantalla del contador marcó una media de 28 remadas por minuto.

Por debajo de la gorra turquesa de la NUMA asomaban gotas de sudor. La camiseta de rugby estaba empapada y el trasero se le había dormido a pesar del acolchamiento de los pantalones de ciclista. Pero se sentía vivo. La canoa se deslizaba por el río como si los remos tuvieran alas. Remaría durante media hora para luego girar y dejar que la corriente holgazana le ayudara en el trayecto de vuelta. No quería tentar a la suerte.

Divisó un destello cegador en la orilla, el reflejo del sol en un telescopio montado sobre un trípode. Sentado en una silla plegable, un hombre con un sombrero hundido hasta las cejas miraba por la ocular mientras el resto de la cara le quedaba oculta tras el telescopio. Austin lo había visto unos días antes, y habría supuesto que se trataba de un ornitólogo salvo por un detalle: el telescopio siempre apuntaba hacia él.

Austin giró e inició el regreso. Al pasar junto a la orilla saludó al ornitólogo con un brazo. El ojo del hombre permaneció pegado al telescopio. Austin sonrió y, sacudiendo la cabeza, puso rumbo a casa.

El cobertizo, de estilo Victoriano, había sido en otros tiempos parte de una finca. Con sus tablillas azules y su tejado de mansarda coronado por un torreón, por fuera era una versión en miniatura de la casa principal. Austin subió a la rampa, levantó la canoa y la deslizó por una rejilla colocada debajo del cobertizo que contenía otro de sus juguetes: un pequeño hidroavión.

Poseía dos embarcaciones más: un laúd de siete metros y un hidroavión de competición atracados en el puerto de la bahía de Chesapeake.

Le gustaban las líneas clásicas y la historia del laúd, así como el hecho de que, pese a su casco rechoncho y una sola vela, fuera capaz de ganar a embarcaciones más grandes y esbeltas, sobre todo después de las modificaciones que le había hecho. El laúd era, además, muy resistente a las tempestades, y lo llevaba a distancias y situaciones meteorológicas extremas por pura diversión. Aunque Austin disfrutaba del desafío mental del remo y manejaba veleros desde su infancia, a los diez años empezó a sentirse atraído por la velocidad y los barcos de carreras. Su gran afición en su tiempo libre seguían siendo las regatas.

Aparcada la canoa, subió por una escalera interior hasta la primera planta y de ahí hasta el dormitorio del torreón. Arrojó la ropa de remo en un cesto y tomó una ducha

caliente. Mientras se secaba frente al espejo, examinó la herida de bala. Había perdido su rabiosa rojez. Muy pronto se uniría a las demás cicatrices blanquecinas que destacaban sobre su piel tostada, todas ellas recuerdos de encuentros violentos. A veces se preguntaba si su cuerpo no tendría algo que atraía las balas y armas blancas como un imán.

Con pantalones cortos y camiseta, entró en la cocina para prepararse una jarra de café y huevos con beicon. Se llevó el plato a la cubierta que daba al Potomac y contempló el río mientras desayunaba. Se sirvió otra taza de café y entró en su estudio. Puso un disco compacto de Coltrane, se instaló en una butaca de cuero negro y escuchó cómo el saxo emitía sonidos que su creador, Antón Sax, jamás imaginó posibles. No era de extrañar que Austin tuviera predilección por el *jazz*. Los sonidos de Coltrane, Oscar Peterson, Keith Jarrett, Bill Evans y otros que ocupaban su extensa discoteca reflejaban, en cierta manera, la personalidad de Austin: una frialdad de acero que ocultaba gran dinamismo y energía, capacidad para llegar hasta lo más profundo del alma cuando era preciso hacer un esfuerzo sobrehumano y talento para la improvisación.

La espaciosa sala era una colección ecléctica de lo antiguo y lo moderno. Muebles de madera oscura se mezclaban con paredes blancas de las que pendían cuadros originales contemporáneos. Pese a haber crecido en el mar y pasar casi todo su tiempo sobre o debajo del agua, apenas poseía objetos relacionados con él...Un cuadro de un clíper hecho por un pintor de Hong Kong para un capitán de una compañía naviera china, una carta del Pacífico del siglo XIX, un par de herramientas para construir barcos, una foto de su laúd y una maqueta del hidroavión dentro de una caja de cristal.

Los estantes contenían las aventuras marítimas de Joseph Conrad y Herman Melville forradas en cuero y docenas de libros de oceanografía. Pero los tomos más desgastados eran los de Platón, Kant y otros grandes filósofos que acostumbraba leer. Austin no veía excentricidad en semejante dicotomía. Más de un capitán se había retirado tierra adentro después de una carrera en alta mar. Austin todavía no estaba preparado para mudarse a Kansas, pero el mar era una amante salvaje y exigente, y él necesitaba ese refugio para escapar de su abrazo.

Mientras daba sorbos a su café su mirada tropezó con las dos Mantón colocadas sobre la chimenea. Austin tenía casi doscientos juegos de pistolas de duelo en su colección, la mayoría guardados en un sótano a prueba de incendios. En casa conservaba las adquisiciones más recientes. No sólo le fascinaban la hechura y la belleza de esa clase de pistolas, sino los giros que tal vez había dado la historia a causa de una bala certeramente disparada en una mañana tranquila. Se preguntó cómo le habría ido a la república si Aron Burr no hubiese matado a Alexander Hamilton. Las Mantón le trajeron el recuerdo del incidente en el *Nereus*. ¡Qué noche tan extraña! Durante su recuperación, Austin había reproducido el suceso una y otra vez, rebobinándolo adelante y atrás, congelando las imágenes, como si su cabeza fuera un

aparato de vídeo.

Terminada la escaramuza, el esfuerzo y la pérdida de sangre habían hecho mella en Austin. Apenas había dado unos pasos cuando cayó al suelo. El capitán Phelan fue el encargado de comunicar a la tripulación que el peligro había pasado. La gente salió de su escondite y Austin y Zavala fueron trasladados en camilla a la enfermería. Por el camino pasaron frente al cuerpo del asesino que Austin había fulminado con la única bala de su pistola de duelo. Por indicación suya, se detuvieron y un tripulante de estómago fuerte retiró la máscara para revelar la cara de un hombre de unos treinta y cinco años, piel oscura y espeso bigote negro. Los rasgos no tenían nada de especial, exceptuando el orificio en medio de la frente.

Zavala se incorporó y soltó un silbido.

—¿Tenías un visor de láser en ese viejo trabuco? ¡Hiciste blanco en una silueta que se movía en la oscuridad! Si no lo hubiese visto habría jurado que es imposible.

—Y lo es —dijo Austin con una sonrisa de arrepentimiento.

Mientras les vendaban las heridas, Austin explicó a su amigo que tan extraordinaria precisión no tenía nada que ver con su puntería ni con el cañón estriado. Con las prisas, había girado el ajustador de presión en la dirección equivocada. Por fortuna, el cañón de la Mantón estaba hecho a prueba de idiotas.

El helicóptero de una compañía petrolera recibió la llamada de emergencia por radio y trasladó a los hombres heridos y a Nina Kirov a Tarfaya. El capitán Phelan se negó a abandonar el barco, y una vez la doctora se hubo asegurado de que transcurridos unos días podría trabajar aunque con ciertas limitaciones, se quedó para llevar al *Nereus* hasta Yucatán. Pocas horas después Austin y Zavala estaban en un avión privado de la NUMA que se había desviado a Marruecos cuando volaba a Estados Unidos procedente de Roma. Nina debía desembarcar en el aeropuerto de Dulles. Austin durmió durante casi todo el vuelo a consecuencia del calmante que le habían administrado. Su memoria era confusa, pero recordaba haber soñado que un ángel rubio le besaba suavemente en la mejilla. Cuando despertó se hallaba en Washington y Nina ya no estaba. Había tomado un vuelo a Boston. Se preguntó si volvería a verla. Después de un par de días en el hospital, él y Zavala fueron dados de alta con la advertencia de que tomaran la medicación y dejaran que sus cuerpos cicatrizaran.

El teléfono sacó a Austin de su ensimismamiento. Levantó el auricular y oyó una voz enérgica.

—Buenos días, Kurt. ¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien, almirante Sandecker. Le agradezco su interés. Aunque debo reconocer que me aburro un poco.

—Me alegra oír eso. Su aburrimiento está a punto de terminar. Mañana hay una reunión a las nueve para intentar llegar al fondo de ese asunto marroquí. Zavala también asistirá. Lo han visto paseándose por Arlington en su descapotable, de modo que imaginé que también él se aburría.

Zavala, que conducía un Corvette de 1961 básicamente porque era el último modelo con maletero, había pasado su tiempo libre en el sótano de su casa, donde restauraba aparatos mecánicos y creaba nuevos artilugios sumergibles. En cuanto fue capaz de caminar sin molestias empezó a entrenar en un gimnasio de boxeo. Joe nunca se aburría si había mujeres alrededor, y había sacado todo el partido posible a la compasión que inspiraba su herida.

Austin y Zavala habían hablado por teléfono muchas veces durante sus respectivas convalecencias. Pese a lo mucho que se estaba divirtiendo, Zavala ansiaba un poco de acción. Austin no se equivocaba cuando dijo:

—Estoy seguro de que está deseando volver al trabajo, almirante.

—Espléndido. Por cierto, tengo entendido que ya te has recuperado lo bastante para poder aspirar a un puesto en el equipo de vela olímpico.

—Sí, como timonel. Un consejo, señor. La próxima vez que contrate a alguien para hacer de ornitólogo, asegúrese de que se quite los mocasines y los calcetines largos.

Pausa.

—No es preciso que le recuerde que la NUMA no cuenta con la misma reserva de operativos clandestinos que sus vecinos de Langley. Pedí al contable Joe McSweeney que siguiera discretamente su recuperación. Todos los días pasa frente a su casa camino de la oficina, pero me temo que le ha picado el insecto James Bond y se ha tomado el trabajo más a pecho de lo previsto. Espero que no le importe.

—En absoluto, señor. Le agradezco su interés. Es mejor que recibir llamadas diarias de la central.

—Eso pensé. Por cierto, Mac sí reconoce a un pájaro cuando lo ve.

—Estoy seguro, señor. Hasta mañana.

Austin colgó y sonrió ante el paternalismo de Sandecker y su indirecta sobre la CÍA, cuya central se hallaba a menos de dos kilómetros del cobertizo. La agencia del almirante era básicamente científica, pero sus operaciones como homólogo marino de la NASA estaban destinadas a recoger información tan buena o mejor que la de la Compañía.

Sandecker envidiaba el presupuesto inagotable de la CÍA, aunque él tampoco se quedaba corto a la hora de sacarle dinero al Congreso. Contaba con el apoyo de muchas empresas y de veinte universidades de élite con academias de ciencias marinas. Con sus cinco mil científicos e ingenieros, sus estudios ininterrumpidos sobre geología y minería oceánicas, sus investigaciones biológicas sobre vida, arqueología y climatología marinas, y su amplia flota de buques y aviones de observación, el alcance de la NUMA se extendía a todo el planeta.

Arrebatarle Austin a la CÍA había sido uno de sus grandes golpes. Austin había estudiado gestión de sistemas en la Universidad de Washington y asistido a una importante academia de submarinismo en Seattle. Se había formado como submarinista para todo, lo que significaba que dominaba temas como soldadura,

aplicación comercial de explosivos y submarinismo en marismas. Se especializó en flotación, levantamiento de objetos pesados del mar y submarinismo mediante saturación profunda en entornos diferentes utilizando cámaras mixtas de aire y agua. Después de trabajar dos años en diversas perforaciones petrolíferas del mar del Norte, regresó a la compañía de salvamento de barcos de su padre, donde trabajó seis años antes de ser seducido por una rama poco conocida de la CÍA, especializada en la obtención de información submarina. Fue director auxiliar del alzamiento secreto de un submarino ruso y de la recuperación e investigación de un carguero iraní, hundido clandestinamente por un submarino israelí, que contenía armas nucleares. También dirigió varias investigaciones sobre aviones comerciales misteriosamente derribados desde el mar, que incluían localizar y recuperar los aparatos.

Al finalizar la guerra fría la CÍA cerró la rama de investigación submarina. Austin probablemente habría ido a parar a otro departamento si el almirante Sandecker no le hubiese contratado para llevar a cabo misiones especiales bajo el mar que generalmente quedaban fuera de la vigilancia gubernamental. Sandecker podía acusar a Langley de cuanto quisiera, pero él mismo era bien conocido por sus operaciones secretas.

Austin consultó su reloj. Las diez. Las siete en Seattle. Levantó el auricular y marcó un número de teléfono.

—Buenos días. Soy tu hijo número uno.

—Ya era hora de que llamas.

—Hablamos ayer mismo, papá.

—En veinticuatro horas pueden ocurrir muchas cosas —respondió el padre con cómica brusquedad.

—¿De veras? ¿Como qué?

—Como conseguir un contrato multimillonario con los chinos. No está mal para un vejarrón como yo.

Austin había heredado la corpulencia y la testarudez de su padre. Con más de setenta años, el viejo Austin tenía los hombros ligeramente hundidos, pero sus jornadas de trabajo habrían matado a hombres más jóvenes. Su compañía de salvamento marina de Seattle le había hecho rico, pero él seguía trabajando, sobre todo desde la muerte de la madre de Austin acaecida unos años atrás. Como muchos hombres hechos a sí mismos, lo importante ya no era ganar dinero sino jugar.

—Felicidades, papá, aunque no me sorprende. Además, no eres ningún vejarrón y lo sabes.

—No pierdas el tiempo dándome ceba. ¿Cuándo piensas venir para celebrarlo con una botella de Jack Daniel's?

Justamente lo que necesito, pensó Austin. Una noche de beberaje con su padre sólo conseguiría devolverle al hospital.

—Más adelante. Vuelvo al trabajo.

—Ya era hora. Llevas demasiado tiempo ganduleando —repuso el hombre con

decepción en la voz.

—Seguro que has hablado con el almirante. Él ha dicho más o menos lo mismo.

—Tengo cosas mejores que hacer.

El padre de Austin hablaba en broma, pues sentía un gran respeto por Sandecker. Con todo, lo veía como un rival, y todavía no había perdido la esperanza de que Kurt recuperara la sensatez y tomara el mando del negocio familiar. Austin sospechaba que esa esperanza era lo que le empujaba a seguir trabajando.

—Veré lo que quiere y te llamaré.

El padre suspiró hondo.

—De acuerdo, haz lo que tengas que hacer. Debo dejarte. Me llaman por la otra línea.

Austin miró el auricular y sacudió la cabeza. El disco de Coltrane estaba terminando. Puso uno de Gerry Mulligan, se recostó en la butaca y, con una sonrisa en la boca, se dispuso a disfrutar de las últimas horas de ocio que tendría en varias semanas. Se alegraba de que sus vacaciones tocaran a su fin. Era algo más que una cuestión de aburrimiento. El almirante no era el único que quería llegar al fondo del denominado «asunto marroquí».

Recostado en la silla con las manos en la nuca, Hiram Yaeger contemplaba con sus gafas de montura metálica la fotografía tridimensional en blanco y negro de la rolliza mujer de Sumatra proyectada en la enorme pantalla holográfica situada frente a la consola de herradura. Se preguntó cuántos millones de jóvenes varones habían tenido su primera lección de anatomía femenina mirando a las doncellas morenas de las páginas del *National Geographic*.

—Gracias por el regalo, Max —dijo Yaeger con un suspiro de nostalgia.

«De nada —respondió una voz femenina—. Pensé que te iría bien un respiro».

La doncella núbil desapareció de la pantalla para regresar a 1937, año en que fue captada por un fotógrafo del *Geographic*.

—Me ha traído buenos recuerdos —dijo Yaeger.

Desde su pequeña terminal privada, el jefe de la red de comunicaciones de la agencia podía acceder a todos los archivos del complejo informático que ocupaba la décima planta de la sede central de la NUMA. Generalmente era el equipo de campo el que ocupaba los titulares de los periódicos. Las hazañas realizadas por sus buques de investigación, submarinos de baja profundidad y robots marinos cautivaban la imaginación del público. Pero una de las grandes contribuciones de Sandecker a la NUMA, su joya de la corona invisible, era la extensa red informática de alta velocidad que Yaeger había diseñado con un presupuesto ilimitado gracias al almirante.

Sandecker había sacado a Yaeger de una empresa informática de Silicon Valley para que organizara el que sin duda iba a ser el mejor y más extenso archivo oceanográfico del mundo. La enorme biblioteca de datos era su orgullo y pasión. Habían necesitado varios años para reunir siglos de sabiduría humana extraída de libros, artículos y tesis científicas e históricas. Todo cuanto se había escrito sobre el mar estaba disponible no sólo para la NUMA sino para estudiantes de oceanografía, oceanógrafos profesionales, ingenieros marinos y arqueólogos submarinos del mundo entero.

Yaeger era la única persona de la NUMA que no respetaba el código de vestimenta de Sandecker sin sufrir consecuencias, lo cual era prueba de su gran talento. Con sus tejanos y su chaqueta Levis, la melena rubio grisácea recogida en una coleta y una barba mal cuidada que ocultaba el entusiasmo infantil de su cara, Yaeger parecía salido de una comuna de *hippies* de los sesenta. Pero no vivía en ninguna comuna. Todos los días salía de un elegante barrió residencial de Maryland al volante de un BMW totalmente equipado. Su atractiva esposa era pintora, sus dos hijas adolescentes estudiaban en un colegio privado, y la única queja de las tres era que Yaeger pasaba más tiempo con su familia electrónica que con la de carne y

hueso.

A Yaeger todavía le sorprendía el gran poder de que gozaba en la NUMA. Había sustituido el teclado y los monitores por mandatos hablados y la pantalla holográfica. Su incursión en los artículos del *Geographic* le permitía descansar de la agotadora misión en que estaba trabajando por orden de Sandecker. En un principio la tarea le había parecido sencilla. «Averigua si otras expediciones arqueológicas han sufrido ataques similares al de Marruecos». Al final el trabajo resultó monumental. Su pasión por resolver el rompecabezas le había llevado a desatender más de lo habitual a su comprensiva mujer e hijas.

Aunque el sistema de la NUMA estaba centrado en los océanos, Max solía entrar sin autorización en otros sistemas para reunir información y transmitir datos entre hemerotecas, bibliotecas científicas, universidades y archivos históricos de todo el mundo. Lo primero que hizo fue elaborar una lista de las expediciones de los últimos cincuenta años divididas cronológicamente por décadas. Había cientos de nombres y fechas. Luego preparó un modelo informático basado en los hechos conocidos sobre el incidente marroquí. Pidió a Max que comparara dicho modelo con cada expedición basándose en los datos proporcionados por artículos académicos, revistas científicas e informes, a fin de determinar si alguna de esas expediciones habían tenido un final imprevisto.

Las fuentes de información solían ser incompletas y a veces dudosas. Yaeger talló una lista como el escultor que busca la silueta en un bloque de mármol. Seguía siendo lo bastante larga y complicada para desalentar al investigador más experimentado, pero el reto sólo conseguía estimular su avidez. En pocos días reunió una enorme cantidad de información. Ahora debía indicar a los ordenadores que filtraran los datos y limaran los resultados para hacerlos digeribles.

—Max, imprime tus hallazgos cuando hayas agotado tus redes, por favor.

«Estaré de vuelta dentro de un rato. Lamento la demora —contestó la suave voz del ordenador—. ¿Por qué no te sirves otra taza de café mientras esperas?».

Para su ordenador, el tiempo carecía de importancia, se dijo Yaeger mientras seguía el consejo de Max. Pese a su extraordinaria rapidez e inteligencia, Max ignoraba lo que era tener a Sandecker pisándote los talones. Yaeger le había prometido los resultados al día siguiente. Mientras Max trabajaba Yaeger podría haber dejado su santuario para visitar la cafetería de la NUMA o darse un paseo. Con todo, odiaba dejar solos a sus bebés electrónicos, así que utilizó el tiempo para explorar otras opciones.

Contempló el techo y recordó que Nina Kirov había contado que los asesinos llegaron de noche, mataron al grupo y se deshicieron de los cadáveres.

—Max, echemos un vistazo a la palabra «asesino».

Max era, en realidad, un conjunto de ordenadores que, como el cerebro humano, podía realizar varias tareas complicadas a la vez.

«Enseguida. —Un segundo más tarde la voz del ordenador dijo—: Asesino: del

árabe "*hasisiyun*", los que consumen hachís. Orden islámica político religiosa y secreta del siglo XI, presidida por un jefe absoluto. Los miembros de la secta, conocidos como los "fieles", asesinaban a líderes políticos y debían jurar obediencia incondicional. Entretanto recibían hachís y dosis elevadas de placeres sensuales y se les decía que eso sólo era una parte del paraíso que les esperaba si hacían bien su trabajo. La secta difundió el terror durante más de doscientos años».

Interesante, pero ¿pertinente? Yaeger se acarició la barba mientras Max describía otros grupos asesinos como los thugs de la India o los ninjas japoneses, mas no encajaban en el perfil de los asesinos de Marruecos y, además, llevaban varios siglos sin actuar. Con todo, no los descartó. Tenía que examinar el pasado para conocer su funcionamiento.

La doctora Kirov había explicado que los asesinos destruyeron una estatua de piedra que habría podido demostrar el contacto precolombino entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Si hubiese solicitado todo el material relativo a la cultura precolombina Max, por muy rápido que fuera, habría necesitado mucho tiempo para seleccionarlo. Así pues, Yaeger había establecido lo que denominaba un «paradigma paralelo», esto es, una serie de preguntas dirigidas al ordenador sobre quién podría enfadarse si se descubriera que Colón no fue el primer representante del Viejo Mundo en poner el pie en el Nuevo. Y viceversa.

Los ordenadores llevaban varios días trabajando en ese asunto, pero Yaeger no había tenido tiempo de consultar los resultados. Ahora que las máquinas estaban ocupadas en la cuestión planteada por Sandecker, sí lo tenía.

—Abrir «Parpar» —dijo, que era el nombre con que había bautizado al paradigma paralelo.

«Parpar listo, Hiram».

—Gracias, Max. ¿Quién se enfadaría si se averiguara que Colón no descubrió América?

«Ciertos eruditos, historiadores y escritores. Algunos grupos étnicos. ¿Concretizo?».

—Ahora no. ¿Sería peligroso?

«No. ¿Busco vínculos con el pasado?».

Yaeger había programado sus ordenadores para que dieran respuestas breves y así evitar que se salieran por la tangente.

—Adelante.

«La Inquisición española consideraba la creencia del contacto precolombino una herejía que se castigaba con la hoguera. Los inquisidores opinaban que Colón había llevado la civilización española al Nuevo Mundo por inspiración divina. ¿Relación con Vespucio?».

—Adelante.

«Cuando Amerigo Vespucio demostró científicamente que Colón no había llegado a la India sino a un nuevo continente, también fue acusado de hereje».

—¿Por qué era tan importante?

«Si España admitía que otros habían descubierto el Nuevo Mundo, habría visto invalidados sus derechos sobre las riquezas del continente y debilitado su poder».

Yaeger reflexionó. España ya no era una potencia mundial y todas sus colonias americanas se habían independizado. Había algo que no conseguía ver. Se sentía como un niño que sabe que en el armario se oculta un monstruo. Podía oír su respiración pesada y ver sus ojos verdes, pero cada vez que encendía la luz desaparecía.

Las campanillas del ordenador sonaron y en la pantalla apareció la caricatura de un Yaeger sonriente.

«Impresión completa —dijo su doble animado—. ¡Buf! Me largo a tomar una cerveza».

Yaeger pasaba tanto tiempo con el ordenador que no había podido evitar programar algunos rasgos de su personalidad.

—Gracias, Max. Yo invito.

Preguntándose qué haría si Max aceptara alguna vez su oferta, Yaeger entró en un cuarto contiguo y recogió el informe impreso del Parpar sobre las expediciones arqueológicas. Sus ojos se fueron agrandando a medida que lo hojeaba y musitaba «Increíble». A medio informe levantó el auricular y apretó un botón.

—Si tiene un minuto, almirante, me gustaría enseñarle algo.

A las 8.45 Austin aparcó el *jeep* Cherokee turquesa de la agencia en la plaza que tenía reservada en el garaje subterráneo de la sede central de la NUMA, el imponente edificio acristalado de Arlington, Virginia, que acogía a los dos mil científicos e ingenieros de la agencia y coordinaba a otros tres mil esparcidos por el planeta.

Joe Zavala gritó el nombre de su camarada cuando se acercaba por el vestíbulo. El espacio estaba decorado con cascadas, acuarios y un enorme globo terráqueo en el centro del suelo de mármol verde. Austin se alegró de comprobar que Zavala apenas cojeaba.

El ascensor los llevó hasta la última planta, donde el almirante Sandecker tenía sus despachos. Al salir tropezaron con dos hombres que esperaban el ascensor. El primero, de constitución delgada y fuerte, medía metro noventa y tenía la piel bronceada, rasgos marcados y ojos verdes. El pelo, negro y ondulado, empezaba a blanquear por las sienes.

El otro hombre apenas medía un metro sesenta, pero tenía el tórax de un bulldog y unos miembros musculosos. De piel morena y pelo rizado, sus ojos marrones revelaban su ascendencia italiana.

El hombre alto extendió una mano.

—Hacía tres meses que no nos veíamos, Kurt.

Dirk Pitt, el director de proyectos especiales de la NUMA, y Al Giordino, su competente ayudante, eran una leyenda dentro de la agencia. Sus proezas, desde los principios de la NUMA, parecían salidas de una novela de aventuras. Aunque los caminos de Pitt y Austin raras veces se cruzaban, compartían una buena amistad y gustaban de hacer submarinismo juntos.

Austin respondió al apretón de mano.

—¿Cuándo podremos almorzar juntos para que nos pongáis al día de vuestras últimas aventuras?

—No antes de dos semanas, me temo. Salimos dentro de una hora a la base aérea de Andrews.

—¿Destino? —preguntó Zavala.

—El almirante nos ha asignado un proyecto en el Antártico —respondió Giordino.

—Supongo que habrás metido en la maleta el calcetín para testículos —dijo Zavala.

Giordino sonrió.

—Nunca salgo de casa sin él.

—¿Y tú y Joe? —preguntó Pitt.

—Vamos a ver al almirante para averiguar qué nos tiene preparado.

—Espero que os envíe a aguas más tropicales.

—Y yo —sonrió Austin.

—Llamad cuando estéis de vuelta y cenaremos en mi casa —dijo Pitt.

—Estupendo. Siempre es un placer contemplar tu colección de coches.

Pitt y Giordino entraron en el ascensor.

—Adiós, chicos, y buena suerte —dijo Giordino antes de que las puertas se cerraran.

—Creo que es la primera vez que veo a Dirk y a Al sin cojear, sangrar o cubiertos de vendas —dijo Austin.

Zavala puso los ojos en blanco.

—Gracias por recordarme que trabajar para la NUMA puede ser peligroso.

—¿Por qué crees que ofrece a sus trabajadores un seguro de accidentes tan generoso?

Austin y Zavala entraron en una sala de espera cubierta de fotografías donde el almirante aparecía codeándose con presidentes y otras personalidades del mundo de la política, las ciencias y las artes. La recepcionista les dijo que podían entrar en el despacho.

Sandecker estaba sentado detrás de un enorme escritorio hecho a partir de la escotilla recuperada de un primitivo submarino confederado hundido. Ataviado con unos pantalones grises y una elegante americana azul marino con un ancla dorada bordada en el bolsillo del pecho, a Sandecker sólo le faltaba una gorra blanca para completar su imagen deportiva. Pero el almirante no era el director de un club náutico. Todo su ser irradiaba una fuerte autoridad forjada a lo largo de treinta años de condecoraciones y templada por el trabajo no siempre agradable de dirigir un imperio marítimo estatal que había levantado de la nada. Los veteranos de Washington decían que la presencia de Sandecker les recordaba a George C. Marshall, el general y secretario de Estado que podía entrar en una habitación y, sin pronunciar palabra, dejar claro que tenía el mando. Sandecker, a diferencia del general, era bajo, y delgado gracias a los ocho kilómetros de carrera diaria y a un régimen estricto de ejercicios.

Se levantó del sillón como si tuviera muelles en los pies y rodeó la mesa para recibirlos.

—¡Kurt, Joe, me alegro de veros! —Dijo efusivamente entre fuertes apretones de mano—. Tenéis un magnífico aspecto. Es estupendo que hayáis podido venir.

Sandecker, que aparentaba bastante menos de sesenta y cinco años, se veía tan aseado y enérgico como siempre. Su barba pelirroja a lo Van Dyke parecía cortada con un rayo láser.

Austin enarcó una ceja. Él y Joe no habían tenido opción. El fundador y director de la NUMA jamás aceptaba un no por respuesta.

—Gracias, almirante —dijo Austin con una sonrisa—. Joe y yo cicatrizamos con rapidez.

—Lo sé. Una capacidad de recuperación rápida es uno de los requisitos para trabajar en la NUMA. Si no me creéis, preguntádselo a Pitt y Giordino.

—Me aseguraré de comparar mis magulladuras con las de Dirk sobre unos cuantos tequilas con hielo y lima la próxima vez que lo vea, señor.

Zavala no pudo resistir la oportunidad de bromear también.

—Un par de inválidos como nosotros no pueden ser de gran utilidad para la agencia.

Sandecker soltó una carcajada y propinó a Zavala una palmada en la espalda.

—Siempre he admirado tu sentido del humor, Joe. Seguro que triunfarías como cómico en los clubes nocturnos, donde tengo entendido que has pasado todas tus noches acompañado de bonitas mujeres. Supongo que te ayudaban a recuperarte.

—Eran enfermeras de servicio —repuso Zavala con expresión angelical.

—Como ya he dicho, Joe, te equivocaste de oficio. Bromas aparte, ¿cómo están tus... posaderas?

—No podría correr una maratón, pero hace días que tiré el bastón.

—Me alegra oír eso. Antes de reunirnos con los demás quiero felicitaros por vuestra actuación en el *Nereus*. He leído los informes. Buen trabajo.

—Gracias —dijo Austin—. Gran parte del mérito fue del capitán Phelan. Nació demasiado tarde. Podría imaginármelo luchando con un alfanje contra los piratas. Me temo que dejamos el barco hecho un desastre.

Sandecker clavó sus ojos azules en Austin.

—A veces no hay más remedio, Kurt. El barco está terminando su trabajo en Yucatán. El capitán me dijo ayer que se encuentra bien y que el *Nereus* está en plena forma. Me pidió que os diera nuevamente las gracias por salvar su barco. ¿Estáis listos para volver al trabajo?

En ese momento llamaron a una puerta lateral y una cabeza de hombre se asomó. Paul Trout, con sus más de dos metros de estatura, parecía más un jugador de la NBA que un geólogo oceánico del equipo de misiones especiales de la NUMA. Varias universidades, más interesadas en su estatura que en su brillante inteligencia, le habían ofrecido becas de estudios.

—Me alegro de volver a veros, chicos. Os hemos echado de menos. Estamos listos, almirante.

—Estupendo. No perderé el tiempo con explicaciones en este momento, caballeros. Muy pronto conocerán los motivos de la reunión.

Sandecker condujo al grupo a una amplia y cómoda sala de conferencias situada junto a su despacho.

Austin comprendió enseguida que algo importante se estaba cociendo. El hombre nervudo y estrecho sentado en un extremo de la larga mesa de caoba era el comandante Rudi Gunn, subdirector de la NUMA y especialista en logística. Junto a él estaba Hiram Yaeger, el fenómeno informático. Enfrente había un hombre mayor de aspecto distinguido, con rasgos marcados y bigote blanco. A Austin le recordó a C.

Aubrey Smith, el viejo actor que solía hacer el papel de oficial jactancioso del ejército británico. A su lado había un hombre de mandíbula prominente, fornido y parcialmente calvo.

Austin saludó a Gunn y a Yaeger con la cabeza. Luego su mirada saltó rápidamente por encima de los demás hombres y desembocó en la mujer sentada al final de la mesa. Su rubia melena recogida en una trenza tirante resaltaba los ojos grises y los pómulos altos. Austin se acercó y tendió una mano a la mujer.

—Doctora Kirov, qué sorpresa tan agradable —dijo—. Me alegro de verla.

Nina vestía un traje chaqueta color ámbar que hacía juego con su piel meliflua. Austin se dijo que los hombres eran idiotas. La primera vez que vio a Nina la encontró hermosa como una sirena ligera de ropa. Ahora, con su curvada silueta oculta bajo la seda ajustada, estaba sencillamente despampanante.

Nina esbozó una sonrisa hechizante.

—Yo también me alegro de verle, señor Austin. ¿Cómo se encuentra?

—Ahora, de maravilla.

La formalidad de las palabras no logró ocultar la intensidad del encuentro. El apretón de manos duró unos segundos más de lo debido, hasta que Sandecker rompió el hechizo aclarándose exageradamente la garganta. Austin se volvió y al percatarse de la expresión burlona de sus colegas enrojeció.

Sandecker hizo las presentaciones. El hombre mayor era J. Prescott Danvers, director ejecutivo de una organización llamada Consejo Arqueológico Mundial. El otro era Jack Quinn, de la Fundación de Asia Oriental. El almirante consultó su reloj.

—Hechas las presentaciones, ¿qué les parece si vamos al grano? ¿Hiram?

Austin tomó asiento al lado de Trout mientras Yaeger jugaba con el teclado de un ordenador portátil. Como siempre, el aspecto de Trout era impecable. Peinado con raya en medio al estilo de los años veinte, vestía un traje de popelina tono canela, camisa azul y una de sus anchas corbatas de vivos colores. Paradójicamente, Trout también adoraba las botas de agua, una excentricidad que muchos pensaban que era un homenaje a su padre pescador. En realidad se trataba de una costumbre que había adquirido en el Instituto Oceanográfico Woods Hole, donde muchos científicos las usaban.

Hijo de un pescador de cabo Cod, Trout pasó la mayor parte de su infancia deambulando por el famoso instituto. Los científicos, deseosos de mostrarse amables con un joven tan fascinado por el mar, le ofrecían trabajos de fin de semana y verano. Su pasión le llevó más tarde al no menos famoso Instituto Scripps de Oceanografía.

—Te hacía en Yucatán con Gamay —dijo Austin.

No era habitual ver a Trout sin su esposa. Se habían conocido en el Instituto Scripps, donde ella estudiaba biología marina, y se casaron una vez se hubo doctorado. Rudi Gunn, un viejo amigo de la escuela, propuso a Paul formar parte de un equipo especial que estaba creando el almirante Sandecker. Paul aceptó con la condición de que su esposa ingresara en el equipo con él. Encantado de poder contar

con dos personas de primerísima categoría, Sandecker accedió sin rechistar.

El mentón de Trout parecía hallarse en constante reflexión. Tenía el hábito de hablar con la cabeza gacha, y aunque llevaba lentillas parecía mirar por encima de unas gafas imaginarias.

—Gamay llevaba semanas intentando conseguir una cita con un VIP del Museo Antropológico Nacional de Ciudad de México —explicó Trout con su voz nasal—. El tipo no podía cambiar el día, así que estoy aquí en representación de los dos.

Sandecker estaba junto a una enorme pantalla de proyector conectada al ordenador. Hizo una señal a Yaeger y un segundo más tarde en la pantalla apareció un mapa del noroeste de África. Con un puro de Managua apagado, Sandecker señaló Marruecos y una flecha roja parpadeante.

—Todos los aquí reunidos conocemos el ataque sufrido por la doctora Kirov y la desaparición de su expedición. —Se volvió hacia Austin y Zavala—. Kurt, mientras tú y Zavala estabais convalecientes desaparecieron dos expediciones más.

En la pantalla apareció un mapa del mundo y Yaeger señaló otras dos flechas.

—La organización del señor Quinn perdió un grupo en China, y en la India desaparecieron dos científicos y su ayudante.

—Gracias, Hiram —dijo Sandecker—. Doctor Danvers, ¿le importaría hablarnos de su organización?

—Será un placer. —Danvers se levantó. Su voz todavía tenía el acento pseudobritánico de colegio privado—. El Consejo Arqueológico Mundial de Washington es un centro distribuidor de información relacionada con la comunidad arqueológica mundial —explicó—. En todo momento se están llevando a cabo en el mundo docenas de proyectos simultáneos. Estos proyectos cuentan con el patrocinio de fundaciones, universidades y entidades gubernamentales. Nuestro trabajo consiste en reunir toda esa información y, si se necesita, distribuirla adecuadamente.

—¿Podría ponernos un ejemplo? —preguntó Sandecker.

Danvers reflexionó.

—Hace poco uno de nuestros socios, en este caso una universidad, quería realizar un trabajo en Uzbekistán. Con una llamada a nuestros bancos informáticos pudimos informarle sobre los proyectos pasados, presentes y futuros de ese país, y proporcionarle todos los artículos publicados sobre el tema durante los últimos años, bibliografías de libros de consulta y nombres de expertos en la materia. También les conseguimos mapas e información sobre cuestiones prácticas, como la situación política, las fuentes de mano de obra, el transporte, el estado de las carreteras y el clima.

—¿Tienen también informes sobre expediciones desaparecidas?

Danvers frunció el entrecejo.

—En realidad no. Son los socios quienes proporcionan la información. Nosotros únicamente la recogemos y la distribuimos. Nuestro material es básicamente académico. En el caso de Uzbekistán, no se mencionaría ninguna desaparición a

menos que la universidad informara de ello. Tal vez se advierta que algún territorio puede ser peligroso. Por otro lado, es posible que la información esté esparcida por el banco de datos, y habría que reuniría.

—Entiendo —dijo Sandecker—. Hiram, ¿puedes ayudarnos en eso?

Yaeger pulsó algunas teclas. Nueve flechas rojas, repartidas entre los distintos continentes, se encendieron para sumarse a las otras tres.

—Son expediciones desaparecidas en los últimos diez años —explicó.

Las fosas nasales de Danvers se hincharon como si le hubiese llegado un olor nauseabundo.

—Imposible —espetó—. ¿De dónde ha sacado la información para hacer una afirmación tan ridícula?

Yaeger se encogió de hombros.

—De los archivos de su organización.

—No puede ser —aseguró Danvers—. Para acceder a nuestra base de datos hay que ser socio del CAW. Además, gran parte de la información que poseemos es confidencial. Ni siquiera los socios pueden ir de un archivo a otro. Tienen que recibir autorización después de introducir su código.

No era la primera vez que alguien le decía a Yaeger que sus bebés electrónicos apenas sabían caminar cuando en realidad podían correr. Sabía por experiencia que era preferible no discutir, de modo que se limitó a sonreír.

—Supongo que todos estaremos de acuerdo en que no se trata de una simple coincidencia —dijo Sandecker mientras examinaba las flechas.

Danvers seguía estupefacto ante la idea de que un tipo salido de *Hair* hubiese entrado en su base de datos.

—Desde luego —dijo, esforzándose por conservar la dignidad.

—Confío en que acepte mis más sinceras disculpas, señor Danvers —dijo Sandecker—. Cuando me informaron de lo ocurrido en Marruecos pedí a Hiram que hiciera un estudio sobre casos similares aparecidos en informes de prensa y los comparara con otros datos disponibles. El hecho de que eligiera su organización para robar en el ciberespacio demuestra la importancia del CAW. Me temo, no obstante, que la cosa no termina aquí.

Yaeger tomó el relevo.

—Hice una exploración de los artículos sobre arqueología aparecidos en las principales publicaciones y los comparé con los archivos del CAW. Luego seguí limando la información, separando el trigo de la paja. Los últimos cinco años fueron fáciles. La cosa se puso más difícil cuando retrocedí a los tiempos en que la gente todavía no utilizaba ordenadores. El estudio no está completo, pero la información que he reunido se halla totalmente documentada. Descarté las expediciones que no tenían cadáveres o que fueron aniquiladas por catástrofes naturales.

Yaeger pulsó el ratón y Danvers soltó una exclamación. El mapa se iluminó como si fuera Times Square. En cada continente aparecieron docenas de flechas rojas.

—¡Ridículo! —Espetó Quinn—. ¡Maldita sea, esto no es una película de Indiana Jones! Las excavaciones arqueológicas no desaparecen de la faz de la tierra sin que nadie se entere.

—Buena observación, señor Quinn —dijo Sandecker—. También a nosotros nos sorprendió el número de expediciones que se han evaporado sin dejar rastro. El público no es indiferente a estos sucesos, pero están repartidos a lo largo de varias décadas. Además, hubo un tiempo en que era muy normal que los exploradores desaparecieran del ojo público durante años, en ocasiones para siempre. ¿Habríamos sabido qué le ocurrió al doctor Livingstone si el intrépido Stanley no hubiese ido tras él?

—¿Pero qué me dice de informes recientes? —preguntó Quinn.

—Según me ha explicado Hiram, de vez en cuando alguna persona de una agencia importante con recursos como el *New York Times* escarba en sus archivos, observa un suceso similar y lo compara con otro más reciente. Cuando se le daba mucha publicidad, como ocurrió con la desaparición en 1936 de una expedición del *National Geographic* en Cerdeña, el incidente se atribuía a la mala suerte o a la acción de bandidos. Podemos descontar algunos casos, como los producidos por inundaciones o volcanes. Lo que en realidad me desconcierta es que la tendencia es al alza.

Todavía dudoso, Austin apoyó los codos en la mesa y miró fijamente el mapa.

—Actualmente las comunicaciones son mucho más avanzadas que en la época de Stanley —dijo—. ¿Podría eso tener que ver con las desapariciones?

—Tuve en cuenta ese detalle, Kurt —dijo Yaeger—. La curva sigue siendo ascendente.

Rudi Gunn se quitó las gafas y mordisqueó pensativamente las patillas.

—Esto me recuerda a la película *Alguien está matando a los grandes jefes*.

—Con la diferencia de que en este caso los muertos no son jefes y los sucesos no se limitan a un solo continente —repuso Sandecker—. Basándonos en la experiencia de la doctora Kirov, podríamos decir que alguien está matando a los grandes arqueólogos del mundo.

Danvers se recostó en su asiento con el rostro pálido.

—¡Dios santo! —Murmuró con voz ronca—. ¿Qué está ocurriendo?

—Exacto, ¿qué? —Los ojos azules de Sandecker saltaron de una cara a otra—. Pedí a Hiram que buscara denominadores comunes entre las expediciones desaparecidas. En principio no encontró ninguno. Todas eran muy diferentes entre sí. Variaban de tamaño y destino, y estaban organizadas por una amplia gama de grupos o individuos. Pero en realidad sí había un denominador común. El *modus operandi* era el mismo en todos los casos previos a Marruecos. Las expediciones simplemente desaparecían. La experiencia de la doctora Kirov fue traumática, pero también puede verse como un golpe de suerte si con ello podemos evitar tragedias similares. Ahora sabemos que estas expediciones no se evaporaron. Fueron aniquiladas por grupos de

asesinos expertos.

—Thugs —murmuró Gunn.

—¿Qué significa eso? —preguntó Quinn.

—Significa «ladrones» en hindi. Así llamaban a los seguidores del culto indio a Kali. Los thugs se introducían por la noche en las caravanas, estrangulaban a la gente, ocultaban los cuerpos y luego robaban. Este culto dejó de practicarse en su mayor parte cuando los británicos lo prohibieron a principios del siglo XIX. Una de las últimas desapariciones se produjo en la India.

Quienes conocían a Gunn no se sorprendían cuando surgía con esta clase de información arcaica. Gunn era un auténtico genio. Número uno en su promoción de la Academia Naval, el excomandante de la marina podría estar disfrutando de un cargo en las altas esferas del Departamento de Marina. Tenía títulos de química, economía y oceanografía, pero prefería la ciencia submarina a la guerra. Trabajó en varios submarinos como jefe adjunto de Sandecker, y cuando el almirante dimitió de la marina para formar la NUMA, Gunn le siguió. A lo largo de su trabajo de investigación y recopilación de informes había retenido gran parte del contenido de los cientos de libros que consultaba.

—He indagado en ellos —dijo Yaeger—. También en los ninjas y los *hasisiyun*. Tiene razón, existen similitudes.

Sandecker no descartó la sugerencia.

—La idea de una sociedad secreta de asesinos es ciertamente interesante —dijo—. Con todo, dejémosla a un lado mientras hablo de otro denominador común. Al parecer, todas las expediciones desaparecidas durante los últimos años habían notificado de antemano el hallazgo de objetos precolombinos en lugares inverosímiles. —Se detuvo para enfatizar la importancia de sus palabras—. Y de acuerdo con las averiguaciones de Hiram, todas fueron financiadas, en cierta medida, por TimeQuest. ¿Sabéis algo sobre esta organización?

—Nuestra fundación la ha utilizado en varias ocasiones —dijo Quinn—, y que yo sepa es muy respetable. Se anuncia en las revistas de arqueología. Tiene fama de ser muy generosa con sus donaciones. Si la expedición les parece interesante, no dudan en financiarla e incluso envían voluntarios, gente que paga por la aventura de trabajar en una excavación. Tienen relaciones con algunas organizaciones ecológicas y asociaciones de jubilados.

Danvers pareció despertar de un largo sueño.

—Muchos de nuestros clientes han utilizado TimeQuest. Tenemos un archivo sobre ellos que podría resultar útil.

—Ya lo he consultado —dijo Yaeger—. También he obtenido información de otras fuentes, como directorios de organizaciones filantrópicas, agencias reguladoras estatales y federales, extractos bancarios e Internet.

Tienen una web impresionante. La sede central está en San Antonio y la junta directiva la forman personas conocidas a nivel nacional.

Austin frunció el entrecejo.

—Muchas personas bien intencionadas han prestado sin saberlo sus nombres a toda clase de organizaciones criminales, tanto de derechas como de izquierdas, pensando que estaban apoyando una buena causa.

—Cierto, Kurt —convino Sandecker—. Hiram, ¿hay algo que sugiera que TimeQuest puede ser la tapadera de una organización criminal?

Yaeger negó con la cabeza.

—Todos los datos indican que TimeQuest está limpia.

—¿No encontraste nada que se saliera de lo normal? —insistió Sandecker. Su afinado oído había detectado en Yaeger un tono de duda.

—No he dicho eso, almirante. Existen toneladas de datos disponibles sobre la organización, pero la mayoría son comunicados de prensa que no revelan gran cosa. Cuando intenté ir más allá, no obtuve nada.

—¿Te bloquearon el acceso?

—No exactamente. Se trata de algo más sofisticado. Cuando el acceso se bloquea es como no tener la llave que abre la puerta de una habitación. Yo tenía la llave, pero cuando entré el cuarto estaba a oscuras y el interruptor de la luz no funcionaba.

—Si tus sabuesos electrónicos perdieron el rastro, debe de tratarse de algo realmente sofisticado. Con todo, ese detalle resulta revelador. La organización no desconectaría el interruptor de la luz a menos que tuviera algo que ocultar.

Nina, que había permanecido callada durante todo ese rato, dijo de repente:

—González.

—¿Qué? —preguntó Sandecker.

—Estaba pensando en lo que el comandante Gunn ha comentado sobre los thugs. En nuestra expedición había un hombre llamado González, un voluntario enviado por TimeQuest. Hablé de él a Austin y a Zavala. Era... era un hombre extraño.

—¿En qué sentido?

—Es difícil de explicar. Era muy servil y siempre estaba en todas partes, mirando por encima de tu hombro. Cuando alguien le preguntaba sobre su vida, siempre contaba la misma historia, y cuando le pedía más detalles se iba por las ramas. El último día le vi hablando con alguien que no pertenecía a la expedición. —Nina se detuvo y arrugó la frente—. Creo que eso tuvo algo que ver con el ataque.

—Su informe menciona el incidente —dijo Sandecker—. ¿Fue González asesinado como los demás?

—Supongo que sí. Desapareció con todos los demás, así que...

—Comprobaremos la identificación de los cadáveres exhumados en el lugar de la excavación. Si ese tal González no aparece, Hiram le investigará.

—Hay algo que me gustaría saber —dijo Austin—. TimeQuest estaba relacionada con todas las expediciones desaparecidas en los últimos años, pero ¿ha participado también en expediciones que regresaron a casa sanas y salvas?

—La respuesta es sí —dijo Sandecker—. En muchas de sus expediciones las

quemaduras de sol fueron las heridas más graves. Todas las que desaparecieron habían informado de algún hallazgo extraño y, en algunos casos concretos, de pruebas de contacto precolombino. ¿Qué opina, doctor Danvers?

—Que la comunidad arqueológica estudiaría esa afirmación con el mayor escepticismo. No obstante, ignoro por qué algo así podría llevar al asesinato. Es evidente que no se trata de una cadena de coincidencias.

Nina sacudió la cabeza.

—Tampoco es una coincidencia que destruyeran la escultura precolombina que encontré y borrarán de la base de datos de la universidad la prueba de su existencia.

—Se volvió hacia Yaeger—. ¿Cómo pudo ocurrir?

Yaeger se encogió de hombros.

—No es difícil si uno sabe cómo hacerlo.

Sandecker consultó la hora.

—Eso es todo por ahora. Caballeros, doctora Kirov, les agradezco que hayan venido. Estudiaremos el siguiente paso y les mantendremos informados de nuestros progresos.

Terminada la reunión, Kurt se acercó a Nina.

—¿Piensas quedarte un tiempo en Washington?

—Me temo que no —dijo Nina—. Parto enseguida para iniciar un nuevo proyecto.

—Entonces...

—Nunca se sabe. Puede que algún día trabajemos juntos.

Austin aspiró el suave aroma de lavanda que desprendía el cabello de Nina y se preguntó cuánto trabajo lograrían hacer juntos.

—Puede.

—Lamento interrumpir —dijo Zavala—, pero Sandecker nos quiere en su despacho.

Tras despedirse de Nina a regañadientes, Austin siguió a sus compañeros hasta el despacho del almirante y se sentó en una butaca de cuero. Sandecker se reclinó en su sillón giratorio mientras daba una larga calada a su enorme puro. Se disponía a hablar cuando se percató de que Zavala estaba fumando un puro idéntico al suyo. Pocas cosas se le escapaban al almirante, pero uno de los misterios más irritantes de su vida tenía relación con los puros: llevaba años tratando de averiguar cómo Al Giordino conseguía birlarle puros de su escritorio sin ser descubierto.

Sandecker clavó su mirada de acero en Zavala.

—¿Has hablado por casualidad con Giordino? —preguntó fríamente.

—Sí, en el ascensor —respondió Zavala con una inocencia angelical—. Él y Pitt se iban al Antártico. Hablamos brevemente sobre cosas de la NUMA.

Sandecker se aclaró la garganta. Jamás había permitido que Giordino se percatara de su irritación y desconcierto, y tampoco iba a darle esa satisfacción a Zavala.

—Es posible que algunos de vosotros os estéis preguntando qué hace una agencia

oceanográfica involucrada con un montón de excavadores de seco —dijo—. La principal razón es que la NUMA tiene el mejor sistema de información del mundo. A muchas de esas excavaciones se llega por mar o por ríos que desembocan en el mar, de modo que, técnicamente, tenemos un interés personal. ¿Alguna idea, caballeros?

Austin, que había observado la muda batalla de los puros con interés, se concentró ahora en la pregunta de Sandecker.

—Repasemos lo que sabemos —dijo—. Entre las desapariciones existe una característica común. La gente no sólo desaparece, sino que es aniquilada por asesinos bien organizados y equipados. Todas las expediciones estaban vinculadas a una sociedad llamada TimeQuest que parece tener algo que ocultar.

—Puede que simplemente estén ocultando beneficios a Hacienda —intervino Yaeger.

—Puede —dijo Sandecker—, por eso quiero que sigas escarbando. Explora todas las posibilidades.

—¿Averiguaste algo sobre el hidrodreslizador que intentó acabar con la doctora Kirov? —preguntó Zavala.

—Ahí tuve más suerte —respondió Yaeger—. Vuestra descripción me llevó a un fabricante inglés llamado

Griffon Havercraft Ltd. El problema es que existen muchos modelos como el que describisteis, el cual, por cierto, es bastante interesante. Se trata de un LCAC, una versión perfeccionada del modelo comercial. Veinticinco metros de eslora, dos hélices y cuatro turbinas de gas que le permiten una velocidad de cuarenta nudos con carga útil. Ametralladoras del 50, soportes para lanzagranadas y una M60. Tenemos algunos en la marina estadounidense.

—¿Por qué no utilizaron las ametralladoras para acabar con la doctora Kirov? —preguntó Zavala.

—Supongo que porque temían que el cadáver fuera encontrado, en cuyo caso se habría abierto una investigación —dijo Austin—. ¿Algún pedido privado?

—Solamente uno. En San Antonio —respondió Yaeger.

Austin se inclinó hacia adelante.

—La ciudad donde TimeQuest tiene su sede central.

—Exacto —dijo Yaeger—, pero podría tratarse de una casualidad. El hidrodreslizador es propiedad de una compañía petrolera, aunque podría ser falsa. Necesitaré tiempo para comprobar si existe una relación entre ambas. De ser así, significaría que han actuado con negligencia.

—En realidad no —repuso Austin—, porque no esperaban la presencia de testigos. De haber conseguido cargarse a la doctora Kirov, nadie se habría enterado de la matanza. Los del *Nereus* divisaron el hidrodreslizador, pero se hallaba demasiado lejos para ver que estaba atacando a alguien.

—Kurt tiene razón, Hiram —dijo Sandecker—. Quiero que sigáis indagando en la conexión con San Antonio. ¿Alguna propuesta sobre acciones directas?

—Podríamos atraerlos hacia nosotros —dijo Austin—. El desencadenante de los casos estudiados es el hallazgo de objetos precolombinos. ¿Por qué no creamos una expedición arqueológica e informamos a TimeQuest de que hemos encontrado uno?

—Luego nos ponemos el chaleco antibalas y que sea lo que Dios quiera —espetó Zavala antes de dar una calada a su puro a lo Diamond Jim Brady—. Genial.

Sandecker enarcó una ceja.

—Ironías aparte —dijo Sandecker—, necesitaríamos semanas, quizá meses, para organizado todo. ¿No es cierto, Rudi?

—Eso me temo, señor. Habría que coordinar demasiadas cosas.

Austin no entendía por qué Gunn encontraba tan divertida su propuesta, y su irritación era patente cuando dijo:

—Si lo intentamos tal vez consigamos acelerar el proceso.

—No te sulfures, amigo mío. —Sandecker esbozó una de sus sonrisas de barracuda—. Mientras tú y Joe os recuperabais, Rudi, Hiram y yo llegamos a la misma conclusión y empezamos a mover las cosas. Todo está preparado. Por motivos de presteza y logística, hemos establecido el destino en el suroeste de América. El cebo será una pieza del Viejo Mundo hallada en tierras americanas. Caballeros, consideren esto como un trabajo del equipo de misiones especiales de la NUMA.

—Misión aceptada —dijo Austin—. Pero ¿qué hay de Gamay?

—Será difícil justificar la presencia de una bióloga marina en pleno desierto —dijo el almirante—. No veo razón para arrancarla de su labor en Yucatán. Le informaremos del plan y, si la necesitamos, podremos disponer de ella en unas horas. Ha estado trabajando mucho últimamente. Es probable que ahora mismo esté disfrutando del sol tropical en alguna playa de Cozumel o Cancún.

Zavala dio una larga calada a su puro y exhaló un gran aro de humo.

—Hay gente con suerte —dijo.

Yucatán, México

El cuarto miembro permanente del equipo de misiones especiales de la NUMA habría sido la última persona en decirse afortunada. Mientras sus colegas disfrutaban del placer del aire acondicionado, Gamay Morgan Trout estaba bañada en sudor y su buen talante empezaba a menguar con la misma rapidez con que aumentaba la temperatura ambiente, que en esos momentos era de treinta grados. Le costaba creer que, sin una nube en el cielo, hubiese un ciento por ciento de humedad.

Con los brazos doblados sobre el pecho, apoyó su cuerpo alto y esbelto sobre el *jeep* aparcado en la cuneta de la cinta de asfalto que, salpicada de espejismos de agua, atravesaba el bosque tropical. El desolado paraje le recordaba a la carretera de *Con la muerte en los talones*, donde Cary Grant era acosado por un avión fumigador.

Gamay levantó la vista al cielo. No había fumigadores a la vista, sólo un par de buitres describiendo ociosos círculos. Un mal lugar para milanos hambrientos. Los animales atropellados en la carretera no podían ser muchos. Durante la última hora sólo había visto pasar una vieja camioneta cuyo traqueteo podía oírse a varios kilómetros de distancia. Pasó junto a Gamay con su carga de pollos moribundos dejando atrás una estela de plumas blancas. El conductor ni siquiera redujo la velocidad para ver si necesitaba ayuda.

Tras darse cuenta de que era una estupidez esperar bajo el implacable sol, se instaló bajo la capota del *jeep* y bebió un sorbo de agua fresca de su termo. Por tercera vez desplegó el mapa que el profesor Chi le había enviado por fax desde Ciudad de México. El papel estaba húmedo y lacio. Gamay había salido de Carmen, donde se hallaba anclado el *Nereus*, esa mañana temprano y atravesado el monótono paisaje de Yucatán siguiendo al dedillo el mapa con su kilometraje cuidadosamente anotado, hasta detenerse exactamente donde indicaba la flecha. Volvió a examinar las indicaciones. Una X marcaba el punto de encuentro. Estaba exactamente donde tenía que estar.

En el culo del mundo.

Gamay empezaba a lamentar haberse saltado la importante reunión del equipo de misiones especiales de la NUMA a la que había sido convocada junto con su marido. Había tardado varios días en conseguir este encuentro con el profesor Chi e ignoraba cuándo volvería a tener otra oportunidad similar. Se preguntó qué era ese asunto tan importante que justificaba una reunión de emergencia en la sede central de Washington. Ella y su marido se habían incorporado al *Nereus* para participar en el proyecto del meteorito. Paul debía crear los mapas informáticos del fondo oceánico. Gamay aportaría su experiencia como bióloga marina. Parecía una misión muy

placentera, sin grandes levantamientos de peso. Entonces telefonearon de la sede central.

Gamay sonrió para sus adentros. Probablemente Kurt Austin había vuelto. Siempre ocurría algo cuando Austin estaba por las intermediaciones. Como el ataque al *Nereus* del que había oído hablar. Esa noche telefonaría a Paul para saber si era preciso que volara a Washington.

¿Por qué le había propuesto el profesor encontrarse en un lugar tan tétrico?, se preguntó mientras miraba alrededor. El único indicio de presencia humana, pasado y presente, eran unas débiles marcas de neumáticos sobre la hierba fresca que se adentraba en la selva. Se quitó un insecto que se había posado en su nariz. La eficacia del repelente empezaba a menguar. Como su paciencia. Tal vez debiera irse. No, esperaría quince minutos más. Si el profesor Chi no aparecía en ese tiempo, aceptaría que las dos horas de viaje en el *jeep* alquilado habían sido una pérdida de tiempo y regresaría al barco.

Maldita sea. En su vida iba a tener otra oportunidad como ésta. Deseaba ardientemente conocer a Chi. Le había parecido un hombre muy agradable por teléfono, con esa mezcla de acento norteamericano y cortesía española. Debilitado por el calor, un mechón de su larga melena rojiza cayó sobre la nariz. Gamay intentó apartárselo con un soplo, pero tuvo que hacerlo con la mano. Miró por el retrovisor y divisó una pequeña mancha en la carretera. Vibrando con las ondas del calor, la mancha aumentó de tamaño. Gamay sacó la cabeza por la ventanilla. En ese momento el objeto adquirió la forma de un autobús azul y blanco. Se ha extraviado, seguro, pensó. Estaba bebiendo otro sorbo de agua cuando el chirrido de unos frenos la sobresaltó.

El autobús se había detenido detrás del *jeep*. La puerta se abrió y una canción mejicana rompió el silencio. Los altavoces de los autobuses locales mejicanos parecían salidos de Woodstock. Del autobús bajó un pasajero vestido con camisa de algodón, holgados pantalones blancos y sandalias, la típica indumentaria nativa. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de paja con el canto ligeramente curvado hacia arriba. Como la mayoría de los descendientes mayas, medía poco más de metro y medio. El pasajero y el conductor del autobús intercambiaron unas palabras en español y se despidieron. La puerta se cerró y el autobús se alejó por la carretera.

¡Ay!

Gamay se agachó para aplastar un insecto que le había picado en la pantorrilla. Al mirar de nuevo por el retrovisor no vio a nadie. Sólo había carretera. Qué extraño. Un momento. Algo se movía a su derecha. Unos ojos negros como el carbón la miraban desde la ventanilla del pasajero. Gamay se sobresaltó.

—La doctora Morgan Trout, supongo.

El hombre tenía la voz suave de acento norteamericano que había oído en la llamada desde Ciudad de México.

—¿Profesor Chi?

—Para lo que mande. —El hombre se dio cuenta de que Gamay tenía la vista clavada en su escopeta de doble cañón y la bajó—. Lo siento, no pretendía asustarla. Lamento llegar tarde. Estaba cazando y se me fue el santo al cielo. Juan, nuestro conductor, es un buen hombre, pero le gusta charlar con todas las pasajeras, ya sean jóvenes o viejas. Confío en que no haya tenido que esperar mucho.

—No se preocupe.

Ese hombrecillo moreno de cara amplia, pómulos altos y nariz larga y ligeramente curvada no era exactamente lo que había esperado. Gamay se reprendió por crear estereotipos.

El doctor Chi había vivido en el mundo del hombre blanco lo suficiente para saber interpretar esa reacción. La expresión pétrea de su cara no cambió, pero sus ojillos negros sonrieron con humor.

—Probablemente creyó que era un bandido. Disculpe mi aspecto. Cuando estoy en casa visto como un nativo.

—Soy yo quien debería disculparse por dejarle al sol. —Gamay señaló el asiento del pasajero—. Suba y siéntese a la sombra.

—Llevo la sombra conmigo, pero acepto su amable invitación.

El profesor se quitó el sombrero para desvelar unos mechones grises sobre una frente amplia, se descolgó el morral de lona y subió al asiento del pasajero. Colocó la escopeta entre los asientos con la recámara abierta y el cañón apuntando hacia atrás, y se puso el morral sobre el regazo.

—A juzgar por la bolsa, diría que ha tenido una buena cacería.

—Debo de ser el cazador más vago del mundo —repuso él con un suspiro exagerado—. Llego al borde de la carretera. El autobús me recoge y me deja. Entro en la selva. Pum, pum. Salgo a la carretera y tomo el siguiente autobús. Ello me permite disfrutar de la soledad de la caza y de la recompensa social de compartir mis triunfos y fracasos con mis vecinos. Lo más difícil es calcular la hora en que llegará el siguiente autobús. Pero sí, me fue bien. —Levantó el morral—. Dos perdices.

Gamay esbozó una sonrisa que dejaba al descubierto un pequeño espacio entre los dientes superiores, como la actriz y modelo Lauren Hutton. Era una mujer atractiva, no demasiado bonita ni *sexy*, pero de una vivacidad y una alegría que seducían a la mayoría de los hombres.

—Estupendo —dijo—. ¿Puedo llevarle con sus pájaros a algún lugar?

—Es usted muy amable. A cambio del viaje la invitaré a un refresco. Debe de estar muerta de calor después de esperar tanto rato bajo este sol implacable.

—Qué va —repuso Gamay a pesar de que la camiseta se le pegaba al asiento y el mentón le goteaba de sudor.

Chi asintió con la cabeza, consciente de que mentía por cortesía.

—Dé marcha atrás y gire por ese camino.

Gamay obedeció y abandonó la carretera. Los neumáticos siguieron las roderas de barro seco que se internaban en el denso bosque. Al cabo de medio kilómetro el

camino desembocó en un claro soleado con una choza en medio. Las paredes estaban hechas con palos y el techo con hojas de palma. Gamay y el profesor bajaron del vehículo y entraron. La choza tenía como único mobiliario una mesa metálica plegable, una silla también plegable y una hamaca. De los pares colgaban dos lámparas de gas propano.

—Es tan humilde que no hay una casa como mi casa —declaró Chi mientras avanzaba por el suelo de tierra—. Este terreno ha pertenecido siempre a mi familia. En este lugar se han erigido docenas de casas a lo largo de los siglos sin que el diseño haya variado un ápice. Mi gente sabía que era más fácil levantar una choza de tanto en tanto que intentar construir una vivienda que soportara los huracanes y la humedad. ¿Le apetece beber algo?

—Sí, gracias —dijo Gamay mientras buscaba con la mirada una nevera portátil.

—Sígame, por favor.

Salieron de la choza y tomaron un camino que se internaba en el bosque. Al cabo de un minuto llegaron a un edificio de ladrillos de cenizas y tejado de uralita. Entraron y el profesor introdujo el brazo en un nicho oscuro que empezó a revolver mientras murmuraba algo en español. De repente sonó un motor.

—Cuando salgo apago el generador para ahorrar gas —explicó—. Empezará a notar el aire acondicionado muy pronto.

Sobre su cabeza se encendió una bombilla. Estaban en un pequeño vestíbulo. Chi abrió otra puerta y pulsó un interruptor. La luz fluorescente iluminó un cuarto sin ventanas que contenía dos mesas de trabajo. Sobre las mesas había un ordenador portátil, una impresora láser, montañas de papel, un microscopio, platinas y bolsas de plástico con trozos de roca. Esparcidas por la estancia había piezas más grandes, etiquetadas, y un montón de carpetas marrones. Los estantes cedían bajo el peso de gruesos libros. De las paredes colgaban mapas topográficos de la península de Yucatán, fotografías de excavaciones y dibujos de esculturas mayas.

—Mi laboratorio —dijo Chi con orgullo.

—Impresionante.

Gamay no había esperado encontrar un laboratorio totalmente equipado en... en fin, en el culo del mundo. El profesor era una caja de sorpresas.

Chi percibió su desconcierto.

—A la gente le suele extrañar el contraste entre mi casa y mi lugar de trabajo. Fuera de Ciudad de México solamente necesito lo básico para vivir: un lugar donde dormir y comer, una hamaca con mosquitera y un techo para protegerme de la lluvia. Pero a la hora de trabajar, la cosa es diferente. Hay que tener los instrumentos necesarios. Y he aquí el instrumento más importante a la hora de realizar una investigación científica.

Se acercó a una nevera destartada pero eficiente, metió el morral y sacó dos limonadas que vertió en dos vasos de plástico junto con un par de cubitos de hielo. Despejó la mesa y acercó dos sillas plegables. Una vez aposentada, Gamay dejó que

el líquido bajara por su garganta reseca. Le sabía mejor que el champán.

—Gracias —dijo después de aceptar otro vaso, esta vez de agua—. Estaba más deshidratada de lo que creía.

—Es muy fácil deshidratarse en este país. Y ahora que ya hemos recuperado fuerzas, dígame en qué puedo ayudarla.

—Como le expliqué por teléfono, soy bióloga marina y estoy participando en un proyecto mar adentro.

—Ah, sí, el estudio tectita que la NUMA está realizando cerca del lugar donde cayó el meteoro Chixulub.

Gamayladeó la cabeza.

—¿Lo conoce?

Chi hizo un solemne asentimiento de cabeza.

—Me enviaron un telegrama. —Al ver la cara de desconcierto de Gamay, se echó a reír—. Miento. Leí el mensaje electrónico que la NUMA envió al museo informándonos de la investigación por gentileza.

Se acercó a un archivador y extrajo una carpeta.

—Veamos qué tengo aquí —dijo mientras hojeaba el contenido—. Gamay Morgan Trout. Treinta años. Residente en Georgetown. Nacida en Wisconsin. Submarinista experta. Licenciada en arqueología marina por la Universidad de Carolina del Norte. Cambió de especialidad e ingresó en el Instituto Scripps de Oceanografía, donde obtuvo el doctorado de biología marina. Trabaja para la mundialmente famosa Agencia Nacional Marina de Estados Unidos.

—Asombrosa precisión —dijo Gamay enarcando una ceja.

—Gracias. —Chi devolvió la carpeta al cajón—. En realidad se lo debo a mi secretaria. Después de su llamada le pedí que entrara en la web de la NUMA, pues contiene una descripción completa de los proyectos en curso con una breve biografía de los participantes. ¿Está usted emparentada con Paul Trout, el geógrafo oceánico cuyo nombre también aparecía en la lista?

—Es mi marido. Probablemente la web no mencionaba que nos conocimos en México, en una salida de estudios a La Paz. De lo contrario, le habría felicitado por su trabajo.

—La culpa la tiene mi estricta formación académica, me temo.

—Yo también tengo facilidad para retener detalles. Veamos qué puedo recordar. —Gamay cerró los ojos—. Doctor José Chi. Nacido en Quintana Roo, península de Yucatán. Padre agricultor. Demostró ser un estudiante excelente y el gobierno lo envió a un colegio privado. Estudios de postgrado en la Universidad de México. Licenciado por la Universidad de Harvard, a cuyo prestigioso Museo Peabody de Arqueología y Etnología sigue afiliado. Conservador del Museo Antropológico Nacional de México. Ganador de un premio MacArthur por su colaboración en la recopilación de inscripciones mayas. Actualmente trabaja en la elaboración de un diccionario de la lengua maya.

Abrió los ojos y vio la sonrisa dentada del profesor. Chi aplaudió.

—Bravo, doctora Morgan Trout.

—Llámeme Gamay, por favor.

—Un nombre hermoso y original.

—Mi padre entendía de vinos. El color de mi pelo le recordaba a la uva de Beaujolais.

—Buena elección, doctora Gamay. Me temo, no obstante, que debo corregir algo. Estoy muy orgulloso de mi diccionario, pero en la recopilación de inscripciones han intervenido muchas personas de talento. Artistas, fotógrafos, cartógrafos, catalogadores y demás. Yo participé como «descubridor».

—¿Descubridor?

—Me explicaré. Me dedico a cazar desde que tenía ocho años, y haciendo eso he recorrido a pie Yucatán, Belice y Guatemala. A veces, durante mis expediciones, tropiezo con ruinas mayas. Hay gente que dice que llevo conmigo una tabla de espiritismo. Yo creo que es una mezcla de atención y kilometraje. Estoy seguro de que si camina largo y tendido por estas tierras, topará con algún resto dejado por mis atareados antepasados. Pero dígame, ¿qué interés puede tener una bióloga marina en el trabajo de un desenterrador de huesos?

—Tengo una petición peculiar que hacerle, doctor Chi. Como habrá leído en mi *curriculum*, antes de interesarme por los seres vivos fui arqueóloga marina. Durante estos años he combinado ambos intereses. Cada vez que llego a un territorio nuevo, busco representaciones de la vida marina. Un ejemplo es la concha. Los cruzados la adoptaron como emblema, y es posible encontrar dibujos y tallas de conchas anteriores a la época grecorromana.

—Interesante afición —dijo Chi.

—En realidad no es una afición, aunque me divierte y relaja. También me remonta más allá de la era del dibujo científico. Cuando contemplo una pintura o una talla me hago una idea del aspecto que tenía esa especie cientos o miles de años atrás. Al compararla con la criatura actual, puedo ver si se ha producido una evolución o mutación genética. Estoy pensando en escribir un libro sobre mi colección. ¿Conoce algún emplazamiento arqueológico que tenga representaciones de la vida marina? Busco peces, crustáceos, corales, cualquier criatura del mar que haya atraído la atención de artistas mayas.

Chi escuchaba atentamente.

—Su trabajo es fascinante y muy valioso, pues demuestra que la arqueología no es una ciencia muerta e inútil. Lástima que no hubiese mencionado lo que quería por teléfono. Le habría ahorrado el viaje.

—No se preocupe. Deseaba conocerle personalmente.

—Me complace oír eso, pero los temas que atraían a los artistas mayas eran las aves, los jaguares y las serpientes. Probablemente las representaciones marinas que pueda haber sean tan estilizadas que no se parezcan en nada a lo que sale en los libros

de biología. Es el caso de esos loros que mucha gente confunde por elefantes.

—Eso lo hace aún más interesante. Dispongo de unas horas. Le estaría muy agradecida si pudiera indicarme algún lugar.

El profesor Chi reflexionó.

—Hay un lugar a dos horas de aquí donde es posible que encuentre algo. La llevaré.

—¿Seguro que no es molestia?

—Por supuesto que no. —Chi consultó su reloj—. Llegaremos a la hora del almuerzo. Podemos pasar un par de horas y regresar a media tarde. De ese modo tendrá tiempo de volver al barco antes de que oscurezca.

—Estupendo. Iremos en mi *jeep*.

—No es necesario. Tengo una máquina del tiempo.

—¿Qué? —Gamay no estaba segura de haber oído bien.

—Refréscuese un poco en ese lavabo mientras preparo el almuerzo.

Encogiéndose de hombros, Gamay fue al *jeep* a recoger su mochila. Una vez en el lavabo, se mojó la cara y se peinó. Al salir encontró a Chi cerrando una nevera portátil.

—¿Y dónde está la máquina del tiempo? —preguntó, cada vez más animada.

—En el módulo de transporte temporal —respondió el profesor mientras salía del laboratorio con la escopeta colgada del hombro—. Uno nunca sabe cuándo puede toparse con un pajarraco.

Caminaron por un sendero que conducía a un porche sostenido por un poste en cada esquina. Debajo descansaba un *jeep* Hum Vee.

Gamay dejó escapar un silbido.

—¿Ésta es su máquina del tiempo?

—¿Qué otro nombre le daría a un aparato que puede llevarle a lugares donde en otros tiempos florecieron civilizaciones enteras? Sé que se parece mucho a un vehículo militar utilizado en la guerra del Golfo, pero es sólo para desanimar a los curiosos.

Colocó la nevera en la parte trasera y abrió la puerta del pasajero. Gamay tomó asiento y enseguida reconoció el tablero de mandos aéreo. Ella y Paul tenían un Hummer en Georgetown. Diseñado para reemplazar al *jeep*, su imponente anchura le confería un poderío formidable en el tráfico de Washington, y los fines de semana que no pasaban restaurando su casa se perdían con él por el campo.

Chi encendió el motor. Su cabeza apenas sobresalía por encima del volante.

Menuda aventura, pensó Gamay mientras se recostaba en el asiento.

—Warp seis, señor Sulu.

—Entendido —dijo Chi—. Pero si no le importa, primero nos daremos un paseo por el siglo XII.

Tucson, Arizona

A punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de Tucson, Austin divisó por la ventanilla del avión el monte Lemmon elevándose por encima de la cordillera de Santa Catalina. Minutos después él y Zavala se echaban sus talegos al hombro y salían de la terminal en busca de su chófer. Una polvorienta camioneta Ford F150 se detuvo junto al bordillo y dio un bocinazo. Austin abrió la puerta del pasajero y parpadeó. Al volante se hallaba la última persona que había esperado encontrar: Nina Kirov.

Nina había sustituido su elegante traje por unos pantalones cortos color canela y una camisa azul claro.

—¿Os llevo a algún lado, chicos? —Preguntó con un pronunciado acento sureño—. Todavía estoy en deuda con vosotros por el emocionante paseo en escúter.

Austin soltó una carcajada, en parte para ocultar su nerviosismo.

—Podría decirte que deberíamos dejar de vernos así, pero no hablaría en serio.

Zavala se quedó boquiabierto cuando vio con quién hablaba su amigo.

—Hola, Joe —dijo Nina—. Nos iremos cuando hayáis colocado las bolsas detrás.

—¿Cómo lo has conseguido? —susurró Zavala mientras lo hacían.

Austin le guiñó un ojo.

Poco después se sumaban al tráfico que salía del aeropuerto.

—Os debo una explicación —dijo Nina mientras giraba por Tucson Boulevard en dirección norte—. Es cierto que estoy metida en un nuevo proyecto. Trabajaré con vosotros y vuestro equipo.

—Una grata sorpresa. ¿Por qué no me lo dijiste cuando nos vimos esta mañana en Washington?

—El almirante Sandecker me pidió que no lo hiciera.

Zavala sonrió.

—Bienvenida al misterioso y chiflado mundo de la NUMA.

—Dijo que habíais estado fuera de circulación durante un tiempo y que quería informaros de la situación poco a poco. Por otro lado, os quería totalmente concentrados en la reunión y temía que el saber que íbamos a trabajar juntos os distrajera.

Austin sacudió la cabeza. De Sandecker siempre podía esperarse lo más inesperado.

—Tenía razón. Me habría distraído.

Nina sonrió.

—El almirante necesitaba un arqueólogo para dar autenticidad al proyecto. Me

preguntó si quería ayudar y dije que sí. Era lo mínimo que podía hacer. Quiero atrapar a esa gente, sea quien sea.

—Entiendo cómo te sientes, Nina, pero ignoramos con qué clase de personas estamos tratando. Podría ser peligroso.

—He meditado sobre esa posibilidad. El almirante me dio muchas oportunidades para echarme atrás.

—No me malinterpretes, pero ¿se te ha ocurrido que a lo mejor el almirante solicitó tu participación en el proyecto por razones que no tienen nada que ver con tu especialidad?

Nina miró a Austin.

—Lo dejó bien claro desde el principio.

—Entonces eres consciente de que te está utilizando como cebo.

Nina asintió.

—Básicamente, por eso estoy aquí, para atraer a la gente que mató al doctor Knox, a Sandy y a los demás. Quiero llevarlos ante la justicia a cualquier precio. Por otro lado, tampoco tenemos la certeza de que aún estén interesados en mí. He pasado varias semanas en Cambridge y el peor peligro al que me he enfrentado ha sido el tráfico de Harvard Square. No he tenido guardaespaldas y todavía sigo viva.

Austin prefirió no contarle que él mismo había organizado una partida de guardaespaldas para vigilarla en todo momento. El mentón prominente de Nina daba cuenta de su testarudez. Estaba decidida a llegar hasta el final.

—Aunque no lo pareciera por mi tono, me alegro mucho de veros.

La expresión ceñuda que Nina había adoptado durante el sermón de Austin fue reemplazada por una sonrisa.

Giraron por Pioneer Parkway en dirección a Oracle Junction. Las casas empezaban a ceder terreno al desierto de cactus. Zavala, que había escuchado la conversación pacientemente, sabía que la mente de Austin estaba trabajando a dos niveles, el profesional y el personal. Joe, como buen latino, era un romántico empedernido, pero se dio cuenta de que Sandecker tenía razón en cuanto a lo de posibles distracciones, de modo que aprovechó la pausa para desviar la conversación hacia temas más prácticos.

—Ahora que ya hemos aclarado las cosas, ¿qué os parece si vamos al grano?

—Gracias por recordármelo —dijo Austin—. Rudi nos informó de los detalles, pero creo que deberíamos repasarlos para asegurarnos de que no olvidó nada.

—Os contaré lo que sé —propuso Nina—. La primera vez que abordamos el asunto comprendimos que poner en marcha un plan en tan poco tiempo presentaba serios obstáculos.

—No veo por qué —dijo Austin—. Lo único que se necesita es una excavación arqueológica prometedora, una expedición falsa que guarde las apariencias, gente para cavar, un objeto sorprendente que descubrir y una forma de dar a conocer el hallazgo a amigos y enemigos.

—Algo así —repuso Nina—. Era como montar un musical en Broadway, sólo que sin escenario, ni actores, ni guion. El almirante había encargado al comandante Gunn organizar la función. Sugirió que tomáramos el relevo a una expedición que ya estuviese excavando, pero eso presentaba ciertas dificultades.

Austin asintió.

—Significaba llegar a la excavación y decir: «Hola, venimos a reemplazaros. Ah, por cierto, tenemos que enterrar un objeto falso porque queremos atraer a una banda de asesinos». Un problema, sí señor.

—Un gran problema. Finalmente el comandante propuso un plan genial.

—Típico de Rudi —dijo Austin.

—El plan consistía en crear una leyenda. Los romanos de Arizona.

Zavala se echó a reír.

—Parece el nombre de un equipo de fútbol.

—Cierto, pero no lo es. En 1924, cerca de un viejo horno de adobe de la posta de diligencias Nine Mile Hole, un grupo de gente desenterró una suerte de cruz de plomo de veintiocho kilos de peso. Pensaron que la habían dejado allí misioneros jesuitas o conquistadores españoles. La cruz estaba cubierta de una dura corteza de carbonato de calcio llamada caliche. Cuando la limpiaron descubrieron que eran dos cruces unidas mediante remaches de plomo. En el metal había grabado un texto.

—Kilroy estuvo aquí —dijo Zavala.

—En ese caso, sabía escribir en latín. La Universidad de Arizona tradujo el texto. Contaba cómo en el año 775 setecientos hombres y mujeres al mando de Teodoro el Célebre partieron de Roma en barco y fueron arrastrados por las tempestades del océano. Cuando hicieron recalada, abandonaron los barcos y echaron a andar hacia el norte hasta que alcanzaron un desierto donde construyeron una ciudad llamada Terra Calalus. La metrópolis prosperó hasta que los indios, que habían sido convertidos en esclavos, se sublevaron y mataron a Teodoro. El pueblo reconstruyó la ciudad, pero los indios volvieron a rebelarse. El jefe de los romanos, un hombre llamado Jacobo, ordenó que la historia quedara escrita en la cruz.

—Los romanos tenían barcos grandes y resistentes como para hacer la travesía —dijo Austin—, pero esta historia parece salida de *Conan el Bárbaro*.

—O de *Amalric, dios de Thoorana* —añadió Zavala.

—Está bien, chicos —dijo Nina fingiéndose molesta—. Esto va en serio. Al igual que vosotros, nadie en aquel momento se creyó la historia. La gente, sin embargo, cambió de opinión cuando, cerca del lugar donde aparecieron las cruces, encontraron una cabeza tallada en metal y cubierta de caliche. Un arqueólogo de la universidad organizó una excavación y aparecieron más cruces, nueve espadas antiguas y un *labamm* o estandarte imperial romano. Algunas personas se creyeron la historia, mientras que otras dijeron que esos objetos los habían dejado allí los mormones.

—¿Hicieron todo el viaje desde Utah para enterrar esas cosas? —preguntó Austin.

Nina se encogió de hombros.

—La polémica alcanzó niveles mundiales. Algunos expertos dijeron que la profundidad a que estaban sepultados los objetos y la capa de caliche demostraba que, aunque fuera un engaño, tuvo que hacerse antes de Colón. Los escépticos opinaban que las frases grabadas se parecían a las de los libros de gramática latina. Alguien dijo que los artefactos pudo haberlos dejado un exiliado político de la época de Maximiliano, a quien Napoleón había colocado en el trono mejicano.

—¿Qué fue de los objetos?

—La universidad decidió que el proyecto se había convertido en un circo. Desde entonces los objetos descansaban en un banco. No había dinero para proseguir con las excavaciones.

—Intuyo adónde quieres ir a parar —dijo Austin—. Después de tanto tiempo se ha conseguido dinero para proseguir, dinero que, si no me equivoco, proviene de las arcas de la NUMA.

—Bingo. Oficialmente la expedición la financia un mecenas adinerado que permanece en el anonimato, una persona fascinada por esa historia desde la infancia que desea ver aclarado el misterio para siempre. Los magnetómetros mostraron una posibilidad interesante en un rancho abandonado cerca del lugar. Excavamos y encontramos una reliquia romana.

—¿Crees que alguien se lo tragará? —preguntó Zavala.

—Sin duda. Los periódicos y la televisión ya han hablado sobre el asunto aumentando nuestra credibilidad. Cuando nos pusimos en contacto con TimeQuest, la organización ya conocía el proyecto y estaba deseando ayudar.

—¿Os dieron dinero? —preguntó Austin.

—No pedimos dinero, sino voluntarios. Nos enviaron dos. Como es su costumbre, a cambio nos pidieron que, si hallábamos algo interesante, antes de comunicarlo a la prensa les informáramos a ellos. Algo que ya hemos hecho.

—Con tanta publicidad es difícil que intenten hacer desaparecer una expedición.

—El almirante opina que la publicidad hará que se limiten a intentar robar o destruir la reliquia.

—Aunque no lleguen con sus metralletas, no aconsejaría a nadie que se metiera con esos tipos —dijo Zavala.

—¿Cuándo comunicasteis a TimeQuest el hallazgo del objeto? —preguntó Austin.

—Hace tres días. Nos pidieron que guardáramos el secreto durante setenta y dos horas.

—Eso significa que darán el golpe esta noche.

Nina les habló brevemente de la excavación. Ella era la arqueóloga del proyecto. Los historiales del personal de la NUMA habían sido retocados para añadir credenciales de naturaleza terrestre. Trout se había metido fácilmente en el papel de geólogo. Austin era ingeniero y Zavala metalúrgico.

La camioneta siguió su ascenso por el desierto elevado de Tucson. Atardecía cuando dejaron la carretera principal para tomar un camino de tierra flanqueado por cactus. Finalmente se detuvieron junto a dos autocaravanas Winnebago y varios vehículos estacionados al lado de una pila de ladrillos de adobe. Austin bajó y echó una ojeada al lugar. Viejos muros de piedra definían vagamente la frontera del rancho. El sol de la tarde que se filtraba a través de las nubes daba al desierto un tono cobrizo.

La silueta alta y lacia de Trout se acercó con una mano extendida. Vestía pantalones caqui impecables, camisa a rayas y una pajarita de cachemira más discreta que sus habituales corbatas. La única parte de su indumentaria que hacía juego con la excavación eran las botas, e incluso éstas estaban demasiado limpias.

—Llegué esta mañana de Washington con Nina —explicó—. Vamos, os enseñaré el lugar.

Rodearon las ruinas de la vieja hacienda y llegaron a una pequeña colina que habían cercado con alambre. Dentro, una pareja mayor trabajaba con un cedazo. El hombre arrojaba tierra sobre la tela metálica y la mujer recogía los fragmentos atrapados en la red y los guardaba en bolsas de plástico. Trout hizo las presentaciones. De aspecto distinguido, George y Harriet Wingate formaban una pareja de sesenta años largos que, con todo, rebosaba vitalidad y buena salud. Eran de Washington, dijeron.

—Del estado de Washington —aclaró la señora Wingate con una sonrisa de orgullo.

—Spokane —especificó el marido, un hombre alto con barba blanca.

—Hermoso lugar —dijo Austin.

—Gracias. Y gracias también por venir a echar una mano. Esto de la arqueología es más duro que hacer dieciocho hoyos. No puedo creer que estemos pagando por ello.

—No le hagan caso —repuso la mujer. No se habría perdido esa oportunidad por nada del mundo—. George, ¿por qué no les hablas del sombrero a lo Indiana Jones que deseas comprarte?

El hombre señaló el cielo.

—Ahí tienes a Indiana Jones, querida. Lo único que quiero es evitarme una insolación —dijo con una sonrisa que quedaba oculta tras su barba.

Después de intercambiar unas palabras más, los recién llegados fueron a la excavación, donde dos hombres arrodillados sacaban tierra con desplantadores de dos fosos rectangulares contiguos. Austin reconoció a los exoficiales de la marina que habían participado en otras misiones de la NUMA. Sandecker no quería correr riesgos. Esos hombres eran lo mejor del departamento de seguridad de la agencia. El más alto, a quien Austin conocía simplemente por el nombre de Ned, tenía la espalda ancha y la cintura estrecha de un culturista. El desplantador parecía un palillo de dientes en su mano. Cari era más bajo y delgado, pero Austin sabía por experiencia

que era el más temible de los dos.

—¿Cómo va? —preguntó Nina.

Ned sonrió.

—Bien, pero nadie nos ha dicho qué tenemos que hacer si realmente encontramos algo.

—Yo le he dicho que vuelva a enterrarlo —dijo Cari.

—No es mala idea —opinó Austin—. Así no tendremos que explicar qué hacen dos submarinistas de la NUMA en medio del desierto de Arizona. —Había estado repasando lo que Nina le había contado sobre el incidente marroquí—. ¿Ha pasado por aquí algún extraño?

Trout, Ned y Cari se miraron y rieron.

—Gente extraña tenemos para dar y regalar. Es increíble la de locos que un proyecto como éste puede atraer.

—No seamos injustos —dijo Cari—. Un tipo se acercó y me recomendó que buscara alguna conexión con los ovnis y la Atlántida. Sus ideas me parecieron bastante razonables después de oír su explicación.

—Tan razonables como esta operación —dijo Austin con una sonrisa—. ¿Alguien más?

—Dos hombres con cámaras y libretas —explicó Trout—. Dijeron que eran reporteros de televisión.

—¿Se identificaron?

—No les pedimos que lo hicieran. Nos pareció una pérdida de tiempo. Si esos tipos están tan bien organizados como creemos, tendrán credenciales falsas. También han venido muchos turistas y voluntarios. Primero les explicábamos que estábamos en fase preliminar y luego anotábamos sus nombres y les decíamos que les llamaríamos. Todo se está grabando en vídeo a través de la cámara de vigilancia instalada en lo alto de ese cactus.

Austin pensó en el ataque al *Nereus*. En aquella ocasión ellos habían contado con el elemento sorpresa para vencer a los asaltantes. Sus cicatrices, no obstante, eran prueba de que los acontecimientos podrían haber tomado un giro muy diferente. Por muy fuertes que fueran esos falsos excavadores, si el ataque era numeroso conseguirían aplastarles en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Con qué refuerzos contamos? —preguntó.

—Tenemos a seis hombres en la vieja gasolinera que hay antes del desvío —explicó Ned—. Pueden estar aquí en menos de cinco minutos. Lo hemos cronometrado. —Acarició el busca que colgaba de su cinturón—. Sólo tengo que apretar un botón para ponerlos en marcha.

Austin contempló las montañas que se extendían a lo lejos. Pese a ser un hombre de mar, siempre se había sentido a gusto en el desierto. Existían similitudes entre ambos entornos: las vistas interminables, los cambios meteorológicos violentos, la hostilidad despiadada hacia la vida humana.

—¿Por dónde entrarías si quisieras atacar, Joe?

Zavala, que llevaba rato pensando en el tema, respondió sin vacilar:

—La carretera ofrece el acceso más fácil, de modo que la línea de ataque más evidente sería el desierto. Por otro lado, puede que quieran hacernos creer eso para aparecer por la carretera. Depende del medio de transporte que utilicen. Recuerda que en Marruecos emplearon un hidrodreslizador.

—Lo recuerdo. Pero en el desierto sería difícil ocultar un hidrodreslizador.

—Las apariencias engañan —dijo Cari—. He inspeccionado los alrededores del rancho. Este terreno tiene más pliegues que una falda escocesa. Está plagado de arroyos, derrubios y cuencas naturales. No podrían ocultar todo un ejército, pero sí un escuadrón lo bastante numeroso para dar emoción a nuestras vidas.

—Y brevedad —añadió Austin—. En ese caso, nos haremos con el desierto. Ordena a los muchachos de la gasolinera que tomen posiciones en la carretera cuando haya oscurecido. ¿Cuentan con algún apoyo?

Ned asintió.

—Chopper y doce hombres armados hasta los dientes están acampados en un derrubio a unos cuatro kilómetros de aquí. Tardarían en llegar cinco minutos aproximadamente.

Cinco minutos puede ser mucho tiempo, pensó Austin, pero, en general, estaba satisfecho con las medidas. Miró hacia el lugar donde se encontraba la pareja de Spokane.

—¿Qué hay de la gente de TimeQuest?

Trout rio por lo bajo.

—Si esos dos son asesinos, su disfraz es insuperable. Hemos hecho indagaciones. Son auténticos.

—No me refería a eso —dijo Austin—. Debería haber un plan para protegerles si se produce un ataque.

—No te preocupes —repuso Trout—. Se alojan en un motel de la carretera.

Austin se volvió hacia Nina.

—¿Podría convencerte para que tú hicieras lo mismo?

—No —respondió ella con firmeza.

—Me pregunto por qué no me sorprende tu respuesta. Si insistes en quedarte, quiero que no te separes de mí y de Joe y que hagas exactamente lo que te digamos. Y ahora dime, ¿dónde está ese increíble objeto que ha de ser la causa del supuesto ataque?

Nina sonrió.

—Lo tenemos en la «cámara acorazada».

Ned y Cari regresaron a su trabajo y el grupo se dirigió a un cobertizo de metal levantado al lado de una autocaravana. Nina abrió el candado de la puerta con una llave que le colgaba del cinturón y encendió una lámpara de gas. Dentro había dos caballetes con tablones transversales. Sobre los tablones descansaba un objeto

cubierto con una tela de lona.

—Es increíble lo que la ciencia puede hacer para añadir años a la edad de las cosas —dijo Trout—. Los chicos del laboratorio de la NUMA prepararon un caliche que habría tardado siglos en formarse. —Se detuvo para añadir dramatismo a la situación y retiró la tela—. *Voilà*.

Austin y Zavala contemplaron el objeto y luego se acercaron para apreciarlo mejor. Austin acarició la superficie de bronce.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó.

Trout se aclaró la garganta.

—Creo que el término que utilizaron sus creadores fue «licencia artística». ¿Qué te parece?

Austin esbozó una amplia sonrisa.

—Es perfecto.

Yucatán, México

Gamay empezaba a lamentar su comentario a lo *Star Trek*. El Hum Vee viajaba por la estrecha carretera a una velocidad supersónica. Se hubiera dicho que Chi tenía un radar en la cabeza. Era la única explicación para la facilidad con que salvaba baches y armadillos suicidas teniendo en cuenta que no alcanzaba a ver por encima del volante.

—Doctor Chi, ¿cómo le va con su diccionario maya? —preguntó con la esperanza de hacerle reducir la velocidad.

Chi trató de hacerse oír por encima del estruendo de los neumáticos y el silbido del viento. Gamay se llevó una mano ahuecada a la oreja. El profesor asintió con la cabeza, retiró el pie del acelerador y conectó el aire acondicionado.

—No sé por qué no lo he hecho antes —dijo—. Gracias por preguntarme sobre el diccionario. Desgraciadamente, el proyecto está aparcado.

—Lo lamento. El museo debe de tenerle muy ocupado.

—Yo no calificaría mi trabajo en el museo de excesivo. Como único maya auténtico entre el personal, tengo sinecura, una especie de cargo honorífico que goza de mucho prestigio. El museo, de hecho, me insta a trabajar en el terreno en lugar de la oficina.

—En ese caso, ¿por qué tiene aparcado el diccionario?

—Porque hay cosas más importantes que hacer. Me paso el día luchando contra los saqueadores que roban nuestro patrimonio histórico. Estamos perdiendo objetos a una velocidad alarmante. Cada mes desaparecen de la región maya mil piezas de cerámica.

—¡Mil piezas! —Exclamó Gamay—. Sabía que tenían problemas, pero ignoraba que fueran tan graves.

—Poca gente lo sabe. Por desgracia, la cantidad de objetos robados no es lo único preocupante. También lo es la calidad. Los traficantes no pierden el tiempo. Buscan lo mejor. Las cerámicas de estilo código del último período clásico, entre el 600 y el 900 d.C., se pagan muy bien. Son piezas muy hermosas. No me importaría tener alguna.

Gamay apretó los labios. Estaba indignada.

—Es una tragedia.

—Muchos saqueadores son chicleros, hombres que trabajan en las plantaciones de chicle. Una ralea dura. El chicle es la savia que se utiliza para hacer goma de mascar. Hace un tiempo, cuando los estadounidenses dejaron de mascar tanto chicle, la demanda descendió bruscamente. Los chicleros, entonces, optaron por dedicarse al

saqueo y perdimos gran parte de nuestra cultura. Pero ahora la situación es aún peor.

—¿En qué sentido?

—El mercado del chicle ha perdido importancia. ¿Qué sentido tiene partirse la espalda en los campos si puedes vender una vasija por doscientos y hasta quinientos dólares? Los chicleros se han acostumbrado al dinero y el saqueo es ahora una práctica organizada. Los traficantes contratan grupos en Carmelita, Guatemala.

Las piezas llegan allí y se cargan en camiones que luego cruzan la frontera de Belice. Acto seguido, los envían por mar o aire a Estados Unidos y Europa. Las piezas reportan miles de dólares al año procedentes de galerías y subastas, por no hablar de museos y colecciones privadas. Conseguir un certificado de autenticidad es fácil.

—Aun así, esa gente ha de saber que esos objetos son robados.

—Desde luego, pero dicen que están conservando el pasado.

—Eso no es excusa para hacer desaparecer una cultura. ¿Pero qué puede hacer usted para evitarlo?

—Como ya he dicho antes, soy un «descubridor». Trato de encontrar las ruinas antes que los saqueadores y doy a conocer su ubicación únicamente cuando el gobierno me garantiza que vigilarán el lugar hasta haber retirado todos los objetos. También utilizo mis contactos en Estados Unidos y Europa. Los gobiernos de los países ricos son quienes pueden meter en la cárcel a los traficantes y golpearles donde duele confiscándoles sus bienes.

—Parece una causa casi perdida.

—Y lo es —convino tristemente Chi—. Y peligrosa. Con las apuestas tan altas la violencia se ha convertido en el pan de cada día. No hace mucho un chiclero dijo que en lugar de sacar los objetos del país, podríamos dejarlos donde están y traer a los turistas para que los vieran. Ello supondría dinero para todos.

—No es mala idea. ¿Le escuchó alguien?

—Oh, desde luego. —Sonrió con tristeza—. Tanto que al poco tiempo fue asesinado.

Chi pisó el freno y el Hum Vee desaceleró como un caza con paracaídas. Luego giró a la derecha.

—¡Lo siento! —gritó Chi mientras se precipitaban hacia los árboles—. A veces me emociono demasiado. ¡Agárrese, vamos a entrar!

Gamay estaba convencida de que iban a estrellarse, pero la vista afilada de Chi había divisado un claro apenas perceptible en medio de la densa vegetación. Aferrado al volante como un gnomo demente, atravesó la arboleda.

Estuvieron dando botes cerca de una hora. Chi seguía una ruta totalmente invisible para Gamay, que miró sorprendida al profesor cuando éste detuvo el vehículo y le dijo que habían llegado al final del sendero.

—Es hora de pasear.

Se quitó el sombrero de paja y se puso una gorra de béisbol de Harvard con la

visera hacia atrás para no tropezar con las ramas. Mientras el profesor descargaba el vehículo, Gamay se cambió los pantalones cortos por unos tejanos para protegerse las piernas de las zarzas. El profesor se puso a la espalda la mochila con el almuerzo, se colgó la escopeta al hombro e introdujo el machete en la vaina del cinturón. Gamay, por su parte, llevaba una bolsa con la cámara y las libretas. Tras echar un vistazo al sol para orientarse, Chi se internó en el bosque.

Gamay poseía unas piernas largas y atléticas, caderas estrechas y busto intermedio. De pequeña había pertenecido a una pandilla de chicos con los que construía cabañas en los árboles y jugaba a béisbol en las calles de Racine, Wisconsin. De mayor se convirtió en una chiflada del deporte y la medicina holística. Le gustaba correr, ir en bicicleta y hacer excursiones. De uno setenta y siete de estatura, medía casi treinta centímetros más que el profesor. Sin embargo, tenía problemas para seguirle. Chi parecía atravesar por arte de magia las ramas que ella tenía que apartar, y su andar era tan quedo que Gamay se sentía como una vaca pisando huevos. Las únicas oportunidades que tenía de recuperar el aliento era cuando Chi se detenía para apartar con su machete las lianas que impedían el paso.

En una de estas paradas, en lo alto de una colina, el profesor señaló unos fragmentos de piedra caliza en el suelo.

—Parte de una antigua carretera maya. Estas calzadas unían las ciudades de todo Yucatán. Tan buenas como las de los romanos. A partir de aquí el camino es más fácil.

Y tenía razón. Aunque la vegetación todavía era espesa, el sólido apuntalamiento facilitaba la andadura. Transcurrido un rato, Chi señaló una hilera de piedras que discurría entre los árboles.

—Restos del muro de una ciudad. Ya falta poco.

El bosque empezó a diluirse hasta desembocar en un claro. Chi se guardó el machete.

—Bienvenida a Shangri-la.

La llanura, cubierta de matorrales bajos y salpicada de árboles, medía unos ochocientos metros de diámetro. No habría tenido nada de especial de no ser por los extraños montículos que asomaban por encima de la densa vegetación.

—Me imaginaba Utopía de otra manera —dijo mientras se enjugaba el sudor de los ojos.

—El lugar ha ido de capa caída durante los últimos mil años —se lamentó el doctor Chi—, pero tiene que reconocer que es tranquilo.

Sólo oían sus respectivas respiraciones y el zumbido de un millón de insectos.

—Sepulcral, diría yo.

—Lo que está viendo es el área que circunda la plaza principal de un asentamiento bastante grande. Los edificios se extendían cinco kilómetros a la redonda y estaban separados por calles. En otros tiempos este lugar hervía de gente bajita y morena como yo, de sacerdotes con plumas, soldados, agricultores y

comerciantes. En el aire flotaba el humo procedente de cientos de chozas como la mía, el llanto de los niños y el repicar de tambores. Ahora no queda de todo eso. Da que pensar, ¿no cree? —Chi tenía la mirada clavada en la llanura, como si las imágenes hubiesen adquirido vida—. Le mostraré por qué la he traído hasta aquí. No se separe de mí. Este lugar está sembrado de agujeros que dan a unos depósitos. He marcado algunos, pero si cae en uno de ellos tendré problemas para rescatarla. No se salga de los senderos y no le pasará nada.

Mirando fijamente la hierba que crecía a los lados del camino hasta la cintura, Gamay siguió al profesor hasta un montículo cubierto de espesa vegetación de unos diez metros de alto y veinte de ancho en la base.

—Estamos en el centro de la plaza. Probablemente sea el templo de un dios menor o un rey. La cima se desplomó, por eso este emplazamiento arqueológico no ha sido descubierto. Ninguna construcción sobresale por encima de los árboles. Es imposible ver este lugar a menos que estés encima de él.

—Es una suerte que estuviera cazando por los alrededores —dijo Gamay.

—Debo confesarle que hice trampa. Tengo un amigo que trabaja para la NASA. Hace dos años, un satélite espía que estaba trazando el mapa de la selva detectó un espacio rectangular. Me pareció interesante y decidí visitarlo. Desde entonces he vuelto una docena de veces. Cuando vengo retiro la vegetación de los senderos y los edificios. Hay más ruinas en los bosques circundantes. Creo que se trata de un emplazamiento importante. Sígame, por favor.

Cual guía de museo, Chi condujo a Gamay hasta una estructura cilíndrica oculta tras una montaña de tierra.

—He dedicado mis dos últimas visitas a limpiar este edificio.

La estructura estaba construida con bloques de piedra gris cuidadosamente encajados.

El techo, redondeado, estaba medio derruido.

—Qué arquitectura tan inusual —dijo Gamay—. ¿Otro templo?

El doctor Chi cortó las parras que devoraban el edificio.

—No. Es un reloj y un observatorio celestial maya. Estos rebordes y ventanas están dispuestos de manera que el sol y las estrellas brillen en ellos de acuerdo con los equinoccios y solsticios. Arriba había un observatorio donde los astrónomos podían calcular los ángulos de las estrellas. Pero en realidad lo que quería enseñarle es esto.

Chi apartó la vegetación amontonada sobre un friso de un metro de alto que recorría la fachada. Luego retrocedió e invitó a su colega a mirar. El friso, que representaba una escena marítima, se hallaba a la altura de los ojos mayas, por lo que Gamay tuvo que inclinarse. Deslizó los dedos por la figura de una nave. Tenía la cubierta abierta y una popa y una proa elevadas. La roda era alargada y terminaba en una especie de espolón. En el mástil ondeaba una vela cuadrada sin botavara. Las candalizas que sujetaban la punta de la vela estaban atadas a una verga. Sobre la

embarcación volaban aves marinas, y el mar, en torno a la proa, aparecía salpicado de peces.

Del barco sobresalían numerosas lanzas que le daban el aspecto de un puerco espín, empuñadas por soldados ataviados con un casco semejante al que llevan los jugadores de fútbol americano. Otros hombres manejaban unos remos dispuestos a lo largo del barco. Había veinticinco remeros, pero contando los del costado invisible sumaban un total de cincuenta. De la barandilla colgaba una hilera de escudos. Utilizando las figuras humanas como referencia, Gamay llegó a la conclusión de que la embarcación medía más de treinta metros.

A lo largo del friso había otros barcos de guerra y embarcaciones con unas formas rectangulares en las cubiertas que parecían cajas de mercancías. Desde la verga unos hombres tiraban de unas cuerdas para orientar la vela. Su tocado, a diferencia del de los soldados, era cónico. Estaba claro que se trataba de una flotilla de mercaderes escoltada por guardias armados.

Con un destello divertido en la mirada, Chi observó a su colega deambular por el edificio. Gamay enseguida comprendió que el profesor no había tenido en ningún momento la intención de mostrarle escenas de vida marina. Había querido, desde el principio, enseñarle la escena de los barcos. Se detuvo frente a una embarcación y sacudió la cabeza. En la proa había representado un animal.

—Doctor, ¿no le parece esto un caballo?

—Me pidió que le enseñara vida marina.

—¿Ha calculado la época?

El profesor se acercó y deslizó los dedos por el canto del friso.

—Estas caras talladas son números. Esta representa un cero. De acuerdo con los jeroglíficos, estos barcos fueron esculpidos unos ciento cincuenta años antes de Cristo.

—Si la fecha es remotamente correcta, ¿cómo es posible que aparezca un caballo? Los caballos no llegaron a América hasta el siglo XVI, importados por los españoles.

—Todo un misterio, ¿verdad?

Gamay estaba observando la silueta de un diamante en el cielo de la que colgaba la figura de un hombre.

—¿Qué diantre es esto? —preguntó.

—No estoy seguro. Al principio pensé que se trataba de algún dios celestial, pero no he conseguido identificarlo. Son demasiadas cosas que asimilar en muy poco tiempo. ¿Qué le parece si volvemos después de almorzar?

—De acuerdo —dijo Gamay como si acabara de despertar.

Le costó separarse de los grabados, pero su cabeza parecía un avispero de ideas.

A unos pasos de allí había una piedra con forma de tambor de un metro de alto y dos de diámetro. Mientras Gamay se cambiaba los tejanos por los pantalones cortos, Chi extendió una esterilla y sendas servilletas de tela sobre la superficie de la piedra, concretamente sobre la figura de un guerrero maya.

—Espero que no le importe comer en un altar para sacrificios —dijo Chi.

Gamay estaba empezando a captar el humor morboso del profesor.

—Sospecho, por el tocón en que acabo de sentarme, que esto era un reloj de sol.

—Por supuesto, qué despiste el mío —repuso Chi con expresión inocente—. El altar para sacrificios está allí, cerca del templo. —Removió el contenido de la bolsa—. Tortas de maíz con carne de cerdo —dijo, tendiendo a Gamay un paquete pulcramente envuelto—. ¿Qué sabe de los mayas?

Gamay dio un bocado al emparedado antes de contestar.

—Sé que eran violentos y apasionados, y unos constructores increíbles. También que su civilización desapareció y nadie sabe por qué.

—No hay tanto misterio como se cree. La cultura maya experimentó muchos cambios durante sus cientos de años de existencia. Guerras, revoluciones y cosechas perdidas contribuyeron a su hundimiento. Pero fue la invasión de los conquistadores y el genocidio consiguiente lo que terminó con su civilización. Mientras los seguidores de Colón mataban a nuestra gente, otros se cargaban nuestra cultura. Diego de Landa, un monje que llegó con los conquistadores y fue nombrado obispo de Yucatán, prendió fuego a todos los libros mayas que encontraba a su paso. «Embustes del diablo», los llamaba. ¿Se imagina una catástrofe similar en Europa? Ni siquiera los nazis fueron tan meticulosos. Que nosotros sepamos, sólo se salvaron tres libros.

—Qué horror. Sería maravilloso que algún día aparecieran otros. —Gamay contempló la llanura—. ¿Dónde estamos?

—Al principio pensé que este lugar era un centro de ciencias puras donde se llevaban a cabo investigaciones alejadas de los rituales sangrientos de los sacerdotes. Pero a medida que iba descubriendo cosas, comprendí que este lugar era parte de un plan mayor. Una especie de máquina arquitectónica.

—Me temo que no le entiendo.

—Me temo que yo tampoco. —El profesor extrajo un cigarrillo del bolsillo de su camisa y lo encendió—. A cierta edad uno tiene permitidos ciertos vicios. —Dio una calada—. Déjeme empezar por el micro, o sea por el friso y el observatorio.

—¿Y el macro?

—Es el emplazamiento del que estaba hablando. He encontrado estructuras similares en otros lugares. Sumadas a estos edificios, recuerdan a un circuito eléctrico.

Gamay no pudo evitar una sonrisa.

—¿Insinúa que los mayas añadieron la ciencia informática a sus demás logros?

—De una manera rudimentaria, sí. No estamos hablando de una máquina IBM, sino más bien de una máquina de códigos. Si supiésemos cómo utilizarla podríamos descifrar los secretos de estas piedras. Su ubicación no es accidental. Encierran una precisión considerable.

—Son grabados ciertamente extraños. La cabeza del caballo... ¿Dicen algo los

jeroglíficos?

—Hablan de un largo viaje con cientos de hombres y muchas riquezas.

—¿Ha oído alguna vez esa historia en la tradición oral maya?

—No. Sólo la he leído en las otras ruinas.

—¿Por qué aquí, tan lejos de la costa?

—Lo mismo me he preguntado yo. ¿Por qué no en Tulum, a orillas del golfo? Venga, le mostraré algo que podría servir de explicación.

Recogieron los restos del almuerzo y caminaron hasta el otro lado de la llanura, donde crecía de nuevo el bosque. Se adentraron en él y bajaron por una pendiente. El aire se enfrió unos grados y fue adquiriendo olor a fango. Finalmente llegaron a la orilla de un río perezoso.

—La ribera está muy erosionada, lo que significa que el río era más ancho en otros tiempos.

—Alguien de mi barco dijo que en Yucatán no hay arroyos ni ríos.

—Es cierto. Yucatán es, en su mayor parte, un bloque de piedra caliza salpicada de cuevas y cenotes. Nosotros estamos más al sur, en Campeche, donde el terreno varía un poco. En el Peten y Guatemala las grandes ciudades mayas se hallan junto a vías fluviales. Pensé que lo mismo ocurría aquí. Quizá el barco representado en el friso hiciera de trasbordador entre los diferentes asentamientos.

—Es cierto que aquí había un río, pero dudo que fuera lo bastante grande para un barco de ese tamaño. Con esa proa y esos costados tan altos, estaba hecho para el mar abierto. Además, están los peces y delfines, criaturas de agua salada... ¿Qué es eso?

Había divisado un destello a lo lejos. Echó a andar corriente abajo seguida de Chi. Encallada en la orilla había una barca con un viejo motor fuera borda.

—Debió de arrastrarla la corriente.

Chi estaba más interesado en las pisadas marcadas en el barro. Sus ojos se clavaron en la espesura del bosque.

—Debemos irnos —dijo con voz queda.

Tomó a Gamay de la mano e inició un ascenso en zigzag por la pendiente mientras su cabeza giraba como la antena de un radar. Antes de llegar a la cumbre se detuvo.

—Esto no me gusta —murmuró al tiempo que olfateaba el aire.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gamay.

—Huelo a humo y sudor. Chicleros. Debemos irnos.

Rodearon el margen del bosque y echaron a andar por un sendero que atravesaba la llanura. Caminaban entre dos terraplenes cuando un hombre asomó por una esquina y les bloqueó el paso.

Chi desenvainó raudamente el machete y lo sostuvo sobre su cabeza, como un samurai. Su mandíbula inferior sobresalía con ese desafío que tanto había asombrado a los conquistadores españoles en las sangrientas batallas libradas con los mayas.

Gamay se maravilló de la rapidez con que ese duende se había convertido en

guerrero. El desconocido, sin embargo, no parecía impresionado. Esbozó una sonrisa que reveló unos irregulares dientes amarillos. Tenía el pelo negro largo y grasiento y la barba, aunque de tres días, no conseguía ocultar las cicatrices sifilíticas de una tez cetrina. Vestía pantalones holgados, camisa de algodón y sandalias, pero su aspecto, a diferencia de los campesinos de Yucatán, era sucio y desaliñado. Parecía mestizo, medio español y medio indígena, pero no hacía honor ni a unos ni a otros. Aunque iba desarmado, el machete no parecía preocuparle. Gamay comprendió por qué.

—Buenos días, señor, señora —dijo una voz.

Por la otra esquina del terraplén asomaron dos hombres. El primero tenía forma de tonel y unas extremidades muy cortas. Un copete al estilo Elvis culminaba una cara que parecía salida de una escultura maya: ojos almendrados, nariz despuntada y labios crueles, como dos trozos de hígado. La boca de un viejo fusil de caza apuntaba en dirección a ellos.

Detrás había un hombre tan grande como sus dos compañeros juntos. Vestido con ropa limpia y de aspecto aseado, llevaba las patillas, largas y oscuras, tan delicadamente recortadas como el grueso bigote. Aunque tenía una panza prominente, los brazos y las piernas parecían musculosos. Sus manos sostenían una M16 y de su cinturón colgaba una pistola.

Sonriendo agradablemente, habló a Chi en español. El profesor clavó los ojos en la M16 y arrojó el machete al suelo. Luego hizo otro tanto con la escopeta. De pronto, Dientes Amarillos se acercó y le golpeó en la cara.

El profesor no pesaba más de cuarenta y cinco kilos, de modo que el golpe lo derribó. Gamay se interpuso entre él y el agresor para frenar la patada que intuía se avecinaba. Sorprendido, Dientes Amarillos se quedó quieto, mirándola fijamente. Gamay le clavó unos ojos amenazadores y se volvió para ayudar al profesor a levantarse. Pero un brutal tirón de pelo la lanzó hacia atrás.

Dientes Amarillos la atrajo hacia sí, tanto que cuando se echó a reír Gamay notó un apestoso aliento a cebolla que casi la hizo vomitar. La rabia, no obstante, fue más fuerte que el dolor. Se relajó ligeramente para hacer creer a su agresor que se había rendido. Tenía la cabeza ladeada y podía ver la sandalia de Dientes Amarillos con el rabillo del ojo. Sin pensárselo dos veces, le clavó el talón en el empeine y, concentrando en él sus cincuenta y ocho kilos, empezó a girarlo como si estuviera aplastando una colilla.

Rojo de dolor, Dientes Amarillos gritó y aflojó la mano. El codo de Gamay se clavó en la nariz de su agresor con un satisfactorio crujido de cartílago. Finalmente el hombre soltó a su presa aullando de dolor. Al volverse, Gamay comprobó que aún seguía en pie. Tenía las manos sobre la nariz, pero también la rabia de Dientes Amarillos fue más fuerte que el dolor y sus sucios dedos se dirigieron hacia el cuello de Gamay. Ésta sabía que no podía competir con el peso y la fuerza de su agresor. Cuando fuera a agarrarla, se dijo, le clavaría una rodilla en la ingle y luego le metería los nudillos en los ojos.

—¡Basta! —gritó el hombre que parecía Pancho Villa. Su boca todavía sonreía, pero sus ojos brillaban de ira.

Dientes Amarillos dio un paso atrás y se frotó la magulladura que empezaba a asomar en su cara. Luego se llevó las manos a la entrepierna.

—Yo también tengo algo que darte —dijo en inglés.

Gamay dio un paso adelante y el hombre retrocedió, provocando la risa de sus compañeros.

Intrigado por el audaz comportamiento de esa esbelta mujer, Pancho Villa se acercó.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Soy la doctora Trout y éste es mi guía —dijo Gamay mientras levantaba a Chi del suelo.

El profesor, al igual que su colega, había comprendido que su futuro no sería muy halagüeño si esos hombres descubrían su verdadera identidad, de modo que adoptó una actitud servil.

El hombre voluminoso miró despectivamente a Chi y se concentró de nuevo en Gamay.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Soy una científica estadounidense. Oí hablar de estas ruinas y decidí visitarlas. Contraté a este hombre para que me acompañase.

—¿Encontró algo?

Gamay se encogió de hombros y miró alrededor.

—No mucho. Acabamos de llegar. Hemos encontrado algunos grabados, pero me temo que no hay mucho que ver.

Pancho Villa soltó una carcajada.

—Porque no sabe dónde buscar —dijo—. Yo le enseñaré.

Ladró una orden en español. Dientes Amarillos empujó a Gamay con la escopeta pero al ver la mirada iracunda de la mujer dio un paso atrás y concentró su rabia en Chi. Caminaron hasta el final de la llanura, donde había una docena de zanjas. Una de ellas estaba llena de piezas de cerámica.

Por orden de Pancho Villa, Elvis levantó dos vasijas y se las pasó a Gamay por la nariz.

—¿Buscaba esto? —preguntó el jefe.

Chi soltó una exclamación. Gamay rezó para que los demás no la hubieran oído.

Cogió una de las vasijas y examinó las figuras negras trazadas sobre la superficie de color crema. La escena parecía representar un acontecimiento histórico o legendario. Eran cerámicas del estilo códice que había mencionado el doctor Chi.

—Muy bonita.

—Muy bonita —replicó Pancho Villa—. Muy bonita. Ja, ja. Muy bonita.

Tras una breve charla privada, los saqueadores echaron a andar con los prisioneros. Pancho Villa encabezaba la marcha y Elvis y Dientes Amarillos la

cerraban empuñando sus armas. Se detuvieron frente a un montículo donde la vegetación todavía dejaba ver algunas piedras. Gamay observó que el edificio contenía un gran agujero en el suelo. Pasaron bajo un arco y bajaron por un tramo de escalones irregulares que conducían a una cámara subterránea de techos elevados.

Pancho Villa dijo algo a Chi y se marchó con sus secuaces.

—¿Está bien? —preguntó Gamay.

El profesor se frotó la mejilla, todavía enrojecida por el golpe.

—Sobreviviré, aunque no puedo decir lo mismo del animal que me golpeó. ¿Y usted?

—Necesitaba una permanente —dijo Gamay mientras se frotaba el cuero cabelludo.

Una sonrisa ancha quebró por primera vez la expresión pétrea de Chi.

—Gracias. Si no llega a intervenir ahora podría estar muerto.

—Quizá —respondió Gamay. Recordando el machete sostenido en lo alto de la cabeza, se dijo que el profesor no habría dudado en rebanar a Dientes Amarillos. Se volvió hacia las escaleras—. ¿Qué le dijo el hombre?

—Que no iba a tomarse la molestia de atarnos. Sólo hay una salida y estará vigilada constantemente. Si intentamos escapar, nos matará.

—No se anda con rodeos.

—Es culpa mía —se lamentó Chi—. No debí traerla aquí. Jamás imaginé que los saqueadores encontrarían este lugar.

—A juzgar por las cerámicas, se diría que han estado trabajando duro.

—Esos objetos valen cientos de miles de dólares, puede que hasta millones. El hombre voluminoso es el jefe y los otros dos son sus secuaces. Cerdos. —Chi hizo una pausa—. Me alegro de que no desvelara mi verdadera identidad.

—Ignoraba hasta dónde llegaba su fama, pero no quería arriesgarme a que cayeran en la cuenta de quién es usted. —Gamay alzó la vista al techo ligeramente iluminado por la luz que entraba por la escalera—. ¿Dónde estamos?

—En un cenote, un pozo donde la gente recogía agua. Lo encontré durante mi segunda visita. Venga, se lo enseñaré.

Se adentraron unos treinta metros. La oscuridad aumentó y luego aclaró al llegar a un estanque de agua. La luz entraba por un orificio abierto en el techo de piedra situado a unos dieciocho metros de altura. En el otro lado del estanque había una pared empinada que se alzaba hasta el techo.

—Es agua pura —dijo Chi—. La lluvia se acumula bajo la piedra caliza y surge a la superficie a través de cuevas submarinas y agujeros como éste.

Gamay se sentó en un saliente de la roca.

—Usted conoce a los tipos de esa calaña —dijo—. ¿Qué cree que harán con nosotros?

Al doctor le asombró la serenidad de su compañera. Aunque no debería, se dijo. Gamay no había dudado ni un segundo en defenderle.

—Tenemos tiempo. No harán nada mientras no decidan con los traficantes que les contrataron qué hacer con la americana.

—¿Y luego?

Chi extendió las manos.

—Tienen pocas opciones. Estamos en unas ruinas muy lucrativas que no querrán abandonar, que es lo que tendrían que hacer si nos dejaran ir.

—Así pues, para ellos sería preferible que desapareciéramos de la faz de la tierra. Nadie sabe dónde estamos, aunque ellos lo ignoran. La gente podría pensar que nos ha devorado un jaguar.

El profesor enarcó una ceja.

—Lo que está claro es que no nos habrían enseñado su botín si hubiesen creído que íbamos a vivir para contarlo.

Gamay miró en derredor.

—¿No conocerá por casualidad una salida secreta?

—Hay algunos pasadizos, pero ninguno tiene salida.

Gamay fue hasta el borde del estanque.

—¿Qué profundidad tiene?

—Es difícil saberlo.

—Ha hablado de cuevas submarinas. ¿Cree que esta agua va a parar a otro lugar?

—Es posible. Hay otros cenotes en la zona.

Gamay trató de calcular la profundidad.

—¿Qué hace? —preguntó el profesor.

—Ya vio a ese cretino. Está claro que quiere una cita conmigo. —Gamay entró en el estanque y nadó hasta su centro—. Lo malo es que no es mi tipo —añadió.

Su voz resonó en las paredes de la cámara y su cuerpo, sin más, desapareció bajo las aguas.

Nine Mile Hole, Arizona

Austin creyó durante un tiempo que la tormenta se mantendría a raya. Los nubarrones congregados durante la tarde habían tropezado con las montañas. Austin y Nina paseaban por la linde del rancho como una pareja relajada, justamente la imagen que Austin quería transmitir a los observadores invisibles. Se detuvieron bajo las ramas de un palo verde y sus miradas se perdieron en la vasta quietud del paisaje. El sol del atardecer teñía de bronce y cobre los rostros acartonados de las montañas.

Austin tomó a Nina suavemente por los hombros y la atrajo hacia sí, tanto que podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿Seguro que no puedo convencerte de que te vayas? —le preguntó.

—Sería una pérdida de tiempo. Quiero estar hasta el final.

Sus labios casi se tocaban, y en cualquier otro momento la romántica escena habría culminado en un beso. Austin, no obstante, percibió en sus ojos grises que Nina estaba lejos, con sus amigos y compañeros asesinados.

—Te comprendo —dijo.

—Gracias. —Nina miró el desierto—. ¿Crees que vendrán?

—No me cabe duda. ¿Cómo iban a despreciar semejante cebo?

—No estoy segura de que todavía estén interesados en mí.

—Me refería al busto romano. Es genial.

—Fue un trabajo de grupo —dijo ella con una sonrisa—. Necesitábamos un modelo que se pareciese a un emperador romano. Paul es un genio con el ordenador. Cogió una foto de archivo, le quitó la barba, peinó el cabello a lo Julio César y sustituyó la chaqueta por un peto. —Súbitamente alarmada, preguntó—: ¿Crees que el almirante Sandecker se enfadaría si supiera que hemos utilizado su cara como modelo?

—Creo que se sentiría halagado, aunque probablemente protestaría por tratarse de un simple emperador. Y la expresión es una pizca demasiado benigna. —Austin contempló el cielo—. Parece que al final lloverá.

Los nubarrones habían superado la barrera montañosa y avanzaban rápidamente hacia ellos. Las montañas tenían ahora un tono pardo oscuro y en el desierto resonaba un rumor vago. Los rayos del sol se deshilaron hasta desaparecer.

Tras detenerse para conectar la iluminación interior de las autocaravanas, caminaron hasta la casa donde Trout dirigía el puesto de mando.

Los Wingate, cansados de cavar y tamizar, habían regresado al motel. Ned, Cari y Zavala se habían apostado en el perímetro del rancho. Sus posiciones les brindaban una vista despejada del desierto hasta el horizonte. El equipo de apoyo tomaría la

carretera cuando hubiese oscurecido.

Una ráfaga de viento levantó la arena y gotas de lluvia gigantes abofetearon el suelo en el momento en que

Austin y Nina entraban en la casa. Trout se hallaba en la cocina, la única pieza del edificio que todavía tenía techo. La lluvia se colaba por algunas grietas y no tardó en crear pequeños charcos en el suelo, pero, por lo demás, la estancia estaba seca y bien protegida. El boquete de lo que había sido una puerta permitía ver las autocaravanas. Los huecos entre los ladrillos de adobe proporcionaban una vista del exterior en todas direcciones.

El viento y la lluvia no eran más que el principio. En los desiertos, las tormentas no se limitan a unos pocos truenos. Con una violencia más propia del ser humano, eligen un lugar y se ciernen sobre él vertiendo torrentes de agua y desatando truenos ensordecedores.

La luz estroboscópica paralizaba la lluvia. Mientras Trout hacía pruebas visuales, Austin mantenía el contacto con los vigilantes a través de una radio de mano. Tenía que gritar para que le oyeran por encima del estruendo de la tormenta.

Los vigilantes tenían instrucciones de llamar a intervalos regulares o inmediatamente después de percibir cualquier anomalía. Los hombres situados en el perímetro se identificaban por su nombre. Los seis hombres destinados en la gasolinera se llamaban a sí mismos el Equipo A. La tripulación del helicóptero era conocida simplemente como el equipo B y debía limitarse a escuchar y guardar silencio.

La radio de Austin crujió.

—Ned a central. Nada.

—Recibido —respondió Austin—. Llamando a Cari.

Un segundo más tarde.

—Cari a central. Idem.

—Idem, idem —dijo Joe, tomándose muy en serio la petición de Austin de ser breves.

La tormenta duró cerca de una hora y al alejarse, la oscuridad que había arrastrado consigo permaneció. El aire olía a Artemisa. Las patrullas seguían enviando mensajes. Todo estaba tranquilo hasta que llamó el equipo de la carretera.

—Equipo A a central. Se acerca un vehículo. Tomando posiciones.

El plan era que dos hombres interceptaran el vehículo mientras otros dos les cubrían. Otro debía proteger las espaldas de estos últimos y el sexto tenía que mantener el contacto por radio con los demás.

Austin se acercó a la puerta y dirigió la vista hacia la carretera. Los faros eran dos puntos minúsculos en la inmensa oscuridad.

—Ordenamos al coche que se detenga —oyó instantes después—. Se detiene. Nos acercamos lentamente.

Austin contuvo la respiración. Era muy extraño que alguien visitara la excavación

a estas horas de la noche. Imaginó a los hombres acercándose por cada lado del vehículo empuñando sus armas. Confió en que no se tratara de una táctica para distraerles mientras el verdadero avance se producía en otro lugar. Llamó a los demás vigilantes. El desierto estaba tranquilo.

—Equipo A al habla —dijo el grupo de la carretera un minuto después—. ¿Conocen a alguien llamado George Wingate?

—Sí —dijo Austin—. ¿Por qué?

—Es el conductor del vehículo.

—¿Un hombre mayor con barba blanca?

—Afirmativo. Dice que trabaja en la excavación.

—Es cierto. ¿Le acompaña su esposa?

—Negativo. Está solo.

—¿Qué hace ahí?

—Dice que su mujer se olvidó el bolso en el lavabo de la autocaravana. No vino antes a causa de la tormenta. ¿Instrucciones?

Austin sonrió.

—Dejadle pasar.

—Entendido. Cambio y fuera.

Poco después la luz de unos faros apareció en la oscuridad. El Buick de los Wingate se detuvo entre una de las autocaravanas y el cobertizo. La figura alta de Wingate bajó y desapareció detrás de la Winnebago. Luego emergió portando algo bajo el brazo. De pronto se detuvo, se volvió hacia la casa y saludó agitando una mano. Austin tuvo la sensación de que no se trataba de un gesto natural. Wingate se alejó en su coche y Austin se volvió hacia Nina, que había encontrado un viejo tajo de carnicero donde sentarse.

—¿Algún problema? —preguntó ella con nerviosismo, probablemente percibiendo la extrañeza de Austin.

—No —respondió éste para tranquilizarla—. Falsa alarma.

Poco después llamaron desde la carretera.

—El visitante se ha ido. El Equipo A se retira.

—Gracias. Buen trabajo. Cambio y fuera.

Trout se encogió de hombros.

—Puede que no sea esta noche.

—Puede —dijo Austin sin demasiada convicción.

Nadie se sobresaltó cuando, al cabo de quince minutos, sonó el diminuto Motorola de Trout. Había intentado hablar con Gamay varias veces. Extrajo su móvil del bolsillo.

—¿Nada? —Dijo al cabo de unos instantes—. ¿Te importaría pedirle al *Nereus* que me llamen en cuanto sepan algo de ella? Sí, me gustaría hablar con él. Hola, Rudi. —Trout escuchó con expresión ceñuda—. De acuerdo. Informaré a Kurt y volveré a llamarte.

»Qué extraño —dijo después de colgar—. Rudi había establecido una compañía falsa como coordinadora del proyecto con un número falso conectado a la sede central de la NUMA. No hace mucho recibieron una llamada de la policía de Montana. Al parecer recogieron a una pareja mayor en la carretera que aseguró ser víctima de un secuestro.

Preocupado por la falta de acontecimientos, Austin sólo escuchaba a medias.

—¿Ovnis? —preguntó.

—Creo que deberíamos tenerlo en cuenta. Dijeron que fueron retenidos durante dos días cuando se dirigían a una excavación arqueológica de Arizona.

Austin despertó de su ensimismamiento.

—¿Sabe la policía cómo se llaman?

—Wingate.

La tormenta y el aburrimiento de la guardia le habían embotado los reflejos. La alarma se disparó en su cerebro.

—¡Maldita sea! —espetó—. Paul, que el helicóptero y el Equipo A se reúnan aquí.

Se hallaba a medio camino entre la casa y las autocaravanas cuando el cobertizo salió volando por los aires envuelto en una bola de fuego. Austin cayó de bruces, se cubrió la cabeza con las manos y hundió la cara en la arena. Los depósitos de propano de las autocaravanas estallaron con una violencia que tornó la noche en día. Del cielo empezaron a caer trozos de metal en llamas que el viento arrastraba.

Finalizado el estruendo, Austin levantó la cabeza. Las autocaravanas y el cobertizo habían desaparecido y en su lugar sólo había fuego. El suelo estaba cubierto de brasas.

Una vez estuvo seguro de que la explosión había terminado, Austin se acercó al fuego.

Trout y Nina corrieron hasta él.

—¿Estás bien, Kurt? —preguntó Nina.

—Sí. —Austin escupió y se quitó arena de la lengua—. Pero prefiero los fuegos artificiales del Cuatro de Julio.

Cari, Ned y Joe llegaron poco después. Por todas partes empezaron a asomar sombras. El Equipo A corría hacia ellos mientras sus gritos quedaban ahogados por el zumbido del helicóptero. Viendo que los rotores avivaban el fuego y esparcían las chispas, el piloto se alejó y aterrizó cerca de la casa.

Austin empezó a atar cabos.

—Paul, ¿tienes el teléfono del motel donde se hospedan los Wingate?

—Sí, en la memoria del móvil.

—Llama y comprueba si siguen allí.

Trout marcó un número y pidió que le pusieran con la habitación de los Wingate.

—Es el gerente —dijo, volviéndose hacia Austin—. Dice que el señor Wingate pagó, pero su coche sigue ahí. Llamará a la puerta de la habitación.

El gerente regresó a los pocos minutos.

—Cálmese, señor —dijo Trout—. Escúcheme bien. Llame a la policía y no toque nada.

Trout colgó y miró a Austin.

—El gerente llamó a la puerta de los Wingate y al ver que nadie respondía, entró. La llave no estaba echada. En la ducha estaba el cuerpo de una mujer. La señora Wingate.

Austin apretó la mandíbula.

—¿Está con ella el señor Wingate?

—No. El gerente dice que debió de recogerle alguien en la carretera.

—Apuesto a que sí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nina.

—Ahora no puedo explicártelo. Volveremos pronto.

Dejando a Zavala al frente del caos, Austin y Trout corrieron hacia el helicóptero. Volaron siguiendo la carretera hasta el rótulo de neón del motel y aterrizaron en el aparcamiento.

La policía ya había llegado y estaba registrando la habitación. Austin extrajo su placa de identidad y, confiando en que la policía le creyera del FBI, dijo que era miembro de una agencia federal. Explicar qué hacía la NUMA en la escena de un crimen habría sido una larga historia. Impresionada por la espectacular llegada de Austin y su equipo, la policía apenas prestó atención a la placa.

El cuerpo de la señora Wingate estaba encogido en el interior de la ducha. La mujer llevaba puesta una bata de felpa rosa y se diría que la habían matado nada más salir de la ducha. Aunque no había sangre, tenía la cabeza extrañamente ladeada. Austin salió para reunirse con Trout, que estaba hablando por teléfono con la sede central de la NUMA.

—Los Wingate enviaron sendas fotografías junto con sus solicitudes —explicó.

—Comprobemos si el motel dispone de fax —dijo Austin.

Fueron a la oficina y Trout se presentó al gerente como el hombre que había hablado con él por teléfono. El gerente dijo que tenían un fax prácticamente nuevo y facilitó el número a Trout, quien a su vez lo comunicó a la agencia. Poco después las fotografías asomaron por el aparato. La pareja que aparecía en las imágenes no guardaba ningún parecido con los Wingate.

Austin y Trout interrogaron al gerente, un hombre rollizo y parcialmente calvo de unos cincuenta años. Todavía temblaba, pero resultó un buen testigo. Años detrás del mostrador tratando con la gente le habían hecho observador.

—Vi a los Wingate llegar por la tarde y entrar en su habitación —explicó—. Luego estalló la tormenta. El coche de los Wingate se fue cuando la lluvia empezaba a amainar y regresó poco después. El señor Wingate entró en su habitación. Luego vino a la oficina y me pagó. En efectivo. Un poco más y no le reconozco.

—¿Por qué? —preguntó Austin.

—Porque se había afeitado. No entiendo por qué. Sin la barba se le veía toda la cicatriz.

—Lo siento, pero no entiendo de qué me está hablando.

El gerente dibujó en su cara una línea imaginaria que iba desde el rabillo del ojo hasta la comisura del labio.

—De aquí a aquí.

Austin y Trout siguieron hablando con el hombre hasta que la policía vino a interrogarle. Después subieron al helicóptero y sobrevolaron las carreteras próximas a la excavación. Se veían docenas de faros, pero era imposible saber en qué vehículo viajaba Wingate o si viajaba en alguno. Regresaron al rancho. El fuego podía verse a varios kilómetros de distancia.

Austin relató a Nina y Zavala la escena en el motel, el asesinato de la señora Wingate y la desaparición de su marido.

—No puedo creer que el señor Wingate fuera uno de ellos —dijo Nina.

—Por eso logró escapar. Apenas tardó un segundo en colocar la bomba en el cobertizo, y lo hizo delante de nuestras narices.

Nina se estremeció.

—¿Quién era esa pobre mujer?

—Tardaremos en saberlo, o quizá nunca lo sepamos. —Austin hizo una pausa—. He estado pensando en Wingate o como quiera que se llame ese tipo. Antes de que estallara la bomba agitó el brazo, como diciendo «a que no me atrapas». Y hay algo más. No tenía por qué afeitarse la barba tan pronto. Lo lógico es que la hubiese conservado a modo de camuflaje. Tengo la sensación de que quería mofarse de nosotros, o bien mostrar su desprecio.

Zavala trató de buscar el lado positivo.

—Por lo menos el almirante no se enterará de que estuvimos jugando con su noble perfil.

—Es probable que ya lo sepa, Joe.

—Supongo que tienes razón. —Zavala se llevó las manos a las caderas y examinó las brasas—. Y ahora, ¿qué?

—Los demás pueden quedarse vigilando el lugar. Nosotros regresaremos a Tucson y mañana por la mañana volaremos a Washington.

—Esos chicos son mucho más inteligentes y organizados de lo que pensábamos —dijo Zavala—. Aprendieron del escarmiento que les dimos en el *Nereus*.

—Estamos empatados. —La mirada de Austin recobró su frialdad—. Ya veremos quién gana al final.

Yucatán, México

La presión en los oídos indicó a Gamay que se hallaba a más de treinta pies de profundidad. Como un pez en un acuario buscando comida, nadaba en zigzag mientras sus manos exploraban la superficie viscosa de la pared.

Se había aficionado al buceo libre un año antes. Adoraba la sensación de bucear sin la restricción del equipo de submarinismo, y había aumentado su capacidad pulmonar a más de dos minutos.

Grietas y hoyos salpicaban la piedra caliza, pero ninguno era lo bastante grande para ofrecer una salida. Finalmente cruzó el estanque y se sentó en el borde mientras Chi leía la decepción en su cara.

—¿Nada?

—Nada. —Gamay se quitó el agua de los ojos y miró en derredor—. Antes dijo que había algunos túneles.

—Así es. Los he explorado todos y son callejones sin salida salvo uno de ellos, que está lleno de agua.

—¿Tiene idea de adónde conduce?

—Me temo que tampoco tiene salida. Desemboca en pequeñas cuencas que se llenan según el nivel freático. ¿Qué buscaba en el estanque?

Gamay se echó el pelo hacia atrás y escurrió medio litro de agua.

—Esperaba encontrar un orificio que condujera a otra cueva que superara el nivel del agua. Vuelvo enseguida.

Se levantó y subió las escaleras que conducían a la entrada de la cueva. Luego regresó.

—Es imposible burlar la vigilancia —dijo desazonada—. Han bloqueado la entrada con piedras. Podríamos moverlas, pero el vigilante nos oiría.

Gamay se llevó las manos a las caderas y examinó de nuevo la prisión. Sus ojos se posaron finalmente en el halo de luz que entraba por el boquete del techo.

Chi le siguió la mirada.

—Mis antepasados cavaron ese agujero para descolgar los cubos hasta el cenote. Así se ahorran tener que bajar y subir las escaleras cada vez que querían hacerse una sopa.

—Está descentrado —observó Gamay, y tenía razón. El boquete se hallaba muy próximo a la pared.

—Cuando empezaban a cavar, desde arriba no podían saber dónde caía el centro exacto del estanque, pero tampoco les importaba siempre y cuando pudieran bajar

una cuerda y llenar los cubos.

Gamay regresó al borde del estanque. Por el agujero entraba vegetación que robaba luz a la cueva.

—Parece una liana.

Chi afiló la mirada.

—Creo que hay más de una. Mis ojos ya no son lo que eran.

El profesor estaba aún lejos de necesitar bastón, se dijo Gamay. También a ella le costaba ver la segunda liana. El muro estaba en la sombra, pero supuso que no era diferente de la parte que había explorado bajo el agua.

—Desde aquí el muro parece más fácil que algunas de las rocas que he escalado en Virginia Occidental. Lo que daría por unos crampones y un pico —sonrió—. Tampoco le haría ascos a una navaja suiza.

—Creo que tengo algo mejor que una navaja suiza.

Chi se introdujo una mano por la camisa y deslizó un cordel de cuero por la cabeza. Bajo la tibia luz de la caverna el colgante parecía la cabeza de un ave de rapiña.

Gamay contempló el objeto sobre la palma de su mano. Tenía los ojos verdes y el pico blanco.

—Qué hermoso. ¿Qué es?

—Un amuleto. Kukulkán, el dios de la tormenta. Es el equivalente maya del Quetzalcoátl azteca, la serpiente emplumada. La cabeza es de cobre, los ojos de jadeíta y el pico de cuarzo. Lo llevo conmigo para que me dé buena suerte y cortar puros.

El amuleto tenía una base redondeada que encajaba perfectamente en la mano de Gamay.

—¿Es muy dura la piedra caliza, doctor Chi? —preguntó mientras acariciaba el pico.

—Está hecha de carbonato de calcio y conchas. Aunque es dura, se desmenuza fácilmente.

—Me estaba preguntando si sería posible cavar en la pared algunos orificios para los pies y las manos, los suficientes para alcanzar esas lianas.

Gamay ignoraba qué iba a hacer una vez fuera de la cueva, pero ya se le ocurriría algo.

—El cuarzo es casi tan duro como el diamante.

—En ese caso, ¿le importaría prestarme su amuleto durante un rato?

—Será un placer. Es posible que necesitemos el poder de los dioses para salir de esta mazmorra.

Gamay cruzó el estanque a nado y bordeó la pared hasta encontrar un pequeño saliente. Apoyándose en él con una mano, alargó un brazo y encontró una cavidad. Con el pico del amuleto horadó la piedra hasta hacer un boquete lo bastante grande para agarrarse a él con los dedos. Luego colocó una rodilla en el saliente y procedió a

horadar otro agujero.

Una vez pudo erguirse, el trabajo fue más rápido. Avanzaba palmo a palmo con el rostro apretado contra la pared para hacerse una mejor idea de la naturaleza de la piedra. Tal como había sospechado, el muro estaba cubierto de grietas y cavidades naturales que podía utilizar directamente o agrandar con el amuleto. Tenía el pelo cubierto de polvo blanco y de tanto en tanto debía enjugarse la nariz en el hombro, pues sólo le hacía falta un estornudo para salir volando.

¿Qué hacía Spiderman para que pareciera tan fácil? Gamay habría dado cualquier cosa por un par de muñequeras lanzadoras de telarañas. Lo que más la fatigaba era trabajar con un brazo extendido. Le dolía el hombro y de vez en cuando tenía que bajar el brazo para restablecer la circulación sanguínea.

A medio camino bajó la vista. Apenas alcanzaba a ver la camisa blanca de Chi.

—¿Todo bien, doctora Gamay? —preguntó el profesor, que seguía atentamente su progreso.

Ella soltó un esputo de polvo. Impropio de una dama, pero ¿a quién le importaba?

—Esto es coser y cantar.

Maldita sea, se dijo, ojalá ese cretino no me hubiera robado el reloj de pulsera. Había perdido la noción del tiempo. La luz era ahora más débil. Probablemente estaba anocheciendo. Las noches tropicales caían con la rapidez de una guillotina. Muy pronto la cueva se volvería negra como el tizón. Si intentar alcanzar las lianas ya resultaba difícil con luz, en la oscuridad sería imposible.

El doctor Chi debió de leerle el pensamiento. Su voz sonó de nuevo para darle ánimos, diciéndole que lo estaba haciendo muy bien, que ya casi había llegado. Y de pronto allí estaba Gamay, justo antes de que la pared empezara a curvarse. Giró lentamente la cabeza y comprobó que se hallaba a la misma altura que los extremos de las lianas. Subió un poco más para concederse cierto margen de error. Ahora estaba justo en la curva. La tensión en los dedos empezaba a ser excesiva. Tenía que actuar ya.

Otro vistazo rápido. Las lianas estaban a casi dos metros de la pared.

Ensayó mentalmente los movimientos, se ordenó. ¡Pero que sea rápido! Salto al vacío, giro el cuerpo y agarro una liana.

Justo lo que le había dicho al profesor. «Coser y cantar».

Sentía que la roca le desgarraba los dedos. No podía demorarse más. Ahora.

Respiró hondo y saltó.

Gamay describió una parábola en el aire con las manos extendidas hacia la liana. Primero la rozó, luego fue suya. Seca y frágil, supo que no aguantaría su peso. ¡Crac! Su mano libre alcanzó la otra liana. Notó otro chasquido.

Y cayó.

Sujetando todavía la inservible liana, sin tiempo de girar el cuerpo para una inmersión suave, su costado izquierdo golpeó el agua con un ¡plaf! nauseabundo. Gamay notó unos pinchazos en el brazo y el muslo. Aguantando el dolor, nadó hasta

la orilla.

La mano de Chi, sorprendentemente fuerte, la agarró por la muñeca y la ayudó a salir del agua. Gamay se sentó en el bordillo del estanque y se frotó el muslo.

—¿Está bien?

—Sí —dijo entre jadeos. El impacto contra el agua le había cortado la respiración—. Qué pena, después de tanto esfuerzo. —Tendió el amuleto al profesor—. Por lo visto los dioses nos tienen preparado otro plan.

—Hubieran tenido que darle alas.

—Me habría conformado con un paracaídas. —Gamay se echó a reír—. Menuda pinta debía de tener ahí arriba, suspendida en esas cosas. —Arrojó los trozos de liana que seguía estrujando entre las manos.

—Dudo que Tarzán se sienta amenazado, doctora Gamay.

—Y yo. Hábleme otra vez del túnel de agua.

El profesor la tomó de la mano.

—Venga.

La cámara estaba prácticamente a oscuras y, por lo que a ella respectaba, Chi podría estar internándola en las fauces del infierno. El profesor encendió su mechero y la llama proyectó sombras grotescas en las paredes.

—Cuidado con la cabeza —advirtió a Gamay al penetrar en el pasadizo—. El techo baja durante un trecho.

El túnel volvía a elevarse unos minutos más tarde, permitiendo más espacio para la cabeza de Gamay. Tras un ligero descenso, el pasadizo terminaba bruscamente en una pared negra. Debajo de la pared había un pequeño estanque.

—El túnel continúa por debajo del nivel freático —explicó Chi—. Ignoro si más adelante emerge a la superficie.

—Pero es posible.

—Sí. El suelo de Yucatán no es más que un bloque de piedra caliza lleno de cuevas y túneles formados a lo largo de miles de años por la acción del agua.

Gamay sintió un escalofrío, no tanto por la humedad como por la sensación claustrofóbica de nadar en una roca llena de agua. Trató de sacudirse el miedo.

—Profesor Chi, voy a comprobar adónde conduce este túnel. Puedo aguantar la respiración dos minutos, lo cual me permitirá salvar una distancia bastante larga.

—Es muy peligroso.

—No más que esperar a que esos sujetos decidan cuándo piensan enterrarnos en este agujero para siempre. Después, claro está, de que mi amigo desdentado se divierta un poco conmigo.

Chi sabía que su compañera tenía razón.

—En fin, hora de darse un bañito —dijo ella.

Se introdujo en el estanque e inició una serie de ejercicios de hiperventilación para llenar sus pulmones de oxígeno. Al borde del mareo, se sumergió en el agua y tanteó el túnel. Luego salió a la superficie e informó a Chi.

—Desciende, pero ignoro durante cuanto tiempo.

—Asegúrese de guardar suficiente aire para el regreso. —El profesor se inclinó y le tendió el mechero—. Podría necesitarlo.

Gamay estaba concentrada en sus ejercicios de respiración profunda. Se guardó el mechero en los pantalones, levantó el pulgar y se zambulló. Como una niña calculando la llegada de un rayo, se puso a contar los segundos —un chimpancé, dos chimpancés— mientras nadaba a ras de techo. Quería apurar al máximo su capacidad. Si nadaba cerca de dos minutos, podría recorrer treinta o cuarenta metros antes de tener que iniciar el regreso con los pulmones a punto de reventar.

Al final no tuvo que hacer nada de eso. Iba por el decimosexto chimpancé cuando el techo giró bruscamente hacia arriba y su mano extendida emergió del agua seguida de la cabeza. Inspiró con cautela. El aire era húmedo pero respirable.

Gamay no daba crédito a su buena suerte. Ya era hora de que tuvieran un respiro. El túnel probablemente tenía la forma del sifón de un fregadero. Sabía algo de fontanería gracias a los continuos trabajos de renovación de su casa de Georgetown. La idea de nadar en un desagadero gigante la hizo reír, pero al oír el eco de su voz en la espesa oscuridad recobró la seriedad. Todavía no había salido de aquel lío.

Sacó el mechero y lo sostuvo como si fuera la Estatua de la Libertad. Tras varios intentos infructuosos, se encendió y Gamay advirtió que estaba en el fondo de un pozo profundo. Recorrió a nado el perímetro. ¿Cómo diantre iba a trepar esas paredes tan empinadas? Ya había tenido bastante con su espectacular zambullida en el cenote.

Se acercó a una repisa que sobresalía del agua y levantó el mechero. Encima había otra. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¡Escalones! Puede que, después de todo, hubiera una forma de salir de este agujero. Sin perder tiempo, procedió a subir los peldaños que recorrían en espiral el interior del cilindro.

Una vez en lo alto del pozo exploró las inmediaciones. Se hallaba en una cueva pequeña. Un surco estrecho conducía a la entrada de un pasadizo. Gamay alzó el mechero y la llama tembló. Del pasadizo salía un aire rancio y caliente. Pero aire al fin y al cabo.

Regresó rápidamente al pozo, respiró hondo y fue en busca del profesor.

—Creo que he encontrado una salida —barboteó al salir del agua.

—Doctora Gamay, temía que le hubiese pasado algo. Ha tardado mucho —sonó la voz de Chi en la oscuridad.

—Lo siento. Espere a que le enseñe lo que he encontrado. ¿Sabe nadar?

—Hacía largos cada día en la piscina de Harvard. ¿Cuánto tiempo tendré que contener la respiración?

—Sólo hasta alcanzar el otro lado de la pared. Puede hacerlo.

Se dieron la mano y Chi se zambulló en el estanque. Con las cabezas muy juntas, Gamay le enseñó algunos ejercicios de respiración.

—En estos momentos me gustaría ser descendiente de los incas —dijo el profesor.

—¿Por qué?

—Porque gracias al aire de las montañas poseen una gran capacidad pulmonar. Yo soy hombre de llanura.

—Podrá hacerlo, no se preocupe. ¿Listo?

—Preferiría esperar a que me crecieran branquias, pero como eso no es posible, ¡adelante!

Chi le apretó la mano. Gamay se hundió y enseguida encontró la continuación del túnel. Esta vez el trayecto duró mucho menos, pero el profesor boqueó desesperadamente cuando emergieron a la superficie.

Gamay encendió el mechero. La cabeza del profesor subía y bajaba a unos centímetros de ella. Por increíble que pareciera, había conservado la gorra. Gamay lo condujo hasta los escalones del pozo y le ayudó a subir.

Una vez arriba, Chi miró alrededor.

—Creo que los habitantes de esta ciudad usaban este pozo como surtidor de emergencia cuando el cenote y el río se secaban tras la estación lluviosa. —Se hincó de rodillas y escudriñó el pozo—. Cuando el nivel del agua estaba alto sólo tenían que zambullir los cubos. Cuando descendía, bajaban a buscar el agua por la escalera. —Se levantó y examinó el suelo—. Cuántas pisadas —comentó extrañado.

Gamay estaba tan interesada en las civilizaciones antiguas como Chi, pero la llama del mechero empezaba a debilitarse. En cuanto lo dijo, el profesor recogió del suelo varios fragmentos de corteza chamuscada y fabricó una antorcha de llama humeante.

—Ricino —explicó. Ahora que volvía a estar en su elemento, tomó el mando—. ¿Qué te parece, Dorothy, si seguimos la *yellow brick road*? —dijo blandiendo la antorcha.

Asegurándose de que Gamay le seguía, se adentró en el túnel. Él caminaba erguido, pero ella tenía que inclinarse para subir por el empinado pasadizo, el cual terminaba bruscamente en el fondo de un pozo estrecho.

Una tosca escalera se erigía hasta lo alto del pozo. Chi comprobó la solidez de los peldaños y declaró que la escalera, aunque frágil, era segura. Una vez arriba, se arrodilló y extendió la antorcha para iluminar el camino a Gamay.

La estructura aguantó milagrosamente y Gamay se reunió con el profesor en la entrada de otro pasadizo que los llevó hasta una caverna dos veces mayor que la última cueva. Y, al igual que en el caso anterior, sólo había una salida: un túnel de un metro de ancho y poco más de alto. La pareja fue dejando atrás los giros y recovecos del pasadizo ascendente a cuatro patas. El espacio resultaba aún más sofocante con el humo y el calor de la antorcha, y había momentos en que a Gamay le costaba respirar. Era difícil calcular la longitud del túnel y su dirección, pero dedujo que se extendía veinte metros antes de retroceder sobre sí mismo.

Gateando con la cabeza gacha, Gamay levantaba de tanto en tanto la vista para no chocar con Chi, algo del todo improbable. El profesor se escabullía por los túneles

como un topo. De repente la antorcha desapareció y Gamay tropezó con las piernas del profesor.

—Quieta —le dijo Chi, echando el brazo hacia atrás para detenerla.

Se había quedado inmóvil, y Gamay enseguida comprendió el motivo. El túnel terminaba en una enorme grieta atravesada por tres troncos reforzados por tablones transversales y un asta que hacía de barandilla.

—Yo pasaré primero —dijo Chi.

Depositó el peso sobre un tronco y, viendo que aguantaba, echó a andar.

—No es el Golden Gate —comentó al llegar al otro lado— pero parece que aguanta.

La palabra «parece» quedó suspendida en el aire. Gamay contempló el puente. No tenía elección. Diciéndose que sólo pesaba quince kilos más que el profesor, echó a andar como si se hallara en la cuerda floja de un circo. Aunque la estructura era más firme de lo que había imaginado, se alegró de alcanzar la mano que Chi le tendía y pisar la roca sólida.

—Buen trabajo —dijo el profesor mientras se dirigían a otro pozo.

A Gamay casi le dio un ataque cuando vio que la pared no tenía peldaños, pero se tranquilizó cuando Chi le señaló los escalones hundidos en la roca. Apenas le cabían los dedos y los pies, por lo que tuvo que poner en práctica su habilidad como escaladora. Toda la infraestructura de este lugar está hecha para los mayas, no para los anglosajones, gruñó Gamay para sus adentros.

De lo alto del pozo partía otro túnel. Gamay tenía la garganta seca como el desierto del Sahara. Todo el esfuerzo realizado hasta ahora escalando, nadando y arrastrándose empezaba a tener su efecto. La carbonilla le irritaba los ojos y tenía las rodillas despellejadas. En un momento dado tuvieron que escurrir el cuerpo a través de una roca agrietada. Gamay se habría dado por vencida si el profesor no hubiese gritado:

—¡Doctora Gamay, lo hemos conseguido!

Segundos más tarde se hallaban en una habitación tan grande que la luz de la antorcha no bastaba para iluminarla. Gamay se quitó el hollín de los ojos. ¿Veía columnas? Empuñó la antorcha y sonrió cuando la luz desveló, en lugar de columnas, unas enormes estalactitas. La caverna formaba un círculo irregular del que partían varios pasadizos. Una de las entradas era semicircular y tan alta como dos hombres. A diferencia de la jamba que acababan de dejar atrás, aquí los marcos de las entradas eran lisos y uniformes, y el suelo prácticamente llano.

—¡Por ese túnel cabría un coche! —exclamó Gamay.

—Hay leyendas que hablan de carreteras subterráneas que unían los pueblos. Siempre pensé que eran exageraciones, que la gente había visto túneles naturales y creído que eran artificiales. Pero esto...

Echaron a andar por el túnel y se detuvieron frente a un segmento de techo desplomado que bloqueaba el camino. De regreso a la cámara principal, pararon para

explorar un pasadizo lateral que daba a una plaza minúscula con un suelo rectangular rodeado de columnas. La superficie del techo abovedado era suave. La pared estaba decorada con pinturas murales que mostraban unas figuras rojas de perfil.

—Increíble —dijo Gamay—. ¿Estamos en un templo subterráneo?

Chi examinó los dibujos. La pintura tenía un aspecto tan fresco que parecía aplicada el día anterior.

—Son figuras mayas, pero, por otro lado, no lo son —susurró el profesor.

El dibujo mostraba una procesión de figuras portando sobre los hombros y la cabeza, jarras, cestas de pan y recipientes que parecían contener lingotes de oro.

—Más barcos.

Gamay señaló unas naves similares a las del friso que Chi le había enseñado antes.

A lo largo de las paredes se desarrollaba el documental de algún acontecimiento importante. Los barcos entraban y descargaban los productos que luego eran transportados en procesión. Hasta había un hombre con una lista en la mano, sin duda un contable, y soldados vigilando.

Desviaron la atención hacia un enorme pedestal redondo, sostenido por cuatro columnas bajas, situado en medio de la estancia. Sobre el pedestal descansaba una caja parecida a las estructuras que coronan las pirámides mayas. Estaba hecha de una piedra de color morado con partículas de cristal.

Gamay se inclinó sobre una abertura cuadrada situada en un costado de la caja.

—Hay algo dentro —dijo al tiempo que alargaba el brazo y extraía un objeto que dejó sobre la mesa.

Chi había encontrado más ramas de ricino y la antorcha ardía ahora con más brío que nunca.

El aparato, pues eso es lo que era, consistía en una caja de madera con una rueda de metal insertada y reforzada a su vez con abrazaderas. Dentro de la rueda había un engranaje que parecía girar en torno a un eje central y estar conectado por los dientes a otros engranajes más pequeños.

—¿Qué es esto? —preguntó Gamay.

—Una máquina.

—Parece... no, no puede ser.

—No me tenga en ascuas, doctora Gamay.

—Bueno, se parece a un objeto hallado en un naufragio. Era de bronce, como éste, pero estaba en muy mal estado. Se creyó que era un astrolabio para determinar los movimientos del Sol y las estrellas. Alguien hizo una radiografía y encontró coeficientes de reducción relacionados con datos astronómicos y calendarios. El aparato era mucho más complejo que un simple astrolabio. Tenía treinta engranajes, todos acoplados, e incluso un engranaje diferencial. Era, básicamente, un ordenador.

—Un ordenador. ¿Dónde lo vio?

—En el Museo Nacional de Atenas.

Chi contempló la máquina.

—Imposible.

—Profesor, ¿le importaría decirme qué son estas marcas?

Chi acercó tanto la antorcha que estuvo a punto de chamuscarle el cabello, pero a Gamay no le importó.

—Sé poco de escritura maya, pero estoy segura de que esto no es maya.

Chi examinó la inscripción.

—Imposible —dijo, esta vez con menos convicción.

Gamay miró la habitación.

—También lo es este claustro... y la carretera subterránea.

—Debemos analizarlo cuanto antes.

—Estoy de acuerdo, pero tenemos un ligero problema.

—Sí, claro —dijo Chi, recordando dónde estaban—, pero creo que nos hallamos cerca de la salida.

Gamay asintió.

—Yo también noto el aire fresco.

Chi improvisó una bolsa con su camisa para transportar el aparato y regresaron para explorar la cámara principal. Una enorme escalera de madera, casi perpendicular al suelo, se elevaba hacia las negras alturas. Construida con leños del grosor de un muslo maya, medía cerca de cuatro metros de ancho. Los leños estaban atados a unos troncos y en el centro había una mediana que hacía de barandilla.

Se trataba de una impresionante obra de ingeniería, pero el tiempo la había deteriorado. Algunos escalones se habían soltado y la escalera había cedido en ciertos puntos. Los leños parecían robustos, pero a Gamay no le hacía gracia que estuvieran atados con lianas. Sabía por experiencia que esas plantas, una vez secas, se rompían fácilmente. Su confianza menguó aún más cuando subió al primer peldaño y el leño se soltó.

Chi levantó la vista hacia la cima invisible de la escalera.

—Tenemos que abordarla científicamente —dijo—. Esta estructura podría desmoronarse en cualquier momento. Es posible que la mediana le proporcione estabilidad. Debería subir usted primero. Si aguanta su peso, también aguantará el mío.

Gamay agradecía el gesto de Chi, pero no estuvo de acuerdo.

—Su caballerosidad está fuera de lugar, doctor Chi.

Usted tiene más probabilidades de llegar arriba que yo. Si lo intento yo primero y la escalera se rompe, nunca saldrá de aquí.

—Por otro lado, la escalera podría romperse bajo mi peso y los dos correríamos la misma suerte.

Maya testarudo.

Gamay colocó un pie sobre el segundo peldaño y, con sumo cuidado, descargó el peso de su cuerpo. El escalón aguantó. Con los brazos extendidos para repartir el

peso entre otros leños, inició el ascenso evitando mirar las lianas por miedo a que se rompieran con la presión de sus ojos.

Al llegar al sexto escalón se detuvo.

—El aire viene de lo alto de la escalera —dijo animadamente—. Una vez arriba seremos libres.

Subió otro escalón. La liana reventó y el leño quedó suspendido en el aire por un extremo. Gamay se detuvo y contuvo la respiración. Viendo que no ocurría nada más, siguió subiendo. Las lianas resistían hasta la mitad del camino. Allí la escalera cedía añadiendo tensión a la suspensión. Se rompió otra liana y esta vez el leño se desprendió por completo y cayó al vacío. Gamay temió que la escalera fuera a desplomarse, pero se mantuvo en pie. Una vez el balanceo hubo cesado, siguió subiendo.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba subida a esa escalera. Podían ser quince minutos o quince horas. Continuó avanzando y cuando estaba a punto de alcanzar la cima, miró hacia abajo. Dios mío, pensó. La escalera debía de medir veinticinco o treinta metros. Desde ahí la luz de la antorcha era como una estrella lejana.

Alargó un brazo y se alegró al notar piedra en lugar de madera. Alcanzó la superficie y se tumbó boca arriba dando gracias a los constructores de la escalera. Luego rodó sobre su estómago y llamó suavemente a Chi.

La antorcha se balanceó y desapareció. Chi necesitaba ambas manos libres para subir. Gamay no pensó que fuera a tener problemas hasta que oyó un ruido.

Clanc. Y luego: clanquiticlanc.

En su mente podía ver el leño soltándose y estrellándose contra el suelo. Cuando pensaba que la cosa no pasaría de ahí, empezó a oír más clanes. Se estaba produciendo una reacción en cadena. Si las lianas se habían debilitado con el peso de su cuerpo, ahora bastaría una leve presión para acabar de reventarlas. Los golpes, cada vez más fuertes, seguían inundando la oscuridad. Era evidente que la escalera se estaba desmoronando.

Gamay encendió el mechero, confiando en que la llama diera una idea a Chi de cuánto le faltaba, si no estaba enterrado ya bajo una pila de troncos.

—¡Deme su mano! —gritó de repente el profesor.

Gamay ignoraba qué distancia los separaba. Alargó un brazo y gritó palabras de ánimo.

Notó un roce en los dedos y se sorprendió de que Chi estuviera tan cerca.

—¡Agárrese! —gritó Gamay.

Los dedos del profesor aferraron su muñeca. Gamay hizo otro tanto y empezó a tirar de él.

—¡Espere!

¿Esperar a qué?

Chi titubeó. Finalmente, cuando Gamay pensó que iba a perderlo, le agarró el antebrazo con ambas manos y trepó hasta la superficie. En ese momento una nube de

polvo estalló en el interior de la cueva. Al cabo de unos minutos, cuando la nube hubo cedido, ambos se asomaron al precipicio. La oscuridad era tan profunda que no podía ver nada.

—La escalera se desmoronó bajo mis pies cuando me hallaba a medio camino — explicó el profesor—. Todo fue bien mientras conseguí adelantarme a los leños que caían, pero no tardaron en darme alcance. Era como subir por una escalera mecánica en dirección contraria.

—¿Por qué me dijo que esperara?

Chi se palpó la camisa.

—El nudo empezó a deshacerse y temí perder el aparato. —Chi contempló maravillado el precipicio—. Las escaleras de hoy día ya no son como las de antes.

Gamay soltó una carcajada.

—Y que lo diga.

Reanimados por el aire fresco, se sacudieron el polvo y echaron a andar por el túnel. La corriente de aire ganaba fuerza a medida que avanzaban, y también el zumbido de los insectos. Subieron por una escalera, cruzaron un boquete estrecho y salieron al aire húmedo y cálido de la noche.

Gamay respiró profundamente. La luna proyectaba sobre los montículos de la vieja plaza una luz plomiza. Con Chi delante, caminaron por el sendero que debía llevarles hasta el Hum Vee. Tenían la sensación de llevar semanas en ese lugar.

Al llegar al margen de la llanura divisaron lo que parecía una convención de luciérnagas, sólo que las luces no parpadeaban. Gamay y Chi comprendieron simultáneamente que su huida había sido descubierta. Y que al trío que les había encarcelado se habían añadido otros hombres. Echaron a correr.

Una voz cascada ladró algo en español y una luz cegadora los deslumbró. Luego se oyó una risa repugnante. Gamay enseguida se dio cuenta de que se trataba de Dientes Amarillos. Su viejo amigo parecía muy orgulloso de sí mismo. Recorrió lentamente el cuerpo de Gamay con la luz de la linterna, entreteniéndose en determinados lugares. Luego iluminó los cañones de la escopeta que el profesor sostenía al nivel de la cintura. Dientes Amarillos gritó para llamar a sus camaradas. Hubo respuesta y algunas luces empezaron a aproximarse.

Gamay no podía creerlo. ¡Después de todo lo que habían pasado! Se disponía a acercarse a ese cabrón y retorcerle el brazo que sostenía la pistola cuando Chi, que probablemente había captado sus intenciones, dijo:

—Obedezca. Hágame caso.

El profesor echó a andar por un sendero. Dientes Amarillos le ordenó que se detuviera. Chi siguió caminando con paso lento. Dientes Amarillos titubeó. Algo iba mal. Se suponía que la gente debía obedecer sus órdenes cuando empuñaba una pistola. Tras asegurarse de que Gamay estaba demasiado acobardada para moverse, fue en pos de Chi gritando en español. El profesor se detuvo en la hierba que cubría el margen del camino, se arrodilló con expresión suplicante y elevó los brazos al

cielo.

Eso está mejor, se dijo el hombre. La debilidad es como sangre fresca para el animal hambriento. Decidido a aplastarle el cráneo, Dientes Amarillos se abalanzó sobre Chi con la pistola en alto para desaparecer de repente. La linterna salió volando por los aires describiendo un arco antes de aterrizar en la hierba. Se oyó un gáñido y un golpe seco. Luego se hizo el silencio.

Chi recuperó la linterna y la dirigió hacia el suelo. Cuando Gamay se acercó, dijo:

—Cuidado. Tiene otro agujero a su derecha.

Dientes Amarillos estaba dentro de una cueva.

—Depósitos —dijo Chi—. Ya sabe lo difícil que es conseguir agua por aquí. Los habitantes de la ciudad la guardaban en estas cuevas. He marcado las que he podido. Supongo que no vio esto.

El profesor señaló una cinta de color naranja atada a un arbusto.

—¿Piensa dejarle ahí?

Chi contempló el avance de las luciérnagas.

—No tenemos elección. ¿De verdad le importa?

Gamay recordó el largo y arduo ascenso por el cenote.

—No me importaría recuperar mi reloj, pero, si le soy sincera, me trae sin cuidado. Así sabrá lo que es estar atrapado en una ratonera.

—Debemos ir hacia el río. Es el único camino.

Echaron a correr hacia el bosque.

De repente, una ráfaga de disparos sacudió la noche. Habían sido descubiertos.

Corrieron con más ímpetu.

Arlington, Virginia

José Joe Zavala vivía en Arlington, cerca de Washington, en un pequeño edificio que en otros tiempos había acogido una biblioteca municipal. Situada en la planta baja, la vivienda estaba decorada con muebles fabricados en su mayor parte por su padre. A Zavala le gustaba el color y la calidez del mobiliario, pero sobre todo era un recordatorio de lo mucho que había progresado desde sus humildes orígenes.

Sus padres, nacidos y criados en Morales, México, habían vadeado el río Grande al oeste de El Paso a finales de los años sesenta. En aquel entonces su madre estaba embarazada de siete meses, y José nació y creció en Santa Fe, Nuevo México, donde sus padres se habían asentado, él como carpintero de muebles. José sintió la llamada del mar desde el desierto. Licenciado en ingeniería por la Universidad Marítima de Nueva York, tenía una mente que rayaba la genialidad, y el almirante Sandecker lo contrató recién salido de la universidad.

Austin había propuesto una reunión en casa de Zavala para escapar a la presencia abrumadora de la NUMA y las exigencias de su director. Sobre él había recaído la desagradable tarea de telefonar a Sandecker para informarle el fracaso de la misión. El almirante le había aconsejado que durmiera bien esa noche y regresara a Washington al día siguiente. Austin y los demás echaron una cabezada en un motel próximo al aeropuerto y tomaron un vuelo temprano que los dejó en Washington antes del mediodía. Nina, que todavía tenía una compañía que dirigir, voló a Boston. Austin pasó por su casa para ducharse, cambiarse de ropa y llamar a su despacho. Su secretaria le dijo que tenía para él una carpeta repleta de información. Austin le pidió que se la enviara a casa de Zavala.

Trout se estaba retrasando, algo inusual en él. Mientras le esperaban, Austin se sentó a la mesa del comedor y leyó la información enviada por la NUMA. Cuando Zavala salió del sótano, donde había estado reparando maquinaria, Austin le tendió una foto en blanco y negro.

—La ha enviado el FBI.

—Muy bonita —dijo Zavala.

La mujer rubia de la foto no era bella en el sentido clásico de la palabra, pero poseía esos ojos grandes e inocentes y esa sonrisa encantadora que había mostrado en la excavación de Arizona.

—¿La señora Wingate?

Austin asintió.

—La señora Wingate cuarenta años atrás. Se llamaba Crystal Day. Pensaban que sería otra Doris Day. Hizo sus pinitos en el cine en los años cincuenta y sesenta y

hasta salió abrazada a Rock Hudson en una película. Podría haber triunfado de no haber sido por su adicción al alcohol y las drogas y su pésimo gusto por los hombres. Durante los últimos años interpretó algunos papeles anodinos en series de televisión.

—Vaya —dijo Zavala sacudiendo la cabeza—. Pero ¿por qué acabó muerta en una ducha?

—Su agente dijo que pensó en Crystal cuando recibió la llamada de una compañía cinematográfica que buscaba una mujer de mediana edad para un papel pequeño. Ofrecían mucho dinero. Creo que la persona que contrató a Crystal sabía que ésta estaba desesperada y haría cualquier cosa por conseguir el papel aunque luego descubriera que no iba a representarlo delante de una cámara.

—Consiguió engañarnos —dijo Zavala.

—Y también su «marido», el señor Wingate de Spokane.

—¿El misterioso hombre de la cicatriz en la cara? ¿Se sabe algo de él?

—Se diría que ese tipo llevaba guantes incluso durmiendo —respondió Austin con expresión ceñuda—. Los chicos del laboratorio buscaron sus huellas dactilares hasta en el mango de la pala y no encontraron nada.

—Lo de meter a un topo en el proyecto ha sido un buen golpe —dijo Zavala con admiración.

—Míralo como una experiencia enriquecedora —repuso Austin—. Hemos aprendido a no subestimar a esos tipos. Sabemos que están bien organizados y —añadió martilleando la foto con los dedos— que no les gustan los cabos sueltos.

—También hemos confirmado la relación con TimeQuest. Proponen una pareja de voluntarios, la secuestran, envían un reemplazo y la organización queda limpia. Muy inteligente.

—Diabólicamente inteligente. ¿Qué opinas del amistoso saludo de Wingate antes de que el cobertizo volara por los aires? ¿Y del comentario que hizo a los vigilantes?

—¿«Otra vez será»? Tienes que reconocer que, para ser un asesino, tiene bastante sentido del humor.

—A mí no me hace ninguna gracia. ¿Por qué lo hizo?

—¿Porque le apetecía?

—Puede. —Austin se frotó el mentón—. Creo que en buena medida lo hizo por arrogancia. Nos estaba diciendo que sabe quiénes somos y que él es parte de algo tan grande que puede reírse de nosotros.

—¿Más grande que la NUMA?

—Ojalá lo supiera, Joe. —Austin devolvió la foto a la carpeta—. Ojalá lo supiera.

—¿Se te ocurre qué hacer?

—Se acabaron las comedias. Tuve suerte de estar convaleciente cuando concibieron el plan. Seguiremos investigando el asesinato y la conexión con el hidrodreslizador.

—No estamos en un camino muy iluminado que digamos —dijo Zavala—. ¿Qué te parece si voy a San Antonio e indago en TimeQuest personalmente?

—Buena idea. Quiero información sobre el respaldo financiero de esa organización.

Llamaron suavemente a la puerta. Trout entró cabizbajo para no golpearse con la jamba. Estaba muy serió, pero eso era normal en él.

—Lamento llegar tarde, chicos. Estaba hablando con el *Nereus*.

Preocupado por su mujer, Trout había llamado a la NUMA varias veces mientras sobrevolaban el país para comprobar si sabían algo de Gamay.

—¿Alguna noticia? —preguntó Austin.

Trout dejó caer su cuerpo desgarbado en una silla y meneó la cabeza.

—Han verificado que alguien la llevó del barco a la costa y que allí alquiló un *jeep*. También que dijo que iba a encontrarse con el profesor Chi, el antropólogo que tanto interés tenía en ver, y que volvería al barco por la noche.

—¿Llegó a encontrarse con el profesor?

Trout se removi6 en su asiento.

—Lo ignoro. Los chicos todavía están intentando localizar a Chi. Al parecer pasa mucho tiempo trabajando sobre el terreno. Me han dicho que no me preocupe, pero no es propio de Gamay romper el contacto.

—¿Qué quieres hacer, Paul?

—Sé que me necesitáis aquí —dijo Trout—, pero querría volver a Yucatán. Es difícil seguirle la pista a Gamay a partir de los informes de terceras personas.

Austin asintió con la cabeza.

—Joe viajará a Texas para averiguar cosas sobre TimeQuest y yo estaré en Washington redactando el informe sobre el fracaso de Arizona. ¿Por qué no te tomas un par de días? Si necesitas más tiempo, me encargaré de tener distraído a Sandecker.

—Gracias, Kurt —dijo Trout, más animado ahora—. He reservado un vuelo para esta noche, así que dispongo de dos horas para dedicarlas al equipo.

—¿No se agazapa ninguna idea detrás de esa inteligente frente?

Trout frunció el entrecejo.

—Sabemos que el detonante de todos los ataques es el descubrimiento de objetos precolombinos.

—Eso es evidente —respondió Austin—, pero ignoramos el motivo.

—En 1492 Colón en barco el océano cruzó —murmuró Zavala.

Austin le miró confuso.

—¿Qué has dicho?

—Es el primer verso de un poema que aprendí en el colegio. Estoy seguro de que tú también tuviste que aprenderlo.

—Es cierto, y al igual que tú, he olvidado el resto.

—Nunca intenté destacar en poesía —repuso Zavala—. Estaba pensando que quizá la clave de este asunto no sea precolombina. Puede que sea Colón.

—Buena observación —dijo Trout.

—¿De veras? —repuso Zavala.

—Paul tiene razón —intervino Austin—. Si no hay Colón, no hay historia precolombina.

Zavala sonrió.

—En 1492...

—Exacto. Esa estúpida rima comprende casi todo lo que sabemos sobre Colón. La fecha de su descubrimiento y el hecho de que, gracias a él, en octubre tenemos un fin de semana de tres días. ¿Pero qué sabemos en realidad del viejo Cris, sobre todo en cuanto a su relación con esos ataques asesinos?

El cerebro analítico de Trout se había puesto a trabajar.

—Creo que sé por dónde vas. Sabemos que hay una relación indirecta entre Colón y esos incidentes. Por tanto...

—Sigue, sigue —le animó Zavala.

—Por tanto, la cuestión es: ¿existe una relación directa?

El trío se miró.

—Perlmutter —dijeron al unísono.

Austin marcó un número de teléfono. La línea privada de una espaciosa casa de Georgetown sonó con el repique de la campana de un barco. La mano regordeta de un hombre casi tan ancho como la puerta de un granero levantó el auricular. Ataviado con un pijama morado y un batín de cachemira dorado y rojo, el hombre estaba sentado en una butaca leyendo uno de los miles de libros que parecían ocupar cada centímetro cúbico de su casa.

—San Julien Perlmutter al habla —dijo a través de su magnífica barba gris—. Exponga el motivo de su llamada con brevedad.

—Cristóbal Colón —dijo Austin—. ¿Te parece lo bastante breve?

—Cielo santo, ¿eres tú, Kurt? Me han contado que has estado luchando contra los piratas.

—No soy más que un humilde funcionario haciendo mi trabajo. Alguien tiene que mantener la seguridad en los mares para el comercio americano.

—Vivir para ver, amigo mío. Ignoraba que la marina estadounidense hubiese sido disuelta en favor de la NUMA.

—Hemos decidido darles otra oportunidad. Como bien sabes, los piratas no son asunto de la agencia.

—Claro. De modo que estás interesado en el almirante del océano. ¿Sabes una cosa? Es un misterio que consiguiera ir más allá de las islas Canarias.

—¿Mala navegación?

—Qué va. Habría resultado muy difícil pasar por alto dos continentes conectados por un istmo, aunque en realidad fue lo que pasó. Estoy hablando de la comida de la tripulación. ¿Sabías que la ración básica era una libra al día de galleta, carne y pescado salados y aceite de oliva? —dijo horrorizado—. Además de habichuelas y garbanzos, evidentemente, y almendras y pasas de postre. Lo único que se salvaba era el pescado fresco.

Austin intuyó que Perlmutter se estaba adentrando en una disertación sobre gastronomía y vinos, una gran pasión que sólo encontraba rival en los barcos y los naufragios. Perlmutter era el típico glotón vividor. Con un peso cercano a los ciento ochenta kilos, su figura era conocida y respetada en los restaurantes más elegantes, donde solía organizar suntuosas cenas.

—No olvides los gorgojos —dijo Austin, tratando de desviar a Perlmutter de su tema favorito.

—Me pregunto a qué sabe un gorgojo. He probado saltamontes y gusanos en África. Muy ricos en proteínas, me han dicho, pero si quiero algo que tenga gusto a pollo, comeré pollo. Tendrás que decirme exactamente qué quieres saber. ¿Por qué estás tan interesado en Colón, si no es indiscreción?

Austin hizo un resumen desde los asesinatos de Marruecos hasta la farsa de Arizona mientras la mente enciclopédica de Perlmutter absorbía cada detalle.

—Creo que sé lo que necesitas. Quieres saber por qué Colón podría inducir a matar. No sería la primera vez que provocara la ira de algunos. Colón descubrió América por error y sin embargo a ella le debe su fama. Hasta el día de su muerte aseguró que había descubierto China. Jamás reconoció la existencia de un continente completo. Inició el comercio de esclavos en las Américas y trajo al Nuevo Mundo las terribles glorias de la Inquisición española. Estaba obsesionado con el oro. Era un santo o un canalla, según como se mire.

—Eso era entonces. Yo estoy hablando de ahora. ¿Por qué estaría alguien dispuesto a matar para evitar que el descubrimiento de Colón se pusiera en duda? Sólo necesito una conexión.

—Sus viajes han dado lugar a toneladas de páginas. Lo que se ha escrito sobre ese muchacho podría llenar una biblioteca entera.

—Por eso te he llamado. Eres la única persona que conozco capaz de darme una respuesta.

—Las lisonjas no te llevarán a ningún lado...

—Te compensaré con una cena en un restaurante de tu elección.

—Pero la comida sí. ¿Qué hombre podría resistirse a ver satisfecha su vanidad y su apetito al mismo tiempo? Me pondré a indagar en cuanto haya almorzado.

Perlmutter rumió la petición de Austin sobre una succulenta pechuga de pato rellena de uvas que había sobrado de la noche anterior, acompañada de un Marcassion Chardonnay. Austin lamentaría el día que le tentó con comida. En Alejandría acababan de abrir un restaurante francés que estaba impaciente por probar. Un poco caro, cierto, pero un trato era un trato. Sus ojos azules bailaban jubilosos sobre la cara redonda y rubicunda sólo de pensarlo. Austin, con todo, vería su inversión recompensada. Perlmutter sabía que sobre Cristóbal Colón se había escrito un océano entero. Demasiada información para zambullirse en ella y empezar a nadar así como así. Necesitaba un guía y no se le ocurría nadie mejor.

Después de recoger la mesa consultó su archivo de tarjetas y marcó un número extranjero.

—Buenos días —contestó una voz profunda.

—Buenos días, Juan.

—¡Oh, Julien, qué sorpresa tan agradable! ¿Va todo bien?

—Muy bien. ¿Y a ti, viejo amigo?

—Más viejo que la última vez que hablamos —rió el español—, pero charlemos de temas más agradables. Confío en que me hayas llamado para decirme que probaste mi receta de codornices en hojas de parra.

—Estaban deliciosas. Seguí tu consejo y rellené cada codorniz con un higo en lugar de tomillo y limón. El resultado fue espectacular. Y utilicé madera de mezquita para asarlas.

Perlmutter había conocido a Juan Ortega en Madrid durante una convención de coleccionistas de libros raros. Descubrieron que además de su obsesión por los tomos antiguos compartían una pasión por la buena comida. Intercambiaban recetas y procuraban verse cuando menos una vez al año para dar rienda suelta a sus anhelos gustativos.

—¡Mezquita! ¡Qué idea tan genial! No podía esperar menos de ti. Me alegro de que te gustara la receta. Seguro que tienes alguna para mí.

Perlmutter casi pudo oír a Ortega lamerse los labios.

—Así es, dentro de un momento. En realidad te llamo por otro motivo. Debo solicitar el uso de tu talento no como gastrónomo sino como Juan Ortega, principal autoridad viviente en Cristóbal Colón.

—Me halagas, amigo mío —rió Ortega—, pero no soy más que uno de los muchos historiadores que han escrito libros sobre el tema.

—Eres el único especialista lo bastante sagaz para ayudarme con un problema inusitado. Al parecer, el espíritu del señor Colón está siendo la causa de algunos acontecimientos extraños. Me explicaré. —Perlmutter hizo un resumen de la

situación.

—Qué historia tan curiosa —comentó Ortega cuando su amigo hubo terminado—. Sobre todo después de lo que ocurrió en Sevilla hace unas semanas. Alguien robó de la Biblioteca Colombina de la catedral de Sevilla unos papeles relacionados con Colón. ¿Crees que es una coincidencia?

—Tal vez sí y tal vez no. ¿Qué fue exactamente lo que se llevaron?

—Una carta de Colón sobre su quinto viaje dirigida al rey Fernando y la reina Isabel. Bueno, en realidad a él, porque ella había muerto para entonces.

—Qué pena haber perdido algo así.

—No tanto. Colón jamás realizó un quinto viaje.

—Claro, qué despiste el mío. Entonces, no entiendo lo de la carta.

El teléfono transmitió una sonora carcajada iniciada a ocho mil kilómetros de distancia.

—Es una carta falsa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por la letra?

—Oh, no. La letra es tan auténtica que ni un experto habría notado la diferencia.

—En ese caso, ¿cómo sabes que es falsa?

—Porque Colón murió el 20 de mayo de 1506 y la carta está fechada después de ese día.

Perlmutter se detuvo a reflexionar.

—Tal vez exista un error en cuanto a la fecha de su muerte.

—La casa de la calle Cristóbal Colón, donde falleció el almirante, aún se conserva. Con todo, no se sabe con certeza dónde yacen enterrados sus restos. Unos dicen que en Sevilla, otros que en Santo Domingo o La Habana. Hay, por lo menos, ocho urnas funerarias que supuestamente contienen sus cenizas. —Ortega suspiró hondamente—. Estudiar a ese hombre es nadar en aguas oscuras.

—Recuerdo que en tu libro *¿Descubridor o demonio?* decías que ni siquiera se sabía con certeza dónde nació.

—Así es. No sabemos con seguridad si era español o italiano. Él dijo que nació en Génova, pero Colón no destacaba por su franqueza. Hay quien afirma que proviene de la isla griega de Quíos. La versión oficial asegura que era un aprendiz de tejedor italiano. Otros dicen que no, que en realidad era un marinero español. Sabemos que se casó con la hija de un aristócrata portugués y frecuentó los círculos reales, lo cual habría resultado difícil para el hijo de un simple tejedor. No existen retratos auténticos de Colón. Era un hombre enigmático, tal como él quería. Hizo cuanto pudo para mantener una identidad ambigua.

—Eso siempre me ha desconcertado.

—Eran tiempos turbulentos, Julien, plagados de guerras e intrigas. La Inquisición. Quizá se hallaba en el lado equivocado de una disputa real. Tal vez había luchado por un país que estaba en guerra con España o que fue conquistado por España. También había razones para declararle hereje, indicios de que era hijo bastardo de un príncipe

español.

—Fascinante. Deberíamos continuar esta conversación frente a una jarra de sangría la próxima vez que nos veamos, Juan, pero ahora me interesa saber más cosas sobre la carta robada.

—¿Has oído hablar del monje Las Casas?

—Sí, transcribió parte del diario de navegación de Colón.

—Exacto. Colón regaló el diario de su primer viaje a su patrocinadora, la reina Isabel, quien encargó hacer una copia exacta que luego entregó al almirante. Tras la muerte de éste, la copia de Barcelona, como la llamaron, fue a parar a su hijo Diego junto con sus mapas, libros y manuscritos. Todo ello lo heredó a su vez Fernando, el hijo ilegítimo de Colón y su amante. Por cierto, me recuerda mucho a ti, Julien.

—No es la primera vez ni la última que alguien me llama bastardo.

—No era mi intención manchar tus orígenes, amigo mío. Me refiero a que Fernando era un erudito, un amante de los libros que reunió una de las bibliotecas más exquisitas de Europa. Al morir, en 1539, todos sus bienes y los papeles de Colón cayeron en manos de Luis, el hijo de Diego. La madre de Luis trasladó la mayor parte de las posesiones de Fernando a un monasterio de Sevilla. Su muerte, acaecida en 1544, fue una gran tragedia para el mundo.

—¿Por qué lo dices?

—Durante veintitrés años esa mujer había conseguido mantener la colección alejada de su hijo. Tras su muerte, Luis se dedicó a venderla para mantener su vicioso tren de vida. La copia de Barcelona desapareció para siempre. Probablemente la entregó al mejor postor.

—Supongo que actualmente se pagaría un precio muy alto por ella.

—Desde luego, pero no creo que vivamos para verlo. Por fortuna, antes de desaparecer, un amigo de la familia, el monje dominico Las Casas, la vio e hizo un resumen de la misma. En el relato protege mucho a Colón, omitiendo todo aquello que pueda resultar vergonzoso, pero en general es una buena sinopsis.

—No entiendo qué tiene que ver eso con la carta robada.

—Paciencia, amigo mío. Se dijo que Las Casas también había copiado esta carta del llamado «quinto viaje». Se trata de otra sinopsis, partes de un diario desaparecido hace mucho tiempo.

—¿La has visto?

—Oh, desde luego. Estaba considerada como una curiosidad. Incluso llegué a compararla con el manuscrito original de Las Casas que está en la Biblioteca Nacional de Madrid. Es una falsificación excelente. De no ser por el contenido, prácticamente aseguraría que lo escribió Las Casas.

—¿Recuerdas el tema?

—Inolvidable. Se parecía a una de esas historias fantásticas de ciudades desaparecidas tan populares en la España del siglo XVI. Colón había hecho su cuarto y último viaje en 1502 después de varios fracasos, decepciones y hasta una crisis

nerviosa. Los reyes le creían, para entonces, un chiflado, pero pensaban que podía tropezar con algo útil. El almirante seguía convencido de que había descubierto Asia, que encontraría enormes reservas de oro y que este viaje sanaría su dañada reputación.

—¿Lo consiguió?

—Todo lo contrarió. Su cuarto viaje fue un fracaso. Perdió cuatro barcos y fue abandonado en Jamaica víctima de la malaria y la artritis. La carta robada, no obstante, asegura que regresó a España, organizó secretamente un barco con su propio dinero y regresó al Nuevo Mundo para realizar la última búsqueda de la increíble reserva de oro de la que había oído hablar desde su primer viaje.

—¿Cuenta ese diario qué ocurrió?

—El falsificador utilizó una estrategia literaria muy astuta para mantener al lector intrigado. Al final un miembro de la tripulación se hace cargo de la narración, que termina bruscamente y deja al lector sin saber si el barco tuvo éxito en su misión o siquiera si regresó a España.

—Tal vez el barco se perdió y otros viajeros encontraron la carta.

—Es posible.

—¿Y si no fuera una historia inventada, Juan?

Otra carcajada.

—¿Por qué lo dices?

—Por varias razones. ¿Por qué iba alguien a crear una falsificación tan buena?

—Muy sencillo. Utilizando una analogía de tu país, si quisieras vender el puente de Brooklyn a alguien, te convendría tener una escritura con muchos sellos y firmas oficiales.

—Un argumento persuasivo, Juan, pero si yo encontrara a una persona lo bastante estúpida para darme dinero por algo que es evidente que no poseo, significa que podría firmar el documento personalmente y largarme con el dinero. No necesitaría llenarlo de firmas oficiales.

—El documento del que estamos hablando sería sometido a un escrutinio mucho mayor que el de tu puente.

—A eso voy. El documento, según tú, es una obra de arte. Volviendo al puente, si supieras que pertenece a Brooklyn, ni todos los documentos oficiales del mundo te harían creer que está en venta. Asimismo, no te haría falta ser un experto para comprender que el documento es una falsificación si sabías que estaba fechado después de la muerte de Colón.

—Existe otra posibilidad —dijo Ortega—. Que Las Casas transcribiera realmente ese documento pero sabiendo que era falso.

—¿Por qué iba a tomarse todo ese trabajo si sabía que era falso? Dijiste que Las Casas se esforzaba por ocultar los delirios de Colón. ¿Estaría alguien de esa opinión dispuesto a difundir un documento que transmite las últimas palabras de Colón como los desvaríos de un chiflado?

—Tal vez Las Casas esperaba que nadie llegara a verlo. Luego Luis vendió la carta para pagarse su salida de la cárcel o su entrada en el dormitorio de alguna doncella.

—Puede —respondió Perlmutter—, pero hay algo más. El hecho de que alguien se tomara el trabajo de robarlo.

—Como ya he dicho, es una curiosidad.

—¿Tanto como para correr el riesgo de ser arrestado y encarcelado?

—Te entiendo, Julien. Yo tampoco poseo una explicación convincente. Ojalá tuviera el diario original que transcribió Las Casas.

—¿Lo dejamos, entonces, en otro misterio colombino?

—Me temo que sí. —Hubo una pausa—. Juzga por ti mismo cuando lo recibas.

—¿Recibir qué?

—El documento. He hecho una copia y una traducción al inglés para presentarlo en una conferencia. Como ves, a mí también me fascinan los misterios.

—Puede que sea más que eso, Juan. Puede que también tú dudes de su falsedad.

—Puede, amigo mío. Ya te he dicho que es una falsificación excelente. Todavía tengo tu número de fax. Te lo enviaré hoy mismo.

—Gracias. A cambio, y por tu magnífica receta de codorniz, me gustaría compartir contigo una sopa de camarones que un cocinero de Nueva Orleans me pasó con la advertencia de que me abriría en canal como una langosta si la desvelaba a alguien. Debemos ser discretos. Mi vida corre peligro.

—Eres un verdadero amigo, Julien. El peligro sólo hará que intensificar el sabor. Pero si encontraras semejante destino, me aseguraré de brindar por ti con un *bon appétit* celestial.

—*Bon appétit* para ti también, amigo.

El fax empezó a ronronear y las primeras páginas de un documento escrito con pulcritud asomaron por la rendija. Fiel a su promesa, Ortega estaba enviando una copia del original escrita en castellano. Perlmutter despejó el escritorio y, mientras recuperaba fuerzas con un capuchino, se dispuso a leer las palabras que tal vez o tal vez no fueron escritas por Cristóbal Colón y transcritas por Las Casas.

23 de mayo del año de Nuestro Señor de 1506.

Elevado, excelente y poderoso príncipe, rey de las Españas y las islas del Océano, soberano nuestro. Excelentísima Majestad.

Navego hacia las Indias una vez más, quizá para no regresar nunca, pues estoy envejecido y debilitado por la enfermedad, y la travesía, además de dura, está plagada de peligros. Hago este viaje sin el permiso ni la bendición de Vuestra Majestad, pero a mi costa, pues he utilizado mi exigua fortuna para organizar una nave, la *Niña*, que sé es adecuada para esta empresa pues me ha servido bien en muchas ocasiones desde mi primer viaje.

No parto en calidad de almirante del Océano sino como, al igual que en mi primera expedición, marinero humilde, capitán que navegó de España a las Indias en busca de nuevas tierras y de oro para que el Soberano pudiera conquistar Tierra Santa, lo cual ha sido siempre mi intención.

Pero mi historia ha de comenzar cuatro años atrás. Mi Soberano conoce bien las adversidades de mi último viaje, en 1502, cuando, liberado de las cadenas y perdonados mis errores, gracias a vuestra clemencia y consuelo vos y mi Reina me honrasteis una vez más con nuevos favores poniéndome al frente de cuatro embarcaciones. También conoce cómo en ese Gran Viaje nuestra flotilla sobrevivió a una terrible tempestad y encontró nuevas tierras que reivindicué con la ayuda de Dios y en el nombre de mis Soberanos, pese a hallarme enfermo, a veces a las puertas de la muerte, y dirigir el barco desde un camarote minúsculo que había hecho construir en cubierta.

Ése fue el más desgraciado y decepcionante de todos mis viajes. No encontramos el estrecho del oeste que buscábamos, y los nativos, a diferencia de la primera vez, nos recibieron con

flechas y lanzas. Todo estaba en nuestra contra, las galletas agusanadas, el tiempo y el temible viento, hasta que al final nuestras naves a punto de hundirse arribaron a puerto seguro, y allí quedamos abandonados durante un año y cinco días, en un lugar donde nunca esperé sobrevivir, hasta el feliz día de nuestro rescate. Así pues, la peor travesía de mi vida.

Mas peor que las tempestades, la enfermedad o los estragos de los nativos era saber que, pese a mis esfuerzos por servir a Vuestras Majestades con el mismo amor y diligencia que habría empleado para ganarme la entrada en el Paraíso, había fallado por causas que iban más allá de mi fuerza y conocimientos. Mientras exploraba nuevos territorios perdí cuatro barcos y apenas encontré oro u otros tesoros. Peor aún. Mi Reina dejó su reino libre de herejía y maldad para ser recibida por el Eterno Creador.

Solamente conozco una forma de aliviar mi pesar y complacer a mi Príncipe, es alcanzar el objetivo que me ha evitado en mis anteriores viajes. Pues durante mi larga estancia en tan malhadadas islas, descubrí que lo que tanto ansiaba estaba al alcance de mi mano. Se me brindó la llave que ha de abrir la puerta de un tesoro tan fabuloso que lo obtenido hasta ahora, que no es nada despreciable, parecerá un puñado de monedas, y ha de proporcionar a Castilla, a su Soberano y sucesores, la grandeza que merecen, para siempre.

Recibí oro de mis viajes y una parte de los beneficios de La Española, y tenía mucho de lo que estar agradecido, estando mi hijo mayor, Diego, empleado en la Guardia Real, y el pequeño, Fernando, de escudero. Con todo, mi fracaso me tenía apesadumbrado. La seguridad del hogar no es para el marinero, y decidí lanzarme una vez más al mar, quizá la última, a fin de cumplir la promesa hecha a Vuestra Majestad y mis obligaciones como almirante.

Así, en este mes redacté mi testamento, confirmando a Diego como mi heredero, y utilizando mis propios caudales organicé en secreto la *Niña*, contraté una pequeña tripulación de quince hombres leales y partí al atardecer, como en mi primer y Gran Viaje de 1492, desde Palos, alterando el rumbo, cuando hubo oscurecido, hacia las islas Canarias y el suroeste.

Perlmutter bebió un sorbo de café. Interesante. El narrador sabía que Colón tenía predilección por la *Niña*. De todos era sabido que al almirante le perseguía la

frustración de no haber encontrado China. En una ocasión fue devuelto a casa encadenado, acusado de mala administración como virrey de La Española. El rey, y especialmente la reina, le perdonaron y organizaron su cuarta y fatídica travesía, mal llamada el «Gran Viaje». Habría sido muy propio de Colón intentar expiar su falta. Y que su obsesión por encontrar oro le hubiese llevado a hacer otro viaje. Sólo había un problema, como don Ortega había señalado. Colón empezó la carta tres días después de su supuesta muerte.

Perlmutter siguió leyendo. Aunque el documento aparecía redactado como una carta personal, el marinero que había en Colón no había podido evitar convertirla en un diario de navegación con anotaciones sobre el viento, la dirección y las condiciones meteorológicas. Esta travesía por el Atlántico era una réplica exacta de su primer viaje. Recogió los vientos alisios del noreste que comienzan cerca de Madeira, gozó de días agradables y la suerte le acompañó. Como en su primera travesía, los vientos eran «muy suaves, como abril en Sevilla».

Una diferencia interesante. Perlmutter sabía que en el primer viaje Colón navegaba a estima. En otras palabras, observaba la dirección de la brújula y la velocidad, y marcaba la posición diaria del barco en el mapa. La velocidad del barco se medía con un reloj de arena. El piloto arrojaba una astilla de madera al agua y repetía una rima para cronometrar su paso.

En su primer viaje, Colón no necesitaba navegar con total precisión porque lo que más le preocupaba era mantener el rumbo hacia el oeste. Confiaba en su brújula y en su larga experiencia en el mar, y no se fiaba de un aparato llamado cuadrante. Por tanto, a Perlmutter le pareció interesante que en este quinto viaje, Colón no sólo anotara de vez en cuando las millas recorridas sino que hiciera frecuentes observaciones celestiales.

25 de mayo de 1506

Seguí la estrella del norte, manteniendo rumbo al suroeste.

30 de mayo de 1506

Mantuve rumbo SO, calculado por el cuadrante...

Se hubiera dicho que Colón deseaba ser preciso porque conocía su destino con exactitud. No como en su primer viaje, cuando, convencido de que tropezaría con la enorme masa terrestre de China o India, pensó que unos grados más o menos de latitud no afectarían el resultado.

Otro indicio de que Colón parecía estar siguiendo una trayectoria predeterminada eran sus frecuentes referencias a la «torleta» del barco.

Viré hacia el OSO, primero en una dirección y luego en la otra, pues los vientos son opuestos, pero mantuve una velocidad de sesenta y seis millas, navegando de acuerdo con la torleta de los antiguos.

Perlmutter dejó el documento sobre la mesa y, con una precisión infalible, fue hasta un estante abarrotado de libros y extrajo un volumen sobre navegación medieval. Sabía que *torleta* hacía referencia a la *torleta del marteloio*, el tablero utilizado para marcar la posición diaria del barco. La torleta se remontaba al siglo XIII y era, de hecho, una especie de ordenador analógico utilizado para resolver problemas trigonométricos. Tenía forma de cuadrícula y estaba a cargo del piloto, quien trazaba una línea entre el principio y el final de cada día de viaje. Dividía en factores sus observaciones en cuanto al viento y la corriente y, básicamente, hacía un cálculo informado.

A Perlmutter le sorprendió la expresión «torleta de los antiguos». Quizá se refiriera a que el tablero era viejo, lo cual tendría sentido si se trataba de la torleta original de la *Niña*.

Continuó con la lectura. Colón había gozado de una travesía por el Atlántico sin sobresaltos. El 26 de junio llegó a La Española, los futuros países de Haití y República Dominicana con su capital en el asentamiento de Santo Domingo, fundada por el almirante. Perlmutter volvió a ver el problema que había planteado Ortega. Colón estaba cruzando el Caribe cuando ya llevaba más de un mes muerto. Perlmutter sonrió de placer. No iba a dejar que un detalle como ése estropeará la lectura de este maravilloso relato ahora que se estaba poniendo interesante.

Abrió un mapa del Caribe junto a la carta para seguir la ruta de la nave. La *Niña* dejó atrás La Española y Cuba y puso rumbo a Jamaica, la isla donde Colón había sido abandonado con su tripulación en su viaje anterior. El relato describía la desgraciada experiencia.

Mi barco navegó durante tres días hacia el sur y el oeste, dejando atrás Santo Domingo con un buen viento del noreste en nuestras velas. Fue en esta isla donde, cuatro años antes, la gente me habló de Cigure, un lugar repleto de oro donde las mujeres lucen perlas y corales y las casas están forradas de metales preciosos. Los nativos me contaron entonces que en ese lugar los barcos eran grandes y que las gentes vestían ropas elegantes y estaban acostumbradas a vivir bien. Que hay pepitas de oro tan grandes y prolíficas como las habichuelas.

He ahí una prueba de que Dios utiliza a la más pequeña de las criaturas para llevar a cabo Su Voluntad, pues fue en Cigure donde, en mi anterior travesía, las embarcaciones de mi Gran Viaje fueron corroídas por el toredo, el gusano de los barcos. Permanecimos allí abandonados más de un año. Y fue durante mi confinamiento en esa isla cuando me levanté la venda de los ojos y vi el camino hacia las riquezas que había anhelado para

Castilla durante todos estos años.

Diego Méndez, hermano de uno de mis capitanes, partió en una canoa hacia La Española, a quinientas millas de distancia, para buscar ayuda. Durante su ausencia los indios cambiaron de opinión y se negaron a facilitarnos víveres como habíamos acordado al principio. Entonces temí que fuera el castigo de Dios por mi intervención en la muerte de los cinco, pues aunque no alcé la mano, los entregué a los Hermanos.

Me arrodillé y supliqué su perdón, jurando que haría muchas peregrinaciones a Tierra Santa y dedicaría cuanto encontrara a Su causa. Dios escuchó mis plegarias y me hizo recordar que, de acuerdo con mi copia de Regiomantanus, se produciría un eclipse de luna. Dije a los indios y a su jefe que mi Dios estaba descontento con ellos y haría que la luna pereciese. Cuando la luna desapareció, los indios, asustados, nos colmaron de víveres para que le devolviera la vida. El jefe, agradecido, dijo que se aseguraría de complacer a Dios mostrándome el camino hacia el oro. Me llevó hasta el extremo este de la isla. Allí, en un templo tan exquisito como los palacios europeos, me enseñó una «piedra parlante» con figuras talladas que, dijo, mostraban el camino al gran tesoro.

Perlmutter había leído lo del eclipse en el libro de Ortega. El acontecimiento demostraba cuan ingenioso podía ser Colón. Pero ¿qué era esa extraña historia de la piedra parlante?

El narrador se preguntaba lo mismo.

Durante muchas semanas me esforcé por descifrar el significado de esa extraña piedra. Parecía el mapa de la costa que había descubierto, pero las marcas e inscripciones se resistían a revelar sus secretos. De regreso a España, la llevé a hombres eruditos. Dijeron que era un aparato de navegación, pero que desconocían la extraña escritura. Entonces comprendí que era una torleta utilizada por los antiguos para orientarse. Como la piedra era pesada, hice copiar las inscripciones y emprendí, como ya he explicado, mi quinto viaje jurándome que encontraría a alguien que pudiera entenderlas.

Eso explicaba las referencias a la torleta de los antiguos. Era, al parecer, una tabla de piedra grande y pesada, con unas inscripciones que hacían pensar que había sido empleada para navegar. Puesto que Colón no podía utilizar la piedra sin una orientación, no debía de tratarse de un mapa en el sentido convencional. La carta

volvía al relato del quinto viaje.

10 de agosto

Continuamos hacia el oeste favorecidos, como antes, por buenos vientos. Y ahora, finalmente, hemos anclado frente a la costa más lejana jamás alcanzada por alguien. Los nativos cuentan que en esas tierras hay más oro del que podemos imaginar. Creo que estoy cerca del tesoro del rey Salomón. No me encuentro bien, azotado de nuevo por el calor y la enfermedad, pero siento que el tesoro está cerca, y pido a Vuestra Majestad que cuando regrese cargado de oro y piedras preciosas se me permita hacer un peregrinaje a Roma y Jerusalén. No escribiré más hasta que tenga el oro en mis manos...

La siguiente anotación, de trazo más firme, estaba fechada dos días después.

¡El almirante ha desaparecido! Cuando nos levantamos al amanecer, vimos que faltaba un bote y que el camarote del almirante estaba vacío. También han desaparecido sus mapas. Envié a un grupo a buscarlo por tierra, pero los nativos los recibieron con una lluvia de flechas y tuvieron que regresar al barco. ¡Ay de mí, creo que el almirante está muerto, asesinado a manos de esos salvajes despiadados! Esperaremos costa afuera, pero a menos que haya indicios de que está vivo, levaremos anclas e iremos a La Española en busca de ayuda. ¡Que Dios bendiga al almirante del Océano! Firmado este día por Alonso Méndez, aprendiz de piloto.

Perlmutter se tamborileó el rollizo mentón con los dedos. Colón deliraba en sus últimas horas. ¡El oro de Salomón, nada más y nada menos! Se preguntó frente a qué costa había anclado la *Niña*. Consultó de nuevo el mapa. Si navegó hacia el oeste desde Jamaica, tuvo que llegar a Centroamérica, cualquier punto entre la península de Yucatán y Belice, o incluso Honduras si se desvió un poco. Cuando dispusiera de más tiempo estudiaría las observaciones diarias y trataría de trazar la ruta exacta hasta el final.

Colón se llevó los mapas y gráficos consigo, pero ¿qué fue de la piedra? Perlmutter sacudió la cabeza, divertido por lo mucho que se había dejado arrastrar por la historia. Estaba actuando como si el documento que acababa de leer fuera real cuando, de hecho, podía tener tanta importancia histórica como un crucigrama.

Pero ¿y si era real?

¿Qué relación podría tener con el episodio contemporáneo que Austin le había

narrado, con esas bandas de asesinos vestidos de negro acechando a arqueólogos inocentes? ¿Qué quería decir con lo de la «muerte de los cinco»? Colón parecía sentirse tan culpable por su implicación en el incidente que interpretó su abandono en la isla como un castigo divino. Perlmutter decidió leer de nuevo la carta para comprobar si había pasado algo por alto. Luego empezaría a escarbar en su biblioteca privada.

Pero primero tenía que comer algo.

Cancún, México

El humor a bordo del vuelo a Cancún había sido de animada expectación desde que despegara de Washington poco después de la reunión en casa de Zavala. Cuando el piloto hizo su aproximación a la pista de aterrizaje, los turistas, emocionados, estiraron el cuello para contemplar el lujoso complejo de hoteles que ribeteaba las aguas turquesas de la costa. Con su traje gris, su vistosa pajarita y su cabeza sobresaliente, Paul Trout habría desentonado con el feliz pasaje aun cuando su expresión no hubiera sido de extrema seriedad. Tenía la nariz enterrada en un mapa de la península de Yucatán y la mente concentrada en Gamay, y únicamente cuando el avión inició el descenso alzó la cabeza para ver dónde estaba.

Una vez en tierra, se separó de la riada de turistas que corría hacia los autocares y se presentó en el mostrador de una pequeña compañía de vuelos chárter. Poco después se abrochaba el cinturón de seguridad del asiento contiguo al piloto de una Beechcraft Barón bimotor. Era el único pasajero y los cuatro asientos restantes habían sido convertidos en espacio de carga.

Trout agradeció para sus adentros a los expertos en viajes de la NUMA que le hubieran encontrado con tanta rapidez una plaza libre en un vuelo comercial y una conexión casi inmediata con un chárter. La avioneta se dirigía a Campeche para recoger a un grupo de técnicos en petróleo de Texas que habían quedado en reunirse con sus esposas y novias en Cancún.

El viaje duraba una hora, dijo el piloto, un mejicano hablador de treinta y pocos años que dominaba el inglés y conocía los mejores bares de Cancún para hacer amistad con turistas femeninas. Luego su voz se fundió con el zumbido de los motores. La preocupación por Gamay había mantenido a Trout en vela durante la noche en Tucson. Cerró los ojos sólo para despertar al poco rato cuando el piloto le dijo que estaban sobrevolando Chichén Itzá. Trout contempló la enorme pirámide de cuatro lados y el campo de pelota.

—Estamos a medio camino de Ciudad del Carmen —dijo el piloto. Trout asintió. Hipnotizado por el paisaje verde y plano que se extendía hasta el horizonte, cerró de nuevo los ojos hasta que el piloto volvió a despertarle—. Allí está su barco.

La visión del *Nereus*, anclado en el puerto entre petroleros y barcos de pesca, le resultó sumamente grata. Le costaba creer que sólo hubieran pasado unos días desde que dejó el barco con Gamay a bordo. Ahora lamentaba no haberla convencido de que regresara con él a Washington. Aunque tampoco lo habría conseguido, se dijo. Gamay estaba decidida a encontrarse con el doctor Chi.

Antes de dejar Washington Trout había telefonado al Museo de Antropología

mejicano y hablado con la secretaria del doctor Chi. La mujer consultó la agenda y le confirmó que el profesor tenía anotada una cita con Gamay. Pasaba casi todo su tiempo «en el terreno» y cuando tenía un teléfono cerca llamaba al museo para recoger los mensajes, pero no era algo programado. El lugar donde buscarlo, dijo la secretaria, era el laboratorio.

Mientras el piloto aguardaba la autorización para aterrizar, Trout le pidió que notificara por radio su llegada a la persona encargada de su siguiente traslado. No quería desperdiciar ni un minuto esperando en el vestíbulo del aeropuerto. En cuanto la avioneta se detuvo, saltó de la cabina con su única bolsa gritando un «adiós» y un «gracias» por encima del hombro con un fuerte acento de Nueva Inglaterra.

Un hombre fornido, vestido de policía y con gafas de sol reflectantes, le esperaba.

—Doctor Trout —dijo con una sonrisa dentona—, soy el sargento Morales de la policía federal. Me han pedido que sea su guía.

Trout había solicitado ayuda al departamento para la lucha contra la droga de Estados Unidos. La DEA estaba en deuda con la NUMA, de modo que enseguida accedió a poner a Trout en contacto con la policía nacional mejicana.

—Me alegro de conocerle —dijo el científico. Miró su reloj—. Estoy listo.

—Se está haciendo tarde —repuso el policía—. Me preguntaba si preferiría salir mañana.

La respuesta de Trout fue suave, pero en sus ojos había determinación:

—Con todos mis respetos, sargento, he hecho lo imposible por llegar aquí cuanto antes para empezar a buscar a mi esposa sin perder un minuto...

—Por supuesto, señor Trout —respondió Morales, asintiendo con la cabeza—. Le aseguro que no es un caso de «mañana», sino de sentido común. Yo también deseo encontrar a su esposa, pero pronto oscurecerá.

—¿Cuánto tiempo nos queda de luz?

—Una o dos horas.

—Estupendo. Podemos cubrir mucho terreno en dos horas.

Morales comprendió que era inútil intentar disuadir al largo norteamericano.

—Como quiera, doctor Trout. El helicóptero nos espera.

El Bell 206 JetRanger estaba calentando motores cuando Trout se acomodó en el asiento trasero de tres plazas y Morales se instaló junto al piloto. Los patines se elevaron de la pista y al cabo de dos minutos se hallaban a una altitud de mil metros. Giraron sobre el agua y pusieron rumbo hacia el interior siguiendo las vías del tren.

Morales daba las indicaciones al piloto al tiempo que consultaba un mapa. Dejaron atrás las vías y tomaron una carretera que iba, más o menos, de este a oeste. El helicóptero mantuvo su altitud y una velocidad de doscientos kilómetros por hora hasta bien adentrado en el interior. Los densos bosques aparecían salpicados aquí y allá por algún pueblo o ciudad. Había pocas carreteras asfaltadas. De vez en cuando el aparato sobrevolaba un emplazamiento arqueológico maya, pero la mayor parte del tiempo el paisaje ofrecía la misma monotonía que Trout había observado durante el

vuelo desde Cancún.

El helicóptero giró ligeramente hacia el sur. Morales era un guía competente y tenía ojos de lince. Identificaba las señales y las comunicaba al piloto. Trout advirtió el descenso del sol.

—¿Cuánto falta? —preguntó con impaciencia.

Morales levantó cinco dedos. Luego señaló un punto en el mapa.

—¡Aquí! —exclamó.

El piloto asintió de forma tan imperceptible que Trout no estuvo seguro de que lo hubiera oído hasta que el helicóptero redujo la velocidad y procedió a describir una espiral.

Morales señaló el suelo. Trout divisó un claro y un edificio rudimentario que enseguida desapareció de su vista. El aparato regresó, se detuvo y comenzó a descender. Su objetivo estaba exactamente debajo de ellos, por lo que Trout no podía ver dónde estaban aterrizando. Cuando las copas de los árboles estuvieron cerca, el helicóptero se detuvo y quedó suspendido en el aire. De repente el motor cobró vida y el aparato se alejó de costado, como una libélula asustada.

El piloto y Morales cruzaron unas palabras en español.

—¿Qué ocurre? —Trout alargó el cuello para ver el bosque.

—No hay sitio. El piloto tiene miedo de que los rotores se enreden en los árboles.

Trout se reclinó en el asiento, cruzó los brazos e infló las mejillas. El helicóptero llegó a una carretera solitaria y aterrizó suavemente sobre la hierba de la cuneta. Trout y Morales se apearon con los rotores todavía girando. Cerca había un sendero que se internaba en el bosque.

—Este camino conduce a la casa del profesor Chi. Tendremos que ir a pie.

Trout echó a andar con el policía. Al adentrarse en la espesura observó unas huellas de neumáticos relativamente recientes. Morales le contó que había llamado a la policía local para que hicieran indagaciones por la zona. Varios aldeanos recordaban haber visto a Chi subido a un autobús. Venía de cazar y se había apeado cerca de su casa. También recordaban que al bajar lo esperaba un *jeep*. Eso encajaba, pensó Trout. Gamay había utilizado un *jeep* para llegar hasta aquí.

—¿Conoce al doctor Chi? —preguntó a Morales.

—Sí, señor. A veces el museo me pide que le traiga algún mensaje. Es un hombre muy pacífico. Un caballero. Siempre que vengo me invita a tortas de maíz.

La cúpula de árboles empezaba a ennegrecer como el túnel de un metro. Trout aguzó la vista para intentar divisar el sol. Se preguntó si serían capaces de encontrar el camino de vuelta. Tal vez Morales tenía razón, tal vez debieron esperar al día siguiente.

—¿Por qué tiene el laboratorio en un lugar tan apartado? —Preguntó Trout—. ¿No le sería más cómodo tenerlo en un pueblo o una ciudad?

—Se lo he preguntado muchas veces —dijo Morales con una sonrisa—. «Nací aquí, mis raíces están aquí», me contesta siempre. ¿Entiende lo que quiere decir?

Trout comprendía perfectamente el apego de Chi por su tierra natal. Su propia familia llevaba más de doscientos años en cabo Cod engendrando generaciones vinculadas al mar con trabajos como guardianes de faro, surfistas del Servicio de Salvamento y pescadores. La casa de Trout tenía casi dos siglos, pero la habían cuidado como si fuera nueva. La suya era una estirpe salobre que llevaba con orgullo, pero comprendía que sus vínculos con el pasado eran nimios en comparación con los mayas, que habían vivido en el mismo país durante muchos siglos antes de que llegaran los españoles.

Veinte minutos después el bosque empezó a diluirse hasta desembocar en un claro. El recuadro de cemento pareció brotar de los árboles. Trout no había esperado encontrar un edificio tan sólido en un lugar tan remoto.

—El laboratorio del profesor —dijo Morales. Se acercó y llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta—. Regresaremos después de visitar la casa.

La choza era similar a otras que Trout había visto esparcidas por Yucatán desde el aire, pero su interés se centró en el *jeep* estacionado junto a ella. Corrió hasta el vehículo y empezó a registrarlo. En la visera había un plano que indicaba cómo llegar a la casa del profesor y una loción contra insectos. Trout acarició el volante y el tablero de mandos y aspiró el vago aroma de la leche corporal que utilizaba Gamay.

Dada la escasez de mobiliario, tardaron menos de cinco minutos en registrar la casa. Trout se detuvo en el centro de la estancia y volvió a mirar alrededor con la esperanza de encontrar una pista que hubiera pasado por alto.

—Sabemos por el *jeep* que mi mujer llegó hasta aquí.

—Un momento —dijo Morales. Trout le siguió hasta una cabaña situada cerca del laboratorio—. Es el garaje del profesor y su vehículo no está.

—Son las mismas huellas de neumático que vimos antes. ¿Qué conduce?

—Un vehículo grande —contestó el sargento—. Una especie de *jeep*, sólo que así de ancho. —Extendió los brazos hacia los lados.

—¿Un Hum Vee?

—Eso —dijo Morales con una sonrisa—. Un Hum Vee como los del ejército norteamericano.

En ese caso era probable que se hubiesen marchado en él. Pero ¿adónde?

—Quizá hayan dejado una nota en el laboratorio —dijo Trout.

La puerta no estaba atrancada. Una vez dentro, Trout contempló la moderna tecnología y sacudió la cabeza, maravillado como lo había estado su esposa el día antes. Morales se mantenía respetuosamente a un lado, como si temiera que le pillaran fuera de los límites permitidos.

Paul se acercó al fregadero. En el escurrer platos había dos vasos.

—Creo que bebieron algo.

Morales hurgó en la papelera y encontró las latas de limonada. Trout dedujo que Gamay se encontró con el profesor en la carretera, fueron al laboratorio, bebieron un refresco y se marcharon. Abrió la nevera y vio las perdices. Estaban sin lavar ni

destripar. Eso significaba que Chi había planeado regresar el mismo día.

—¿Hay algún pueblo en los alrededores al que hayan podido ir? —preguntó Trout.

—Sí, pero la gente habría visto al doctor Chi en su peculiar vehículo. Sin embargo, nadie lo vio.

Trout examinó los mapas que colgaban de la pared. Parecía que faltaba uno. Se acercó a la mesa y buscó entre los papeles. Allí estaba. Tal vez Chi lo había bajado de la pared para enseñárselo a Gamay. O tal vez llevara sobre la mesa varias semanas. Mostró el mapa a Morales.

—¿Sabe dónde está esto?

El sargento estudió el mapa.

—Está más al sur, en dirección a Campeche. A unos ciento cincuenta kilómetros de aquí. Quizá más.

—¿Qué hay allí?

—Nada. Bosque. Está fuera de la reserva de la biosfera. Nadie va por allí.

Trout tamborileó el mapa con los dedos.

—Alguien lo hizo, y creo que fue el doctor Chi. El helicóptero puede dejarnos allí en una hora.

—Lo lamento, señor, pero para cuando regresemos al helicóptero ya habrá oscurecido.

Morales tenía razón. Aún tuvieron suerte de encontrar la salida del bosque. Para cuando llegaron al aparato ya había oscurecido. Trout odiaba la idea de que Gamay tuviera que pasar otra noche dondequiera que estuviese. Mientras el helicóptero se elevaba trató de animarse con otras posibilidades. Puede que Chi y Gamay hubieran ido a parar a algún lugar. Quizá estuvieran sentados en un tranquilo restaurante. Escenarios menos atractivos irrumpieron en su imaginación. Un accidente. No.

Gamay no era dada a los accidentes. Era demasiado sensata, demasiado segura.

Trout sabía que hasta la persona más segura cometía un error por lo menos una vez en la vida. Confió en que a Gamay no le hubiera llegado ese momento.

El sargento Morales encontró para el científico una habitación en un pequeño hotel cercano al aeropuerto. Trout se pasó varias horas tumbado en la cama mirando el techo, preguntándose qué estaría haciendo Gamay, antes de dormirse. Despertó cuando amanecía y se dio una ducha fría, pues no había agua caliente. Estaba paseando de un lado a otro de la pista cuando el piloto y el sargento llegaron. El cielo empezaba a teñirse de rosa por el este.

Siguiendo el mapa de Chi, el helicóptero avanzó en línea recta a una altitud de cuatrocientos cincuenta metros. El bosque se extendía bajo sus pies como una alfombra de lanilla verde. Al llegar a la zona marcada en el mapa, el piloto redujo la velocidad y descendió hasta casi rozar las copas de los árboles. El JetRanger cumplía admirablemente su función original como helicóptero militar de observación. Sentado en el asiento delantero, Trout advirtió un cambio de textura en la vegetación y pidió al piloto que diera una vuelta. Morales divisó los márgenes de una llanura rectangular. Después de realizar dos pases más para que el piloto se familiarizara con la configuración del terreno, el JetRanger aterrizó en el centro.

Paul apenas necesitó unos segundos para comprender que ese lugar, dejado de la mano de Dios, no le gustaba. ¡Ni una pizca! No sólo por la lejanía, los extraños montículos y la penumbra del denso bosque. Algo siniestro se cocía aquí. De niño había sentido el mismo escalofrío cuando pasaba frente a la casa abandonada de un marinero que se había comido a sus camaradas cuando estaban encalmados en el mar de los Sargazos.

Tal vez Gamay nunca llegó a estar aquí, pensó. Sólo contaba con el mapa del doctor Chi y la suposición de que éste había sido su destino. Puede que en ese mismo momento Gamay necesitara desesperadamente su ayuda en otro lugar. No. Trout apretó la mandíbula. Estaba en el lugar justo. Podía sentirlo en los huesos del mismo modo que su padre pescador sentía que se avecinaba una tormenta.

El policía sugirió que cada uno caminara en una dirección hasta la linde del bosque y luego regresaran al helicóptero. Media hora más tarde se hallaban de vuelta. Morales estaba a punto de hablar cuando su ojo policiaco percibió indicios de una visita anterior.

—La hierba está rota —dijo tras ponerse de cuclillas—. Mire aquí, y aquí. —Ladeó la cabeza—. Allí también. Son huellas.

Decidiendo que nunca querría tener a Morales pisándole los talones, Trout se agachó y vio las tenues sombras que habían atraído la atención del sargento. Morales ordenó al piloto que permaneciera junto al helicóptero. El sol empezaba a dar una idea del calor sofocante que se avecinaba. Trout y el policía echaron a andar y al cabo de unos metros divisaron un montículo cuya vegetación había sido retirada en un

costado.

En la base de la estructura resaltaba una mancha rojiza. Ignorando la orden del sargento de que permaneciese detrás de él, Trout corrió hasta el montículo y recogió la mochila granate que le había regalado a Gamay por Navidad dos años atrás. Presa del nerviosismo, introdujo una mano y encontró una cámara de fotos, libretas, bolsas de plástico, latas de refresco vacías y una botella de agua. Al lado había un macuto de lona. Trout alzó ambos bultos para que Morales, que se acercaba a paso rápido, los viera.

—Esta bolsa es de mi esposa —dijo triunfalmente el científico de la NUMA—. La otra tiene el nombre del doctor Chi en la chapa.

Morales inspeccionó el macuto del profesor y su rostro se ensombreció.

—Malas noticias.

—¿Por qué? Esto demuestra que han estado aquí.

—No me malinterprete, señor Trout —dijo Morales, echando un rápido vistazo a su alrededor—. He encontrado un campamento de chicleros abandonado. —Al ver que Trout le miraba sin comprender, añadió—: Son hombres malos que roban antigüedades para luego venderlas.

—¿Qué tiene que ver con mi esposa y el profesor?

—Las brasas aún estaban calientes. Y cerca del río hay huellas de muchos hombres. También encontré esto.

La mano del sargento se abrió para mostrar tres cartuchos de bala. Trout se llevó uno a la nariz. El disparo era reciente.

—¿Dónde estaban?

Trout siguió con la mirada el dedo del policía y se volvió nuevamente hacia el lugar donde había encontrado las bolsas, como si pudiera trazar una línea que conectaba ambos puntos. Fue entonces cuando reparó en los extraños grabados de la pared. Se acercó y examinó las naves. Supuso que Gamay y el profesor habían almorzado y regresado aquí. Estaba seguro de que los grabados habían despertado la curiosidad de su esposa, pero algo debió de distraerla.

Se volvió hacia Morales.

—¿Cree que mi esposa y el profesor tropezaron con esos chicleros?

—Es posible —respondió Morales—. ¿Por qué si no iban a abandonar sus bolsas?

—Eso mismo me estaba preguntando yo. ¿Podría enseñarme el lugar donde encontró los cartuchos?

—Sígueme, y vigile por dónde pisa. Hay agujeros por todas partes.

Atravesaron la llanura con cautela. Había muchos más montículos de los que Trout había imaginado. Si cada uno de ellos ocultaba un edificio de piedra, debía de tratarse de un asentamiento muy grande.

—Aquí hay más —dijo Morales—, y allí.

Trout divisó unos destellos de cobre en la hierba. Recogió un par de cartuchos y los estrujó como si quisiera desintegrarlos.

—Y ahora, ¿podría enseñarme el campamento y el río?

Registraron el lugar y encontraron botellas de tequila vacías y muchas colillas. En el bosque aparecieron más cartuchos. Una vez en el río, Trout buscó huellas que coincidieran con las suelas de las zapatillas de correr de Gamay, pero el fango estaba demasiado alterado. Vio unas marcas que indicaban que habían arrastrado barcas sobre la orilla y más cartuchos. ¡Este lugar debió de parecer un campo de tiro! Pero Trout conservaba la esperanza. Los cartuchos sugerían que unas personas armadas con rifles y pistolas habían perseguido a alguien hasta el río. Eso sí era una mala noticia. Pero el hecho de que todavía se oyeran disparos indicaba que Gamay y el profesor podían haber escapado.

Trout sugirió seguir el río desde el aire y Morales estuvo de acuerdo. Caminaban hacia el helicóptero cuando oyeron un gemido. Se miraron y Morales desenfundó su pistola. Prestaron atención pero ya sólo se oía el zumbido de los insectos.

De repente se produjo otro gemido. Cubierto por Morales, Trout caminó lentamente hacia el lugar de donde provenía el ruido y bajó la vista. Oculto parcialmente entre la hierba había un agujero. Se arrodilló e introdujo la cabeza, pero no podía ver nada.

Sintiéndose ridículo por hablarle al suelo, preguntó:

—¿Hay alguien ahí?

Hubo otro gemido seguido de una verborrea en español pronunciada por una voz débil. Morales se había arrodillado junto a Trout.

—Es un hombre —dijo—. Dice que se cayó al agujero.

—¿Qué demonios hace aquí?

Morales tradujo la pregunta.

—Dice que estaba dando un paseo.

—Me parece un lugar un poco aislado para un paseo —repuso Trout—. Será mejor que lo saquemos de ahí.

Regresó al helicóptero y encontró una cuerda de nailon en el equipo de emergencia. Hizo un lazo con ella y la introdujo en el agujero. Luego, el piloto y Morales tiraron. La cabeza de una criatura de aspecto lastimoso asomó por el boquete. Estaba sucia y tenía la barba y el pelo cubiertos de polvo gris. Se sentó en el suelo y se frotó los brazos, las piernas y la cabeza. Tenía una herida en la nariz.

El sargento le tendió una cantimplora. El hombre bebió ruidosamente, derramando la mitad del líquido por el mentón. Algo recuperado, esbozó una sonrisa arrogante que dejó al descubierto sus dientes amarillos y volcó de nuevo la cantimplora para dar otro trago. Al levantar el brazo la manga de la camisa cayó.

Trout dio una patada a la cantimplora y luego su enorme mano aferró la muñeca del hombre.

—¡Señor Trout! —exclamó Morales, sorprendido por su comportamiento.

—Es el reloj de mi mujer.

Trout tiró de la correa expansiva.

—¿Está seguro?

—Yo mismo se lo regalé. —Sus ojos, por lo general serenos, echaban fuego—. Pregúntele de dónde lo ha sacado.

Morales repitió la pregunta en español.

—Dice que lo compró.

Trout no estaba para juegos.

—Dígale que si no habla le devolveremos al agujero.

El hombre dejó de sonreír y empezó a espetar frases en español mientras Morales asentía con la cabeza.

—Está loco. Se llama Ruiz. No para de hablar de una diabla y un enano que hizo que la tierra se lo tragara.

—¿Una diabla?

—Sí. Dice que le rompió la nariz.

—¿Qué fue de ella?

—No lo sabe. Estaba atrapado en el agujero. Oyó muchos disparos y luego se hizo el silencio. Dice que sus amigos le abandonaron. Le pregunté si eran chicleros y contestó que no. —Morales sonrió con tristeza—. Es un apestoso embustero.

—Dígale que lo subiremos al helicóptero y lo arrojaemos desde el aire si no dice la verdad.

El hombre contempló la expresión pétrea del enorme gringo y comprendió que no bromeaba.

—¡No! —dijo—. Hablaré, hablaré.

—¿Entiendes el inglés?

—Un poco —respondió.

En un batiburrillo de inglés y español, Ruiz confesó que estaba con una banda de chicleros que venían a este lugar para robar antigüedades. Encontraron a la mujer y al hombrecillo y los metieron en una cueva subterránea sin salida. Incomprensiblemente, atravesaron la piedra y luego le tiraron al agujero. Los demás chicleros fueron tras ellos y lo abandonaron. Ignoraba qué había sido del hombre y la mujer.

Trout reflexionó durante un instante.

—De acuerdo, llevémoslo al helicóptero.

Procurando no tocarle, Morales maniató al hombre y utilizó la punta de su zapato para hacer que se levantara. Lo metieron en el asiento trasero del helicóptero y el sargento se sentó a su lado. El hombre despedía un olor tan nauseabundo que el piloto protestó. Morales rio y dijo que si se hacía demasiado insoportable arrojarían a Ruiz del aparato. A Ruiz no le hizo gracia la idea, y sus ojos se salieron de sus órbitas cuando el helicóptero se elevó del suelo. Se portaría como un angelito. Sobrevolaron las ruinas un par de veces y luego siguieron el resplandor del río semioculto bajo los árboles.

Trout estaba impaciente por comunicar a Gamay su nuevo apodo. «Diabla».

Confió en que todavía estuviera viva para oírlo.

El zumbido del viejo motor fuera borda impidió que Gamay se percatara de la presencia del helicóptero hasta que lo tuvo casi encima, e incluso entonces fue el rostro elevado de Chi lo que le alertó de que tenían compañía. Agarró la caña del timón y enfiló hacia la orilla. El bote se deslizó por el fango y quedó oculto bajo la espesa vegetación. Era prácticamente imposible divisarlo desde el cielo. Con todo, Gamay quiso asegurarse y lo empujó contra un enorme helecho. No quería que el sol se reflejara en el aluminio del casco.

El azote de los rotores inundó el aire. Por el denso follaje se colaba el destello de un fuselaje rojo y blanco. En ningún momento se le ocurrió a Gamay que, después de unas pocas horas de conocerse su desaparición, su marido regresaría a Yucatán, se haría con un helicóptero y volaría a pocos metros de su cabeza. Desde que llegara a este lugar casi le habían arrancado el cuero cabelludo, amenazado de violación y arrojado a una cueva, se había arrastrado por túneles oscuros y asfixiantes y habían practicado con ella el tiro al blanco. Tenía buenas razones para pensar que la gente que así la había maltratado hubiese buscado apoyo aéreo para aumentar su sufrimiento. Cuando el sonido del helicóptero se hubo alejado, respiró aliviada y regresaron al río.

Después de deshacerse de Dientes Amarillos, Gamay y Chi habían huido por el bosque, escurriéndose de las balas que silbaban a su alrededor, y rodado por la pendiente que conducía al río. Encontraron tres barcas de aluminio en la orilla. Soltaron dos, se subieron a la tercera y pusieron en marcha el motor.

Después de navegar un día entero sin incidentes, pasaron la noche en la orilla y reanudaron la travesía por la mañana temprano. El helicóptero hizo que Gamay se diera cuenta de que la tranquilidad del día anterior les había sumergido en una falsa sensación de seguridad. Ahora miraban el cielo con cien ojos y navegaban próximos a la orilla. El helicóptero había desaparecido, pero la vegetación se enredó en la hélice y Gamay tuvo que acercarse a tierra para limpiarla. El trabajo duró uno o dos minutos, pero cuando quiso arrancar de nuevo el motor, éste se resistió. Gamay no lo entendía. El viejo Mercury no era ninguna maravilla, pero había funcionado bien hasta ahora. Estaba intentando averiguar el problema cuando oyeron unas voces en español procedentes del río.

Nada en el mundo resulta más frustrante que un motor fuera borda maniático, pensó Gamay, sobre todo cuando ese pedazo de metal recalcitrante es lo único que te separa del desastre. Colocó el pie en el travesaño. Con la esperanza de aplacar al espíritu maligno que habitaba la máquina, sonrió dulcemente, susurró «por favor» y tiró de la cuerda de arranque con todas sus fuerzas.

El motor respondió con un ahogado *poppop*, una exclamación asmática y un

suspiro húmedo. Luego se hizo el silencio, roto únicamente por el grito de dolor de Gamay, que había caído hacia atrás y rascado los nudillos con el duro asiento de metal. Gamay soltó una sarta de insultos contra la obstinada máquina que enrojecieron el aire. El profesor Chi estaba en la proa agarrado a una rama para impedir que la corriente arrastrara la embarcación. El mentón de su compañera chorreaba sudor. Con la mandíbula sobresaliendo de rabia y zarcillos de pelo rojizo enmarcándole el rostro, podría haber posado como Medusa para una escultura griega. Gamay sabía que su aspecto era esperpéntico, pero tendría que dejar la coquetería para más tarde.

Por lo visto, el intento de sabotear a sus perseguidores había fracasado. Cómo iban a imaginar que soltar las barcas no sería suficiente, que una de ellas se engancharía a una raíz y que la otra regresaría a la orilla. Por la bruma mañanera asomó la primera seguida de la segunda. Había cuatro hombres en cada embarcación, entre ellos los dos a quienes Gamay había apodado Pancho y Elvis. Pancho estaba de pie en la proa del bote empuñando una pistola. Sus gritos exaltados indicaban que había divisado a su presa.

Cada vez los tenían más cerca. Gamay clavó la mirada en el motor y se dio cuenta de que el estárter se había cerrado. Extrajo el pomo de plástico y tiró nuevamente de la cuerda. Tras un breve tartamudeo, el motor se puso en marcha y Gamay ajustó el regulador. Dirigió la barca hacia el centro del río, donde el agua era más profunda pero también donde eran más vulnerables. Miró atrás. El primer bote se estaba separando del segundo. A lo mejor era más potente. No tardaría en estar lo bastante cerca para que los hombres arrodillados en la proa con los rifles en alto consiguieran hacer blanco.

De la boca de una pistola salió humo. Pancho había lanzado dos tiros. O su puntería era pésima o estaban fuera de su alcance de tiro. En ese momento el río giraba y Gamay perdió de vista la embarcación. En cuestión de minutos sus cuerpos caerían sin vida al agua.

¡Hack!

Gamay se volvió ante el inesperado ruido. Chi había encontrado su fiel machete en el fondo del bote y lo estaba usando para cortar una enorme rama de las empujadas suspendidas a ras de sus cabezas. Más cortes. Más ramas caídas. Chi blandía el machete como un demente. Por ambos lados del bote llovieron ramas hasta formar una presa flotante. El improvisado parapeto formaba una suerte de banco de arena en medio del río.

El timonel del primer bote no divisó las ramas hasta que fue demasiado tarde. Al salir de la curva intentó girar y se estrelló de costado contra el obstáculo. Uno de los chicleros se abocó para apartar el bote y descubrió que Newton tenía razón cuando dijo que toda acción tiene una reacción. Su cuerpo, extendido entre la barca y las ramas, cayó al agua. El segundo bote chocó contra el primero en un mar de gritos. Sonó el disparo de una pistola que resonó en el aire y el cielo se cubrió de pájaros.

—¡Genial! —gritó Gamay triunfalmente—. Buena jugada, profesor.

La sonrisa dibujada en el rostro impertérrito del maya indicaba que el hombre estaba satisfecho con el efecto de su trabajo y con el elogio.

—Sabía que mis estudios en Harvard me serían útiles algún día —dijo con modestia.

Gamay sonrió y giró el timón para evitar los bajíos de ambos lados del río, pero todavía no quería cantar victoria. Se había dado cuenta de que no tenía ni idea de adónde iban. Comprobó el depósito de gasolina. Medio lleno. O medio vacío si pensaba con pesimismo, que tal vez fuera lo más sensato dada su precaria situación.

Tras un debate apresurado, decidieron pisar el acelerador a fondo para distanciarse al máximo de sus perseguidores. Luego se pondrían en manos de la corriente.

—No me gustaría parecer quisquillosa, profesor, pero ¿tiene idea de adónde conduce este río?

Chi negó con la cabeza.

—Este río ni siquiera aparece en el mapa. Supongo que nos dirigimos al sur. Lo digo porque, como usted bien señaló, hay pocos ríos en el norte.

—Dicen que los ríos siempre conducen a la civilización —dijo Gamay sin demasiada convicción.

—Sí, lo había oído antes. También había oído que el musgo crece en el lado norte de los árboles. Según mi experiencia, crece por todos los lados. ¿No fue usted niña exploradora?

—Prefería jugar con los niños. Mi actividad en el bosque, que recuerde, se limitaba a cortar palos para asar nubes de azúcar en la hoguera.

—Nunca se sabe cuándo puede uno necesitar esas cosas. En realidad, no tengo demasiadas ganas de encontrarme con la civilización si tiene forma de chicleros.

—¿Es una posibilidad?

—El grupo que nos perseguía llegó después de que nos metieran en la cueva. Eso significa que venían de algún campamento no lejano.

—O tal vez navegaban río arriba cuando tropezaron con sus colegas.

—En cualquier caso, creo que será mejor que nos preparemos para lo peor, o sea, el acoso de dos grupos enemigos.

Gamay levantó la vista hacia las manchas de cielo azul que empezaban a asomar por el follaje.

—¿Cree que el helicóptero trabajaba con la banda?

—Puede, aunque los chicleros son ladrones bastante rudimentarios. No se necesita un equipo sofisticado para desenterrar antigüedades y sacarlas del bosque. Como habrá podido comprobar por la facilidad con que escapamos del helicóptero, cuanto más sencillo sea el método, mejor.

—Nos acercamos a cielo abierto. Deberíamos pensar qué hacer si el helicóptero regresa. —Gamay apagó el motor—. Iremos a la deriva durante un rato. Puede que el

silencio nos inspire.

La travesía en bote resultaba casi idílica con el motor apagado. Por la espesa vegetación se colaban destellos de sol. Los elevados márgenes del río eran prueba de que se hallaban en un cauce en otros tiempos navegable que se había abierto camino por la piedra caliza a lo largo de los siglos. El río, como si fuera consciente de su avanzada edad, descendía a un ritmo lento pero regular, variando su anchura. Las aguas eran verdes y brillantes cuando el sol las acariciaba, grises si la sombra caía sobre ellas. La naturaleza perdió su encanto cuando el estómago de Gamay empezó a gruñir. Recordó que no habían comido nada desde el día anterior y Chi decidió hacer algo al respecto. Ordenó a Gamay que acercara el bote a la orilla y cortó con su machete un arbusto de bayas. El fruto era amargo pero nutritivo.

El zumbido de unos motores fuera borda puso fin a la idílica situación.

Las embarcaciones reaparecieron a unos doscientos metros de distancia. Gamay encendió el motor y apretó el acelerador.

Estaban en un tramo ancho del río que no daba lugar a supercherías. Los botes iban acortando distancias y muy pronto Gamay y Chi estarían a tiro. La distancia se redujo a un tercio, luego a la mitad. Gamay estaba desconcertada. Los chicleros no empuñaban sus armas. Parecían un grupo de turistas en un crucero.

—¡Doctora Gamay! —gritó en ese momento Chi.

Ella se volvió. El profesor estaba en la proa con la vista al frente. Se oía un ligero rumor a lo lejos.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó.

—¡Rápidos!

La barca empezó a ganar velocidad sin que Gamay tocara el acelerador. El aire se tornó más frío y húmedo. El rumor se convirtió en rugido y a través de la neblina que flotaba sobre el río apareció una espuma blanca y las puntas afiladas de unas rocas negras y brillantes. Gamay contempló el suelo plano de la barca y le asaltó la imagen de un abrelatas atravesando una lámina de aluminio. El río se había estrechado y las toneladas de agua que se agolpaban en el embudo habían transformado la tranquila corriente en un conducto rabioso.

Miró atrás. Los otros botes se habían detenido. Era evidente que sus perseguidores conocían la existencia de los rápidos. Por eso no les habían disparado, para no desperdiciar munición.

—¡Jamás conseguiremos pasar esas rocas! —Gritó Gamay por encima del rugido ensordecedor del agua—. Nos desviaremos a tierra y huiremos por el bosque.

Tiró del timón y la embarcación viró hacia la costa. Se hallaban a diez metros cuando el motor empezó a toser y se apagó. Gamay intentó encenderlo de nuevo, sin éxito. Giró rápidamente el tapón de la gasolina. El depósito estaba seco.

El profesor Chi trataba de guiar el bote con un remo, pero la fuerza de la corriente se lo arrebató. La embarcación empezó a dar vueltas. Gamay contempló impotente cómo el bote era arrastrado como una astilla hacia la espuma y los colmillos de las

rocas.

Fue idea de Trout regresar por el río. El piloto había señalado el marcador del combustible y la esfera de su reloj para indicar que les quedaba poca gasolina y tenían que volver.

La minuciosidad de Trout como científico le venía de su trabajo con su tío Henry, un habilidoso artesano que construía barcas de madera para los pescadores locales antes de que se pusieran de moda los cascos de plástico. «Mide dos veces, corta una vez», solía decirle Henry antes de dar otra calada a su pipa. En otras palabras, comprueba todo lo que hagas dos veces. Pasaron los años y Trout todavía era incapaz de iniciar una tarea informática complicada sin oír la voz susurrante de su tío al oído.

Así pues, fue una reacción natural sugerir que regresaran siguiendo el río, más lentamente esta vez, por si habían pasado algo por alto. Volaban a menos de cuarenta y cinco metros y se zambullían aún más cuando el río se ensanchaba. El JetRanger era un aparato sumamente manejable gracias a su diseño como helicóptero de observación ligero. No tardaron en llegar a los rápidos que habían visto en el primer trayecto.

Trout contempló el contraste entre el remolino de espuma y las aguas tranquilas en lo alto del rápido. Allí se estaba sucediendo una escena curiosa. Dos barcas pequeñas flotaban sobre la superficie tranquila del río mientras una tercera era arrastrada por la corriente. Alguien en la proa remaba frenéticamente, pero la fuerza de las aguas empujaban la embarcación hacia los rápidos. Trout atisbo un destello rojo en la popa.

¡Gamay!

Ese pelo era inconfundible, especialmente el tono orín que adquirirían algunos mechones con la luz del sol. Trout tampoco dudaba de lo que estaba a punto de ocurrir. El bote no tardaría en ganar velocidad y las rocas lo despedazarían.

—¡Dígale al piloto que los empuje corriente arriba con el aire de los rotores! — gritó Trout a Morales.

El sargento había observado la escena con fascinación. Ahora intentaba comunicar el mensaje de Trout al piloto, pero su comprensión del inglés no daba para tanto. Soltó algunas palabras en español hasta que, presa de la frustración, se encogió de hombros. Trout dio al piloto una palmada en el hombro y señaló el bote. Luego trazó un círculo con el dedo índice e hizo el gesto de empujar con una mano. Para sorpresa de Trout, el hombre captó de inmediato la idea. Asintiendo con la cabeza, planeó lentamente y se detuvo entre la barca y la cresta del rápido. Luego descendió hasta que el aire de los rotores azotó la superficie del río como una batidora gigante y creó una depresión en forma de plato.

Las olas empezaron a formar círculos concéntricos. La primera onda golpeó la barca, redujo su velocidad, la detuvo por completo y comenzó a desviarla hacia la

orilla. Las olas balanceaban la embarcación con demasiada fuerza, amenazando con volcarla. Trout vio lo que estaba ocurriendo desde la ventanilla. Gritó algo al piloto y apuntó con el dedo pulgar hacia arriba.

El helicóptero empezó a elevarse.

Demasiado tarde. Una ola alcanzó el bote y lo volcó. Los ocupantes desaparecieron bajo el agua. Trout aguardó a que las cabezas asomaran por la superficie, pero un sonido seco y un grito del piloto desviaron su atención. Se volvió y vio una telaraña de líneas rotas dibujada en el parabrisas. En el centro de la telaraña había un orificio. ¡Les estaban disparando! Probablemente la bala había pasado entre él y el piloto y atravesado el mamparo situado sobre la cabeza de Ruiz, que miraba el techo con los ojos salidos. El chiclero empezó a gritar en español pese a las advertencias de Morales de que cerrara la boca. Finalmente decidió dejarse de monsergas y le asestó un puñetazo en la mandíbula. El hombre perdió el conocimiento. Morales empuñó su pistola y disparó contra las barcas.

Un sonido seco atravesó el fuselaje, como si alguien hubiese golpeado el metal con un martillo. Trout estaba indeciso. Quería esperar a ver qué le había ocurrido a Gamay, pero por otro lado sabía que el helicóptero era un blanco fácil. El piloto decidió por él. Blasfemando en español, endureció la mandíbula y aceleró. El helicóptero fue derecho hacia las barcas como un misil. Incrédulos, los tripulantes permanecieron inmóviles hasta que la presión de los rotores los arrojó al agua. La corriente sacudió las embarcaciones como si fueran troncos de balsa. El piloto elevó rápidamente el aparato y giró para hacer un segundo pase. La maniobra era innecesaria. Las barcas estaban zozobrando. En el agua flotaban unas cabezas luchando en vano contra la corriente que las arrastraba hacia los rápidos.

El bote de Gamay ya había iniciado su viaje a través del infierno de espuma y Trout se estremeció al imaginar lo que hubiera podido ocurrirle. Todavía estaba preocupado por ella. No se la veía por ningún lado, ni tampoco a la otra figura, que supuso era el profesor Chi. El piloto hizo un par de círculos rápidos y volvió a señalar el indicador del combustible. Trout asintió con la cabeza. No había donde aterrizar. De mala gana, apuntó con el dedo pulgar hacia arriba y se alejaron del río.

Había estado tan ocupado concibiendo un plan que no reparó en el tiempo que llevaban en el aire hasta que el motor empezó a toser. El aparato perdió velocidad, la recuperó y el motor tosió de nuevo. El piloto jugó nerviosamente con los instrumentos y volvió a señalar el indicador del combustible. Vacío. Se inclinó hacia delante para buscar en el denso bosque un lugar donde aterrizar. El motor carraspeó hasta que se hizo el silencio. Un silencio aterrador. El motor se había parado por completo y el helicóptero empezó a caer del cielo como una piedra de granizo.

—No se mueva, doctora Gamay. —La voz suave y firme de Chi horadó la neblina.

Gamay levantó lentamente sus párpados pegajosos. Tenía la sensación de estar nadando en un mar de jalea verde. Poco a poco el relieve gelatinoso adquirió la forma de hojas y briznas de hierba. Gamay fue recuperando los sentidos. Después de la vista vino el gusto, un sabor amargo en la boca. Luego el tacto. Notó una masa viscosa en el cuero cabelludo, como si tuviera el cerebro abierto. Retiró la mano sobresaltada.

Notó la presión de unos dedos en el hombro.

—No se mueva o morirá. Barba amarilla nos está observando.

La voz de Chi era tranquila pero tensa. El brazo de Gamay se detuvo a medio camino. Estaba tumbada sobre su costado izquierdo. Chi se hallaba detrás, tan cerca que ella podía sentir su aliento en la oreja.

—No veo a nadie —dijo Gamay. Tenía la lengua espesa.

—Justamente delante de usted, a unos cuatro metros. Es siniestramente hermosa. No se mueva.

Sin atreverse siquiera a parpadear, Gamay barrió la hierba con la mirada hasta posarla en un bulto con unos triángulos negros dibujados en la superficie. El fondo verde oliva demarcaba la delgada espiral de una serpiente larguísima. El animal tenía la cabeza y el mentón levantados. Gamay estaba lo bastante cerca para poder ver las pupilas verticales y la lengua larga y negra que entraba y salía de la boca.

—¿Qué es? —preguntó, prevaleciendo el interés científico sobre el miedo.

—Una barba amarilla, y muy grande. Algunas personas la llaman mapanare.

¡Mapanare! Gamay sabía lo suficiente sobre serpientes para ser consciente de que estaba ante una asesina. Se le puso la piel de gallina.

—¿Qué hacemos? —susurró mientras la cabeza plana del animal se movía adelante y atrás como si siguiera el ritmo de una música silenciosa.

—Tranquilícese. No tardará en moverse para escapar de los rayos del sol, probablemente hacia esa parcela de sombra. Si viene hacia nosotros, quédese donde está y yo la distraeré.

Gamay estaba apoyada en un codo, posición que empezaba a resultarle dolorosa, y se preguntó cuánto tiempo podría permanecer así. Quería que la serpiente se moviera, pero no hacia ellos.

Al cabo de unos minutos el animal empezó a desenroscar el cuerpo. Era realmente larga, casi como un hombre. Se deslizó lentamente sobre la hierba hacia la sombra proyectada por un árbol pequeño y se instaló cerca del fiel machete de Chi, que estaba apoyado en el tronco.

—Se ha dormido. Ya puede sentarse, pero hágalo con sigilo.

El profesor, que estaba arrodillado, tiró la piedra que tenía en la mano.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí?

—Llegó media hora antes de que usted despertara. Generalmente las serpientes se retiran si se les da la oportunidad, pero con Barba Amarilla nunca se sabe. Y si la despierta puede ser bastante agresiva. Que se quede con mi machete si quiere. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, pero alguien ha estado jugando a fútbol con mi cabeza. ¿Qué es esta masa blanda que tengo en el pelo?

—Una cataplasma de hierbas medicinales. La farmacia estaba cerrada.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —Gamay se frotó el brazo para restaurar la circulación sanguínea.

—Unas cuantas horas. Ha ido echando cabezadas. El sabor amargo de la boca es un reconstituyente a base de raíces. Se dio un golpe muy feo con una roca cuando la barca volcó.

A Gamay le asaltó el vago recuerdo de unas aguas blancas.

—¡Los rápidos! ¿Por qué no estamos muertos?

Chi señaló el cielo.

—¿No lo recuerda?

El helicóptero. Las imágenes se agolpaban como piezas de un rompecabezas revueltas. Ella y el profesor estaban en la barca sin gasolina. La corriente los empujaba hacia las rocas. Luego, el rugido del agua fue engullido por un ruido aún más ensordecedor. El helicóptero blanco y rojo que habían visto al principio volaba en círculos sobre el río.

Gamay recordaba haber pensado que iban a morir, con los chicleros detrás, los rápidos delante y el helicóptero encima. Entonces el aparato bajó cual valquiria y quedó suspendido sobre el agua entre la barca y la cascada. La ventisca producida por los rotores horadó el río creando olas que alejaban la barca de la corriente y la empujaban hacia la orilla. El aire, no obstante, era tan fuerte que el bote empezó a balancearse violentamente. Con la orilla a apenas unos metros, la embarcación volcó.

Gamay salió despedida como el proyectil de una catapulta. Luego ¡bang! Su cabeza golpeó algo duro. La vista se le emborronó y los dientes hicieron un ruido sordo. Un relámpago blanco. Luego, una oscuridad gloriosa.

—El helicóptero nos salvó —dijo.

—Eso parece. Se encontraría mejor si no hubiese intentado partir una roca con la cabeza. Fue un golpe oblicuo, pero lo bastante fuerte para dejarla sin conocimiento. La llevé hasta la orilla y luego la traje hasta estos arbustos. Recogí raíces y hojas para hacer la cataplasma. Durmió intermitentemente durante la noche y creo que tuvo sueños extraños. El tónico que le di es algo alucinógeno.

Gamay recordaba uno de los sueños. Paul estaba en las alturas gritando su nombre. Las palabras aparecieron en el bocadillo de un cómic antes de esfumarse.

—Gracias por todo —dijo Gamay mientras se preguntaba cómo el diminuto y maduro profesor había podido cargar con ella hasta aquí—. ¿Qué hay de los hombres

que nos perseguían?

El profesor sacudió la cabeza.

—Apenas les presté atención. Estaba demasiado ocupado tratando de salvarnos. Creo que oí algunos tiros. Luego cayó el silencio. A lo mejor piensan que estamos muertos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo mismo me estaba preguntando cuando nuestra escamosa amiga llegó. Depende de lo que dure su siesta. Me gustaría recuperar el machete. En esta región podría significar la diferencia entre la vida y la muerte. Descanse un rato. Si Barba Amarilla no se despierta, concebiremos otro plan. Encontré un sendero, probablemente el que utilizan los chicleros para evitar los rápidos. Podemos explorarlo más tarde. Entretanto, deberíamos alejarnos un poco del animalillo, no vaya a ser que despierte de mal humor.

Gamay estuvo de acuerdo y el profesor la ayudó a ponerse en pie. Las piernas le temblaban y se sentía como un potro recién nacido. Miró a su alrededor y vio que estaban en un pequeño claro rodeado de árboles y arbustos. Se trasladaron al otro extremo. Una vez allí Chi retiró la cataplasma de la cabeza de Gamay y declaró que las magulladuras y heridas estaban prácticamente curadas. Luego se fue a recoger bayas para llenar sus estómagos mientras esperaban a que la serpiente terminara su siesta. Todavía cansada, Gamay se tumbó sobre la hierba y cerró los ojos. Instantes después los abrió sobresaltada. Había oído el crujido de una rama. Chi nunca sería tan ruidoso.

Se sentó y vio al profesor en el otro lado del claro con una rama repleta de bayas en la mano. Detrás estaba el chiclero Pancho. Su aspecto no tenía nada que ver con la figura que había ordenado su reclusión en la cueva. El cabello parecía un nido de quebrantahuesos y tenía la ropa sucia y desgarrada. Por entre los jirones asomaba una panza grande y blanquecina, y la expresión, antes burlona, era ahora de rabia. La pistola, sin embargo, era la misma que había empuñado en su primer encuentro, y apuntaba hacia la espalda del profesor.

El hombre dejó en el suelo el paquete que portaba y gruñó algo en español. El profesor se colocó al lado de Gamay. El cañón del arma iba de uno a otro.

—Quiere que le diga que va a matarnos para vengar a sus hombres —explicó Chi—. Primero me matará a mí, y luego se divertirá con usted sobre mi cadáver.

—¿Qué les pasa a esos tipos? —Espetó Gamay—. No se ofenda, profesor, pero se diría que sus compatriotas tienen el cerebro entre las piernas.

Una sonrisa se esbozó en la cara de Pancho. Gamay sonrió coquetamente, simulando que le agradaba la proposición. Tal vez pudiera ganar un poco de tiempo para el profesor y acercarse lo bastante a ese cerdo a fin de dañarle seriamente la libido. Chi, que estaba un poco adelantado con respecto a ella, clavó la mirada en el machete y se inclinó como si fuera a salir disparado hacia él. Gamay conocía lo bastante bien a Chi para saber que su movimiento era deliberadamente torpe y tuvo la

impresión de que quería atraer la atención de Pancho.

La táctica funcionó. Pancho siguió la mirada de Chi hasta el machete y su boca esbozó una sonrisa amplia y dentona. Sin apartar los ojos y la pistola del profesor, caminó de lado hasta el árbol y se agachó para coger el machete.

El suelo estalló en una nube de triángulos negros.

Alertada por las pisadas, la serpiente se había preparado para el ataque. Clavó sus largos colmillos en el cuello del hombre.

Pancho le disparó hasta convertirla en una masa rojiverde. Luego se tocó el mordisco. Estaba junto a la arteria carótida. Sus ojos se abrieron como platos y miraron horrorizados a Chi y Gamay. De su boca escapó un grito quedo. Después cayó al suelo.

Evitando los colmillos que apuntaban al aire, Chi se acercó al chiclero. Gamay oyó otro disparo y cuando el profesor reapareció, la pistola que empuñaba echaba humo. Al ver la expresión de asco de su colega, Chi se acercó y le tomó la mano. Sus ojos pétreos eran ahora amables, casi paternales.

—El chiclero se quitó la vida —explicó—. Sabía que la muerte por mordisco de una barba amarilla es muy dolorosa. El veneno destruye los glóbulos rojos y rompe los vasos sanguíneos. La boca y la garganta sangran, el cuerpo se hincha y sufre vómitos y espasmos. Ya sólo con el mordisco del cuello la agonía habría durado una o dos horas. Antes de lamentarlo demasiado, recuerde que ese hombre quería dejarnos morir en la cueva e intentó matarnos en el río.

Gamay asintió con la cabeza. Chi tenía razón. La muerte del chiclero era lamentable pero él se la había buscado. ¡Qué hombre tan extraordinario el profesor! No entendía cómo los españoles habían podido conquistar a los mayas. El instinto de supervivencia la devolvió a la realidad.

—Deberíamos ponernos en camino —dijo, mirando alrededor—. Puede que alguien haya oído los disparos.

Chi recogió el machete y el paquete de Pancho.

—El río es nuestra única oportunidad. Aunque supiéramos dónde estamos, sería arriesgado hacer el trayecto por tierra. —Contempló el cuerpo sangrante de la serpiente—. Como ha podido comprobar, en el bosque hay criaturas más mortales que los chicleros.

—Usted primero —dijo Gamay sin discutir.

Caminaron a través de la espesura guiándose por la brújula interna de Chi hasta desembocar en un camino de un metro de ancho tan trillado que podía verse la piedra caliza.

—Es el camino del que le hablé.

—¿Si lo seguimos no nos estaremos arriesgando a tropezar con alguien?

—No lo sé. Recuerde lo que Pancho dijo sobre vengar a sus hombres. Yo iré delante. Si le hago señales, abandone rápidamente el sendero.

Reanudaron la marcha. El camino transcurría más o menos paralelo al río, cuyos

destellos podían verse a través de los árboles. Gamay caminaba detrás del profesor. De repente éste se detuvo y le indicó que se acercara. Luego desapareció detrás de una curva. Cuando Gamay le dio alcance el profesor se hallaba en una pequeña playa de arena. Tres barcas idénticas a la que habían perdido descansaban bajo una estructura de troncos y hojas de palma para que no pudieran ser vistas desde el aire y el río. Las aguas habían recobrado la calma.

—Mi opinión es que mantienen barcas a ambos lados de los rápidos, a los que evitan transportando la mercancía por ese sendero —dijo Chi.

Gamay apenas le prestaba atención. Estaba examinando los rescoldos apagados de una hoguera. Entonces reparó en una plataforma construida sobre unos pilotes. Encima de la plataforma se hallaba una suerte de cabaña de techo plano. Abrió la puerta e introdujo la cabeza. Había varios depósitos de gasolina y una nevera metálica. Descorrió la tapa.

—Profesor Chi —gritó—, he encontrado algo importante.

El hombrecillo corrió hasta la cabaña y cuando vio la lata azul que su colega sostenía en la mano esbozó la sonrisa más amplia que Gamay había visto hasta ahora.

—Cerdo en conserva —susurró con respeto.

Había algo más que cerdo en la nevera. Había zumos, agua embotellada y tortas de maíz. Latas de verduras, de sardinas y de ternera. En el cobertizo también había linternas y herramientas. Las cerillas a prueba de agua constituían una bendición, como el hornillo portátil. Y el jabón. Tras tomar posiciones en diferentes secciones de la orilla, Chi y Gamay se lavaron el cuerpo y las ropas, que se secaron al sol en un santiamén.

Después del baño y de una comida a base de picadillo de carne y huevos, Chi exploró la zona mientras Gamay reunía víveres. Cargaron una barca y hundieron las otras bajo las piedras del río. Tras hacerse con el motor que funcionaba mejor, escondieron los otros dos en el bosque, subieron a la barca y navegaron utilizando la potencia justa para mantenerse por delante de la corriente.

Apenas habían recorrido un kilómetro cuando el río viró bruscamente a la derecha. Atrapados en un amasijo de ramas y troncos había dos botes de aluminio con los cascos desgarrados. Entre ellos estaban los cadáveres putrefactos de varios hombres asándose bajo el implacable sol.

Chi murmuró una oración en español.

—Supongo que ése habría sido nuestro sino si hubiésemos caído por los rápidos —dijo Gamay llevándose una mano a la nariz.

—Cuando los vimos por última vez se hallaban lejos de los rápidos.

—Es cierto. —Gamay sacudió la cabeza—. Algo debió de ocurrir cuando nuestra barca volcó.

Se acordó de *El corazón de las tinieblas* de Conrad, la escena en que Kurtz, el hombre civilizado convertido en salvaje, susurra en su lecho de muerte: «El horror... el horror...».

Con esas palabras resonando en su cabeza, Gamay dirigió la embarcación corriente abajo y apretó el acelerador. Quería poner tantos kilómetros como fuera posible entre ellos y este lugar de muerte antes del anochecer aun cuando ignorara qué otros horrores podían aguardarle más adelante.

Washington, DC

Cuando Perlmutter telefoneó para preguntar si podían verse para almorzar en lugar de cenar, la alegría de Austin fue doble. Por un lado, que el fornido archivista estuviera dispuesto a aceptar un simple almuerzo en Kinhead's, un restaurante popular de la avenida Pennsylvania, significaba que sus indagaciones habían dado fruto. Por otro, un almuerzo suponría un perjuicio menor para el bolsillo de Austin que una cena de seis platos. O eso creyó hasta que Perlmutter eligió un burdeos de 1982 y empezó a pedir platos de la carta como si fueran canapés.

—No quiero que sientas que te estás aprovechando de mí por invitarme a un almuerzo en lugar de una cena —dijo Perlmutter.

—Por supuesto —replicó Austin al tiempo que se preguntaba cómo iba a colar la cuenta de la comilona de Perlmutter a los contables de la NUMA. Suspiró aliviado cuando Perlmutter cerró la carta.

—Estupendo. Pues bien, después de hablar contigo por teléfono llamé a mi amigo Juan Ortega. Don Ortega, que vive en Sevilla, es uno de los principales expertos en Colón, y como parecías tener un poco de prisa pensé que podría facilitarme un atajo para salvar las toneladas de información disponible sobre el tema.

—Te lo agradezco, Julien. He leído los libros de Ortega. Muy interesantes. ¿Te ayudó en algo?

—Sí y no. Aunque aclaró algunos interrogantes, planteó otros. —Perlmutter entregó a Austin el documento que Ortega le había enviado por fax—. Léelo cuando puedas. Entretanto, te resumiré mi conversación con don Ortega y lo que dicen esos papeles.

Perlmutter procedió a hablar de sus averiguaciones.

—Un quinto viaje —musitó Austin—. Si eso fuera cierto sería necesario poner al día los libros de historia. ¿Crees que la carta es falsa?

Perlmutter ladeó la cabeza pensativamente y apoyó el dedo índice sobre su carnosa mejilla.

—Aunque la he leído varias veces, todavía no puedo darte una respuesta definitiva, Kurt. Si se trata de una falsificación, es muy buena. La he comparado con escritos auténticos de Colón y Las Casas. El estilo, la sintaxis y la caligrafía coinciden.

—Además, como bien dijiste, ¿quién iba a molestarse en robar un documento falso?

—Exacto.

El camarero llegó con el vino. Perlmutter alzó la copa, removi6 el contenido,

aspiró el buqué y bebió. Luego cerró los ojos.

—Excelente, como era de esperar —dijo con una sonrisa de felicidad—. Un año histórico.

Austin probó el vino.

—Estoy de acuerdo contigo, Julien. —Dejó la copa sobre la mesa—. Dices que en la carta Colón se muestra arrepentido por la «muerte de los cinco». ¿A qué crees que se refería?

Los ojos azules de Perlmutter bailaban de placer.

—Me sorprende que hayas tardado tanto en preguntármelo. Escarbé en mi biblioteca y tropecé con una extraña historia de Garcilaso de la Vega. Asegura que siete años antes de que Colón iniciara su primer viaje histórico un barco español se vio atrapado en una tempestad cerca de las islas Canarias y arribó a una isla del Caribe. De los diecisiete hombres que integraban la tripulación sobrevivieron cinco. Repararon la nave y regresaron a España. Colón oyó hablar de la aventura y les invitó a su casa, donde fueron agasajados copiosamente. A medida que transcurría la noche los tripulantes fueron desvelando los detalles de su viaje.

—No me extraña. A los marineros les encanta intercambiar historias incluso sin necesidad de que unos vasos de vino les suelten la lengua.

Perlmutter se inclinó hacia adelante.

—Se trataba de algo más que un banquete. Era una operación cuidadosamente planeada para sacarles información. Esos sencillos marineros ignoraban que poseían unos conocimientos de incalculable valor. Colón estaba intentando esos días organizar una expedición y encontrar fondos para financiarla. De repente contaba con el testimonio y los conocimientos marítimos de unos testigos que podían abrirle la puerta a increíbles riquezas. Esos marineros podían facilitarle información sobre las corrientes, la dirección del viento, las lecturas de la brújula, la latitud y la duración de la travesía. Puede que hasta hubiesen visto a los nativos luciendo adornos de oro. Piensa en lo que eso significaba. Su experiencia no sólo indicaba que era posible navegar hasta China o India, que era lo que Colón pensaba que iba a hacer, sino que mostraba cómo ir y volver. Colón tenía la intención de reclamar nuevas tierras para España. Estaba convencido de que encontraría oro y, como mínimo, conocería al gran kan y abriría un comercio privado de especias y otros productos de valor. Conocía la fama y la fortuna de Marco Polo y creía que a él le iría aún mejor.

—No se diferencia del espionaje industrial de hoy día —comentó Austin—. En lugar de utilizar sobornos, micrófonos y prostitutas para recoger información de la competencia, Colón soltaba la lengua de los marineros con comida y bebida.

—Puede que utilizara algo más que eso.

Austin levantó una ceja.

—Los cinco hombres murieron después de la cena —dijo Perlmutter.

—¿De indigestión?

—He estado en algunas comidas que casi acaban conmigo, pero Garcilaso tenía

su propia opinión. Insinuó que habían sido envenenados, si bien no podía decirlo alto y claro porque Colón poseía contactos poderosos. Con todo, se sabe que tenía un mapa de las Indias durante su primer viaje. —Perlmutter bebió un sorbo de vino e hizo una pausa para añadir dramatismo—. ¿Es posible que ese mapa se basara en lo que le habían contado los desafortunados marineros?

—Lo es, pero según la carta Colón desaprobaba esas muertes.

—Cierto. Culpaba de ellas a una hermandad llamada Los Hermanos.

—¿No tenía Colón un hermano?

—Sí, Bartolomé. Pero Colón utilizó la palabra en plural.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón. Concedamos a Cris el beneficio de la duda. Invita a esos tipos a su casa para sacarles información y Los Hermanos se aseguran de que no cuenten a nadie más lo que han visto. Tal vez Colón fuera un timador pero no un asesino. El incidente le persigue.

—Un escenario plausible.

—¿Tienes idea de qué clase de hermandad era ésa, Julien?

—No. Buscaré en mis libros después del almuerzo.

—Hablando del... ah, la sopa de pescado tailandesa. —Perlmutter había dividido el primer plato.

—Yo, entretanto, preguntaré a Yaeger si tiene algo sobre ellos en sus archivos.

—Espléndido. Y ahora soy yo quien tiene una pregunta que hacerte. Tus conocimientos sobre el mar son más prácticos que históricos. ¿Qué piensas sobre la piedra parlante que menciona Colón, esa torleta de los antiguos descrita en la carta?

—Las técnicas de navegación antiguas siempre me han fascinado —dijo Austin—. Creo que su evolución constituye un enorme salto intelectual para la humanidad. Nuestros antepasados tenían que basarse en conceptos abstractos como el tiempo, el espacio y la distancia para abordar el problema de desplazarse de un lugar a otro. Me encanta la idea de apretar un botón y que una señal de satélite me indique exactamente dónde estoy, pero creo que confiamos demasiado en los instrumentos electrónicos. Pueden estropearse, y debido a ellos tendemos menos a entender el orden natural de las cosas, el movimiento de las estrellas y el Sol, los caprichos del mar.

—En ese caso, dejemos los instrumentos electrónicos a un lado —dijo Perlmutter— y ponte en el lugar de Colón. ¿Cómo utilizarías tu torleta?

Austin meditó la pregunta.

—Remontémonos a su anterior viaje. Me hallo varado en una isla donde alguien me lleva a una tabla de piedra que contiene unas inscripciones extrañas. Los lugareños me dicen que es la clave de un gran tesoro. Me la llevo a España pero no encuentro a nadie que consiga descifrarla. Sólo se sabe que es muy antigua. Decido mirarla con ojos de marinero. Las marcas se parecen al tablero trazador que he utilizado toda mi vida de navegante. Es demasiado pesada para llevarla encima, de modo que hago copias de las inscripciones y levo anclas. Con todo, existe un

problema.

—¿Qué problema, Kurt?

—Es difícil de decir sin saber qué aspecto tiene exactamente la torleta, pero te describiré una situación hipotética. Supongamos que soy un marinero de los tiempos de Colón y alguien me da una carta de navegación. Las representaciones geográficas me ayudarán a orientarme, pero las coordenadas de navegación de largo alcance no tendrán sentido para mí. No sabría nada de señales electrónicas enviadas por estaciones costeras ni de receptores que pudieran traducir las señales en posiciones precisas. Una vez que me hallara en el agua, sin tierra a la vista, tendría que recurrir a los métodos tradicionales.

—Un análisis muy lúcido. Me estás diciendo que una vez que Colón se encontró en el mar, se dio cuenta de que la torleta de los antiguos no podía ayudarle.

—Eso creo. Los libros de Ortega dicen que Colón no tenía demasiada fe en los instrumentos de navegación de sus tiempos, pero puede que, sencillamente, no supiera utilizarlos. Era un marinero a estima de la antigua escuela y eso le bastó en su primer viaje. En su último viaje, no obstante, sabía que tenía que ser preciso, de modo que contrató a alguien que supiera utilizar dichos instrumentos.

—Interesante, teniendo en cuenta que el último pasaje de la carta fue escrito por el piloto auxiliar de la *Niña*.

—Ahí lo tienes —dijo Austin—. Es lo mismo que contratar a un especialista para un trabajo hoy día. Ahora me toca a mí preguntar. ¿Qué crees que le pasó a la piedra?

—Llamé a don Ortega y le pedí que le siguiera la pista. Cree que formaba parte de la herencia que Luis Colón vendió para poder mantener su degenerado estilo de vida. Ortega se pondrá en contacto con museos y universidades de España, y si no obtiene nada extenderá sus indagaciones a países vecinos.

Austin estaba pensando en el Colón marinero, en cómo había recuperado la *Niña*, la esforzada nave que le había servido tan bien en otros viajes. Puede que una *Niña* moderna pudiera llevarles a la solución del misterio.

—La tabla procedía de este lado del Atlántico —observó Austin—. Después de comer telefonearé a la doctora Kirov, una amiga arqueóloga, para preguntarle si alguna vez ha oído hablar de un aparato así. —Sonrió—. ¿No te parece extraño? Estamos buscando pistas de asesinos contemporáneos en acontecimientos que probablemente ocurrieron hace siglos.

—No tanto. En mi opinión el pasado y el presente son lo mismo. Guerras, hambrunas, maremotos, revoluciones, plagas, genocidios, se repiten una y otra vez. Únicamente cambian las caras. Pero ya basta de consideraciones morbosas. Abordemos temas más atractivos —dijo Perlmutter con el rostro iluminado—. Ahí se acerca otro plato.

San Antonio, Texas

Mientras Austin disfrutaba de su refinado almuerzo, Joe Zavala se hallaba a dos mil quinientos kilómetros de distancia, mordiendo un bollo en una cafetería del Paseo de la Ribera o Riverwalk, el pintoresco barrió turístico a orillas del río San Antonio. Tras consultar su reloj, apuró el café y se dirigió al distrito comercial. Una vez allí entró en el vestíbulo de un elevado edificio de oficinas.

Zavala había hecho el equipaje una vez terminada la reunión en su casa y volado en un avión de las fuerzas aéreas hasta la base de Lackland, en Texas, donde tomó el taxi que le llevó a un hotel céntrico de la ciudad. Yaeger podía hacer maravillas con sus bebés informáticos, pero hasta él mismo reconocía que TimeQuest era un hueso duro de roer. A veces el ojo y el cerebro humanos, con su capacidad para captar y analizar matices, resultaban mucho más eficaces que las máquinas más sofisticadas.

Zavala buscó TimeQuest en el largo directorio. Poco después tomaba el ascensor y salía a un espacioso vestíbulo de paredes cubiertas con enormes fotografías de color sepia sobre maravillas arqueológicas del mundo. Exactamente delante de una foto de la Gran Pirámide había una mesa de esmalte y acero cuya modernidad contrastaba con la imagen. Y más contrastaba aún la joven morena que la ocupaba.

Zavala se presentó y tendió una tarjeta impresa esa misma mañana en Kinko's.

—Ah, sí, el señor Zavala, el escritor de guías de viaje —dijo la recepcionista—. Nos llamó ayer. —Consultó la agenda, pulsó un botón del teléfono y murmuró un mensaje—. La señora Harper le recibirá enseguida. Tiene suerte de haber conseguido una cita sin apenas previo aviso. No habría podido dársela si no hubiese tenido una cancelación.

—Se lo agradezco de veras. Habría llamado antes, pero ha sido una cosa de último minuto. He venido para escribir sobre la vida nocturna de San Antonio y pensé que podría añadir otro artículo a la guía.

La joven sonrió.

—Pase por aquí después de hablar con la señora Harper y tal vez pueda sugerirle algunos locales de moda.

La recepcionista era joven y atractiva, y Zavala se habría llevado un chasco si no hubiese estado al tanto de la vida nocturna de la ciudad.

—Muchas gracias —dijo, haciendo acopio de todo su encanto—. Será de gran ayuda.

La directora de relaciones públicas de TimeQuest era una mujer atractiva y elegante que aparentaba unos cuarenta y cinco años. Phyllis Harper estrechó la mano de Zavala con firmeza y le condujo por pasillos enmoquetados hasta un despacho

provisto de grandes ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad y la Torre de las Américas. Tomaron asiento a ambos lados de una mesita de café.

—Le agradezco su interés por TimeQuest, señor Zavala. Disculpe que sólo pueda dedicarle unos minutos. Melody le habrá dicho que hubo una cancelación.

—En efecto. Gracias por dedicarme su tiempo. Debe de ser una mujer muy ocupada.

—Tengo quince minutos antes de mi reunión con el director ejecutivo. —La mujer puso los ojos en blanco—. Es un maniático de la puntualidad. Quizá sea mejor que le hable durante diez minutos y dejemos cinco para las preguntas. El folleto sobre la organización es bastante exhaustivo.

Zavala extrajo del bolsillo de su chaqueta una grabadora pequeña y un bloc de notas que había comprado esa misma mañana.

—Me parece justo. Adelante.

La radiante sonrisa de la señora Harper le recordó que una mujer madura con clase podía ser mucho más atractiva que una belleza joven e informe como Melody, la recepcionista.

—TimeQuest es una organización no lucrativa que persigue diversos objetivos. Deseamos contribuir a que la gente comprenda el presente y se prepare para el futuro mediante el estudio del pasado. Somos educativos, pues favorecemos el conocimiento de nuestro mundo, particularmente a través de programas en las escuelas y de trabajos sobre el terreno. Damos a la gente de a pie la oportunidad de disfrutar de unas vacaciones poco corrientes. Muchos de nuestros voluntarios son personas jubiladas, de modo que para ellos nosotros somos quienes hacemos realidad el sueño de su vida.

Se detuvo para respirar y prosiguió:

—Por otro lado, apoyamos numerosas expediciones arqueológicas, culturales y antropológicas. Tenemos fama de generosos —añadió con su agradable sonrisa—. Las universidades siempre nos piden fondos y a nosotros nos complace concederlos. Utilizamos el dinero que pagan los voluntarios, de modo que muchas de estas expediciones se autofinancian. Proporcionamos expertos o ayudamos a pagarlos. Hemos costeadado expediciones por todo el planeta. A cambio sólo pedimos que se nos informe de los hallazgos importantes antes que a nadie. La mayoría de la gente lo ve como una exigencia nimia en comparación con lo que obtienen. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo nació la organización?

La mujer señaló el techo.

—Somos una filial no lucrativa de la compañía que ocupa las seis plantas siguientes.

—¿Cómo se llama?

—Halcón Industries.

Halcón. Palabra española. Ave rapaz. Zavala sacudió la cabeza.

—No la conozco.

—Es una empresa con muchas divisiones. Nosotros somos una de ellas. La mayoría de sus ingresos provienen de una variada cartera que comprende principalmente minas, pero también barcos, ganado, aceite y mohair.

—Ciertamente variada. ¿Es una sociedad anónima?

—No. Pertenece por entero al señor Halcón.

—Existe una gran diferencia entre cavar minas y cavar tumbas antiguas — comentó Zavala.

—Parece una yuxtaposición extraña, pero en realidad no lo es. La Fundación Ford ha financiado proyectos esotéricos que no tienen nada que ver con la fabricación de coches. El señor Halcón es aficionado a la arqueología, según me han dicho. Le habría gustado ser un experto en la materia, pero al parecer se le daba mejor el mundo industrial.

Zavala asintió.

—Halcón parece una persona interesante. ¿Es posible entrevistarle pidiendo una cita con antelación?

—Lo tendría más fácil con el presidente. —Otra sonrisa radiante—. No se lo tome a mal, pero lo cierto es que el señor Halcón es un hombre muy reservado.

—Comprendo.

La señora Harper consultó la hora.

—Me temo que debo dejarle. —Deslizó una gruesa carpeta sobre la mesa—. Es nuestro folleto. Léalo y, si tiene más preguntas, llámeme. Será un placer ponerle en contacto con voluntarios que puedan relatarle sus experiencias de primera mano.

—Eso sería estupendo. Puede que algún día me apunte a una expedición. No son peligrosas, ¿verdad?

La mujer clavó en Zavala una mirada extraña.

—TimeQuest está orgullosa de su índice de seguridad. Hasta en los lugares más remotos la seguridad es nuestro objetivo primordial. Recuerde que mucha gente jubilada participa en nuestros programas. —Hizo una pausa—. Eso en cuanto a las expediciones que organizamos. Las que financiamos parcialmente son independientes. Pero, con todo, nuestro índice de seguridad es muy alto. Estará más seguro en nuestras expediciones que cruzando la calle en San Antonio.

—Lo tendré en cuenta —dijo Zavala mientras se preguntaba si la señora Harper era realmente consciente de lo que ocurría en su organización.

—En la carpeta hay un calendario de los programas previstos para el próximo año. Si le interesa alguno, llámeme.

Lo acompañó hasta el vestíbulo, le estrechó la mano y se marchó por el pasillo.

—¿Cómo fue la entrevista? —preguntó Melody con una sonrisa.

—Breve. —Zavala miró a la mujer que se alejaba—. Me recuerda a ese viejo anuncio de televisión donde el tipo hablaba como una cotorra.

Melody ladeó coquetamente la cabeza.

—Siempre le quedan los locales nocturnos.

—Gracias por recordármelo. Estoy buscando lugares realmente originales frecuentados por la juventud más moderna. Si no tiene otros planes, me gustaría invitarla a almorzar para hablar de la vida nocturna de esta ciudad.

—Hay un restaurante estupendo no lejos de aquí. Ecléctico y muy popular. Podríamos vernos allí a mediodía.

Zavala anotó la dirección y subió al ascensor. Una vez en planta baja, se acercó de nuevo al directorio y anotó en su libreta las subdivisiones de Halcón Industries. Había ocho en total, concentradas, básicamente, en la minería y los barcos. Llegó con el ascensor a una planta por encima de TimeQuest y salió a un vestíbulo amplio con recepcionista y cuadros de barcos. Halcón Naviera. Dijo a la recepcionista que se había equivocado de planta y regresó al ascensor.

Llevó a cabo el mismo ritual con las demás compañías. Todos los despachos guardaban un estilo parecido salvo por los cuadros. Las recepcionistas eran todas jóvenes y atractivas. Pulsó el botón de la última planta de Halcón, pero el ascensor pasó de largo. Cuando salió estaba en la recepción de un despacho de abogados.

—Perdone —dijo a la secretaria, una mujer de aspecto eficiente—. He pulsado el botón de la planta inferior y me ha traído hasta aquí.

—Suele ocurrir. Los despachos que hay justo debajo de nosotros son para los ejecutivos de Halcón. Necesita un código especial para hacer que el ascensor se detenga en esa planta.

—En fin, si alguna vez necesito asesoramiento legal, ya sé adónde dirigirme.

Zavala regresó al vestíbulo de la planta baja con la esperanza de no haber despertado las sospechas del personal de seguridad con sus idas y venidas. Tras la destrucción del edificio federal de Oklahoma City no era prudente que a uno le vieran merodeando por un edificio de oficinas. Salió a la calle y detuvo un taxi, y luego otro para asegurarse de que no le seguían. Después mató el tiempo en una librería hasta que llegó la hora de reunirse con Melody.

El restaurante se llamaba Bomb Shelter y estaba decorado al estilo de los cincuenta. Se sentaron en una mesa con asientos de un DeSoto 1957 descapotable. Melody era una chica de Texas, nacida y criada en Fort Worth, y llevaba un año trabajando para TimeQuest.

—La señora Harper me habló del gran hombre, el señor Halcón —dijo Zavala durante el almuerzo—. ¿Le conoces?

—Personalmente no, pero le veo cada día. Siempre me quedo en la oficina una hora más para estudiar. Estoy haciendo un curso de derecho. —Melody sonrió—. No quiero ser recepcionista toda la vida. El señor Halcón también se queda un rato más y salimos al mismo tiempo. Él baja en su ascensor privado y en el garaje lo recoge una limusina.

La muchacha sabía que Halcón vivía fuera de la ciudad, pero eso era todo.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Zavala.

—Moreno, delgado, rico. Siniestramente atractivo. —Sonrió—. Tal vez sea la luz

del garaje.

Melody era inteligente e ingeniosa, y Zavala se sintió como un canalla cuando anotó su número de teléfono para verse esa noche y recorrer los locales nocturnos. Se dijo que al llegar a Washington la llamaría para disculparse. Después del almuerzo encontró una biblioteca y utilizó Internet para leer información sobre las compañías de Halcón Industries. Lo que averiguó coincidía bastante con la breve descripción de la señora Harper. Luego fue a una casa de alquiler de coches, donde alquiló un vehículo corriente, de tamaño medio, y cogió un folleto turístico del Álamo. Le iría bien empaparse de un poco de historia de Texas mientras esperaba su cita con el misterioso señor Halcón.

Cambridge, Massachusetts

Nina Kirov sonrió mientras colgaba el teléfono y pensaba en lo interesante que se había tornado su vida desde que conocía a Kurt Austin. Cuando el hombre de pelo plateado y ojos extraordinarios no tiraba de ella en el mar marroquí o la metía en una operación falsa en Arizona, le salía con las peticiones más extrañas. Como ésta. Averigua lo que puedas de un artefacto «probablemente» hecho de piedra, extraído «quizá» de Jamaica por Colón en una de sus expediciones, que «tal vez» sirviera como instrumento de navegación y que todavía «podría» estar en España.

Espera a que Doc lo oiga, pensó mientras marcaba un número de teléfono. Doc era el doctor J. Linus Orville, profesor de Harvard con un montón de títulos a la espalda. Orville tenía su despacho al otro lado de los muros cubiertos de enredaderas del Museo Peabody de Harvard. Gozaba de fama internacional como etnólogo especializado en la cultura mesoamericana. Entre los académicos de Cambridge era conocido por su talento y por su fama de profesor algo chiflado.

Pasearse por Harvard Square montado en una vieja Harley Davidson no era algo que hicieran todos los profesores numerarios. Años atrás Orville se había hecho famoso por hipnotizar a personas abducidas y anunciar públicamente que creía que habían sido raptados por extraterrestres. Su número de teléfono fue a parar a todas las agendas de todos los periodistas sensacionalistas de la ciudad. Cada vez que necesitaban alguna ocurrencia sobre cualquier tema relacionado con el universo, en especial fenómenos fantásticos, podían contar con el bueno del profesor.

Doc mantenía sus intereses esotéricos separados de su especialidad académica. Jamás se le oía decir que los templos aztecas fueron construidos por refugiados procedentes de la Atlántida o Mu. Los eruditos de Harvard toleraban sus extravagancias —cada universidad tiene su chiflado—, pero había que reconocer que las credenciales de Doc no tenían tacha. Quienes habían observado que el brillo de sus ojos no era de locura sino de diversión, aseguraban que Doc concebía sus excentricidades para conocer mujeres y para que le invitaran a las fiestas que merecían la pena.

Para cuando conoció a Nina en una de esas fiestas ya había dejado atrás su etapa ufóloga. Orville, que había estado espiándola desde el otro lado del salón, apartó a un lado a la atractiva estudiante con la que estaba hablando y fue directo hacia ella. Nina no le conocía personalmente, pero reconoció su melena pelirroja y ese peinado que los estudiantes llamaban «retro Einstein». Orville enseguida se puso a hablar de su última pasión: las vidas pasadas.

Nina, tras escucharle con atención, preguntó:

—¿Por qué toda la gente que ha tenido vidas pasadas ha sido rey o reina cuando la mayoría de las personas eran campesinos llenos de piojos que luchaban por ganarse la vida arando barro?

—¡Ajá! —exclamó el profesor regocijado—. Una mujer peligrosa. Una pensadora. La respuesta es muy sencilla. Esas personas eligieron el cuerpo que iban a habitar en su nueva vida. ¿Qué opina de eso?

—Creo que son tonterías y también creo que necesito otra copa de vino. ¿Sería tan amable? Prefiero el tinto.

—Encantado.

Como un perrito obediente, Doc regresó con una copa de vino y un plato rebosante de gambas y caviar.

—Dejemos de hablar de vidas pasadas —dijo—. Sólo lo hago para conocer mujeres fascinantes.

—¿De veras? —preguntó Nina, impresionada por la franqueza del profesor.

—Y para que me inviten a las fiestas. Lo cierto es que funciona.

—Qué desilusión. La gente me había dicho que era usted un lunático.

—Los profesores somos una panda de aburridos —suspiró Doc—. Nos tomamos demasiado en serio, como si realmente fuésemos sabios en lugar de repelentes demasiado instruidos. ¿Qué tiene de malo añadir un poco de color para sobresalir de la multitud? Además, así consigo que esos vejstorios me esquiven.

—Entonces ¿lo de los abducidos fue un fraude?

—Cielos, no. De verdad creo que ellos creen que fueron raptados. Algunos de mis colegas también lo creen, pero les da rabia que no les haya ocurrido a ellos. Pero hablemos de usted. He oído buenas cosas sobre su trabajo.

Y hablaron. Tras la fachada de chiflado del profesor se ocultaba una persona interesante e interesada. No iniciaron una relación romántica como a él le habría gustado, sino algo mejor. Se hicieron amigos y colegas que se respetaban mutuamente.

—Orville al habla —dijo la voz al otro lado de la línea. Doc nunca decía hola.

—Hola, Doc. Soy Nina. —Sabedora de que su amigo odiaba las banalidades, fue directamente al grano—. Necesito tu ayuda en un asunto extraño.

—Extraño me llaman. ¿De qué se trata?

Nina le contó la petición de Austin.

—¿Sabes una cosa? Eso de la piedra me suena.

—¿Bromeas?

—No, no. Debo de tenerlo en mi archivo «forteano».

Orville se consideraba la versión moderna de Charles Fort, el periodista del siglo XIX que coleccionaba historias sobre sucesos extraños, como nieve roja, luces inexplicables o ranas que caían del cielo.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Siempre estoy reorganizándolo. Nunca se sabe cuándo te puede llamar alguien

con una pregunta extraña. —Colgó. Orville tampoco tenía por costumbre decir adiós.

Nina se encogió de hombros y regresó a su trabajo. Al poco rato el fax produjo una hoja. Arriba había una nota escrita a mano: «Pide y se te concederá. Besos, Doc». Era una fotocopia de una noticia del *Boston Globe* de marzo de 1956:

MISTERIOSA PIEZA ITALIANA VIAJA A NORTEAMÉRICA

Génova, Italia (AP) — Una misteriosa estela de piedra hallada en el sótano polvoriento de un museo podría muy pronto revelar secretos sobre la Antigüedad.

La enorme estela, grabada con figuras y extrañas inscripciones, fue descubierta en el Museo Arqueológico de Florencia el pasado mes de marzo.

Actualmente se están llevando a cabo los preparativos para su traslado a Estados Unidos, donde será examinada por expertos.

El museo había proyectado una exposición titulada «Tesoros del sótano» para sacar a la luz objetos de su colección que llevaban décadas almacenados en los sótanos.

La piedra, de forma rectangular, hace pensar que pudo formar parte de una pared. Mide más de un metro ochenta de alto, un metro veinte de ancho y treinta centímetros de grosor.

Lo que tiene desconcertados a los especialistas y ha despertado la polémica en la comunidad científica son los grabados de uno de los lados.

Algunos afirman que las figuras e inscripciones son de origen centroamericano, probablemente maya.

«No se trata de ningún misterio», declaró el doctor Stefano Gallo, director de conservación del museo. «Aun cuando fuera maya, pudo llegar de las Américas durante la conquista española».

Por qué trasladaron la piedra al otro lado del océano es otra historia. «A los españoles les interesaba principalmente el oro y los esclavos, no la arqueología, de modo que alguien debió de ver algún valor en este objeto para tomarse la molestia de cargar con él. No estamos hablando de una miniatura que Cortez pudo llevarse como recuerdo».

Los esfuerzos por averiguar la procedencia del artefacto apenas han dado frutos. El catálogo del museo dice que fue donado por los administradores de la herencia Alberti. El linaje materno de la familia Alberti se remonta a la corte española de

Fernando e Isabel.

El portavoz de la familia asegura que ésta no dispone de información sobre esta pieza de la colección. La familia Alberti es originaria de Génova y compró muchos documentos y objetos de Cristóbal Colón a su nieto, Luis Colón.

Los historiadores que han examinado los documentos sobre los cuatro viajes realizados por Colón no han hallado ninguna mención sobre la estela.

La piedra cruzará pronto el océano y será entregada al Museo Peabody de la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass, para que la estudien expertos de Centroamérica. Esta vez, no obstante, hará la travesía a bordo del lujoso trasatlántico italiano *Andrea Doria*.

Debido a su tamaño y peso, viajará dentro de un camión blindado que transportará otros objetos de valor.

El artículo iba acompañado de una foto de la estela. Un hombre sin identificar aparecía de pie junto a ella, empequeñecido por su enorme tamaño. El fotógrafo debió de agarrar a la primera persona que tuvo a mano para dar una idea de las dimensiones del objeto. La reproducción de la foto era borrosa y Nina apenas lograba percibir algunos símbolos, jeroglíficos y figuras. La examinó con una lupa pero fue inútil. La imagen punteada se volvía aún más borrosa. Llamó a Doc.

—¿Qué opinas? —preguntó él.

—Lo que importa es qué opinas tú. Tú eres el experto en la materia.

—Sí, claro, tienes razón. Es difícil sin haber visto la piedra en la realidad, pero se parece al *Dresden Codex*, uno de los pocos libros mayas que los españoles no quemaron. Me refiero a las páginas del calendario, los ciclos del planeta Venus y esas cosas. Venus era muy importante para el maya posclásico. El planeta representaba a Kukulcán, el dios barbudo de piel clara que los toltecas llamaban Quetzalcoátl, la serpiente emplumada. Los mayas trazaron el trayecto de Venus casi al segundo. No puedo decirte nada más.

—¿Nada más?

—No, a menos que encuentre una buena foto o dibujo de la piedra.

—¿Qué me dices del comentario del profesor Gallo? Según él, ese hallazgo no encierra ningún misterio.

—Y tiene razón. El hecho de que en Italia se haya encontrado un objeto maya encierra tanto misterio como entrar en el Museo Británico de Londres y encontrar los mármoles de Elgin del Partenón. Lo realmente importante no es dónde fue hallado el objeto, sino cómo llegó hasta allí.

—¿Qué me dices de la carta de Colón de la que te hablé? Menciona un objeto parecido. ¿Qué relación tiene eso con la mención de la colección de Colón que posee

la familia Alberti?

—No debemos llegar a conclusiones precipitadas por un viejo artículo de periódico. Me dijiste que existen dudas sobre la autenticidad de esa carta. Y aunque fuera auténtica, necesitaríamos más pruebas de que se trata del mismo objeto. La idea, no obstante, resulta tentadora. Colón pudo trasladarla perfectamente sin que nadie se enterase. Tenía fama de hombre taimado. Hay quien cree que falsificaba las millas de su primer viaje para que la tripulación no supiera cuán lejos estaban de tierra. Era propio de Colón ocultar cosas. Por desgracia, debemos recordar que somos científicos, no novelistas de ciencia ficción.

Orville tenía razón. Un profesional no debía precipitarse en sus conclusiones.

—El profesor italiano dijo algo interesante —señaló Nina—. Que a los españoles les interesaba el oro, no la ciencia.

—Cierto. Cortez no era Napoleón, que se llevó consigo científicos que descubrieron la piedra de Rosetta.

Muy interesante. También Nina había estado pensando en la piedra de Rosetta, el hallazgo que, con el mismo mensaje en griego y egipcio, había proporcionado la clave para descifrar los jeroglíficos.

—Daría casi cualquier cosa por ver esa piedra.

—Ojalá pudiera tomarte la palabra, pero, por desgracia, sería muy difícil conseguirla.

—Claro, qué tonta. El *Andrea Doria* chocó con otro barco.

—Exacto. El *Stockholm*. Como consecuencia del accidente nuestro objeto descansa en el fondo del Atlántico, a más de doscientos pies de profundidad. Espero que los peces sepan apreciarlo. Una lástima. Quizá pudiera demostrar la existencia de la Atlántida o de algo que mereciera unos buenos titulares. El profesor chiflado ataca de nuevo, ya sabes.

—Estoy segura de que encontrarás algo igualmente polémico —dijo Nina con cariño—. Gracias por tu ayuda, Doc.

—Me alegro de hablar contigo. Has estado fuera mucho tiempo. ¿Qué te parece si almorzamos juntos esta semana?

Nina le pidió que la telefonease al día siguiente, pues para entonces ya habría consultado su agenda. En cuanto hubo colgado marcó el número del *Boston Herald* y solicitó que la pusieran con redacción.

—K. T. Pritchard —dijo una voz femenina.

—Hola, Ka Te. Es tu amiga arqueóloga que llama para pedirte un favor. ¿Tienes un minuto?

—Siempre tengo tiempo para usted, doctora Kirov. Estás de suerte. Acabo de terminar un artículo, pero mientras parezca ocupada nadie me molestará. ¿Qué puedo hacer por ti?

Pritchard había utilizado a Nina como fuente histórica de una serie que escribió cuando el Museo de Bellas Artes de Boston compró, sin saberlo, un jarrón etrusco

robado. La serie había sido premiada y Pritchard estaba deseosa de devolver el favor a su amiga. Nina le dijo que estaba buscando cualquier referencia a una pieza arqueológica trasladada desde Italia en el *Andrea Doria*.

—Buscaré en el departamento de archivos y te llamaré.

El teléfono sonó una hora más tarde. Era Pritchard.

—Qué rápida.

—Todo se conserva en microfilmes, de modo que es fácil de explorar. Se escribieron muchas cosas sobre el *Andrea Doria* cuando se produjo la colisión. El barco transportaba mucha mercancía de valor. Al parecer era un museo de arte flotante, pero como no se hacía ninguna referencia al objeto que me has descrito, fui a la sección de aniversarios. Ya sabes que a los periódicos les encanta conmemorar desastres para escribir sobre ellos hasta la saciedad los días flojos. Encontré un artículo sobre el decimotercer aniversario del naufragio que habla de héroes y cobardes. Por lo visto hubo miembros de la tripulación que huyeron y otros que merecieron una medalla. En el artículo se entrevistaba a uno de ellos, un camarero. ¿Dijiste que esa cosa viajaba en un camión blindado?

—Eso decía el artículo de Associated Press.

—Bueno, pues ese camarero dijo que vio cómo robaban un camión blindado mientras el barco se hundía.

—¡Un robo!

—Exacto, perpetrado por un grupo de hombres armados. El camión estaba en el garaje del barco.

—¡Es increíble! ¿Qué más dijo?

—Nada. Al camarero se le escapó la historia mientras contaba que había ido al garaje para buscar un gato a fin de liberar a una de las víctimas. Llamé al tipo que le entrevistó. Charlie Flynn, un auténtico veterano. Está jubilado. Charlie insistió en el asunto del robo pensando que podría convertirlo en la historia principal. Barco hundido. Hombres enmascarados. Drama bajo cubierta, etcétera. El camarero, sin embargo, no soltó prenda. Se puso nervioso y enseguida cambió de tema. Pidió a Charlie que no lo publicara.

—Y Charlie lo publicó.

—Así eran las cosas entonces. Palabra que decías, palabra que se publicaba. No tenías a tanto abogado encima del hombro dispuesto a denunciarte por difamación. El asunto se enterró. El editor probablemente pensó que había pocas pruebas para convertirlo en historia principal pero que era lo bastante interesante como golosina. Charlie habló con algunos supervivientes del *Doria*, pero ninguno sabía nada de ningún robo.

—¿Cómo se llamaba el camarero?

—Te enviaré la noticia. Espera, aquí lo tengo. Era italiano y se llamaba Angelo Donatelli.

—¿Tienes su dirección?

—En aquel entonces vivía en Nueva York. Charlie dice que dirigía un restaurante muy elegante. Es cuanto sabe de ese tipo. Entre nosotras, doctora Kirov, ¿hay material para una buena historia?

—No estoy segura, Ka Te. Pero si lo hay, serás la primera en saberlo.

—Es cuanto pido. Llámame cuando quieras.

Después de colgar, la mirada de Nina se perdió en el vacío mientras trataba de hallar una conexión entre una estela de piedra de tiempos de Colón, una tragedia en el mar, un robo a mano armada y una matanza en Marruecos. Era inútil. Le habría sido más fácil relacionar la escritura cuneiforme sumeria con la minoica lineal B. Se rindió y llamó a Kurt Austin.

Washington DC

Localizar a Angelo Donatelli fue sorprendentemente fácil. Austin sólo tuvo que buscar su nombre en Internet para encontrar quince alusiones al mismo, entre ellas un artículo de la revista *Business Week* que explicaba cómo el hombre había pasado de camarero de cócteles a propietario de uno de los restaurantes más elegantes de Nueva York. La fotografía de Donatelli con el jefe de cocina mostraba un hombre canoso de mediana edad con más aspecto de diplomático europeo que de restaurador.

Austin llamó a información de Manhattan y al rato hablaba con la cordial gerente del restaurante.

—El señor Donatelli no vendrá hoy.

—¿Cuándo podría encontrarle?

—Regresará de Nantucket mañana. Llame aquí después de las tres.

«Nantucket». Austin conocía bien la isla situada frente a la costa de Massachusetts, pues se había detenido allí varias veces en sus travesías en velero hasta Maine. Buscó el nombre de Donatelli en la guía telefónica de Nantucket, pero no lo encontró. Poco después hablaba con el teniente Coffin del departamento de policía de la isla.

Austin se identificó como miembro de la NUMA y explicó que deseaba hablar con Angelo Donatelli. Había supuesto que, tratándose de una población reducida, la policía conocería a todos sus integrantes.

El agente le dijo que Donatelli tenía una casa de verano en la isla, pero actuó con cautela.

—¿Qué quiere la Agencia Nacional Submarina del señor Donatelli?

—Estamos reuniendo información histórica sobre accidentes en el mar. El señor Donatelli estaba a bordo del *Andrea Doria* cuando se estrelló.

—Lo sé. Le he visto un par de veces. Es un buen tipo.

—He intentado llamarle, pero su nombre no aparece en la guía.

—La mayoría de los que viven por su zona lo quiere así. Se construyeron esas mansiones para conservar su intimidad.

—En ese caso, intentaré conseguir un vuelo hoy mismo e iré a verle.

—Le propongo algo. Cuando llegue pásese por comisaría y pregunte por mí. Le enseñaré dónde vive en el mapa.

Buen poli, pensó Austin. No estaba dispuesto a revelar información sobre uno de los ricos de la isla sin ver primero a Austin en persona.

Austin jamás había imaginado que Nina encontraría una pista tan rápidamente.

Con Zavala en Texas y Trout en Yucatán, disponía de tiempo para una breve

entrevista con Donatelli. Utilizando su cargo en la NUMA, consiguió una plaza en una pequeña aerolínea que realizaba vuelos regulares entre Washington y Nantucket. Dos horas más tarde volaba hacia el noreste.

El vuelo le dio tiempo para examinar la carpeta que Yaeger le había dejado sobre el escritorio cuando se disponía a salir. Había pedido al mago informático que buscara en sus maravillas electrónicas información sobre la sociedad secreta del siglo XVI de la que él y Perlmutter habían hablado durante el almuerzo, así como cualquier relación que pudiera existir entre ésta y Cristóbal Colón. Tras contemplar por la ventanilla los destellos del océano, abrió la carpeta.

Hola, Kurt.

¡Creo que lo tengo! He estado navegando por sociedades secretas hasta la saciedad, pero el factor Colón consiguió reducir la lista. Seguí uno de esos hechos perdidos que flotan por la pantalla procedentes de fuentes oscuras, un pie de página de una sola frase diciendo que Colón estaba relacionado con un grupo llamado Los Hermanos de la Santa Espada de la Verdad (en aquellos tiempos eran dados a los títulos largos). No he podido confirmar si era miembro. Probablemente no.

Dicha hermandad fue creada en el siglo XIII, durante la Inquisición española, por un arcediano llamado Hernando Pérez, jefe de un poderoso monasterio conocido por sus creencias radicales, muy dado a la autoflagelación y el cilicio. Pérez, que se hallaba ligeramente a la derecha de Torquemada, el inquisidor general, eligió de entre sus seguidores del monasterio a los más fanáticos para que formaran el núcleo central de la hermandad.

Inquebrantable en sus convicciones, Pérez estaba más loco que una cabra, siempre dispuesto a utilizar la violencia y el asesinato para conseguir sus fines. Absolvía a los suyos por mucha sangre que vertieran por la causa, que era acabar con los herejes. Y, por cierto, enriquecerse con ello. La hermandad se repartía con la Inquisición los bienes arrebatados a las víctimas. Trabajando entre bastidores, identificaba a los infieles para alimentar la máquina asesina de la Inquisición. A veces enviaba sus propios escuadrones. O salvaba al hereje por un precio desorbitado.

La herejía cubría un terreno muy amplio, hecho que da paso a otra perspectiva. En aquella época podías arder en la hoguera por decir que Colón había descubierto América. Las Escrituras no mencionaban los continentes americanos.

Entraba en conflicto con toda la idea de Adán y Eva. Así que cuando Colón dijo que había alcanzado la India o China, los poderes le respaldaron.

No obstante, las verdaderas razones eran, en realidad, políticas. La Iglesia y el Estado eran una misma cosa. Cuando alguien ponía en duda un dogma eclesiástico, ponía en peligro el trono. Una vez planteadas las dudas sobre las enseñanzas geográficas de la Iglesia, la plebe podría empezar a preguntarse por qué ellos se morían de hambre y los obispos y reyes estaban tan bien alimentados. En menos que cantara un gallo las masas invadirían la corte.

Por otro lado, estaban en juego muchos millones. España quería las riquezas del Nuevo Mundo sólo para ella. Si otros países podían demostrar que Colón no era el primero en descubrir la India, rivales de España como Portugal podrían reclamar las tierras. El oro significaba nuevos navíos de guerra y mayores ejércitos, de modo que estamos hablando de dominación europea. Por eso la Inquisición, que era el instrumento de terror español, convirtió en una herejía castigable con la hoguera creer que había un continente con civilizaciones diferentes y que éstas habían tenido contacto con el Viejo Mundo antes de Colón.

Para mostrarte cuán peligrosa era la idea, Amerigo Vespucci fue enviado por el rey en misión secreta para verificar los descubrimientos de Colón. Cuando demostró que Colón no había descubierto un atajo a la India, sino que había encontrado un continente nuevo y que quizá no fuera el primero en haber llegado a él, fue declarado hereje y se le aconsejó que se retractara. Al convertir esa idea en un delito capital, los españoles estaban admitiendo tácitamente que sí había existido contacto previo entre ambos mundos. Torquemada era un diablo taimado. Dijo que aun cuando los indios hubiesen recibido con antelación un visitante del oeste al que llamaban Quetzalcoátl, seguro que dicho visitante había sido blanco y español. Eso significaba que España tenía derechos sobre las nuevas tierras antes incluso de que Colón naciera.

He verificado que cinco marineros murieron después de comer en casa de Colón. No puedo demostrar que la hermandad tuviera algo que ver en ello. Pudo tratarse de una intoxicación. No encontré nada sobre la hermandad después

del siglo xv. Puede que desapareciera con la Inquisición. Adjunto material de referencia. Espero que esta información te sirva de algo.

Austin leyó la pila de papeles y llegó a la conclusión de que el genio de la informática había hecho un buen trabajo resumiendo sus hallazgos. El relato de la hermandad era fascinante, sobre todo lo de su misión de suprimir cualquier idea de contacto entre el Nuevo y el Viejo Mundo. Sólo existía un problema. La hermandad había cerrado más de trescientos años atrás.

La voz del piloto anunció que el avión estaba volando cerca de Martha's Vineyard. La silueta de Nantucket, parecida a una chuleta de cerdo, se veía por el este. La niebla roía los páramos y las playas blancas y largas de la isla. Era fácil comprender por qué esta tierra atraía a los pescadores y barcos que se hacían ricos con el comercio de ballenas. Nantucket era la puerta a una autopista de agua salada que conducía a los barcos balleneros a los siete mares en travesías que a menudo duraban años.

Austin alquiló un coche en el aeropuerto de Tom Nevers. Una vez en la ciudad pasó frente a las mansiones de ladrillo construidas con los beneficios obtenidos del aceite de ballena y avanzó por la calle Water que bordeaba el puerto hasta llegar a la comisaría y la estación de bomberos.

El teniente Coffin era un hombre alto, de pómulos altos y nariz prominente que había visto demasiado sol.

Su boca se abrió de par en par cuando Austin le dijo quién era.

—Qué rápido —exclamó al tiempo que examinaba al hombre corpulento de pelo prematuramente blanco—. ¿Tienen aviones privados los de la NUMA?

—Algunos. Ha sido una buena excusa para salir de Washington.

—Le comprendo. La isla está muy hermosa en esta época del año, y no hay tanta gente. —El hombre afiló la mirada—. Quiero que sepa que telefoneé a la NUMA después de hablar con usted.

—Le comprendo.

Coffin sonrió.

—Al parecer ocupa un cargo importante. Aquí somos gente tranquila, pero toda precaución es poca. Nantucket tiene muchos tipos ricos con grandes mansiones e impuestos elevados. No es de esperar que un ladrón pregunte a un policía donde está la casa en la que piensa robar, pero nunca se sabe. Hizo bien en telefonar. La gente de por aquí se protege mutuamente. Le habrían enviado al otro lado de la isla. Le mostraré cómo llegar a casa del señor Donatelli. —Desplegó un mapa turístico sobre el mostrador—. Tome la carretera Polpis hasta llegar a un sendero de arena con un barco en el buzón. —Coffin marcó el camino con un rotulador fosforescente.

Austin le dio las gracias y salió del pueblo siguiendo una carretera tortuosa que discurría por un bosque de pinos y pasaba frente a granjas y ciénagas de arándanos.

Al llegar al buzón coronado por un trasatlántico de hierro blanco y negro Austin giró y avanzó por un bosque achaparrado que desembocaba en un brezal. El intenso olor a mar se mezclaba con la bruma que había visto desde el aire.

La mansión emergió súbitamente en medio de la niebla. Parecía vacía. No había coches en la entrada ni luces en las ventanas a pesar de que empezaba a anochecer. Austin bajó del coche en el camino de conchas aplastadas, siguió una pasarela que lindaba con un extenso terreno de césped y al llegar al porche llamó a la puerta. Nadie abrió. Puede que la gerente del restaurante estuviera equivocada. O quizá Donatelli había cambiado de planes y regresado a Nueva York.

Austin frunció el entrecejo. La búsqueda le estaba haciendo perder mucho tiempo. Había sabido desde el principio que no iba a ser fácil relacionar un robo en el mar perpetrado varias décadas atrás con el asesinato de los arqueólogos. Se preguntó si estaría a tiempo de tomar un vuelo de regreso a Washington. Qué demonios. Llegaría a casa con la misma rapidez si cogía un avión a primera hora de la mañana. Tomada la decisión, optó por explorar el terreno.

Nantucket sufría una plaga de «casas trofeo», tan inmensas que parecían hoteles pequeños contruidos por gente adinerada a quien los metros cuadrados les hacía sentirse superiores a sus vecinos. La casa de Donatelli era grande y el arquitecto había conseguido incorporar detalles arquitectónicos italianos a las tradicionales ripias grises y cantos blancos, pero con buen gusto.

Detrás de la casa había un huerto grande, un columpio y un tobogán. Austin siguió el sonido de las olas hasta el borde de un risco arenoso y se detuvo durante un rato en la escalera que conducía a la playa. Anochecía y el sonido del océano quedaba ahogado por la niebla, pero podía oír las olas que rompían en la orilla. Se volvió y contempló la casa. La bruma y la débil luz apenas le permitían verla.

Diciéndose que había hecho cuanto estaba en su mano, regresó al coche y escribió una nota en la que pedía a Donatelli que le llamara cuanto antes. Una forma de comunicación rudimentaria, pero tal vez funcionara. Lo comprobaría cuando llegara al despacho.

Regresó al porche y colocó la nota enrollada debajo de la aldaba, pensando que el peso del bronce impediría que se volara. Entonces se percató de que tenía cosas más importantes de qué preocuparse que del viento. Un objeto metálico y frío había hecho contacto con su nuca. Luego oyó el inconfundible ruido de un arma al ser amartillada. Hasta ese momento no había oído nada, ni siquiera pisadas.

—Levante las manos —dijo una voz ronca—, y no se vuelva. —El hombre tenía acento extranjero.

Austin obedeció lentamente.

—¿Señor Donatelli?

—No hable —dijo el hombre al tiempo que aumentaba la presión del arma.

Una mano experta registró el cuerpo de Austin y le extrajo la cartera del bolsillo. Tras comprobar que no iba armado, le ordenó que subiera por las escaleras externas

hasta la terraza de la primera planta que cubría tres lados de la casa. La niebla había espesado y Austin no habría reparado en la figura apoyada en la barandilla si no hubiese percibido el brillo naranja de un cigarrillo y un fuerte olor a tabaco.

—Siéntese —dijo el hombre que empuñaba el arma.

Austin se hundió en una tumbona húmeda. Apuntándole todavía con el arma, el hombre dijo algo en italiano al fumador. Conversaron brevemente.

La figura en la niebla habló.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Kurt Austin y soy miembro de la Agencia Nacional Submarina.

Pausa.

—Por lo menos no se contradice. Lo mismo le contó al teniente Coffin.

La voz tenía acento extranjero, pero no tan fuerte como el del pistolero.

—¿Habló con Coffin?

—Por supuesto. La policía se esfuerza por tener contentos a sus veraneantes, sobre todo a los que contribuyen generosamente a las arcas. Le he pedido que me informe cada vez que alguien pregunte por mí. Hasta se ofreció a venir con usted, pero le dije que podía manejar la situación solo.

—Entonces usted sí es el señor Donatelli.

—Soy yo quien hace las preguntas. —Otra presión brusca en la nuca—. ¿Quién es usted realmente?

—Tengo mi documento de identidad en la cartera.

—Podría ser falso.

Donatelli no se iba a dejar convencer así como así.

—El teniente Coffin llamó a la NUMA y comprobó que soy quien digo ser.

—No tengo duda de que es quien dice ser. Lo que me interesa es quién es en realidad.

La paciencia de Austin empezaba a menguar.

—Créame, señor Donatelli, no entiendo a qué se refiere.

—¿Por qué iba a querer una agencia gubernamental como la NUMA hablar conmigo? Yo dirijo un restaurante en Nueva York. Mi única relación con el mar es el marisco que compro en el mercado de pescado de Fulton.

Una pregunta razonable.

—Usted estaba en el *Andrea Doria*.

—El teniente Coffin dijo que usted mencionó al *Doria*. Ocurrió hace mucho tiempo, ¿no cree?

—Creemos que puede tener información relacionada con un caso que estamos investigando.

—Hábleme de él, señor Austin. Puede bajar las manos, pero recuerde que mi primo Antonio es de Sicilia y, como todos los de su tierra, no se fía de nadie. Es muy bueno con la «lupara», sobre todo de cerca.

La «lupara» era la escopeta serrada que había utilizado la mafia siciliana antes de

que aparecieran las armas automáticas y las bombas de coches. Una antigüedad pero, con todo, mortal.

—Antes de empezar —dijo Austin—, le agradecería que dijera a su primo que si no deja mi cuello tranquilo, su «hipara» terminará donde no brilla el sol.

No había forma de que Austin pudiera cumplir su amenaza, pero había sido un día largo y estaba harto de que le pincharan. Donatelli tradujo sus palabras y Antonio se hizo a un lado sin bajar el arma.

La luz de un mechero brilló en la oscuridad y mostró los ojos hundidos de Donatelli.

—Ahora, cuéntenos la historia, señor Austin.

—Todo comenzó en Marruecos —empezó Austin, y de ahí avanzó hasta el momento presente, explicando cómo las indagaciones le habían llevado hasta ahí—. Uno de nuestros investigadores tropezó con su nombre en un artículo de periódico. Cuando leí que había visto el robo de un camión blindado en el barco, quise hablar con usted.

Donatelli guardó silencio unos instantes y luego dijo algo a su primo en italiano. La figura corpulenta cruzó las puertas correderas y segundos después apareció luz en la casa.

—Estaremos más cómodos dentro, señor Austin. La humedad es mala para los huesos. Le ruego acepte mis disculpas. Pensaba que era uno de ellos. Jamás se habrían molestado en inventar semejante historia, de modo que debe de ser cierta.

Austin entró. Donatelli le señaló una butaca situada junto a la gran chimenea, tomó asiento enfrente y apretó el botón de un mando a distancia. En la chimenea brotó una hoguera alimentada por gas. Austin agradeció el calor que atravesaba la pantalla de cristal. Estaba empapado, y no a causa de la humedad.

Sus ojos se posaron en una minuciosa réplica en miniatura del *Andrea Doria* que descansaba sobre la repisa. La maqueta sólo era una parte de los recuerdos esparcidos por el espacioso salón que incluían fotos, cuadros y hasta un aparato de flotación. Todos tenían relación con el *Doria*.

Donatelli, entretanto, le estudiaba. La luz de la chimenea bañaba el rostro todavía atractivo de un hombre de sesenta y pocos años. El espeso cabello ondulado, peinado hacia atrás, parecía más gris que en la foto de la revista. Podía decirse que Donatelli había envejecido bien. Mantenía una buena figura, y el elegante chándal azul claro y las zapatillas de correr New Balance indicaban que se esforzaba por mantenerse en forma.

El primo Antonio era todo lo contrario. Bajo y achaparrado, tenía la cabeza afeitada, la mirada vigilante y una cara que parecía haber sido utilizada como saco de boxeo. Tenía la nariz rota, las orejas deformadas y la piel cubierta de cicatrices. Vestía camisa y pantalón negros. Había vuelto portando una bandeja con dos copas de *brandy* y la cartera de Austin.

—Grappa —explicó Donatelli—. Quemará la humedad de nuestros huesos.

Austin se guardó la cartera en el bolsillo y bebió. El aguardiente italiano le abrasó la garganta. La sensación le agradó.

—¿Cómo ha dado conmigo, señor Austin? —Preguntó Donatelli después de dar un sorbo a su copa—. Dejé instrucciones estrictas en mi despacho de que no dijeran a nadie donde estaba.

—En el restaurante me dijeron que se encontraba en la isla.

El hombre sonrió.

—Veo que mis medidas de seguridad funcionan. —Dio otro sorbo y contempló el fuego en silencio. Luego clavó su mirada penetrante en Austin—. No fue un robo —dijo.

—¿Se equivocó el periódico?

—Lo llamé robo porque me convenía. En los robos los ladrones se llevan algo. Mis ladrones sólo se llevaron vidas.

Con una excelente memoria para los detalles y toques de humor, Donatelli relató los acontecimientos de la memorable noche de 1956. Después de tantos años su voz todavía temblaba al describir la inclinación del barco cuando descendía hacia las oscuras entrañas del garaje. Habló del asesinato de los vigilantes del camión, de su propia huida y su posterior rescate.

—Dijo que el camión contenía una estela de piedra —murmuró—. ¿Por qué iba alguien a matar por una piedra, señor Austin?

—Tal vez no sea una piedra cualquiera.

El hombre sacudió la cabeza sin comprender.

—Señor Donatelli, antes dijo que creía que yo era uno de ellos. ¿A quién se refería?

El restaurador meditó bien sus palabras.

—En *todos* estos años, desde el hundimiento del *Andrea Doria*, no había mencionado lo ocurrido. El artículo de aquel periódico fue un lapsus. Sabía que hacía bien guardando el secreto. Después de su publicación un hombre me telefoneó y me aconsejó que no volviera a decir una palabra sobre el incidente. Tenía una voz fría como el hielo. Lo sabía todo sobre mí y sobre mi familia. El peluquero de mi esposa, el nombre de mis hijos y mis nietos, dónde vivían. Dijo que si volvía a mencionar esa noche a alguien me matarían, pero no sin antes ver cómo destruían a mi familia. —Donatelli contempló el fuego—. Nací en Sicilia y le creí. Desde entonces no he vuelto a conceder ninguna entrevista. Le pedí a Antonio que viniera a vivir conmigo. Tenía problemas con las autoridades italianas y aceptó encantado.

—Imagino que el hombre no le dijo cómo se llamaba o en nombre de quién hablaba.

—Sí y no. No me dio ningún nombre, pero insinuó que no actuaba solo, que tenía muchos hermanos.

—¿Hermanos?

—Sí, creo que eso dijo. ¿Los conoce?

—Había una organización llamada Los Hermanos de la Santa Espada de la Verdad. Trabajaban para la Inquisición española. Pero eso ocurrió hace cientos de años.

—La mafia nació hace cientos de años —repuso Donatelli, mirando divertido a su primo—. ¿Qué diferencia hay?

—La continuación de la mafia se ha hecho patente con la continuación de sus actividades.

—Es cierto, pero aunque los italianos sabían que existía y que la Mano Negra se había trasladado a Norteamérica con los inmigrantes, la policía de este país ignoró que existía la Cosa Nostra hasta que, accidentalmente, encontró a alguien que rompió el código de silencio.

—¿Insinúa que una organización podría seguir operando en secreto durante siglos?

Donatelli extendió una mano.

—La mafia asesinaba, extorsionaba y robaba, y sin embargo Hoover, el director del FBI, juraba que la Cosa Nostra no existía.

Mientras reflexionaba sobre las palabras de Donatelli, Austin miró alrededor.

—Ha llegado muy lejos desde sus días de camarero —dijo, contemplando las lujosas paredes de madera y los picaportes de bronce.

—Recibí ayuda. Después del naufragio decidí que no volvería a poner los pies en un barco. —Donatelli rió—. No hay nada como experimentar el terror de verte atrapado en el garaje de un trasatlántico que se hunde para que el mar pierda todo su romanticismo. Por desgracia, la mujer a la que intenté ayudar murió a causa de las heridas. Cuando acudí al entierro su marido volvió a darme las gracias y dijo que deseaba hacer algo por mí. Le dije que mi sueño era tener un pequeño restaurante. Me dio el dinero necesario para abrir un local en Nueva York con la condición de que acudiera a clases de inglés y de administración de empresas que él mismo pagaría. Bauticé el restaurante con el nombre de Myra en honor a la esposa del señor Carey. Desde entonces he abierto seis más en otras grandes ciudades del país. Mis restaurantes me han hecho millonario y me han permitido vivir así. Me casé con una mujer maravillosa. Tuvimos cuatro hijos y una hija que están en el negocio y muchos, muchos nietos. —Apuró la copa—. Construí esta casa para mi familia, pero creo que también lo hice porque está cerca del lugar donde se hundió el barco. En noches brumosas como ésta me trae recuerdos. Verá, señor Austin, el accidente tuvo consecuencias terribles para mucha gente, entre ellos el señor Carey. Sin embargo, mi vida cambió para mejor.

—¿Por qué me cuenta todo esto ahora? Podría haberme despedido.

—Después de sobrevivir al hundimiento del *Andrea Doria* pensé que viviría eternamente. Mi esposa murió el año pasado y eso me recordó que yo también era mortal. No me considero un hombre religioso, pero empecé a pensar más en hacer las cosas correctamente. Esos hombres que fueron asesinados en el garaje del barco, y

puede que las víctimas que usted ha mencionado, necesitan a alguien que hable en su nombre. —La mandíbula de Donatelli se endureció—. Yo seré su portavoz. —Miró el reloj de pared—. Se está haciendo tarde, señor Austin. ¿Tiene dónde alojarse?

—Cogeré una habitación en algún hotel del pueblo.

—No es necesario. Esta noche será mi invitado. Y para cenar, prepararé un plato de pasta con tomates y calabacines recién cogidos del huerto.

—Sería imposible rechazar una invitación así.

—Estupendo. —Donatelli sirvió más grappa y alzó su copa—. Y cuando hayamos comido y bebido nuestro vino, encontraremos la forma de enseñar a esa gente que significa meterse con un siciliano.

San Antonio, Texas

Como estadounidense de sangre mejicana, Zavala tenía sentimientos contradictorios sobre el lugar más sagrado de Texas. Admiraba el coraje de los defensores del Álamo, de hombres como Buck Travis, Jim Bowie y Davy Crockett, cuyos nombres aparecían en el cenotafio de la plaza. Por otro lado, lo sentía por los 1550 soldados mejicanos que murieron durante el asedio bajo el mando inepto de Santa Anna. Los tejanos perdieron 183 hombres. Los mejicanos perdieron Texas.

Paseó por la capilla, lo único que quedaba del fuerte, visitó el museo y dedicó el resto de la tarde a observar a la gente sentado en una cafetería. Para cuando dieron las seis y media estaba estacionando su coche alquilado en el garaje subterráneo del edificio de TimeQuest. Localizó el área designada a Halcón Industries. Ninguna plaza estaba reservada al gran jefe. Zavala supuso que el personal de la compañía sabía que esa zona era territorio prohibido y que Halcón no quería darse publicidad.

Aparcó tan cerca de ahí como pudo, pasó por delante de los ascensores, uno público y otro señalizado como «Privado», y se ocultó detrás de una columna de hormigón. A las siete menos cinco Melody salió del ascensor público y caminó hasta su coche. Una vez más, Zavala lamentó no poder salir esa noche con la encantadora mujer, pero apartó la idea de la cabeza. Quería tener la mente clara en su primer encuentro con el señor Halcón.

La espera estaba a punto de dar sus frutos. Poco después una limusina Lincoln de color negro se detuvo suavemente frente a la puerta del ascensor privado. En ese momento la puerta se abrió y del ascensor salió un hombre.

Zavala levantó la Nikon y enfocó al hombre alto y moreno que caminaba con elegancia hacia la limusina. Halcón. Le hizo algunas fotos antes de subir al vehículo y luego enfocó al chófer, que en esos momentos le sostenía la puerta. El hombre vestía un traje oscuro y llevaba el pelo rapado. Era alto y musculoso pese a sus más de sesenta años. Zavala le hizo una foto y el hombre se volvió, como si hubiese oído el zumbido de la cámara. Zavala se ocultó tras la columna y no osó respirar hasta que la limusina se hubo puesto en marcha.

La cara del conductor había quedado grabada en las retinas de Zavala, que, apoyado en el frío hormigón, no daba crédito a lo que habían visto sus ojos. Era el hombre de Arizona. Estaba seguro, aunque ahora pareciera afeitado y con traje. El día que lo conoció llevaba ropa de trabajo, el pelo largo y una barba blanca y espesa. Tenía una esposa, ahora muerta. Y se hacía llamar George Wingate.

Cuando hubo recuperado la serenidad, Zavala corrió hasta su coche y siguió a la limusina manteniendo uno o dos vehículos entre él y su objetivo. Salieron de la

ciudad por el cinturón en dirección noroeste. Las casas y los centros comerciales de la planicie fueron dando paso a colinas y bosques.

Zavala pisó el acelerador lo justo para no perder de vista la limusina, que ahora sobrepasaba con mucho el límite de velocidad. Viajaron durante una hora y ya anochece cuando dejaron la autopista para seguir una carretera de dos carriles poco transitada. Zavala mantenía una distancia prudente. Al cabo de unos kilómetros se encendieron unas luces de freno y la limusina desapareció de su vista. Zavala redujo la velocidad hasta que los faros de su coche iluminaron un pequeño reflector de plástico clavado a un árbol, que señalaba el comienzo de un camino de tierra. Siguió avanzando para dar la impresión de que su destino era otro y luego giró sobre sí mismo.

Cuando llegó al reflector apagó los faros y comprobó que podía seguir el camino de tierra si reducía la velocidad al mínimo. Se preguntó qué hacía un pez gordo como Halcón en un lugar tan solitario. A lo mejor tenía una cabaña de caza. El bosque lo envolvió rápidamente. A través de los árboles se divisaban unas colinas bajas. No veía las luces de la limusina, pero tampoco le extrañó porque el camino era tortuoso. Como no quería tropezar con sorpresas desagradables, se detuvo, salió del coche y avanzó a pie para ver si escuchaba o veía algo.

En una de las paredes divisó una luz. Se acercó lentamente y vio que provenía de un foco situado en lo alto de una verja. Estacionó el coche en un lado del sendero y, ocultándose entre los árboles, se acercó a la valla. Medía cerca de cuatro metros de alto y estaba coronada por una alambrada de pinchos. Un letrero blanco con letras negras aconsejaba no acercarse. «Perros entrenados para atacar». Sobre el letrero descansaba una pequeña caja, sin duda una cámara de seguridad.

Zavala pensó que la valla era demasiado alta para treparla, y en cualquier caso estaban la alambrada y los perros. Además, seguro que la valla tenía una alarma incorporada. Recordando una pequeña colina que había visto por el camino, se alejó con el coche marcha atrás para no revelar las luces de posición y se internó en los arbustos. Luego, en medio de la oscuridad, empezó a subir por la colina. Tropezó y tuvo que salir de las zarzas varias veces, pero finalmente llegó a la cima. Escogió un árbol de ramas limpias y trepó hasta la más alta.

La elevación le permitía ver más allá de la valla. Salvo por el foco de la verja, la zona no estaba iluminada. Sus ojos, que se habían acostumbrado a la oscuridad, empezaron a percibir algunas siluetas. Zavala se dio cuenta de que eran las formas de un vasto complejo de edificios, algunos rectangulares y otros cilíndricos, dominados por una enorme pirámide con la punta chata. Todos los edificios estaban contruidos con una piedra blanquecina y parecían tener luz propia bajo la luz de la luna.

Conque una cabaña de caza, murmuró Zavala. Tenía delante una ciudad ancestral en un paraje perdido de Texas. ¡Qué locura! Intentó telefonar a Austin pero el móvil no recogía la señal. Después de intentar divisar más detalles del complejo, decidió que eso era cuanto iba a ver. Se disponía a bajar del árbol cuando al otro lado de la

valla se encendió un foco que reveló una extraña escena. Zavala se agarró de nuevo a la rama y contempló, fascinado, el desarrollo de un suceso extraordinario.

Envuelto en la fría oscuridad de la noche, Raúl González rezó para que la bala le atravesara el espinazo antes de morir congelado. Maldijo una vez más a la norteamericana. Ella tenía la culpa de su actual situación por haber hecho que fracasara su misión en Marruecos. Sus protestas se interrumpieron cuando se hizo la luz de un foco y frente a él apareció una criatura fantástica, mitad humana, mitad bestia.

La figura, un hombre musculoso de piel lustrosa, vestía un taparrabos de color verde, amarillo y bermejo. Las protuberancias sobre ambas caderas resultaron ser, cuando González afiló la mirada, cojines de cuero. El hombre tenía la cara oculta tras una máscara creada, probablemente, a partir de las pesadillas de un demente. El hocico, de color jade, era largo y escamoso y los ojos saltones. La boca sonreía, mostrando unos dientes desiguales y afilados. De la nuca brotaban unas plumas alargadas de quetzal. El monstruo permanecía quieto como una estatua con los brazos doblados sobre un pecho yermo.

—¡Santo Dios! —gimoteó una voz a la izquierda de González.

—Calla —gruñó éste al conductor de hidrodeshlizadores.

Se les había ordenado guardar silencio si no querían morir. González no estaba dispuesto a dejar este mundo porque un gallina quejoso no pudiera mantener la boca cerrada. El hombre de su derecha le gustaba más. Sigiloso en sus movimientos, un asesino como él. En otras circunstancias a González le habría agradado charlar con él sobre las técnicas homicidas que había aprendido de pequeño en los callejones de Buenos Aires, donde, siendo un huérfano escuálido, daba esquinazo a los escuadrones de la muerte contratados por empresarios de la ciudad que consideraban a los niños de la calle sabandijas. González apenas había alcanzado la adolescencia cuando se presentó a los tenderos y se ofreció a infiltrarse en los círculos que tan bien conocía para acabar, mediante el cuchillo o el garrote, con sus compañeros cuando dormían. Con la edad fue recibiendo trabajos más importantes. Competidores, políticos, esposas infieles, a todos ellos enviaba a una tumba prematura. Pistola. Navaja. Tortura. González se forjó la fama de dar exactamente lo que su empleador quería.

Blink.

Un segundo foco iluminó otra figura con la máscara de un jaguar de boca gruñona y lengua ensangrentada.

González volvió a maldecir su suerte. Ahí estaba él, aterido de frío mientras una panda de idiotas hacía un desfile de disfraces. No era justo. Todo porque le habían salido mal algunos trabajillos. El negocio había empezado a decantarse por asesinos más jóvenes cuando el emisario de la hermandad le hizo la oferta. Ignoraba la

existencia de ese grupo, pero ellos lo sabían todo sobre él. Lo querían para misiones especiales y González, ya maduro, firmó encantado. Pagaban bien. El trabajo no era difícil. Como en sus días en la calle. Esperar una llamada. Infiltrarse y matar. Misiones fáciles. Como la de Marruecos.

Marruecos. Ojalá nunca hubiese oído ese nombre.

Una tarea sencilla, dijo quien telefoneaba desde Madrid. Científicos desarmados e ingenuos. Infiltrese en la expedición. Prepare una emboscada. Saque a las víctimas de la cama, sacrifíquelas como corderos y haga desaparecer sus cuerpos. ¡De no haber sido por esa zorra de nombre ruso! Jesús, la de planes dulces que le había preparado. Le gustaba contemplarla cuando sentaba su esbelta figura frente a la tienda para cepillarse la melena del color del trigo. Se dirigía a él con una cortesía seca, rechazándolo como si fuera una hormiga subiéndole por sus hermosas piernas. Había previsto hacerle suplicar que no la matara a cambio de lo único que podía ofrecerle, su precioso cuerpo.

Sin embargo, no estaba en la tienda cuando fue a buscarla, y cuando sus hombres fueron tras ella, echó a correr como el diablo. Tres veces la habían tenido al alcance de la mano y tres veces se les había escapado. El hidrodreslizador no consiguió ahogarla. El escuadrón que asaltó el barco de la NUMA para acabar el trabajo fue aniquilado. Únicamente sobrevivió un hombre, y estaba a su lado.

La orden de personarse en Texas no le había sorprendido demasiado. González supuso que le esperaba una buena reprimenda, que le recortarían el sueldo y le reducirían de categoría. En lugar de eso, le recibieron con ametralladoras, como a los demás. Por la noche los sacaron a la intemperie y les dijeron que si se movían o abrían el pico, les dispararían. De modo que ahí se quedaron, escuchando el aullido de los coyotes. Hasta ahora.

Blink. Apareció otra figura. Esta llevaba la cabeza de la muerte, con las cuencas vacías y una sonrisa siniestra.

Una voz procedente de unos altavoces resonó en la noche.

—Buenas noches, hermanos —dijo en un español aristocrático de Castilla.

—Buenas noches, lord Halcón —respondieron unas voces invisibles.

—Todos sabemos por qué estamos aquí. Tres de nuestros miembros recibieron misiones destinadas a favorecer nuestra noble causa y los tres fracasaron. —La voz hizo una pausa—. El castigo en estos casos es la muerte.

Ahora viene la bala, pensó González. Qué diantre, he tenido una buena vida. Se preparó para la descarga de plomo. Confió en que fuera rápida. Los pies le dolían de estar tanto rato de pie. En ese momento un objeto redondo atravesó el cielo y rebotó en el suelo. González pensó que la esfera, negra y blanca, era una pelota de fútbol, pero cuando ésta se detuvo entre las dos hileras de hombres vio que las manchas eran imágenes de calaveras.

—Se os dará la oportunidad de salvar la vida —dijo la voz—. El juego de pelota decidirá si vivís o morís.

Los focos se apagaron y las tres figuras desaparecieron, pero sólo durante unos instantes. Una hilera de luces potentes se encendió y González se dio cuenta de que él y sus compañeros se hallaban entre dos muros de piedra paralelos. Los tres enmascarados se habían quitado las caretas. A media altura de cada pared había una argolla labrada con la cara de un guacamayo. Sobre los muros se percibía movimiento de gente, de cientos de personas a juzgar por las voces.

—La pelota representa el destino —aulló el altavoz—. La pista es el cosmos. El caimán, el jaguar y la calavera simbolizan los señores del infierno, vuestros contrincantes. Las reglas son las mismas que hace dos mil años. Los señores del infierno utilizarán los pies. Vosotros podéis utilizar los pies y las manos. El objetivo consiste en llevar la pelota hasta el otro lado del campo e insertarla en la argolla. Quien lo consiga, habrá ganado.

González escuchaba boquiabierto. Por todos los santos, ¡iban a jugarse sus vidas al fútbol! Él había jugado cuando vivía en la calle y, ya de mayor, en un equipo de aficionados. Lo cierto era que no se le daba mal, pero se hallaba en pésima forma a causa del alcohol, las drogas y las mujeres. Aunque todavía poseía un cuerpo potente, estaba fofo y no tardaría en faltarle el aliento.

—¿Habéis jugado antes? —preguntó a sus compañeros en un susurro.

—Un poco —contestó el asesino—. De delantero.

—Yo era portero —dijo el hombre del hidrodreslizador.

—En este partido nos jugamos la vida —dijo González—. No habrá reglas. Todo vale, ¿entendido?

Sus compañeros asintieron con la cabeza.

El equipo contrarió esperaba en el otro extremo del campo a que iniciaran el juego.

—Lanzo yo —anunció González.

Con la mirada clavada en la pelota, tomó carrerilla y chutó. La pelota era más pesada de lo que había imaginado. Probablemente era caucho puro. La patada supuso un doloroso impacto para su pierna. Había puesto toda la fuerza de su cuerpo en el golpe, pero su puntería falló y la pelota rodó por la pared hasta los pies de sus contrincantes.

Uno de ellos salió disparado hacia la pelota y, flanqueado por sus compañeros, la empujó hasta medio campo con pasos cortos y hábiles. Parecían trillizos. Los tres tenían el mismo cuerpo musculoso, los ojos oscuros y un pelo negro cortado en forma de cuenco por encima de las orejas.

Al ver que González corría hacia él, el hombre pasó la pelota a su compañero de la izquierda. González no alteró el rumbo. No le interesaba la pelota. Quería lesionar. Había hecho los cálculos en su cabeza. Si hería a un hombre, sus contrincantes perderían el treinta por ciento de su equipo. Bajó la cabeza y apuntó hacia el hombre que había pasado la pelota. Este esperó fríamente hasta que tuvo a su agresor a un centímetro de su cuerpo. Entonces se hizo rápidamente a un lado y le puso la

zancadilla. González trató de frenar, no pudo, tropezó con el pie y se estrelló bruscamente contra el suelo.

Ignorando el dolor en las costillas, se levantó e intentó sumarse al rápido ritmo del partido. Su compañero, el asesino, arremetió contra el contrincante para robarle la pelota, y aunque no lo consiguió, le clavó el codo en el esternón y oyó con satisfacción un gruñido de dolor.

Aprovechando la situación, González golpeó al jugador por detrás. Este cayó de rodillas al suelo, que es donde la mayoría de los hombres se habrían quedado, pero él se levantó rápidamente y echó a correr para cubrir a su compañero, que avanzaba con la pelota hacia la pared contraria. González contempló la escena consternado.

Demasiado pronto.

Tres contra uno.

El conductor del hidrodreslizador era el único que se interponía en el camino del gol.

El hombre de la pelota subestimó a su contrincante y decidió avanzar en línea recta en lugar de pasar la bola al compañero de al lado para obtener un gol fácil. Iba demasiado deprisa para poder girar bruscamente sin perder la pelota, de modo que miró hacia la izquierda pero avanzó por la derecha.

El hombre del hidrodreslizador percibió la jugada y se adelantó con el antebrazo levantado. Su codo colisionó con la mandíbula del contrincante y lo levantó del suelo. La mandíbula crujió y el hombre cayó al suelo sangrando por la boca. González apenas podía respirar, pero la jugada de su compañero lo reanimó.

Detuvo la pelota con él talón y chutó entre los dos contrincantes que ahora le desafiaban sin echar siquiera un vistazo a su compañero herido. Con un grito ronco de triunfo arremetió contra la pareja con la intención de derribarlos hacia ambos lados. Uno de los hombres le desvió con el brazo estirado y le habría roto el cuello si la palma no hubiese chocado con su carnosa papada. González comprendió que el equipo contrarió no podía utilizar las manos para mover la pelota, pero sí para defenderse.

El asesino tenía la pelota, pero enseguida se la quitaron y ahora avanzaba en dirección a González. El jugador vio que el hombre del hidrodreslizador corría hacia él para bloquearle y decidió pasar cerca de González, que era más lento. Éste volvió a concentrarse no en la bola sino en el hombre, apuntando hacia su ingle con el pie.

El jugador hizo un deslizamiento lateral para que el golpe rebotara en el cojín de cuero y avanzó hacia la pared contraria. El asesino se le acercó por un lado y le robó la pelota. Luego regresó al centro del campo y, sin que nadie pudiera detenerle, la levantó con las manos y apuntó hacia la argolla.

El tiro hubiera podido materializarse, pero antes de que la pelota dejara las manos del asesino un jugador del equipo contrarió le golpeó entre los omoplatos y desvió el tiro. La pelota golpeó el canto de la argolla y regresó al campo.

Mostrando su parcialidad, la multitud aulló de alegría.

Ahora eran tres contra dos. González resoplaba con fuerza pero empezaba a saborear la victoria.

Los rostros de sus oponentes parecían esculturas de granito. La pelota designada como destino descansaba entre los dos equipos. González estaba cansado y sabía que, a este ritmo, no duraría mucho más.

—¡A por ellos! —Ladró.

Nuevamente convertidos en un equipo por desesperación, sus compañeros fueron en pos de los contrincantes mientras González corría por el centro del campo para hacerse con la pelota. Sin prisas, ladeó el pie para realizar un tiro alto. El contacto del pie con la pelota fue agradablemente sólido. La esfera subió limpiamente. En ese momento, el contrincante controlado por el asesino esquivó el asedio y dio una vuelta de *ballet* en el aire. El cojín de cuero de la cadera desvió la pelota, que rebotó en su compañero con un golpe seco y lo tiró al suelo.

González pensó que el hombre había tropezado, pero el movimiento había sido deliberado. El jugador recogió la pelota con los tobillos y, utilizando las piernas como palanca, la lanzó al aire. Su compañero le propinó un cabezazo y la pelota voló hacia la argolla. Por un instante pareció que no llevaba fuerza suficiente, pero finalmente atravesó el agujero y rebotó en el campo.

El juego había terminado.

Los espectadores estallaron en vítores.

Luego se hizo el silencio.

González y sus compañeros de juego estaban en medio del campo dando resoplidos con las ropas empapadas de sudor, tierra y hierba. Había sido un tiro genial. González comprendió que se habían estado riendo de ellos. Sus contrincantes habían jugado como los dioses y en ningún momento existió la posibilidad de ganarles.

En las paredes de la pista había unos grabados en los que González no había reparado hasta ahora, cuando siguió las miradas del equipo contrarió. Uno de ellos mostraba dos hileras de jugadores sobre una pelota marcada con calaveras. En otro aparecía un vencedor sosteniendo un cuchillo en una mano y una cabeza en la otra. Frente a él, de rodillas, había una víctima decapitada de cuyo cuello brotaba sangre en forma de serpientes.

La multitud se acercó y obligó al equipo perdedor a arrodillarse. González notó que alguien le agarraba del pelo para despejarle la nuca y enseguida fue consciente de su suerte. Tres espadas brillaron en el aire y tres cabezas cayeron casi simultáneamente al suelo. Parpadeando frenéticamente, rodaron hasta detenerse junto a la pelota que había sellado sus sinos.

«¡Dios mío!», susurró Zavala desde su puesto de observación. Había seguido el partido con más curiosidad que preocupación. Se daba cuenta de que era un juego

duro, pero no fue hasta el último momento que comprendió cuan letal iba a resultar para los perdedores. Bajó a toda prisa del árbol y corrió hacia el coche.

El salón del interior de la pirámide era inmenso. Las paredes estaban cubiertas de vitrinas con docenas de máscaras de jade de incalculable valor. En una de las paredes había una pantalla enorme. Tras ver cómo González y sus compañeros apuraban sus últimos momentos de vida, Halcón se volvió hacia el hombre de la cicatriz en la cara que descansaba en una butaca de piel con un puro en la mano.

—¿Te gustaría volver a ver la jugada, Guzmán?

—Esperaré al noticiario deportivo, señor.

Halcón dirigió la mano a un sensor oculto y la pantalla se apagó.

—No me digas que le estás perdiendo el gusto al juego de pelota, ¿eh?

—Todavía no estoy preparado para el criquet, señor —repuso Guzmán tras beber un sorbo de *brandy*—, pero estos partidos son demasiado breves y carecen de sutileza.

Halcón extrajo un puro del humidificador, lo encendió y escudriñó a Guzmán pensativamente a través de la cortina de humo. No le sorprendía su franqueza. Le conocía de toda la vida, pues siendo guardaespaldas de su padre, al nacer él lo nombró su protector oficial. El hombre carecía totalmente de astucia, por eso resultaba tan refrescante para un intrigante maquiavélico como Halcón.

—Tienes razón —dijo—. Los partidos como ése deshonan el objetivo del juego, que es inyectar miedo y obediencia a mis seguidores al tiempo que les hago sentirse orgullosos de su pasado cultural.

Halcón descolgó el teléfono.

—Que el equipo ganador se coloque donde pueda verlo para darle su trofeo —ordenó. Luego se acercó a una vitrina que contenía varias armas de fuego. Sacó un rifle con mira telescópica y dijo—: Sígueme, Guzmán.

Salieron a un balcón oscuro desde donde se veía todo el complejo. Los vencedores del partido habían formado una hilera sobre la hierba del campo. Halcón se llevó la culata del rifle al hombro y colocó el ojo en la mira telescópica. El arma disparó tres tiros. Cuando el eco de los disparos se disipó, las tres figuras se desplomaron sobre la hierba.

—Sé que prefieres el rifle austriaco para tus misiones —dijo Halcón mientras examinaba con satisfacción el resultado de su obra—, pero yo siempre he tenido suerte con este inglés L42A1.

Guzmán contempló el campo de pelota y esbozó una sonrisa burlona.

—Supongo que están despedidos.

Halcón rió. Devolvió el rifle a la vitrina y se volvió hacia Guzmán.

—Acepta mis disculpas, Guzmán. No debí sugerir que el hombre que hundió él solo el trasatlántico más bello del mundo estaba perdiendo el gusto por los deportes

sanguinarios. También debo disculparme por ocultarte durante tanto tiempo mis planes. No te invité a mi santuario esta noche para ver esa lamentable actuación en el campo de pelota. Serás el primero en conocer los detalles de mi gran sueño para el futuro.

—Me honra, don Halcón —dijo Guzmán con una ligera inclinación de la cabeza.

Halcón alzó su copa de *brandy* hacia el retrato enmarcado en oro situado sobre la gigantesca chimenea.

—A mi distinguido antepasado, el fundador de la hermandad, dedico mi más querido sueño.

El óleo parecía copiar el estilo del Greco, si bien en este caso el rostro alargado del retratado, y sus orejas puntiagudas, no eran una exageración. El cuadro representaba a un hombre con tonsura y sotana marrón de aspecto saturnino, tez muy pálida, casi translúcida, y labios rojos y voluptuosos. Los ojos, grises y duros como el diamante, brillaban como el fuego. El fondo era todo oscuro salvo un rincón donde aparecía una figura agonizante ardiendo en una hoguera. Guzmán había visto por primera vez el cuadro de Hernando Pérez cuando ingresó en la hermandad. El padre de Halcón le había explicado con una sonrisa irónica que Pérez había condenado a muerte al pintor, acusándolo de hereje, porque quería que su retrato fuera el último que pintara.

Guzmán, primer y único miembro no latino de la orden, era hijo ilegítimo de un piloto alemán destinado en España y una niñera danesa que trabajaba en casa de Halcón. El piloto murió en la guerra y la niñera se suicidó. El viejo señor decidió criar al hijo, y no por motivos altruistas. Sabía que un seguidor de lealtad incuestionable valía más que todo un pelotón movido únicamente por interés. Le dio un nombre nuevo y lo envió a colegios de élite donde aprendió varios idiomas. También tuvo tutores que le formaron en las artes marciales y el uso de las armas, Guzmán mató a su primer hombre durante el duelo a sable que le provocó la odiosa cicatriz. El viejo señor había acertado en sus previsiones. Guzmán se convirtió en un ayudante devoto que, además, poseía un don inaudito para el asesinato y la violencia.

—Su padre solía decir que Pérez era un hombre sencillo —dijo Guzmán.

—Era un nihilista fanático. El buen arcediano creó Los Hermanos de la Santa Espada de la Verdad porque pensaba que Torquemada era demasiado blando con los herejes. Afortunadamente —prosiguió Halcón con una sonrisa— sus votos religiosos no le impidieron disfrutar de los placeres de la carne con las novicias. De lo contrario la familia Halcón no estaría aquí. Y su celo religioso tampoco le impidió robar los bienes de quienes condenaba. Sus creencias dieron lugar al principio esencial de la hermandad.

Guzmán lo recitó de memoria:

—«El deber fundamental de la hermandad es borrar cualquier indicio de contacto entre el Nuevo y el Viejo Mundo anterior a Colón».

—Sigue siendo nuestro deber, pero me dispongo a hacer algunos cambios.

—¿Cambios, señor?

El principio era sagrado para la hermandad.

—No debería sorprenderte. La hermandad ha cambiado de dirección otras veces. Pasamos de ser un grupo religioso a una organización terrorista para proteger la corona española. Hicimos bien nuestro trabajo. La hermandad acabó con los contactos precolombinos que ponían en duda el dogma de la Iglesia y, por tanto, la infalibilidad de las decisiones reales. Al defender la creencia de que Colón era el primer europeo que viajaba al Nuevo Mundo impedimos que otros países reclamaran las riquezas del mismo. Por eso dudar de sus hazañas era un crimen capital. Recuerdo que de joven pregunté a mi padre: «¿Por qué sigue siendo importante? El rey Fernando y la reina Isabel están muertos. España ya no es una gran potencia».

—No es la idea en sí —murmuró Guzmán—, es la pureza de la idea.

—Mi padre te enseñó bien. Lo mismo metió en mi cabeza. Sólo obedeciendo nuestro voto sagrado de llevar a cabo nuestro mandato original podemos seguir siendo un clero de élite unido por una causa sagrada. Bajo la hermandad, Colón ha alcanzado casi el nivel de santo. Incluso hoy día, los especialistas que se desvían de la premisa dispuesta por nuestros hermanos medievales ponen en peligro sus carreras. El mundo se pregunta cómo el generalísimo Franco pudo mantenerse en el poder hasta su lecho de muerte. Fue gracias a las alianzas forjadas con la hermandad. Y gracias a ti fue desviada la mayor amenaza contra Los Hermanos.

—Su padre me dijo que el objeto que transportaba el barco podía destruir a la hermandad, pero también quería demostrar a sus seguidores que estaba dispuesto a todo por conservar la razón de ser de Los Hermanos.

—Sí. Comparó el suceso con la ocasión en que Cortez quemó sus barcos para que sus seguidores no tuvieran más remedio que permanecer a su lado.

—Su padre era un hombre sabio.

—Sabio, sí, pero a la larga su obsesión por el pasado habría destruido la hermandad. Cuando yo tomé el mando nos estábamos convirtiendo en una mafia a la española. Si queremos que la hermandad viva otros quinientos años, debemos hacer lo mismo que Cortez, esto es, quemar nuestros barcos. Ya no trabajamos para proteger una soberanía española inexistente, sino para crear los cimientos de un nuevo imperio. Nuestra inspiración será Quetzalcoátl, la serpiente emplumada de los mayas, que regresará en formas diferentes para iniciar una nueva era. Esta vez Quetzalcoátl renacerá como un halcón.

—No comprendo.

—La razón por la que seguimos ocultando el contacto precolombino es hacer que los hispanos se sientan más orgullosos de su herencia. Si los medios de comunicación empezaran a decir que todas las grandes culturas de Mesoamérica provenían de Europa, China o Japón, los logros de nuestro pueblo perderían valor y serían relegados a los rincones de la historia. Gracias a otro antepasado lujurioso llevo sangre maya en las venas. No sólo soy español, también soy indio. Encarno la

herencia de dos grandes civilizaciones. Sugerir que la gloriosa cultura de mi gente fue importada de civilizaciones extranjeras a través de los mares es repugnante. Insinuar que los olmecas, los mayas y los incas eran poco más que pueblos salvajes que crearon maravillas arquitectónicas, una ingeniosísima ciencia astronómica y un arte de extrema hermosura únicamente después de recibir la influencia y las enseñanzas de intrusos asiáticos y europeos resulta intolerable. Los hijos de Hispanoamérica y sus descendientes deben creer que sus antepasados fueron grandes a partir de su propio ingenio. Es esencial para poder hacer resurgir nuestro antiguo esplendor y ocupar nuestro lugar como civilización líder del siglo xx.

—¿No es mucho pedir?

—Déjame acabar —dijo Halcón—. En menos tiempo del que imaginas, el tercio sur de Estados Unidos se separará y se convertirá en una nación hispanoamericana.

—Con todos mis respetos, don Halcón, Norteamérica armó una guerra civil la última vez que alguien habló de secesión.

—Esta vez la situación es muy diferente —declaró Halcón—. Lo que propongo ocurrirá estando yo vivo o muerto. Dentro de cincuenta años la gente no latina será una minoría en Estados Unidos. Ya está sucediendo en los estados fronterizos como Nuevo México. Yo sólo pretendo acelerar el proceso dirigiendo un movimiento hispano por la independencia, con tu ayuda.

—Haré cuanto esté en mi mano, señor Halcón, como siempre.

—No es tan difícil como crees. —Halcón hizo girar un globo terráqueo sobre su eje—. Observa lo mucho que ha cambiado el mundo. La Unión Soviética y Alemania Oriental han desaparecido. —Detuvo el globo con un dedo—. No es Halcón sino los estudiosos quienes dicen que un día Bélgica quedará dividida entre Flandes y Valonia. Australia se escindirá en cuatro países y China acabará formando regiones autónomas como Hong Kong. Italia se dividirá entre el norte próspero y el sur pobre. Pero lo más importante es lo que los científicos están diciendo sobre Norteamérica.

Condujo a Guzmán hasta una mesa de caoba sobre la que descansaba un mapa enorme y señaló una palabra que cubría la zona sudoeste de Estados Unidos.

—¿Angélica? —leyó Guzmán.

—La fusión de fronteras es inevitable. Hasta los gobiernos saben que Norteamérica debe cambiar. El programa se está trazando mientras hablamos. Cuando Canadá pierda Quebec, las Marítimas pasarán a formar parte de Estados Unidos. Alaska se unirá a la Columbia Británica y los estados del noroeste para formar Pacífica, una nación cuyos intereses se centrarán en la costa pacífica. El estado norteño de México se sumará a los estados del sudoeste de Estados Unidos. —Pasó la mano por el mapa—. Ello unificará a los pueblos indios y españoles, cubriendo el territorio que en otros tiempos perteneció a México.

—¿Cómo combatirá el poder armado de una superpotencia?

—De la misma forma que Cortez y un puñado de seguidores derrotaron al gran imperio azteca, es decir, creando alianzas y malestar entre los diferentes grupos. Ya

estamos trazando los planes de un enfrentamiento militar. Las ciudades fronterizas quedarán sumergidas en sangre. Nadie sobrevivirá. Cuanto mayores sean las atrocidades, más intensas serán las reacciones y su difusión. Cuando estalle la violencia, Estados Unidos me suplicará que acabe con ella. Me convertiré en líder e inculcaremos los viejos valores y las viejas costumbres. —Halcón rió—. Algún día el juego de pelota será tan popular como los toros o el béisbol. La sangrienta rebelión que fomentamos en Chiapas demuestra que puede hacerse.

Guzmán sonrió.

—Aquello fue tan fácil como introducir una cerilla encendida en un depósito de gasolina.

—Exacto. El gobierno reaccionó masacrando indios. Los rebeldes zapatistas mayas mostraron la misma ferocidad que sus antecesores a la hora de exigir concesiones al gobierno. En Estados Unidos, los californianos se están armando contra la entrada ilegal de inmigrantes que nosotros promovemos.

—Los guardabosques quieren convertirse en una fuerza militar para luchar contra las operaciones de narcotráfico que nosotros dirigimos a lo largo de la frontera —añadió Guzmán.

—Todo está saliendo según lo planeado. Estados Unidos perderá la paciencia. La violencia unirá a los millones de hispanos y latinos que viven en los estados del sudoeste. Por eso no podemos permitirnos que se ponga en duda nuestro pasado glorioso. He gastado una fortuna en comprar territorios, votos e influencia política. Halcón Industries no puede dar más de sí. Construí esta nueva Chichén Itzá para que fuera la capital del nuevo país. Con todo, ni los vastos recursos de nuestro monopolio pueden equipar a un ejército que nos defienda de Estados Unidos si éste se opone a la tendencia del futuro. Por eso es fundamental que encontremos el tesoro que nos permitirá llevar a cabo nuestro plan.

—Estamos a punto de encajar todas las piezas del rompecabezas. Nuestros agentes han obtenido documentos de algunas fuentes de España y otros países.

—¿Se ha producido alguna protesta?

—Todavía no. El *International Herald Tribune* informó del robo inexplicable de documentos colombinos de casas de subastas y museos, pero nadie ha llegado aún a ninguna conclusión.

—Hasta ahora —dijo Halcón con una sonrisa taimada.

Guzmán enarcó una ceja.

—Nuestros expertos han analizado los documentos —prosiguió Halcón—. Han localizado la clave que ha de desvelar el secreto que nos ha tenido desconcertados tanto tiempo.

—Le felicito, señor Halcón. Estoy muy contento.

—No lo estarás cuando oigas el resto. Por lo visto, la clave que buscamos yace en el fondo del océano, en el garaje del *Andrea Doria*.

—¿Se refiere a la piedra? —preguntó Guzmán estupefacto—. ¿Cómo es posible?

Su padre me ordenó que hundiera el barco.

—Como ya he dicho, mi padre no era infalible. Pensó que la piedra podía destruirnos.

—¿Seguro que no se trata de un error?

—He hecho examinar los documentos una y otra vez. Yo mismo los he leído. No, amigo mío, me temo que no hay duda. El objeto que mi padre pensó que acabaría con la hermandad muestra el camino hacia una gloria aún mayor. Quiero que elabores un plan para recuperarlo. Podrás contar con todos los recursos de Halcón Industries. Debe hacerse lo antes posible.

—Empezaré a trabajar enseguida, señor.

—Excelente. ¿Hay alguna expedición arqueológica que todavía pueda entorpecer nuestros planes?

—Aparte del breve proyecto de la NUMA en Arizona, la cosa está muy tranquila.

—Te felicito por haber cauterizado esa infección tan rápidamente. ¿Representa la NUMA una auténtica amenaza?

—Yo no la subestimaría. Ya vio lo que ocurrió en Marruecos.

—Estoy de acuerdo. Creo que será mejor que estés al mando de todas las operaciones relacionadas con la NUMA. Utiliza todo el personal que haga falta.

El teléfono móvil de Guzmán sonó.

—Pásalo al circuito cerrado de don Halcón inmediatamente.

Instantes después la pantalla de televisión parpadeó y apareció un bosque en negro y verde claro.

—¿Qué es eso? —preguntó Halcón con impaciencia.

—Lo ha grabado la cámara de vigilancia del ala norte.

Los colores de la imagen fueron manipulados hasta que la cara de un hombre que corría por el bosque invadió la pantalla.

Guzmán blasfemó entre dientes.

—¿Le conoces? —preguntó Halcón.

—Sí. Se llama Zavala y estaba con el equipo de la NUMA en el proyecto de Arizona.

—Decididamente, la NUMA no será un hueso fácil de roer. —Halcón contempló la pantalla pensativamente—. Dijiste que había otro hombre, el jefe del equipo.

—Kurt Austin. Dirigía el proyecto.

—Con ellos dos bastará por el momento. Mátalos. Deja a un lado el plan de recuperación de la piedra si es necesario.

—Como quiera, don Halcón.

Guzmán no se engañaba con respecto a Halcón.

Había sido su ángel guardián desde que nació. Pensaba que su plan megalómano tenía que ver más con sus ansias de poder y riqueza que con su deseo de restaurar la grandeza perdida de la gente que llamaba su pueblo. Estaba utilizando a las personas de sangre india para sus propios fines, y a la larga esclavizaría tanto como sus

antepasados conquistadores. Lo que proponía significaba una guerra civil, derramamiento de sangre y probablemente la muerte de miles de personas.

Guzmán sabía todo eso y no le importaba. Cuando el viejo señor tomó al niño rubio bajo su protección, creó un ser de lealtad inquebrantable. Asesinar a miembros destacados de la NUMA podría ser un gran error, pensó Guzmán mientras se marchaba. Con todo, desde hacía unos años su trabajo le aburría, y ahora lo importante para él era el juego. Los hombres de la NUMA iban a ser unos contrincantes nada despreciables. Su mente empezó a trabajar en la elaboración de un plan asesino.

Yucatán, México

La diminuta hamaca yucateca no estaba hecha para hombres de la estatura de Paul Trout. Cuando no estaba apartando mosquitos intentaba hacer sitio para sus piernas y brazos que le sobresalían de la hamaca hasta tocar el suelo de la choza. Así pues, recibió la luz del alba con alivio. Se levantó, se alisó el traje, decidió que la barba iba a seguir donde estaba y, mirando divertido a Morales, que roncaba en otra hamaca, salió y se dejó envolver por la neblina de la mañana. Cruzó el campo de maíz y se detuvo en la linde del bosque, donde el helicóptero yacía de costado. Parecía una libélula gigante muerta.

El piloto había intentado aterrizar en el maizal el día antes cuando el motor apuró los últimos vapores del combustible. El helicóptero horadó el follaje que tan mullido parecía desde arriba con un horrible estruendo de ramas partidas y chirrido de metales.

El viento había dejado a Trout conmocionado. El piloto se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento. Morales estaba medio atontado. Ruiz, por su parte, contemplaba atónito la escena mientras la baba le caía por el mentón. Morales y Trout sacaron al piloto del aparato para que le diera el aire. Estaban cubiertos de arañazos, pero nadie sufría heridas graves. Trout se alegraba de que Ruiz hubiese sobrevivido. Podría ser una valiosa fuente de información durante la búsqueda de Gamay.

Con las manos sobre las caderas, observó la escena y sacudió la cabeza. Los patines estaban destrozados y los rotores eran historia, pero el cuerpo del aparato permanecía milagrosamente intacto. Trout golpeó suavemente el fuselaje. Dentro hubo movimiento. El piloto, que había preferido pasar la noche en el helicóptero, salió, estiró los brazos y bostezó sonoramente. El ruido despertó a Ruiz, que estaba en el suelo con las manos esposadas a los patines. Los mosquitos no le habían molestado. Oler como un cerdo en una pocilga tenía sus ventajas, se dijo Trout. Rodeó el helicóptero y se dijo de nuevo que era un milagro que siguiera entero. Había contado siete impactos de bala, entre ellos el del depósito de gasolina.

Poco después de que el JetRanger golpeará el suelo se acercó un campesino que había visto la colisión. Por debajo de su sombrero de paja asomó una amplia sonrisa de bienvenida. El hombre no parecía impresionado, como si ver caer del cielo un helicóptero fuera la cosa más normal del mundo. El piloto revisó el aparato y comprobó que la radio no funcionaba. Siguió al campesino hasta su casa, una choza donde su esposa les ofreció comida y agua mientras cuatro niños los miraban con cautela desde un rincón.

Morales interrogó al campesino y luego se volvió hacia Trout.

—Dice que el cura de un pueblo cercano tiene una radio y que irá a verle para pedirle que solicite ayuda.

—¿A cuánto está el pueblo?

Morales meneó la cabeza.

—Lejos. Viajará durante la noche y estará de vuelta mañana.

Trout lamentó la demora, pero no podía hacer nada al respecto. La mujer entregó a su marido una bolsa con comida. El campesino se subió a un burro gris, se despidió de su familia y partió hacia su gran aventura. El animal bajaba por el sendero con paso inestable, y Trout rezó para que durara todo el viaje. La esposa les había ofrecido su casa y dijo que ella y sus hijos pasarían la noche con unos familiares. Para cuando Trout y el piloto volvieron a la choza, la mujer ya había vuelto y estaba preparando tortas de maíz y judías para todos.

Después del desayuno Trout llevó unas tortas a Ruiz. Morales le quitó las esposas de las manos pero no le liberó los pies. Ruiz devoró la comida y luego el sargento le dio un cigarrillo que fumó agradecido. Respondió de buena gana a las preguntas de Morales. El accidente había borrado de su cara la expresión de burla.

—Empezó a trabajar con esa banda de saqueadores hace seis meses —tradujo el sargento—. Dice que antes de eso recogía savia de chicle, pero no le creo. —Interrogó al hombre de nuevo, esta vez con más dureza—. Lo que imaginaba —rió Morales—. Es un vulgar ladrón. Solía robar a los turistas que visitaban Mérida. Un amigo le dijo que podía ganar más dinero con el contrabando de antigüedades. Era más trabajo, pero pagaban mejor y el riesgo era menor.

—Pregúntele para quién trabaja —dijo Trout.

Ruiz se encogió de hombros.

—Para un policía que vigilaba las ruinas —explicó Morales—. Es una banda pequeña, unas doce personas. Ellos se dedican a buscar los lugares y cavar los fosos. Dice que los jades y las cerámicas con las líneas negras son las mejores. Pueden conseguir entre doscientos y quinientos dólares por vasija. Su jefe se lleva una parte y se encarga del transporte.

—¿Adónde? —preguntó Trout.

—No está seguro —tradujo Morales—. Cree que su jefe está relacionado con gente que trabaja en la región del Peten, justo antes de la frontera con Guatemala.

—¿Cómo consigue llevar las piezas hasta allí?

—Dice que las bajan en barca por el río hasta un lugar donde les esperan unos camiones. De ahí van a Carmelita o pasan a Belice. Sé lo que ocurre luego. Las piezas viajan en avión o en barco a Bélgica y Estados Unidos, donde la gente paga mucho dinero por ellas. —Morales miró a Ruiz casi con lástima—. Este idiota desdentado ignora que esa gente gana cientos de miles de dólares mientras que él corre todos los riesgos.

El sargento rio y Ruiz, intuyendo que había contado algo gracioso pero ignorando

que el protagonista era él, esbozó una sonrisa.

Trout reflexionó. Gamay y Chi probablemente tropezaron con una operación de ese tipo y trataron de escapar por el río siguiendo la misma ruta que los contrabandistas. Pidió a Morales que averiguara a qué distancia se hallaban los camiones de los rápidos.

—A un par de noches por el río. Ignora la distancia en kilómetros. Dice que a veces el río se seca en algunos lugares y que resurge después de la estación de las lluvias.

El piloto extrajo un mapa del helicóptero. No aparecía ningún río, hecho que confirmaba la información de Ruiz. Era imposible saber qué ruta podría seguir Gamay.

En ese momento un niño de unos diez años atravesó el maizal dando gritos. Cuando llegó al helicóptero dijo entre jadeos que su padre había regresado. El grupo ató de nuevo a Ruiz y volvió a la choza.

El campesino dijo que hubiera podido regresar antes, pero que había aprovechado la ocasión para visitar a su hermano, que vivía cerca del pueblo. Oh, sí, dijo después de una larga descripción del encuentro con la familia, había hablado con el cura, el cual ya no tenía la radio. A Trout se le cayó el alma a los pies, pero volvió a subírsele cuando el campesino dijo que el cura había utilizado un teléfono móvil que guardaba para las emergencias, principalmente médicas. Solicitó ayuda y escribió una nota en una hoja de papel para que el campesino la entregara al grupo. La nota rezaba: «Diga a los hombres del helicóptero que alguien vendrá a rescatarlos».

La inminencia de un rescate aumentó la impaciencia de Trout, que empezó a caminar por el margen del maizal elevando constantemente la mirada al cielo. De repente oyó un leve zumbido. Aguzó el oído. El ruido fue en aumento hasta que casi pudo sentir las vibraciones en el aire.

Un Huey marrón asomó por encima de los árboles seguido de un segundo aparato. Trout agitó los brazos. Los helicópteros trazaron una curva cerrada y aterrizaron en el perímetro del maizal. Las puertas se abrieron antes de que los rotores se detuvieran y unos hombres con uniformes de camuflaje bajaron. Morales, el piloto, el campesino y su familia se acercaron para darles la bienvenida. El grupo, compuesto por seis hombres, incluía un médico y un capitán. El médico examinó a Trout y sus compañeros y sólo halló heridas superficiales.

Trout y Morales fueron a buscar a Ruiz, pero no estaba. El chiclero había escapado de las ataduras hechas a prisa y corriendo. Decidieron que la búsqueda les haría perder demasiado tiempo. A Trout le habría gustado sacarle más información, aunque lo que había contado hasta ese momento dejaba claro que era el último mico en la jerarquía de la banda. Trató de mirar su huida desde el lado positivo. Se dijo que a lo mejor lo devoraba un jaguar. Pobre animal, pensó. El trío agradeció a la familia campesina su hospitalidad y subió a los Huey.

Menos de una hora después aterrizaban en una base militar cerca de Chiapas. El

capitán explicó que la habían construido un año antes, cuando se produjo el levantamiento indígena. Les ofreció comida, un baño y ropa limpia. Trout, no obstante, tenía cosas más importantes que hacer. Pidió un teléfono.

Austin estaba en su despacho de la NUMA examinando las fotografías que Zavala había hecho en el garaje de Halcón Industries cuando sonó el teléfono. Zavala acababa de describirle el sangriento partido de pelota y Austin se disponía a relatarle su encuentro con Angelo Donatelli en Nantucket. Al oír la voz de Trout, sonrió ampliamente.

—Paul, me alegro de oírte. Joe y yo estábamos hablando de ti hace unos minutos. ¿Encontraste a Gamay?

—Sí y no. —Trout le explicó la aventura del río, la colisión del helicóptero y el rescate.

—¿Qué quieres hacer, Paul?

Trout suspiró profundamente.

—Detesto tener que fallarte, Kurt, pero no puedo volver mientras no haya encontrado a Gamay.

Austin ya había tomado una decisión.

—No tienes que volver. Nosotros iremos donde tú estás.

—¿Qué hay del caso arqueológico en el que estábamos trabajando?

—Gunn y Yaeger pueden elaborar un plan de acción mientras estamos fuera. Quédate ahí hasta que lleguemos.

—¿Qué dirá el almirante?

—No te preocupes. Yo hablaré con él.

—Te lo agradezco, Kurt, más de lo que imaginas —dijo Trout. Era cuanto su introversión yanqui le permitía decir.

Austin llamó a Sandecker y le contó la historia.

Sandecker tenía fama de no abandonar jamás un proyecto una vez iniciado, pero también era célebre por su lealtad para con su personal.

—Tardé años en crear este equipo de misiones especiales. No pienso permitir que una maldita pandilla de bandidos mejicanos secuestre a uno de sus miembros más importantes. ¡Id a por ella! Utiliza los recursos de la NUMA que hagan falta.

Austin no esperaba menos del almirante.

—Gracias, señor. Empezaré por solicitar un rápido traslado a México.

—¿Cuándo queréis partir?

—Primero quiero reunir algunos aparejos. Digamos que dentro de un par de horas.

—Id a la base aérea de Andrews. Un avión os estará esperando cuando lleguéis.

Austin colgó.

—Gamay está en un apuro y Paul necesita nuestra ayuda —explicó a Zavala—.

Sandecker ha dado su visto bueno. Partiremos de Andrews dentro de dos horas. ¿Tendrás tiempo de prepararte?

Zavala ya se había puesto en pie e iba camino, de la puerta.

—Nos veremos allí.

Austin descolgó de nuevo el teléfono y, tras una breve conversación, se marchó. Una vez en su casa llenó una bolsa de mano y salió hacia el aeropuerto. Sandecker había cumplido su palabra. Un Cessna Citation X turquesa de la NUMA se hallaba calentando motores sobre la pista. Él y Zavala estaban arrojando sus bolsas al copiloto cuando un camión militar se detuvo junto al aparato. Dos hombres fornidos de las Fuerzas Especiales se apearon y una carretilla elevadora trasladó una caja de madera hasta la sección de carga del avión.

Zavala enarcó una ceja.

—Me alegro de que te acordaras de la cerveza.

—Pensé que el Equipo de Rescate Austin podría ser útil.

Austin firmó un recibo y poco después él y Zavala se abrochaban el cinturón de seguridad en la lujosa cabina de doce plazas.

La voz del piloto sonó a través del altavoz.

—Tenemos permiso para despegar. Volaremos a Mach 0,88, de modo que llegaremos a Yucatán en menos de dos horas. Relájense y disfruten del viaje. En el armario de los licores encontrarán *whisky* y en la nevera hay refrescos y cubitos de hielo.

El avión se elevó a una velocidad de mil doscientos metros por minuto. En cuanto se hubo nivelado, Zavala se levantó de su asiento.

—Es el avión comercial más rápido después del Concorde —dijo un Zavala emocionado que había volado con toda clase de aparatos—. Voy a la cabina a charlar con los pilotos.

—Como quieras —dijo Austin, pensando que eso le daría tiempo para reflexionar.

Reclinó el respaldo de su asiento, cerró los ojos e intentó imaginar los acontecimientos que Trout le había descrito por teléfono. Para cuando Zavala regresó y le comunicó que estaban a punto de aterrizar, Austin ya estaba elaborando un plan.

Trout los esperaba cuando el Citation se detuvo en la pista. Se había lavado y afeitado, y vestía un uniforme de camuflaje prestado porque le estaban limpiando el traje. Diseñado para soldados mejicanos, el uniforme resaltaba la largura de sus piernas y brazos.

—Gracias por acudir tan rápidamente, chicos.

—No nos habríamos perdido verte con este uniforme por nada del mundo —dijo Austin con una sonrisa.

—Tengo el traje en la tintorería —respondió Trout con cierto malestar.

—Te queda muy bien el camuflaje —prosiguió Austin—. Te pareces a Rambo, pero con clase. ¿No estás de acuerdo, Joe?

Zavala meneó la cabeza.

—No, no lo estoy. Se parece más a Steven Seagal. Quizá Jean Claude Van Damme.

—Cómo me alegro de que hayáis llegado tan pronto a costa de la NUMA para evaluar mi elegancia en el vestir.

—De nada. Es lo mínimo que podemos hacer por un colega.

—Bromas aparte, me alegro de ver vuestras feas caras. Gracias por haberos dado tanta prisa. Gamay necesita apoyo.

—Tendrá más que eso —respondió Austin—. He concebido un plan.

Zavala, al ver descargar las cajas de las Fuerzas Especiales, dijo:

—Oh, oh.

La clave de un buen francotirador no es la puntería, se dijo Guzmán, sino la paciencia. Sentado en una manta entre los arbustos de la orilla del río Potomac, tenía su fría mirada clavada en el cobertizo Victoriano situado al otro lado de la corriente. Llevaba allí varias horas, inmerso en un estado como de zombie, entre alerta y relajado, que le permitía ignorar el entumecimiento de las nalgas y las mordeduras de los insectos. Había presenciado la puesta de sol, consciente de la belleza cambiante del río pero sin conectar emocionalmente con ella.

Comprendió que Austin no vendría incluso antes de que la luz automática de la sala de estar se encendiera. Levantó el rifle austriaco Steyr SSG 69 y, a través de la mira telescópica Kahles ZF69, divisó el cuadro de un barco en la pared. Sólo tenía que apretar el gatillo para que la bala cruzara el río a casi un kilómetro por segundo. Chasqueó la lengua y bajó el rifle. Luego marcó en un teléfono móvil un número de la sede central de la NUMA.

El mensaje del contestador automático decía que el señor Austin estaría fuera unos días, informaba del horario de oficina de la NUMA y pedía a Guzmán que dejara un mensaje. Guzmán sonrió. Sólo había un mensaje que quería dejar al señor Austin. Marcó otro número. El teléfono de un coche aparcado frente a la casa de Zavala sonó.

—Se aplaza —dijo Guzmán, y colgó.

Los dos hombres sentados en el coche se miraron y encogieron de hombros. Luego pusieron en marcha el motor y se alejaron.

Guzmán envolvió el rifle con la manta y se internó en el bosque con un sigilo espectral.

La barca avanzaba por la bruma como en un sueño. Del río brotaban exhalaciones de vapor que, cual espíritus ectoplásmicos, agitaban sus brazos como advirtiéndolo «No sigas».

Gamay manejaba el timón mientras Chi, sentado en la proa como un busto de caoba, vigilaba el frente brumoso. Habían pasado la noche en un islote del río y llevaban navegando desde el alba. Chi había dormido en tierra, pero Gamay no podía olvidar el encuentro con Barba Amarilla. Su colega le aseguró que en el islote no había serpientes. Hasta un gusano sería una compañía indeseable, respondió ella. Prefería la incomodidad de la barca. Un silbido la despertó de golpe y se tranquilizó cuando vio que era el hornillo. Chi estaba preparando café. Después de un rápido desayuno, reanudaron la travesía por el río.

Tenían provisiones para varios días. Como la embarcación era pequeña, habían llenado otra barca con comida, agua embotellada y combustible, y la habían atado a la popa. El peso hacía más lento el avance, pero necesitaban víveres si querían sobrevivir.

El sol de media mañana quemó los fantasmas y el aire se aclaró aunque a cambio de una humedad sofocante. Gamay había encontrado un viejo sombrero de paja que la salvaba de pillar una insolación y le protegía los ojos de la intensa luz.

El río estaba lleno de giros y recovecos. Cada vez que se acercaban a una curva, Chi levantaba la mano y Gamay ponía el motor en punto muerto. Durante unos minutos flotaban con la corriente y aguzaban el oído. Aunque ya no temían un ataque por la espalda, sabían que podían encontrar sorpresas delante. No querían entrar en una curva y tropezar con un bote de bandoleros. En cuanto al helicóptero, todavía no sabían si era amigo o enemigo. Los había salvado de los rápidos, pero no olvidaban que también los había arrojado al agua.

A veces saltaba un pez y el chapoteo sonaba como un disparo. Por lo demás, sólo se oía el parloteo de los pájaros y el zumbido de los insectos. Gamay agradecía el generoso abastecimiento de repelente, pues tenía que aplicárselo cada vez que el sudor o la lluvia lo barrían de su piel. A Chi no parecía que los insectos le molestasen. Selección natural, supuso Gamay. Todo maya sensible a la malaria o a otros males transmitidos por insectos habría desaparecido de la faz de la tierra hace mucho tiempo.

La naturaleza del río variaba a medida que transcurrían las horas. La cuenca se había reducido a la mitad. La misma cantidad de agua en la mitad de espacio permitía una corriente fuerte y uniforme. El paisaje se había vuelto más ondulante, la vegetación más impenetrable y los márgenes del río más altos y empinados.

—Me pregunto dónde estamos —murmuró Gamay, contemplando las paredes de

piedra cubiertas de lianas que flanqueaban el río.

—Y yo. —Chi contempló el cielo—. Sabemos que aquello es el este porque por allí salió el sol. Necesitamos su formación de exploradora, doctora.

Gamay rió.

—Lo que en realidad necesitamos es un receptor de satélite de posición global.

Chi sacó de su bolsa el instrumento que había encontrado en el templo de la cueva y se lo tendió.

—¿Sabe cómo hacerlo funcionar?

—Soy bióloga marina, lo que significa que paso la mayor parte del tiempo debajo del agua y dejo a otros que me lleven, pero he hecho un par de cursos de navegación.

Chi se hizo con el timón mientras Gamay examinaba el instrumento. Era la primera vez que lo analizaba de cerca. Contempló maravillada el bastidor de madera y los engranajes circulares. La escritura era, sin duda, del griego antiguo, y citaba los nombres de varios dioses.

Apretó con el dedo índice la rueda de mayor tamaño, pero estaba atascada a causa de la oxidación, como las demás piezas. Sobre la rueda había varios animales representados. Una oveja. Una cabra. Un oso. Hasta un león. Por la posición, Gamay llegó a la conclusión de que simbolizaban constelaciones estelares. Le recordaba a los diagramas estelares de cartulina con las esferas giratorias que mostraban el cielo nocturno en un momento determinado del año. Muy inteligente.

—La persona que concibió este aparato era un genio —dijo—. Sólo he descifrado una de sus funciones. Indica el aspecto del cielo por la noche en un momento dado del año. Es más, podría indicar qué momento del año es.

—En otras palabras, un calendario celeste que permitía saber cuándo llegaban las lluvias, cuándo plantar y cuándo cosechar.

—Y cuándo navegar. Y su posición. Se puede utilizar el reverso como un sextante para obtener un acimut solar bastante preciso.

—¿Para qué son las otras ruedas?

—Que yo sepa, podría tratarse hasta de un abrelatas —respondió Gamay—. Tendrá que preguntárselo a un técnico. Es una pena que el mecanismo esté oxidado. No me importaría saber dónde estamos.

Chi sacó un mapa de la bolsa y lo extendió sobre sus rodillas.

—Este río no aparece —dijo—. Supongo que sólo es tan caudaloso después de la estación de las lluvias. Teniendo en cuenta la dirección y la velocidad, me atrevo a decir que si no hemos cruzado ya la frontera con Guatemala, estamos a punto de hacerlo. Tendría sentido. Las piezas arqueológicas pasan a Belice a través de Guatemala.

—No tenía previsto visitar Guatemala cuando llegué a Yucatán con la NUMA, pero supongo que no me queda elección.

—Búsquele el lado positivo —dijo Chi—. Tenemos la oportunidad de poner fin a este terrible contrabando de antigüedades.

Gamay enarcó una ceja y confió en que el profesor perdiera parte de su optimismo. Dada su precaria existencia, no había pensado en ellos como en luchadores contra el contrabando. Su principal objetivo era sobrevivir. Se estaba hartando de interpretar los *Perils de Pauline*. Si no estaban muertos era, probablemente, por pura chiripa.

Señaló algunas X anotadas en el mapa.

—¿Tiene idea de qué son?

—Podrían ser cualquier cosa. Excavaciones, almacenes de antigüedades, puntos de abastecimiento, quién sabe.

—Y nosotros, según este práctico aparato, nos dirigimos hacia el meollo.

Gamay devolvió el instrumento a Chi.

—Qué interesante —dijo él pensativamente mientras lo guardaba en su bolsa—. El deseo de darle un uso práctico nos ha hecho olvidar su importancia arqueológica.

—Prefiero que la determinen otros. Yo soy bióloga marina.

—No puede negar que encontrar una antigüedad griega en un asentamiento precolombino plantea algunas preguntas.

—Preguntas que no estoy preparada para responder.

—Ni yo, todavía. Sé que si presentara el más mínimo indicio de contacto precolombino con Europa, provocaría la ira de la comunidad arqueóloga. Este instrumento no llegó aquí solo. O bien lo trajeron los europeos que viajaron a América o bien los americanos que visitaron Europa.

—Tal vez sea una buena cosa que no tengamos a nadie a quien decírselo —señaló Gamay.

La fuerza de la corriente puso fin a la conversación. El río se había estrechado y las paredes habían ganado altura e inclinación. Chi tenía problemas para controlar la barca y Gamay le reemplazó. No se oía ningún murmullo de aguas que indicaran la presencia de rápidos.

—Estamos ganando velocidad —dijo Gamay.

—¿No puede rebajarla?

—Vamos casi en punto muerto. Aguce la vista y el oído. Si percibe que nos acercamos a aguas turbulentas, nos desviaremos hacia la orilla.

Al pie de las paredes se extendían sendas franjas de barro de unos dos metros de ancho, el espacio suficiente para tomarse un descanso. De repente a Gamay le asaltó otra idea. Este era el único camino que pudieron tomar los chicleros, lo que significaba que el río era navegable para una barca pequeña. Controlar la embarcación que portaba las provisiones era un problema. Había llegado el momento de acercarse a la orilla, trasladar algunas existencias de una barca a otra y cortar la cuerda.

De pronto, el río se estrechó aún más y la velocidad de la corriente se duplicó.

Gamay y Chi se miraron desconcertados. Todavía no se oía ningún rápido. Estaban virando por una curva prolongada con las paredes tan próximas que casi

podían tocarlas. Gamay había previsto realizar un giro amplio y dirigir el bote hacia la playa. La barca de las provisiones se desvió hacia un lado y luego tiró de ellos hacia el otro. Gamay sabía por experiencia que cuando las cosas iban mal en un barco, las medidas drásticas eran la única forma de evitar el desastre.

—¡Corte la cuerda! —gritó.

Chi la miró sin comprender.

Gamay hizo el gesto de cortar con el canto de la mano.

—¡Corte la cuerda de la barca o se enganchará en nuestra hélice!

El profesor cortó la cuerda con un golpe de machete. La barca giró lentamente y acabó mirando hacia ellos. Confiaron en que les adelantara. Una colisión en el estrecho cañón sería un desastre. Gamay, que estaba vigilándola por encima de su hombro, no vio la pared de piedra que se les venía encima hasta el último minuto.

Se agachó y la barca entró disparada por un boquete abierto en el muro. El río se los había tragado en apenas unos segundos.

—Necesitamos una linterna, profesor —resonó su voz en medio de la oscuridad.

La linterna se encendió e iluminó unas rocas húmedas que brillaban a unos metros de distancia. Gamay giró el timón para evitar la colisión, pero se pasó y la barca quedó de costado a la corriente. Tras unos momentos de incertidumbre recuperó el control y se reconcilió con el río.

Chi iluminaba con la linterna paredes y techos de roca. Gamay tenía la sensación de estar en el túnel del terror de un parque de atracciones, sobre todo cuando la linterna se posó en una miríada de hojas negras que cubrían el techo. Contuvo la respiración, no tanto por miedo como para bloquear la peste a amoníaco.

—Odio los murciélagos —murmuró.

—No se mueva y no le harán nada.

El consejo de Chi resultó innecesario. La idea de unas alas brillosas y unos dientes afilados sobre su cuerpo la había paralizado.

Las criaturas permanecieron donde estaban y fueron menos a medida que avanzaban.

—Fascinante —dijo Chi—. Nunca había visto un río adentrarse bajo tierra de forma tan repentina.

—Lamento decir esto, profesor, pero su país tiene demasiadas cuevas y agujeros para mi gusto.

—Es cierto, doctora. Parece un queso suizo.

Gamay intentó buscar el lado positivo, pero se dio cuenta de que no lo había. La tierra se los había tragado y no tenían garantías de que existiera una salida. A lo más era la ruta que utilizaban los chicleros, lo que significaba que podían tropezar con ellos en cualquier momento. Sacó la hélice del agua y utilizaron una paleta para dirigir la embarcación, que alejaban de las paredes de la cueva con las manos y los pies.

Gamay se agarró a una estalagmita y la rodeó con la cuerda remolcadora que

había sobrado. Treparon a una roca y encendieron una linterna. Había esperado que la barca de las provisiones pasara frente a ellos como una bala, pero probablemente había quedado atascada en algún lugar. Chi lamentó la pérdida del cerdo en conserva. Gamay no iba a echar de menos la carne, pero sí el combustible y el agua.

Durante un almuerzo de tortas de maíz frías y tiasas, hablaron de las posibles opciones y llegaron a la conclusión de que sólo existía una: seguir adelante. Ninguno de los dos expresó el temor de que el río terminara en un callejón sin salida, pero esa posibilidad flotaba sobre sus cabezas como una nube negra.

Regresaron a la barca, encendieron el motor para tener un mejor dominio de la misma y viajaron durante otra media hora, agachando con frecuencia la cabeza y tosiendo a causa del aire húmedo y cerrado. La corriente pareció amainar. Chi, que iluminaba el camino desde proa, anunció que el río casi había recuperado su anchura previa a los rápidos. La luz amarilla de la linterna reveló una cueva enorme.

—¡Deténgase!

Gamay apagó el motor y giró rápidamente el timón, evitando por los pelos una colisión con la pared negra que se interponía en su camino. El río había desaparecido de nuevo. Debe de sumergirse aún más, pensó Gamay. Estaban en un estanque del que salía un afluente angosto. Buscando un trayecto mejor, Gamay dirigió la barca hacia lo que parecía un canal artificial.

Chi apagó la linterna y, con el cuerpo inclinado hacia adelante, fijó la mirada en un destello anaranjado que iba creciendo a medida que se acercaban y que al final resultó ser un fanal de queroseno sujeto al pilote de un pequeño embarcadero. Gamay se detuvo junto a dos botes idénticos al suyo y apagó el motor. Aguzaron el oído pero sólo oyeron el sonido nervioso de sus respectivas respiraciones.

—Supongo que aquí termina el paseo —dijo Gamay.

Llenaron la bolsa de Chi con las provisiones que les quedaban y echaron a andar por el muelle. Estaba construido contra una plataforma de piedra tan ancha como una pasarela. El camino se fue ampliando y las paredes rugosas dieron paso a otras más lisas. Siguieron un sendero de fanales hasta llegar a una gran cámara de paredes lisas y rectas.

Chi miró alrededor.

—Era una cantera, probablemente utilizada por los antiguos mayas para cortar la piedra caliza destinada a construir templos y casas. Estamos en el centro de una actividad maya.

—Dudo que sus antepasados utilizaran luces de queroseno.

—Y yo. Lo bueno de todo esto es que debe de haber una entrada por algún lado.

Exploraron el lugar hasta hallar varias docenas de cajas de madera apiladas en paletas. Chi miró a través de las rendijas.

—Increíble —susurró—. Deben de haber cientos de piezas mayas. Los chicleros utilizan esta cantera para almacenar antigüedades robadas.

—Probablemente transportan la mercancía por el río y luego la distribuyen desde

aquí. —De repente a Gamay se le encendió una lucecita—. Eso significa que necesitan vehículos terrestres para sacarla.

Chi apenas la escuchaba. Estaba frente a unos estantes contruidos a ras de pared. La linterna se paseaba por unos bloques de piedra enormes, expuestos como si de una tienda de lápidas se tratara.

—Otra vez los barcos —susurró.

Gamay se acercó y vio los grabados en la piedra.

—Se parecen a los de las ruinas.

—Así es. Por lo visto el saqueo es más extenso de lo que imaginaba. Deben de haber encontrado otras ruinas arqueológicas parecidas a las que visitamos. Utilizaron una sierra eléctrica de diamante para cortar estas secciones de las paredes. —El profesor suspiró—. Es una tragedia.

La curiosidad de ambos superó momentáneamente el instinto de supervivencia. Se habrían pasado el día comparando notas si Gamay no hubiese reparado en un resplandor blanquecino al final de la cantera. Luz natural. Al fin podrían salir de este siniestro lugar. Desde que se apearon de la barca había tenido la sensación de que no estaban solos. Mirando por encima del hombro, cogió a Chi del brazo y prácticamente lo arrastró hacia la luz.

Esta provenía de una abertura tan ancha como la puerta de un garaje coronada con el típico arco voladizo maya. Salieron. El cambio de temperatura les impactó y la fuerte luz del sol les hizo parpadear. Frente a la entrada había una plataforma de carga y un gancho que colgaba de una grúa. La tierra en torno a la plataforma estaba cubierta de aceite de motor y huellas de neumático.

Gamay se acercó a la grúa, pero percibió algo por el rabillo del ojo y se detuvo. Miró hacia su derecha, luego hacia su izquierda, y no le gustó lo que vio. A cada lado de la entrada había un hombre. Uno la apuntaba con un rifle, el otro tenía una escopeta dirigida a Chi. También llevaban una pistola en el cinturón. Gamay y el profesor se miraron y, tácitamente, decidieron no hacer ningún movimiento precipitado. Su única escapatoria era volver por donde habían venido, posibilidad que enseguida se vio frustrada cuando un tercer hombre armado emergió de la cantera. Su sensación de que alguien les seguía era real, pensó tristemente Gamay.

Los tres hombres, aunque tenían el mismo aspecto desaliñado como los chicleros que les habían perseguido río abajo, mostraban una actitud más disciplinada. Aquéllos debían de ser el último escalón de la jerarquía, los obreros que desenterraban las antigüedades y las mulas que las transportaban. Éstos, en cambio, probablemente eran vigilantes. El tercer hombre dio una orden en español y la pareja indicó a Gamay y Chi que echaran a andar.

Anduvieron por un camino de tierra que cruzaba el bosque durante unos minutos antes de llegar a un claro artificial donde descansaba un pequeño camión todoterreno GMC. La puerta de un cobertizo lleno de herramientas estaba abierta. En el motor del vehículo se hallaba trabajando un hombre que, al oír pasos, levantó la cabeza. Era un

hombre delgado, de piel cetrina y barba rala. Él y el jefe de los vigilantes hablaron durante un rato. Pese a no saber español, Gamay dedujo que el mecánico era la máxima autoridad del grupo.

Después de intercambiar unas frases con Chi, el hombre frunció el entrecejo y sacudió la cabeza, como si ya hubiese oído suficiente. Gamay percibió aliviada que en el ambiente no se respiraba la amenaza de violación que había sentido en los anteriores encuentros. Con todo, no le gustaba la idea de que el hombre no apartara la mano de la pistola. Después de meditar, subió al camión y habló en voz baja con una voz que salía de una radio. La conversación fue acalorada en algunos momentos, pero el mecánico sonreía cuando se apeó del vehículo y dio una orden a los guardas. Éstos arrojaron a Gamay y al profesor al suelo, les liaron los pies con una cuerda y les ataron los brazos al parachoques trasero del camión.

—¿Qué le dijo? —preguntó Gamay cuando les dejaron solos.

—Que usted es una científica y yo su guía. Le conté que nos habíamos perdido y que nos metimos en la cueva sin querer.

—¿Le creyó?

—Eso poco importa. Dijo que tenía órdenes de disparar contra cualquier extraño, pero habló por radio con los jefes y éstos le dijeron que nos llevaran ante su presencia.

—Parecía muy satisfecho de sí mismo por pasarles el muerto. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—El camión tiene una avería en el motor. Nos iremos cuando la haya arreglado.

Gamay suspiró. No estaba asustada, sólo cansada y algo decepcionada por haber sido capturados cuando estaban tan cerca de conseguirlo. Después de tanto esfuerzo no estaban mejor que al principio. Tratando de buscarle el lado positivo a la situación, se dijo que, por lo menos, esos chicleros no la miraban con lascivia. Y no tendrían que caminar. Se concentró en el camión. Podría ser su escapatoria si encontraban la forma de arrebatárles la llave de contacto a cuatro hombres armados. Apoyó la cabeza en el parachoques y analizó las opciones. Enseguida se dio cuenta de que sólo había una cosa que podía salvarlos. Un milagro. Cerró los ojos. Iba a ser una larga noche.

Zavala vio los cuerpos desde el primer helicóptero. El Huey volaba siguiendo la trayectoria tortuosa del río cuando Zavala reparó en los desechos humanos atrapados en un recoveco de la corriente. El aparato se acercó y quedó suspendido sobre el agua. Zavala asomó el cuerpo e inspeccionó los cadáveres. Luego llamó por radio al segundo helicóptero, que en esos momentos trazaba un círculo perezoso sobre sus cabezas.

—Paul, Kurt, no hay por qué preocuparse. Sólo hay hombres.

En otras palabras, Gamay no estaba entre ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó Trout.

—Lo seguro que puedo estar desde aquí arriba.

—Gracias —intervino Austin—. Éste es un buen lugar para bajar. ¿Está lista la limusina?

—Lista.

—Estupendo. Adelante.

Los dos helicópteros prestados por el ejército mejicano habían sobrevolado las ruinas donde Gamay fue capturada la primera vez. Trout había querido que sus compañeros de la NUMA se hicieran una idea completa de su huida con el profesor Chi. Así pues, habían pasado por encima de los rápidos y continuado río abajo hasta ver los cadáveres.

Zavala comunicó el mensaje de Austin al piloto. El Huey se deslizó hasta la zona más ancha del río y descendió lentamente hasta que el enorme objeto que llevaba suspendido bajo la panza tocó el agua. Zavala apretó un botón y acto seguido el helicóptero subió liberado de la carga que transportaba. El aparato donde viajaban Austin y Trout ocupó rápidamente su lugar.

Austin fue el primero en bajar por la cuerda que terminaba en una suerte de bañera gigante. Encendió el motor y mantuvo la embarcación quieta mientras Trout descendía.

Luego el helicóptero bajó una bolsa impermeable que contenía material importante. Trout la descolgó y el aparato se elevó.

—No suelo recoger a autoestopistas, pero tienes cara de buena persona —gritó Austin por encima del ruido del motor.

Trout sonrió. Pese a su preocupación por Gamay, se alegraba al fin de hacer algo. Extrajo de su cinturón la radio de mano.

—Gracias por la limusina, Joe.

—De nada. Será mejor que la probéis antes de zarpar.

La «limusina» era un Seal de dos plazas, el hidrodslizador más pequeño del mercado. El casco, de espuma y fibra de vidrio verde, popa redondeada y morro

puntiagudo, apenas medía cuatro metros y medio. El empuje combinado de la hélice y el ventilador elevador le permitía planear sobre el cojín neumático por encima del agua o de la tierra a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora. Recordando la experiencia de Nina Kirov, Austin había decidido que los malos no iban a ser los únicos en utilizar embarcaciones originales. El Seal estaba diseñado para cazadores y amantes de la fauna que querían llegar a lugares de otro modo inaccesibles. Las Fuerzas Especiales habían modificado el modelo civil añadiendo focos, sensores infrarrojos y soportes para una ametralladora.

Austin apretó el motor Briggs & Stratton de veinte caballos y la embarcación se elevó del agua. Hizo algunos giros planeando bajo a alta velocidad. Satisfecho con su dominio del aparato, entregó los controles a Trout. Mientras éste se familiarizaba con ellos, Austin sacó de la bolsa su revólver y dos CAR15, la versión recortada del M16. Además de un promedio de novecientos cincuenta tiros por minuto en automático, el arma podía utilizarse como lanzador de granadas.

Austin confiaba en que no hiciera falta utilizarlas, pero no quería mostrarse demasiado optimista. Ya no se reía del uniforme de camuflaje de Trout, y él mismo vestía uno prestado con la gorra a juego.

Nada habría podido prepararles para el olor nauseabundo que desprendían los cadáveres. Antes de acercarse más, Austin y Trout sumergieron sus pañuelos de cuello en el agua y se los ataron por encima de la nariz. Se hubiera dicho que alguien había hinchado los cuerpos con una mancha. Apretando los dientes, Trout se obligó a inspeccionar los cadáveres uno por uno.

Cuando estuvo seguro de lo que había visto, conectó la radio.

—Bien, Joe, Gamay no está aquí.

—Me alegro.

—Creo que son los tipos que dispararon contra nuestro helicóptero desde los botes. —Trout se estremeció al recordar lo cerca que había estado Gamay de ser arrastrada por los rápidos.

—Sobrevolaremos el río. Gamay podría estar esperando un poco más adelante a que tú y Kurt la rescatéis.

—Gracias otra vez por cederme el puesto.

—Ha sido un placer, amigo.

La noche antes habían tenido un pequeño debate sobre quién iba a acompañar a Austin. Zavala estaba deseando intervenir, pero sabía que Trout debía estar presente cuando encontraran a Gamay, ya fuera viva o muerta. Por razones prácticas, necesitaban a alguien en el puesto de mando que hablara español e hiciera de contacto con los mejicanos.

Los Huey se elevaron y desaparecieron por encima del follaje. Austin dirigió el Seal corriente abajo y apretó el acelerador. El aparato se elevó del agua y dio un salto hacia adelante como por efecto de un tirachinas. Austin sabía que el reconocimiento por aire podía cubrir mucho terreno en poco tiempo, pero también era consciente de

que la selva era capaz de ocultar algo tan pequeño como un ser humano cuando preguntó a los compañeros de las Fuerzas Especiales si tenía algo que pudiera meterlos y sacarlos de lugares angostos.

La pareja se turnaba en los controles manteniendo una velocidad de treinta kilómetros por hora. Pese a todo el tiempo que pasaron en el río, Gamay y Chi apenas habían recorrido ochenta kilómetros desde que dejaron atrás los rápidos. El hidrodreslizador podía cubrir esa misma distancia en muchísimo menos tiempo. La mirada afilada de Trout percibió un destello en medio de la corriente. Se detuvieron en el pequeño islote y Trout desembarcó. Chi había tenido cuidado de no ensuciar la isla, pero se le había caído un trozo del envoltorio de las tortas de maíz. Trout subió a la embarcación y enseñó su hallazgo a Austin, que asintió con la cabeza y apretó el acelerador al máximo. ¡El juego había empezado!

—Kurt, sé que te parecerá imposible —dijo la voz de Zavala por radio.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé muy bien. Después de muchos giros, el río empezó a estrecharse hasta formar una especie de cañón y de repente desapareció.

—Repíte eso.

—El río desapareció en cuestión de segundos.

—¿Dónde estás?

—Estamos siguiendo un patrón de búsqueda para intentar recuperarlo. Si no lo conseguimos, iremos a buscaros.

El minihidrodreslizador siguió navegando. También ellos notaron el estrechamiento del río y la creciente inclinación de las paredes.

—Nada, Kurt —dijo la voz de Zavala—. Regresamos. Nos queda poco combustible.

Habían traído gasolina de repuesto, pero la habían dejado en las ruinas. A esa velocidad no tardarían en llegar a ellas para llenar los depósitos y proseguir con la búsqueda. Austin y Trout seguirían navegando hasta donde permitiera el río y se encontrarían allí con los Huey.

Estaban en la garganta, avanzando con rapidez gracias a la corriente, cuando vieron la barca atrapada en el barro de la orilla. Austin detuvo el hidrodreslizador. La embarcación estaba llena de envases y probablemente el peso impedía que la corriente se la llevara.

—¿Qué opinas, Paul?

—No creo que sea la barca en la que navegaban. Mi suposición es que la estaban remolcando. Está tan llena que no hay donde sentarse. Además, el motor está levantado. Y fíjate en esa cuerda. La han cortado.

Austin tiró de un tubo de goma.

—Tienes razón. El tubo de la gasolina ni siquiera está conectado al depósito.

Internaron la barca aún más en el islote y regresaron al hidrodreslizador. Apenas habían navegado unos minutos cuando el río desapareció.

—He aquí la respuesta —dijo Trout—. El río sigue por debajo de la tierra.

Intentó hablar con Zavala por radio pero no obtuvo respuesta, probablemente porque las paredes bloqueaban la transmisión. Decidieron seguir adelante. Bajaron el cojín de aire y entraron lentamente mientras Trout iluminaba el camino con un foco.

La vibración de la hélice alteró a los murciélagos, que se despegaron del techo agitando frenéticamente sus alas y sus uñas afiladas. Con el hidrodeslizador avanzando de nuevo sobre el cojín, Austin aceleró. Apenas veían más allá del furioso remolino de cuerpos negros y la embarcación rebotaba contra las paredes, pero Austin mantuvo el pedal a fondo.

Finalmente la jauría desapareció.

Austin puso punto muerto y dejó que la corriente los arrastrara.

—¿Estás bien?

—Probablemente mi pelo se vuelva blanco como el tuyo, pero por lo demás estoy bien. Sigamos.

El sonido del motor resonaba con fuerza contra las paredes. Austin confió en que sus potenciales adversarios fueran sordos, porque su presencia podía oírse a varios kilómetros de distancia. Finalmente desembocaron en una cueva y comprobaron que el río volvía a desaparecer pero que del estanque salía un canal.

Éste terminaba en un pequeño embarcadero iluminado por un fanal. Amarraron la embarcación junto a tres barcas y bajaron. Con las armas en ristre, echaron a andar por la pasarela hasta llegar a la cantera. Después de inspeccionar el contenido de las cajas, caminaron hacia un resplandor de luz natural que brillaba a lo lejos.

Austin se detuvo bajo el arco voladizo y escuchó la música que sonaba en la distancia. Era un ritmo latino. Con la espalda apretada contra la pared y el dedo sobre el gatillo del CAR15, asomó la cabeza, examinó la zona en torno a la plataforma de carga y, al verla despejada, salió lentamente mientras hacía señales a Trout para que le siguiera. Pegados al follaje, echaron a andar por el camino de tierra.

Del camino salía un sendero trillado que se adentraba en el bosque. Austin y Trout avanzaron a gatas por entre los arbustos, paralelos al sendero, y llegaron al margen de un claro. Austin se adelantó y miró por entre la hierba. Trout le agarró el hombro, pero Austin ya había visto la masa de pelo del color del vino tinto. Era Gamay. Y estaba atada al parachoques trasero de un camión GMC. Tenía la cara roja como un pimiento y la nariz pelada por el sol. Su esplendorosa melena era ahora una maraña de rizos grasientos, pero por lo demás parecía ilesa. A su lado había un indio que debía de ser el doctor Chi. Gamay abrió los ojos y miró alrededor como si sintiera la presencia de la pareja.

Austin estudió la escena. La música llegaba de un radiocasete portátil situado en la caja del camión. Sentados en el suelo, junto al vehículo, había tres hombres jugando a cartas con las armas al alcance de la mano y armados todos con pistolas. Austin se fijó en el morro del camión, donde un cuarto hombre trabajaba en el motor. También él llevaba pistola, pero más preocupante era la AK 47 apoyada contra el neumático. Austin hizo señas a Trout para que retrocediera. Decepcionado, Paul asintió, consciente de que era necesario explorar el terreno.

Se apoyaron contra un árbol y evaluaron la situación.

—Tenemos cuatro hombres armados que, en otras circunstancias, no representarían ningún problema —dijo Austin—, pero se da el caso de que Gamay y el doctor Chi están justamente en la línea de tiro. No me hace gracia que el cuarto hombre esté separado de los demás. Tiene una AK al lado que podría hacer mucho daño. ¿Alguna sugerencia?

—Podríamos pedir refuerzos —dijo Trout señalando el *walkie talkie* que colgaba de su cinturón—, pero eso significaría más tiros y, por tanto, más probabilidades de herir a alguien.

—Estoy de acuerdo. —Austin se frotó el mentón—. Parece que Gamay y Chi están bien, lo que significa que alguien los quiere vivos, al menos por el momento.

—Intuyo que se marcharán en cuanto hayan reparado el motor.

—Será cuando la situación se vuelva más inestable. El juego de cartas terminará y es posible que los guardas se alejen de la línea de tiro. O tal vez podamos atacar cuando Gamay y Chi suban al camión.

—Existe la posibilidad de que aparezcan más tipos —señaló Trout.

—Me disgusta tanto como a ti tener que esperar y correr ese riesgo, pero no podemos hacer otra cosa.

Trout asintió y regresaron al margen del claro. El juego de cartas continuaba y el mecánico seguía trabajando en el motor. Austin se alegró de que Gamay y Chi tuvieran los ojos abiertos. Se reprimió la rabia que le provocaba verlos así.

Mucho después de que Austin decidiera que no volvería a escuchar música latina en toda su vida, el mecánico emergió de debajo del capó, se limpió las manos con un trapo sucio y subió al camión. El motor arrancó al primer intento con un ruido ensordecedor. Una nube de humo negro salió del tubo de escape y envolvió a Gamay y al profesor, que empezaron a girar la cabeza de un lado a otro intentando inútilmente escapar de ella.

El juego de cartas se detuvo bruscamente. Los jugadores agarraron el dinero, se levantaron y, cubriéndose la nariz y la boca con las manos, se alejaron del camión. Y de sus armas, observó Austin con satisfacción. El trío empezó a gritar al mecánico. Viendo que los guardas no mostraban el debido entusiasmo por su éxito, agarró por el cuello al que tenía más cerca, lo arrastró hasta el morro del camión y le obligó a escuchar el sonido del motor. Los demás guardas rompieron a reír y se unieron a ellos.

—Empieza el espectáculo —dijo Austin.

La clave de una emboscada eficaz es la sorpresa y el encubrimiento. Podrían haber aniquilado a los chicleros con un solo barrido de sus armas, pero el objetivo de Austin era el rescate, no el asesinato. Él y Trout se levantaron y entraron con naturalidad en el claro. Trout disparó algunos tiros al aire mientras Austin apuntaba hacia los chicleros. El objetivo era la intimidación. Los disparos tuvieron el efecto deseado. Por lo menos en parte. Los tres vigilantes contemplaron el avance de la pareja exterminadora, dirigieron la mirada a sus inútiles pistolas, miraron de nuevo al hombre de pelo cano y mirada de hierro y a su gigantesco compañero, y echaron a correr por el bosque.

El mecánico saltó al camión, puso primera y pisó el acelerador. Los neumáticos chirriaron y lanzaron una lluvia de gravilla. El vehículo salió disparado arrastrando a Gamay y al profesor Chi como latas en un coche de recién casados. El radiocasete seguía en la caja, vomitando música latina.

Austin gritó a Trout que le cubriera de los chicleros que huían. Desenfundó la Bowen y, sosteniéndola con ambas manos, apuntó hacia la ventanilla trasera del camión. Disparó cinco veces y el cristal de la ventana estalló en mil pedazos. Los últimos disparos fueron innecesarios, pues la primera bala había levantado la tapa de los sesos del conductor.

El camión avanzó unos metros más, como si llevara un piloto automático, hasta que el motor se detuvo. Austin corrió hacia el vehículo, pero Trout se le adelantó. Liberó a su esposa de las ataduras y la estrechó entre sus brazos.

Cambridge, Massachusetts

Una semana más tarde un taxi cruzaba la verja de hierro forjado que rodeaba el césped de Harvard Yard, giraba por una calle tranquila flanqueada de árboles y se detenía frente a un edificio de ladrillo de cinco plantas cuyo estilo georgiano contrastaba con los modernos edificios de ciencias que le hacían compañía. Zavala se apeó del taxi y leyó el letrero del Museo Peabody de Arqueología y Etnología. Volviéndose hacia Austin y Gamay, dijo en tono solemne:

—Este es un gran día para la familia Zavala. Mi madre siempre deseó que fuera a Harvard.

—Tu madre debe a mi marido Paul el logro de su pequeñín —dijo Gamay—, pero de todos modos te felicito.

—Gracias. Mi madre también te lo agradece. ¿Entramos en el santo lugar? —dijo Zavala con una reverencia.

Los colegas de la NUMA se habían reunido en Cambridge esa mañana por petición de Trout, que había llegado al museo dando un rodeo por la selva de Yucatán. Tras rescatar a su esposa, el equipo había regresado al *Nereus* a bordo de un helicóptero mejicano.

Durante la espera habían examinado las piezas almacenadas en la cueva.

Chi había encabezado la marcha por las hileras de cajas y estantes mientras explicaba con tristeza la importancia de esos objetos y el daño que representaba tan arbitraria exhumación. Deteniéndose frente a una de las piedras grabadas, dijo:

—Sé que estas piedras cuentan una historia, una historia importante, pero debido a la negligencia con que fueron arrancadas y arrojadas a este lugar, se tardarán meses o incluso años en averiguar qué dicen.

Las palabras de Chi resonaban en los oídos de Trout mientras el helicóptero los trasladaba al *Nereus*. Gamay se sometió a un reconocimiento y supo que sólo sufría debilidad. Con su esposa tumbada en una cama auténtica disfrutando de las delicias gastronómicas de la cocina del barco, regresó al campamento chiclero llevando consigo una caja repleta de equipo fotográfico.

El ejército había establecido un fortín para proteger las antigüedades y arrestar a los saqueadores que fueran apareciendo. Chi se había quedado para hacer el inventario de los objetos robados. Cuando Trout le explicó lo que tenía en mente, el profesor se mostró entusiasmado. Trout hizo cientos de fotografías digitales de las estelas y sus inscripciones. Luego regresó al barco para volar a casa con Gamay. Una vez en Washington, introdujo la información en sus ordenadores.

Como geólogo oceánico, Trout había desarrollado una gran habilidad en el

manejo de gráficos informáticos. Su trabajo consistía en algo más que explorar el fondo marino con ojos y oídos electrónicos. Tenía que presentar sus hallazgos arcanos sobre estratos u orificios termales de forma que no hiciera falta un doctor para entenderlos. La arqueología ya estaba empleando la informática para reconstruir desde ciudades antiguas hasta restos de esqueletos. Durante el estudio Paul charló a menudo por teléfono con el doctor Chi, que estaba de vuelta en Ciudad de México. Finalizados los análisis, llamó a Austin y dijo:

—Sé que te parecerá una locura, pero el trabajo que he estado realizando para el doctor Chi podría estar relacionado con la misión que teníamos entre manos.

Austin no necesitaba más pruebas. Telefonó a Nina Kirov y le hizo un resumen de los hallazgos de Trout. Le preguntó si podía poner a Paul en contacto con algún experto en civilización maya. Nina enseguida le recomendó al doctor Orville. Trout viajó con sus disquetes a Cambridge e instaló un chiringuito en el Peabody.

El reducido vestíbulo del museo estaba dominado por un tótem esquimal de rostros grotescos que miraban desde lo alto a la joven recepcionista. Austin dijo quiénes eran y la muchacha pulsó el botón de un interfono. Una guía igualmente atractiva apareció y los condujo por una escalera de metal hasta la quinta planta. Por el camino vieron una escultura de un guerrero maya sentado.

—El Peabody es uno de los museos antropológicos más antiguos del mundo —les explicó la guía—. Se fundó en 1866 a partir de una donación de 150.000 dólares de George Peabody. La construcción del edificio de cinco plantas comenzó en 1877. El museo posee quince millones de piezas, pero estamos devolviendo muchas de ellas, sobre todo las obtenidas por E. H. Thompson en el cenote sagrado de Chichén Itzá donde sacrificaban muchachas vírgenes.

—Se me ocurren mejores cosas que hacer con una virgen —murmuró Zavala.

Por fortuna la guía no le oyó. Entraron en una sala de conferencias. Nina estaba cerca del atril hablando con un hombre delgado de melena pelirroja y salvaje. Sonrió radiantemente al grupo, sobre todo a Austin, observó éste complacido, y enseguida se acercó para estrecharle la mano. Austin notaba que el pulso se le aceleraba cada vez que posaba los ojos en su boca exuberante y en las curvas de su cuerpo de supermodelo. Se juró que algún día se la llevaría donde no estuvieran rodeados de amigos y colegas.

Nina presentó a los recién llegados al doctor Orville. Austin sabía que las apariencias no debían tenerse en cuenta, pero en este caso no estaba tan seguro. El experto en cultura maya vestía un traje de lana abrochado hasta arriba pese al calor. La corbata, ancha y obsoleta, estaba adornada con viejas manchas de comida. El grosor de los cristales de las gafas aumentaban el destello maníaco de sus ojos marrones, si bien una inteligencia candente mantenía a raya la sombra de la locura. Aunque a duras penas. Austin decidió que meditaría sobre la delgada línea que separaba la genialidad de la locura en otro momento.

—Paul está dando los últimos retoques a su trabajo. Se reunirá con nosotros

enseguida —explicó Nina.

La puerta se abrió. Gamay, que esperaba ver la cabeza inclinada de su marido, sonrió sorprendida y tendió la mano al hombre bajo que se detuvo frente a ella.

—Casi no le reconozco sin el machete, profesor.

El cambio de aspecto iba más allá del machete. El profesor vestía un traje de Armani de color gris azulado y una corbata amarilla, y lo hacía con la misma naturalidad que si llevara sus ropas de campesino. El rostro permanecía pétreo como una gárgola, pero sus ojos bailaban divertidos.

—Cuando estuve en Roma... —dijo encogiéndose de hombros.

—Tiene un aspecto estupendo.

—Usted también, doctora Gamay.

La última vez que se vieron Chi le estaba diciendo adiós desde el suelo mientras ella se alejaba en un helicóptero. Chi no parecía afectado por la aventura en el río. Gamay, en cambio, no volvió a ser ella misma hasta que regresó a Washington. El sol implacable de Yucatán le había quemado su piel rosada. La dieta a base de tortas y las noches en vela por miedo a las serpientes no habían contribuido a mejorar su aspecto.

La sala de conferencias empezaba a parecer un desfile de moda cuando Trout asomó por la puerta. En armonía con su entorno harvardiano, vestía una americana de pata de gallo hecha a medida en Londres para adaptarla a la longitud de su tronco, pantalones de color verde oliva con la raya perfectamente marcada y la inevitable pajarita. Se disculpó por el retraso y mientras el profesor se situaba junto al atril, se acercó a la mesa e introdujo un disco blando en un ordenador portátil conectado a una pantalla de cine. El montaje se parecía al utilizado por Hiram Yaeger en la sede central de la NUMA. Nina se sentó junto a Trout y el resto del equipo lo hizo en la primera fila de asientos, emocionados como estudiantes en su primer día de universidad.

Orville inauguró la reunión.

—Gracias a todos por venir. Nina les habrá dicho que tengo fama de hacer declaraciones descabelladas a la prensa local. —Esbozó una sonrisa—. Pero debo reconocer que hasta a mi fértil imaginación le costaría concebir una historia que superara en fantasía a la que están a punto de escuchar. Si me lo permiten, cedo la palabra a mi estimado colega y querido amigo, doctor José Chi.

El profesor subió al atril con las manos en la espalda.

—Me gustaría dar las gracias al doctor Orville por organizar esta reunión y permitarnos utilizar la sala de conferencias de esta institución en la que he pasado tantas horas felices como estudiante —dijo—. Como ya saben, la doctora Gamay y yo descubrimos un almacén repleto de piezas antiguas robadas. Entre los objetos había grabados de piedra arrancados de los templos y edificios sin tener en cuenta su origen. Muchos fueron dañados. Aunque hubiera preferido que las piezas hubiesen permanecido en su lugar, es posible que la gente que las robó haya ayudado sin saberlo a resolver un asunto que, según me han contado mis amigos de la NUMA, es

algo urgente.

Levantó el dedo y Trout pulsó una tecla del ordenador. En la pantalla apareció una fotografía aérea.

—Éste es el emplazamiento saqueado —explicó Chi—. Los montículos son restos de edificios construidos en torno a la plaza mayor de una antigua ciudad maya. Siguiente, por favor.

En la pantalla apareció otra imagen.

—Un observatorio. Fíjense en los detalles del friso. Siguiente. Las construcciones no se limitaban al nivel del suelo. Esto es un templo subterráneo, pero eso no es lo único que lo hace inusual.

Austin se inclinó hacia adelante.

—¿Inusual en qué sentido, doctor?

Señalando la imagen que tenía detrás, Chi dijo:

—La mayor parte de las ciudades mayas tienen tres funciones: administrativa, religiosa y residencial. Este centro estaba dedicado por entero a la ciencia, principalmente al estudio del tiempo y la astronomía. La ciencia maya estaba ligada a la religión del mismo modo que la religión estaba ligada al poder político. Con todo, tengo la sensación de que aquí se practicaba una ciencia más pura de lo habitual. Su nombre maya es Lugar del Cielo. Durante nuestra charla lo llamaremos MIT.

—¿Como el Instituto Tecnológico de Massachusetts? —preguntó Zavala.

La mundialmente renombrada institución de investigación y enseñanza se hallaba a sólo unos kilómetros de allí.

—Exacto —respondió Chi—, pero en este caso MIT hará referencia al Instituto Tecnológico «Maya».

Como un comediante en la sala de fiestas de un hotel, Chi esperó a que las risas se apagaran, cedió el atril a Trout y ocupó su lugar en la mesa.

—El doctor Chi estuvo convencido desde el principio de que los dibujos e inscripciones tallados en las piedras relataban una historia —dijo Trout—. El problema era que las piedras estaban todas revueltas. Era lo mismo que romper en pedazos las páginas de una novela y barajarlos. En realidad, de varias novelas, porque las piedras procedían de varios lugares. En este caso, para colmo, las hojas eran de piedra. Hicimos un montón de fotografías y las introdujimos en el ordenador para poder ordenarlas desde la pantalla. Utilizamos el sentido común y la información proporcionada por las inscripciones mayas, que el doctor Chi y el doctor Orville tradujeron. Luego ordenamos las piedras. La historia que cuentan, como bien dijo el doctor Orville, es ciertamente increíble.

Trout retomó el mando de la proyección y Orville ocupó su lugar.

—Clasificar las imágenes fue relativamente fácil. Nos concentramos en los dibujos de naves como las del observatorio MIT que vieron al principio. Ésta es la primera de la cronología.

Austin estudió la escena.

—Parece la Armada española preparándose para hacerse a la mar.

—A juzgar por el número de naves, se trata de una flota y no de embarcaciones sueltas. La actividad en el puerto es frenética pero organizada. Primero aparecen naves en fila que están siendo cargadas y luego esas mismas naves con la carga ya a bordo.

En la pantalla apareció una serie de escenas que mostraban la flota en el mar.

—Aquí tenemos un viaje más bien fantástico, con toda clase de extrañas criaturas marinas —prosiguió Orville—. Muchas de estas escenas se diferencian sólo ligeramente, como si el artista quisiera dar la sensación del paso del tiempo.

—¿Tiene idea de cuánto? —preguntó Gamay.

—Las inscripciones mayas dicen que el viaje duró un ciclo lunar, esto es, unos treinta días. Los mayas eran cronometradores muy precisos. Ésta es la última escena de la serie. Las naves han llegado a su destino y son saludados mientras descargan. La operación destila una familiaridad que sugiere que los habitantes de la tierra a la que han llegado les conocen. —Se volvió hacia Trout y dijo—: Es hora de poner en funcionamiento la magia de tu ordenador.

Trout asintió con la cabeza. El cursor de la pantalla del ordenador seleccionó tres figuras, enmarcó sus caras con una línea blanca y las aumentó. Una de las caras correspondía a un hombre barbudo de perfil aguileño que llevaba puesto un sombrero en forma de cono. La segunda era una cara ancha de labios carnosos, con una especie de casco ajustado en la cabeza. La tercera era el rostro de un hombre de pómulos altos que lucía un tocado de plumas.

Trout trasladó las imágenes al lado izquierdo de la pantalla y las colocó una debajo de otra. Tres caras nuevas aparecieron a la derecha.

—¿Los separaron al nacer? —preguntó Zavala.

—El parecido es increíble, ¿verdad? —Dijo Orville—. Regresemos al plano general. Doctora Kirov, nos gustaría conocer su opinión como arqueóloga marina.

Utilizando un puntero láser, Nina señaló un barco y luego otro.

—Lo que vemos aquí es, básicamente, la misma nave utilizada con dos fines diferentes. Las características son idénticas. El casco alargado y el fondo recto. La ausencia de botavara. Las cargaderas utilizadas para izar y arriar las velas cuelgan de una verga fija. La silueta se prolonga hacia una popa voladiza. Tres cubiertas. Soportes de popa a proa. La proa tallada. —El punto se detuvo un breve instante—. Aquí está el remo de doble dirección. El saliente en este extremo es un espolón. Esto es una hilera de escudos a lo largo de la cubierta.

—¿Se trata de un navío de guerra? —preguntó Zavala.

—Sí y no. En la cubierta superior de una de las naves hay hombres con lanzas, probablemente soldados o marineros. En la proa hay puestos de observación y espacio para muchos remeros. —El láser pasó a la otra embarcación—. Aquí, no obstante, la cubierta está reservada para una persona importante. Observan la figura del hombre recostada al sol. El asta tiene una medialuna en lo alto, indicando que es

el navío almirante. Esto que cuelga de la popa podría ser un adorno, quizá una alfombra, lo que significa que el almirante tiene la autoridad.

—¿Cuánto mide? —preguntó Austin.

—Según mis cálculos, entre treinta y sesenta metros. Quizá más. Eso representa un volumen de mil toneladas.

—Nina —intervino Orville—, ¿podrías emplear la comparación que utilizaste con nosotros?

—Desde luego. Este barco es mucho más largo que los ingleses del siglo XVII. El *Mayflower*, por ejemplo, sólo tenía ciento ochenta toneladas.

—Entonces, según tu opinión, ¿qué estamos mirando? —preguntó Orville.

Nina contempló las imágenes como si temiera pronunciar lo que rondaba en su cerebro.

—Mi opinión como arqueóloga náutica —dijo al fin— es que estas naves reflejan las características de los barcos oceánicos fenicios. Sé que resulta un poco vago, pero quiero esperar a tener más pruebas.

—¿Qué clase de pruebas necesitarías? —inquirió Austin.

—Un barco real, para empezar. Lo que sabemos sobre naves fenicias procede, principalmente, de las imágenes que aparecen en las monedas. Han surgido informes que afirman que había barcos de hasta noventa metros. Me cuesta creerlo, pero aunque cortemos esa longitud a la mitad, todavía resulta una embarcación muy sólida para la época.

—¿Bastante sólida como para cruzar el Atlántico?

—Sin duda —respondió Nina—. Esos barcos eran mucho más grandes y resistentes que algunos veleros que han hecho la travesía. Hay gente que ha cruzado el océano en una arenera. Los barcos que hemos visto habrían sido idóneos. Las velas cuadradas son las mejores para una travesía transoceánica. Con un aparejo de proa a popa corres el riesgo de que la vela trasluce con un cambio de viento. Con las cargaderas podían acortar la vela si el viento era enérgico. Se producía un fuerte balanceo con tan poco calado, pero con ayuda de los remeros el barco recobraba la estabilidad. La longitud también ayuda. Un trirreme como éste podría recorrer cien millas al día en condiciones climatológicas ideales.

—A falta de barco, ¿qué más necesitarías para convencerte de que es fenicio?

—Yo no he hablado de convencerme. Ya estoy convencida. ¿Podemos volver a esas caras, Paul? —Las seis cabezas aparecieron en la pantalla. El punto láser se posó en el hombre de la barba y luego en su gemelo—. El sombrero cónico de estos dos caballeros se parece al de los marineros fenicios.

—Lo cual no es de extrañar —intervino Orville—, porque la imagen de la derecha proviene de una estela fenicia descubierta en Túnez. La cara del caballero de debajo es idéntica a las caras de rasgos africanos halladas en La Venta, en México. El tercer personaje procede de las ruinas mayas de Uxmal.

—Sospecho que ahí se oculta una conclusión —dijo Austin.

Orville se reclinó en su silla e hizo una tienda con las puntas de los dedos.

—Llegar a conclusiones básicas a partir de coincidencias pictóricas vale para un pseudocientífico que quiere vender un libro de bolsillo, pero no para un arqueólogo —dijo. Respiró hondo—. Mis colegas arrastrarían por todo Harvard los jirones de mi andrajosa reputación si me oyeran decir esto. La arqueología marina no es mi fuerte, de modo que no puedo evaluar las declaraciones de Nina. Lo que sí sé es que en esas piedras aparecen fenicios, africanos y mayas juntos. Más aún, el doctor Chi y yo hemos traducido las inscripciones conjunta y separadamente, y hemos obtenido los mismos resultados en cada ocasión. Las piedras cuentan que esos barcos llegaron a territorio maya huyendo de un desastre en su país de origen, y que fueron recibidos no como forasteros sino como viejos conocidos.

—¿Se menciona alguna fecha?

—Conociendo la obsesión maya por la medición del tiempo, me habría sorprendido que no fuese así. Traducido a nuestro calendario, las naves llegaron el año 146 a.C.

Nina susurró algo en latín. Al ver que todos se volvían hacia ella, dijo:

—Es una frase que se aprende el primer año de latín. *Delenda est Carthago*. ¡Hay que destruir Cartago! Catón el Viejo finalizaba sus discursos en el Senado romano con esta frase. Quería avivar el deseo del pueblo de una guerra contra la ciudad fenicia de Cartago.

—Y funcionó, si no recuerdo mal. Cartago fue destruida —dijo Austin.

—Así es. En el año 146 a.C.

—Lo que significa que estas naves pudieron haber escapado de los romanos.

—Una fecha es sólo una fecha —dijo Nina, clavándose con firmeza a la silla antes de dejarse arrastrar demasiado por la teoría de Austin—. Yo sólo he señalado la coincidencia. No he llegado a ninguna conclusión. Como científica, sería una irresponsabilidad hacer una afirmación de ese tipo. —Sus ojos, sin embargo, no podían ocultar la emoción.

—Entiendo que como científica no puedas decir lo que piensas sin contar con pruebas más sólidas —dijo Austin—. Sin embargo, a juzgar por lo que he visto hoy, estoy convencido de que las inscripciones de esas piedras sugieren que hubo viajeros que llegaron a América mucho antes que Colón. Sabes que los fenicios eran capaces de hacer la travesía.

—Sé que fueron los más grandes exploradores hasta el siglo V o VI. Circunnavegaron África e incluso llegaron a Cornualles, en la costa inglesa, y cabo Verde. Se cree que uno de sus viajes se compuso de sesenta naves con miles de personas a bordo.

—No hay más preguntas, señorita —dijo Austin con exagerada afectación.

—No tan rápido, Perry Masón. Los escépticos dirán que estas inscripciones son interesantes, pero preguntarán cómo sabemos que son auténticas. Hace unos años se encontraron unas inscripciones en Brasil que, supuestamente, describían una

expedición fenicia realizada en el año 531 a.C. Se llegó a la conclusión de que eran falsas. Sé que parece una locura, pero habrá gente que dirá que los ladrones de antigüedades pudieron tallar esas piedras para venderlas a coleccionistas ingenuos. No hay duda de que podrías argumentar que las «naves de Tarsis» hicieron viajes transatlánticos, pero necesitarás pruebas más sólidas para conseguir que alguien de la comunidad científica lo acepte.

—¿Qué hay del astrolabio que Gamay y el profesor encontraron?

—No bastaría, Kurt. Dirían que alguien lo trajo con Cortez o algún hidalgo español y que un indio lo robó y lo metió en el templo. No habrá premio hasta que sepas con seguridad cómo llegó allí.

—¿Cuentan las piedras qué transportaban las naves?

—Lo estábamos guardando para el final —dijo Orville con una risita de colegial.

—Sí, sabemos lo que transportaban —intervino Chi—. Las piedras dicen que, principalmente, llevaban joyas, oro y plata.

Austin le miró estupefacto.

—¿Insinúa que los barcos transportaban un tesoro?

Chi asintió.

—Es evidente que no se trataba de una expedición comercial de rutina —dijo Austin con la mirada brillante—. Cartago estaba sitiada por los romanos. Seguro que los cartagineses habrían hecho cualquier cosa para impedir que echaran mano del tesoro real.

—¿Se sabe qué fue del tesoro? —preguntó Zavala.

—Por desgracia, ninguna de las piedras se extiende más allá de la llegada de los barcos —dijo Chi.

Nina arrugó la frente.

—Lo del tesoro resulta muy emocionante —dijo con impaciencia—, pero el brillo del oro podría deslumbrarnos y desviarnos de nuestros esfuerzos por encontrar el motivo por el que mi expedición fue masacrada en Marruecos.

—Nina tiene razón —repuso Austin—. Concentrémonos en el hilo que conecta estas inscripciones con los otros hallazgos, o sea, Cristóbal Colón. Sabemos que cientos de años después de que estas piedras fueran talladas Colón oyó hablar de un gran tesoro. —Señaló la pantalla—. ¿Podría ser eso lo que estaba buscando?

—Lamento echar un cubo de agua fría a su teoría —replicó Orville—. Los rumores que atrajeron a Colón pudieron estar basados en las riquezas de los aztecas. Sabemos que más tarde los españoles se llevaron el premio. —Hizo una pausa—. Dijiste que Colón navegaba con rumbo fijo. ¿Significa que estaba siguiendo un mapa?

—No exactamente —respondió Austin—. ¿Recuerdas esa noticia que Nina te pidió que desenterraras de tus archivos?

—Ah, sí, el artículo sobre la estela.

—Colón mencionó que se estaba guiando por una «piedra parlante».

—Ahora lo recuerdo. El monolito tallado que encontraron en Italia. Viajaba en un camión blindado con destino, por cierto, a este museo.

—Esa piedra podría ser la clave de todo este lío —dijo Austin—. Tesoro y asesinatos.

—Es una pena que no podamos verla.

—¿Quién dice que no podemos? La NUMA ha llevado a cabo proyectos más profundos y difíciles.

—A ver si he entendido bien —dijo Orville sin creer lo que estaba oyendo—. ¿Estás pensando en sumergirte más de sesenta pies y entrar en un trasatlántico hundido cuyo estado desconocemos, para sacar una piedra enorme de un vehículo blindado?

Zavala guiñó un ojo a Austin.

—Con suerte podríamos hacerlo entre el desayuno y la comida y celebrarlo en la cena.

—Umm —dijo Orville con una sonrisa. Se inclinó y señaló a los dos hombres de la NUMA—. Para que luego digan que el chiflado soy yo.

Bajíos de Nantucket

El minisumergible apenas había descendido unas brazas en las aguas verdiazules de Nantucket y Austin ya dudaba de querer bucear con Zavala. Sus dudas no tenían nada que ver con la habilidad como piloto de su compañero. No había nave dentro, sobre o fuera del agua que Joe no supiera manejar. El problema era lo mucho que desafinaba. Mientras la grúa elevaba el aparato biplaza de la cubierta para introducirlo en el agua, Zavala había procedido a deleitarle con la versión española de *Yellow Submarine*.

—¿No conoces otra canción? —Ladró Austin por su micrófono.

—Se aceptan sugerencias del público.

—¿Por qué no cantas *Far Far Away*?

La risa queda de Zavala entró por los auriculares de Austin.

—Caray, no he oído esa canción desde que era un muchacho.

—Los momentos desesperados exigen medidas desesperadas.

—Vale, lo he pillado. En cualquier caso, suena mejor acompañada con la guitarra.
¿Adónde quieres ir, amigo?

—¿Qué tal abajo, para empezar?

Austin vio el saludo de Zavala con la mano a través de la burbuja de observación, tan próxima que podría haber tocado el hombro de su colega de no ser por el plexiglás que envolvía sus cabezas. Las cúpulas gemelas estaban montadas al frente del minisumergible y sobresalían de la superficie de cerámica verde como los ojos bulbosos de una rana.

El Deep Flight II no era como los demás sumergibles y batiscafos submarinos con forma de hombre obeso. Semejaba más un caza futurista que un vehículo submarino. El fuselaje, rectangular y plano, tenía los extremos frontal y trasero ahusados como la punta de un cincel. Las paredes de los costados eran perpendiculares al techo y el suelo y tenían los cantos afilados. Las aletas, achaparradas, iban equipadas con faros fijos. Detrás de las aletas y las burbujas de observación había unas hélices, y delante un par de brazos manipuladores y un foco móvil.

A diferencia de la tripulación de un sumergible tradicional, que viajaba sentada como si estuviera frente a una mesa, Austin y Zavala iban postrados boca abajo, sujetos a unas cazuelas que se ajustaban al cuerpo y con los codos apoyados en unos receptáculos acolchados. Tenían dos controles que incluían una palanca para subir y otra para bajar. Zavala conducía el aparato mientras Austin manejaba los demás mandos, como luces, vídeo y brazos manipuladores. También vigilaba la pantalla digital que contenía la brújula, el velocímetro, el cuentakilómetros y los controles del batómetro, el aire acondicionado, la unidad estroboscópica y el sonar. La nave, de

tendencia flotante, se sumergía ajustando los timones de profundidad de la sección de cola, como en los aviones.

Austin y Zavala tenían el torso elevado unos treinta grados para simular la posición natural de un nadador. La postura también contribuía a que los descensos y ascensos bruscos fueran menos vertiginosos. El espacio resultaba suficientemente largo para el metro ochenta y dos de Austin, pero algo estrecho para la anchura de sus hombros. Con todo, se dijo, y a pesar de la serenata de Zavala, era una forma agradable de explorar un trasatlántico hundido.

El lugar del naufragio estaba marcado con una boya roja esférica. Zavala sumergió el aparato dibujando círculos en torno a la cuerda de la boya, cuyos cincuenta y cinco metros terminaban en un tramo de cadena atado al pescante del tercer bote de babor. El descenso hasta el punto más elevado del barco duraba normalmente entre tres y cuatro minutos. El minisumergible hubiera podido hacerlo en mucho menos tiempo, pero Austin quería familiarizarse con el entorno en el que iban a trabajar. Pidió a Zavala que le llevara hasta el fondo.

Las aguas profundas filtraban los colores procedentes de la superficie. Primero desaparecieron los rojos. A cinco brazas todos los tonos se habían evaporado salvo el verde azulado. Para compensar el crepúsculo artificial, el agua se volvió clara como el cristal cuando la nave atravesó las capas más calientes en las que permanecían suspendidas partículas de vegetación. Finalmente, una mancha negra y enorme apareció sobre la arena del fondo.

La excelente visibilidad les había permitido descender sin luces. Al alcanzar los treinta y seis metros de profundidad, Zavala aplanó la nave, redujo la velocidad al mínimo y encendió el foco frontal de la nave. El barco estaba tumbado de costado. El halo de luz transformó la negrura del casco en un verde oliva cadavérico salpicado de borrones amarillentos y manchas de óxido que parecían sangre seca. La pátina de vegetación marina, formada por millones de anémonas, se extendía más allá de la luz.

A Austin le costaba imaginar que ese enorme buque inerte otrora hubiera sido uno de los barcos más veloces y bellos del mundo. Se puede estar frente a un edificio tan alto como la longitud del *Doria* y permanecer impasible. Pero si esos doscientos metros caen horizontalmente sobre una superficie plana, su inmensidad resulta vertiginosa.

Acostado sobre estribor, ocultando el boquete mortal abierto por el pico afilado del *Stockholm*, el *Doria* parecía un monstruo marino que se había tumbado para dormir y ahora el mar lo reclamaba. El minisumergible conectó la cámara de vídeo y se deslizó hacia la popa siguiendo las portillas. Empequeñecida por el gigantesco casco, la nave parecía un crustáceo de ojos saltones explorando una ballena. Cerca de la hélice de dieciséis toneladas de babor Zavala giró y pasó por encima de los rectángulos negros que en otros tiempos habían sido las ventanas de la cubierta de paseo. Cuando llegó al final descendió a sesenta metros y dirigió el aparato hacia la proa siguiendo una trayectoria paralela a la anterior. A su izquierda, las cubiertas con

sus gradas formaban ahora una pared de más de veinticinco metros. Pasaron junto a las tres piscinas que en otros tiempos habían refrescado a los pasajeros de primera clase y llegaron a la cubierta de los botes salvavidas. Los pescantes funcionaban ahora tan mal como en 1956.

Docenas de redes de pescar aparecían atrapadas en los pescantes velando las cubiertas como enormes mortajas sobre un féretro gigante. Un manto de vegetación marina lo cubría todo. Algunas redes, mantenidas en lo alto por sus boyas, todavía atrapaban bacalaos que pasaban demasiado cerca. Al ver las espinas putrefactas, Zavala decidió mantener el aparato a una distancia prudente.

La chimenea rojiblanca del navío se había desprendido dejando un enorme pozo cuadrado que conducía a la sala de máquinas. Otras aberturas daban paso a escaleras descubiertas. La superestructura descansaba en medio de un revoltijo de escombros. El *Andrea Doria* parecía más una gabarra que un barco. Sólo cuando llegaron a los restos de la timonera y vieron los enormes botalones, cabestrantes y bolardos intactos en la cubierta de proa empezaron a tener la sensación de que estaban en un trasatlántico. Costaba creer que un barco de semejante tamaño se pudiera hundir, pensó Austin, pero eso mismo habían dicho del *Titanic*.

Austin rompió finalmente el silencio.

—Este es el aspecto que adquieren treinta millones de dólares después de pasar unas décadas en el fondo del mar.

—¡Caray! Me parece mucho dinero para un pesquero —dijo Zavala.

—Eso sin contar los millones invertidos en mobiliario y obras de arte y las cuatrocientas toneladas de mercancía. El orgullo de la marina italiana.

—No lo entiendo —dijo Zavala—. Sé que la niebla era espesa, pero ambos navíos tenían radar y puestos de observación. ¿Cómo es posible que entre tantos millones de kilómetros cuadrados de océano acabaran ocupando el mismo espacio al mismo tiempo?

—Cuestión de suerte, supongo.

—No podrían haberlo hecho mejor si lo hubiesen planeado.

—Cincuenta y dos personas muertas. Un trasatlántico de veintinueve mil toneladas hundido. Serios desperfectos en el *Stockholm*. Mercancías valoradas en millones de dólares perdidas. Yo a eso lo llamo planificación.

—¿Insinúas que se trata de uno de esos misterios marinos sin resolver?

—¿Se te ocurre una respuesta mejor?

—Razonable, no —respondió Zavala con un suspiro—. ¿Adónde?

—Echemos un vistazo al agujero de Gimbel —propuso Austin.

El minisumergible giró con la gracia de una raya y se dirigió hacia proa. A medio camino de babor redujo la velocidad hasta divisar un boquete.

El agujero de Gimbel.

El orificio, de dos metros y medio por seis, era el legado de Peter Gimbel. Veintiocho horas después de que el *Doria* zozobrara, Gimbel y otro fotógrafo llamado

Joseph Fox se sumergieron y pasaron trece minutos explorando la tragedia. Ahí comenzó la fascinación de Gimbel por el barco. En 1981 dirigió una expedición que utilizó una campana de inmersión y técnicas de saturación. Los submarinistas cortaron las puertas de entrada al salón de primera clase para llegar a una caja fuerte que se decía contenía un millón de dólares en objetos de valor. La caja se abrió en televisión en medio de una gran expectación, pero sólo contenía unos cientos de dólares.

—Parece la puerta de un granero —dijo Zavala.

—Tardaron dos semanas en abrirla con pistolas de magnesio —explicó Austin—. No tenemos mucho tiempo.

—Quizá fuera más fácil aunar el barco entero. Si la NUMA fue capaz de levantar el *Titanic*, el *Doria* sería coser y cantar.

—No eres el primero en sugerirlo. Se han ideado muchos mecanismos para arrancarlo del fondo del mar. Aire comprimido, globos de helio, un ataguía, burbujas de plástico. Incluso pelotas de ping pong.

—Muchos cojones debía de tener el tipo al que se le ocurrió eso último —silbó Zavala.

—Bromas aparte, ¿qué opinas después de lo que has visto?

—Creo que con ese agujero nos han facilitado el trabajo.

—Estoy de acuerdo contigo. Subamos y veamos qué opinan los demás.

Zavala alzó el dedo pulgar y elevó el morro del sumergible. Austin contempló cómo el fantasma gris se perdía en la oscuridad. En algún lugar de ese enorme casco se ocultaba la clave de la extraña serie de asesinatos. Dejó a un lado sus siniestros pensamientos cuando Zavala empezó a entonar el estribillo en español de *Octopus Garden*. Austin agradeció a sus estrellas de la suerte que el trayecto fuera breve.

El Deep Flight emergió a la superficie con una explosión de espuma. A unos cuarenta y cinco metros de distancia había un barco gris con la superestructura blanca. Debajo del agua el minisubmarino era ágil como un pececillo. Fuera, su estructura plana quedaba a merced de las olas y el viento. Austin no tenía tendencia a marearse, pero empezaba a hacer mala cara y se alegró cuando el barco puso rumbo hacia ellos.

Como muchos otros barcos de salvamento e investigación, su principal función era servir de plataforma para bajar, remolcar y arrastrar instrumentos y vehículos. Aunque tenía un castillo y una proa remolcadora, la mayor parte de sus veinte metros de longitud estaban destinados a cubierta. En cada lado de la cubierta había una grúa. Un montacargas abarcaba casi los siete metros de bao de la popa, donde una rampa descendía hasta el mar. Dos hombres con traje de neopreno empujaron un bote inflable hasta el agua y zarparon hacia el minisumergible. Mientras uno dirigía el timón el otro fijaba un gancho al anillo del submarino.

La cuerda provenía de un cabestrante que tiró de la nave hasta estribor. El brazo de la grúa descendió y los hombres del bote fijaron el cable a las abrazaderas de la

nave. El sumergible se elevó del agua y fue depositado en una cuna de acero. La operación se había realizado con precisión suiza. Austin no habría esperado menos de los barcos de su padre.

Tras la reveladora conferencia en el Peabody, Austin había llamado a Rudi Gunn para pedirle un barco remolcador. La NUMA tenía docenas de naves involucradas en sus extensas operaciones. He ahí el problema, explicó Gunn. Los barcos de la agencia estaban esparcidos por todo el planeta, la mayoría repletos de científicos que habían hecho cola para conseguir una plaza a bordo. El más cercano, el *Nereus*, todavía se hallaba en México. Gunn le dijo que tardaría una semana en conseguirle algo. Austin le pidió que le hiciera la reserva y colgó. Después de meditar un poco, marcó otro número.

Una voz de oso ronco respondió. Austin explicó a su padre lo que necesitaba.

—¡Ja! —Rió el hombre—. Pensaba que la NUMA tenía más barcos que la marina estadounidense. No me puedo creer que el almirante no tenga ni un pobre bote que dejarte.

Austin dejó que su padre se recreara.

—En este momento no. Papá, necesito tu ayuda.

—Umm, la ayuda tiene un precio, muchacho —advirtió el viejo.

—Los gastos correrán a cargo de la NUMA.

—Al carajo con el dinero —gruñó el hombre—. Mi contable encontrará la forma de hacer que pase como donación caritativa si no consigue que lo metan antes en Alcatraz. Si te consigo algo que flote, ¿dejarás por un momento el absurdo asunto en el que te haya metido Sandecker para venir a verme antes de que esté demasiado senil para reconocerte?

—No puedo prometerte nada, pero existe una posibilidad.

—Umm. Encontrarte un barco no es como llamar un taxi, ¿sabes? Veré qué puedo hacer.

El hombre colgó y Austin sonrió. Su padre sabía perfectamente dónde estaba cada uno de sus barcos y a qué se dedicaban en ese momento, pero quería tener a su hijo en ascuas durante un rato. Austin no se sorprendió de que el teléfono sonara a los pocos minutos.

—Estás de suerte —dijo la voz de oso—. Te he conseguido una barquichuela que está haciendo un trabajo para la marina en Sandy Hook, en New Jersey. No es tan grande como los barcos de la NUMA, pero servirá. Mañana te estará esperando en el puerto de Nantucket.

—Te lo agradezco de veras, papá.

—Tuve que torcerle el brazo al capitán y perderé dinero con la operación —dijo el viejo en un tono más suave—, pero supongo que vale la pena si así consigo que mi hijo venga a verme en mis últimos años de vida.

¡Menudo comediante!, pensó Austin. Su padre sabía que estaba como una rosa y que le quedaban muchos años por delante. Fiel a su palabra, tenía su barco en

Nantucket al día siguiente. El *Monkfish* estaba lejos de ser una barquichuela. Era, en realidad, un barco de salvamento de tamaño medio con menos de dos años de antigüedad. Para colmo, lo dirigía el capitán John McGinty, un irlandés del sur de Boston de rostro rubicundo. El capitán se había sumergido en el *Andrea Doria* años antes y estaba encantado de repetir la operación.

Austin se disponía a sacar la cinta de la cámara de vídeo del sumergible cuando McGinty se le acercó.

—No me tengas en ascuas —dijo con impaciencia—. ¿Qué aspecto tiene?

—Ha envejecido un poco, pero podrás comprobarlo con tus propios ojos. —Austin le tendió la cinta. El capitán contempló la nave y sonrió—. Menudo bólico —dijo, y se dirigieron a su despacho.

Austin y Zavala se instalaron cómodamente en sendas butacas mientras el capitán servía tres *whiskies* e introducía la cinta en el aparato de vídeo. Guardando un silencio sepulcral, absorbió cada detalle del casco y de la patina de anémonas que cubría la pantalla. Cuando la cinta hubo terminado, apretó el botón de rebobinado.

—Habéis hecho un buen trabajo. El *Doria* no ha cambiado mucho desde que bajé a verlo en el ochenta y siete. Ahora hay más redes y —añadió con un suspiro—, como bien dijiste, tiene los cantos un poco gastados. El problema, no obstante, está en lo que no se puede ver. He oído que los mamparos se están desintegrando. El barco no tardará en desmoronarse sobre sí mismo.

—¿Puedes darnos una idea de qué podríamos encontrarnos allí abajo?

—Desde luego. ¿Otra copa?

Sin esperar respuesta, el capitán sirvió dos cubitos de hielo en cada vaso y otra dosis de Jack Daniel's. Bebió de su vaso mientras contemplaba la pantalla negra del televisor.

—Hay algo que no debéis olvidar. Puede que el *Doria* parezca hermoso incluso con todo ese verdín pegado al casco, pero es un asesino de hombres. No lo llaman el Everest de los submarinistas porque sí. Aunque no ha matado a tantos hombres, quizá a unos diez, los tipos que se sumergen en el *Doria* buscan en el peligro el mismo subidón de adrenalina que el escalador.

—Cada barco naufragado tiene su propia personalidad —dijo Austin—. ¿Cuáles son los principales peligros de éste?

—El *Andrea Doria* esconde muchas cartas debajo de la manga. En primer lugar, la profundidad, con dos horas de descompresión. Es necesario llevar traje de neopreno por el frío. Los tiburones se acercan para comerse a los peces. La mayoría son azules y, teóricamente, inofensivos, pero cuando estás colgado de la cuerda de la boya efectuando la descompresión corres el riesgo de que un tiburón miope te confunda con un bacalao.

—Cuando empecé a bucear mi padre me dijo que recordara que en el agua no eres el último eslabón de la cadena de alimentación —dijo Austin.

McGinty asintió.

—Todo eso carecería de importancia si no existieran los demás problemas. La corriente ahí abajo es perversa y puede llegar a introducirse en el barco. A veces tienes la sensación de que podría arrancarte de la cuerda de anclaje.

—La noté cuando manejaba el sumergible —dijo Zavala.

McGinty asintió.

—Luego está el problema de la visibilidad.

—Se veía bastante bien. Encontramos el barco sin necesidad de utilizar los faros —explicó Austin.

—Tuvisteis suerte. Hacía sol y el mar estaba tranquilo. En un día nublado o brumoso podrías darte con el barco en las narices sin darte cuenta. Y eso no es nada comparado con el interior. Dentro está negro como el tizón y hay sedimentos por todas partes. No tienes más que rozarlos para verte rodeado de una nube tan densa que ni la luz de la linterna consigue atravesarla. Es muy fácil confundirse y perderse. Pero el mayor problema es el peligro que corres de enredarte con los cables y alambres que cuelgan de los techos. Eso si consigues atravesar las redes, cuerdas y monofilamentos que cubren el casco procedentes de los barcos que pescan por los alrededores. Los monofilamentos son prácticamente invisibles. No sabes que están ahí hasta que se enganchan en tu bombona. Tienes veinte minutos para salir del apuro.

—No es mucho tiempo para explorar un barco grande.

—Ésa es otra de las razones por las que resulta tan peligroso. Hay tipos que, por ejemplo, se empeñan en obtener un jarrón o un plato con el blasón italiano grabado. Han empleado mucho tiempo y dinero en formarse para llegar hasta ahí. Se cansan muy pronto, sobre todo si están luchando contra la corriente y respirando con fuerza. Cometan errores. Se pierden. Olvidan los planes que habían memorizado. El equipo tiene que funcionar a la perfección. Un hombre murió porque tenía la mezcla equivocada en sus botellas. En mi última inmersión llevaba cinco botellas de aire, cinturón de plomo, linternas y cuchillos. En total, cien kilos. Hace falta la experiencia de toda una vida para explorar ese barco, e incluso así es fácil desorientarse. La nave se halla tumbada de costado, de modo que los suelos están verticales.

—El *Andrea Doria* parece el lugar idóneo para nosotros, ¿no crees, Joe?

—Sólo si en el bar todavía sirven tequila.

McGinty frunció el entrecejo. Generalmente esta clase de presunción con respecto al *Doria* constituía un billete sin retorno. No sabía qué pensar de estos dos. El hombre corpulento cuyo pelo contrastaba con la tersura del rostro y el hombre moreno de voz suave y ojos seductores destilaban una confianza poco corriente. El capitán borró la preocupación de su cara y sonrió como un perro viejo. No, no le sorprendería verles en el bar de primera clase del *Doria* pidiendo un tequila al espectro de algún camarero.

—¿Cuáles son las previsiones meteorológicas, capitán? —preguntó Austin.

—El tiempo es muy irritable por estos contornos. Tranquilo un día, rabioso al

siguiente. Suele haber mucha niebla. Los pasajeros del *Doria* y el *Stockholm* pueden decíroslo. El viento sopla ahora del sudeste, pero cambiará a oeste y tendréis mar plana, aunque ignoro cuántos días.

—No importa. Nos urge terminar el trabajo cuanto antes —repuso Austin—. No disponemos de días.

McGinty sonrió. Sí, todo un presuntuoso.

—Eso ya lo veremos. Aun así, debo reconocer que parecéis muy seguros de vosotros mismos. ¿Qué buscabais? Ah, sí, un camión blindado. Necesitaréis ayuda si no conocéis el barco. —El capitán sacudió la cabeza—. Ojalá pudiera ayudaros, pero mis días de submarinista han terminado. Os iría bien un guía.

Por la portilla Austin vio acercarse un casco azul con el nombre de *Myra* pintado en la proa.

—Disculpe, capitán —dijo—. Creo que nuestro guía acaba de llegar.

Georgetown, Washington, DC

—Gamay, ¿tienes un minuto? —gritó Trout desde su estudio. Inclinado sobre su ordenador, estaba mirando fijamente la pantalla que utilizaba para elaborar los gráficos de sus proyectos submarinos.

—Ajá —respondió Gamay, que se hallaba en la habitación contigua tumbada boca arriba sobre un tablón sostenido por dos escaleras.

Ella y Paul estaban restaurando constantemente el interior de su casa de ladrillo de Georgetown. Rudi Gunn había ordenado a Gamay que descansara unos días antes de personarse en la sede central de la NUMA, pero en cuanto llegó a casa, retomó un proyecto que había dejado a medias: pintar una guirnalda de flores en el techo de la galería.

Vestida con camisa y tejanos viejos, entró en el estudio limpiándose las manos en un trapo. Tenía la melena rojiza oculta bajo una gorra blanca y la cara salpicada de pintura verde y roja salvo en una pequeña zona alrededor de los ojos que había estado cubierta por unas gafas protectoras.

—Pareces un cuadro de Jackson Pollock —dijo Trout.

Gamay se apartó una mancha carmesí de la boca.

—No me explico cómo Miguel Ángel pudo pintar el techo de la capilla Sixtina. Sólo llevo una hora pintando y ya padezco dolor de codo.

Trout miró a su mujer por encima de unas gafas inexistentes y sonrió.

—¿A qué viene esa sonrisa de lobo? —preguntó Gamay.

Trout le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Desde el regreso a casa, tocaba a su mujer siempre que podía, como si temiera que volviera a fundirse en la selva. Los días que Gamay había estado desaparecida fueron una pesadilla para él, pero su educación yanqui jamás le habría permitido expresarlo en voz alta.

—Estaba pensando en lo *sexy* que estás con la cara manchada de pintura.

Gamay lo despeinó suavemente y le aplastó el pelo contra la frente.

—Los pervertidos tenéis un arte especial para engatusar a las mujeres. —Su mirada se posó en la pantalla—. ¿Me has llamado por esto?

—Al traste con mis gestos impetuosos y románticos. —Trout señaló la pantalla—. Dime qué ves.

Gamay se inclinó sobre el hombro de Paul y contempló las imágenes.

—Veo ocho cabezas fantásticas dibujadas con hermosa precisión. —Su voz adquirió un tono científico, como si fuera una patóloga dirigiendo una autopsia—. A primera vista parecen idénticas, pero detecto algunas diferencias sutiles, principalmente en torno a la mandíbula, la boca y el cráneo. ¿Qué tal lo estoy

haciendo, Sherlock?

—No sólo miras, sino que también observas, mi querida Watson.

—Elemental. ¿Quién hizo estos dibujos? Son una obra de arte.

—Nuestro querido doctor Chi, hombre de múltiples talentos.

—Llegué a conocer al profesor lo bastante para esperar cualquier cosa de él. ¿Qué haces tú con sus dibujos?

—Chi me los mostró cuando estuve en Harvard y me pidió que te los enseñara porque se acordaba de que habías estudiado arqueología antes de pasarte a la biología. Además, quería una opinión fresca. —Trout se reclinó en su asiento y unió las manos detrás de la cabeza—. Yo soy geólogo oceánico. Puedo hacer maravillas con estas imágenes, pero para mí carecen de sentido.

Gamay se sentó junto a su marido.

—Es muy fácil. Imagina que alguien te muestra una roca procedente del fondo del océano. ¿Qué es lo primero que preguntarías?

—De dónde la ha sacado.

—Bravo. —Gamay le dio un beso en la mejilla—. Lo mismo ocurre con la arqueología. La cultura maya no era mi especialidad antes de pasarme a la biología marina, pero lo primero que preguntaría es de dónde provienen estas imágenes.

Trout señaló la pantalla.

—Esta de aquí procede del lugar que Chi ha denominado MIT, donde se os aparecieron los chicleros por primera vez.

Gamay sintió un escalofrío al recordar el sol implacable, la putrefacción de la selva y los hombres sucios y crueles.

—¿Y las demás?

—De otros lugares que Chi ha visitado.

—¿Por qué motivo escogió estas imágenes salvo por el hecho de que son casi idénticas?

—Por su ubicación. Cada cara procede del friso de un observatorio donde aparecen grabadas las naves que podrían ser o no fenicias.

—Qué interesante.

—Eso mismo pensó el profesor. El tema de las naves es el factor común que une estas imágenes.

—¿Qué significado tiene todo eso?

—Lo ignoro —dijo Trout encogiéndose de hombros—. Me temo que mis conocimientos mesoamericanos no dan para más.

—¿Por qué no telefoneamos al doctor Chi?

—Acabo de llamarle a su despacho de Ciudad de México pero me dijeron que no estaba localizable.

—Déjame adivinar. Dijeron que estaba trabajando en el terreno.

Trout asintió.

—Dejé un mensaje.

—No esperes una respuesta rápida ahora que ha recuperado su Hum Vee. ¿Y si llamamos a Orville?

—¿El profesor chiflado? Lo había pensado, pero primero quería enseñarte las imágenes por si tenías alguna sugerencia.

—Mi sugerencia es que llames a Linus Orville.

Trout consultó su fichero de tarjetas y marcó un número de teléfono. Cuando Orville levantó el auricular, Trout conectó el altavoz del teléfono.

—Ah, Mulder y Scully —dijo Orville haciendo referencia a los agentes del FBI de la popular serie de televisión—. ¿Cómo van las cosas en *Expediente X*?

—Hemos hallado pruebas contundentes de que esas misteriosas naves proceden del continente perdido de Mu —respondió Trout con suma seriedad.

—¡Bromeas! —exclamó Orville.

—Sí, bromeo, pero me gusta decir la palabra Mu.

—Pues toma «muuuu». Y ahora, si no te importa, dime la verdadera razón de tu llamada.

—Necesitamos tu opinión sobre los dibujos que Chi entregó a Paul —explicó Gamay.

—Ah, las figuras de Venus.

—¿Venus?

—Sí, la serie de los ocho. Cada figura representa una encarnación del dios Venus. Gamay contempló las grotescas caras de mandíbula y frente protuberantes.

—Siempre había imaginado a la diosa del amor como una doncella emergiendo de la espuma marina sobre la concha de una vieira.

—Porque la visión de Boticelli te ha lavado el cerebro y porque perdiste demasiado tiempo en estudios clásicos. El Venus maya era varón.

—Qué machista.

—No del todo. Los mayas creían ciegamente en la igualdad de sexos a la hora de los sacrificios humanos. Venus representaba a Quetzalcoátl o Kukulcán, la serpiente emplumada. Todo concuerda. La analogía del nacimiento y el renacimiento. Al igual que Quetzalcoátl, Venus desaparece durante parte de su ciclo para luego reaparecer.

—Ya lo entiendo —dijo Trout—. Los mayas decoraban sus templos con representaciones del dios para que éste estuviera contento y regresara.

—Es cierto que había algo de pelotilleo. Tenéis que comprender cómo los mayas relacionaban la arquitectura con la religión. Solían erigir los edificios de acuerdo con puntos clave como el solsticio, el equinoccio y el lugar donde Venus aparece y desaparece. Eran, en otras palabras, calculadoras celestiales.

—El profesor Chi comparó el observatorio MIT con un ordenador y las inscripciones con el programa —dijo Gamay—. Sospechaba que ese observatorio sólo era una parte de un todo, del mismo modo que un circuito es sólo parte de un ordenador.

—Sí, también a mí me explicó esa teoría, pero ese observatorio tiene mucho

camino que recorrer antes de convertirse en un clon de IBM.

—Aun así, es posible que sea parte de un plan global —insistió Gamay.

—No me malinterpretes. Los mayas eran increíblemente sofisticados y siempre se las ingeniaban para sorprender. Solían alinear las calles y las puertas de los palacios de forma que coincidieran con el sol y las estrellas varias veces al año. La predicción de los movimientos de Venus confería a los sacerdotes un enorme poder. El dios Venus revelaba a los campesinos fechas importantes, como cuándo plantar y cosechar y cuándo esperar las lluvias. El Caracol de Chichén Itzá tiene ventanas que coinciden con Venus en varios puntos del horizonte.

—Que yo sepa en el Caracol no hay grabados de naves —dijo Gamay.

—Sólo en los ocho templos de donde proceden estas figuras. Venus desaparece durante ocho días durante su ciclo, algo terrible si uno depende de ese planeta para tomar decisiones importantes. Durante ese tiempo los sacerdotes arrojaban a algunas doncellas al pozo, hacían algunas sangrías creativas y todo volvía a ser perfecto. Hablando de sangría, tengo una clase dentro de cinco minutos. ¿Podemos reanudar esta fascinante conversación más tarde?

Gamay no había terminado.

—Dices que Venus desaparece durante ocho días y que hay ocho templos, que nosotros sepamos, con grabados de naves. ¿Se trata de una coincidencia?

—Chi no lo cree así. Tengo que irme. Estoy impaciente por contarle a mi clase lo de Mu.

La línea se cortó. Paul abrió una libreta.

—Muy edificante. Veamos qué tenemos. Ocho observatorios construidos para explorar los movimientos de Venus —escribió—. Los edificios estaban, asimismo, dedicados a un único tema: la llegada de barcos que podrían ser fenicios, portadores de un gran tesoro. Tal vez los observatorios y Venus estén relacionados con el tesoro.

Gamay asintió. Cogió la libreta y dibujó ocho círculos al azar.

—Digamos que estos círculos son los templos. —Trazó varias líneas para conectarlos y contempló su obra—. Aquí hay algo —dijo.

Paul miró el garabato y sacudió la cabeza.

—A mí me parece una araña con pies planos.

—Porque estamos pensando con mentalidad terrestre. Mira. —Dibujó dos estrellas en un margen de la hoja—. Elévate de la tierra. Digamos que estas marcas son Venus en sus puntos más extremos en el horizonte. El templo I, el del MIT, tenía dos ventanas estrechas en la pared, como los puestos de los arqueros en un castillo. Esto es lo que verías si trazaras una línea desde la ventana hasta un punto extremo de Venus. Ahora lo haré con la otra ventana.

Satisfecha con su obra de arte, dibujó una línea desde cada observatorio hasta los puntos de Venus y colocó la cuadrícula delante de Paul.

—Ahora parece la boca de un caimán a punto de cenar.

—Puede. O de una serpiente hambrienta —repuso Gamay.

—¿Todavía estás pensando en esa serpiente?

—Sí y no. El doctor Chi llevaba un amuleto colgado del cuello. Lo llamaba la serpiente emplumada. Este dibujo me recuerda a los colmillos de Kukulcán.

—Aunque reconozcamos que es posible que esto tenga sentido, necesitas la ubicación exacta de los observatorios. Es una pena que Chi no esté localizable.

Gamay le escuchaba a medias.

—Se me acaba de ocurrir algo. La piedra parlante que Kurt y Joe están buscando, ¿no se supone que muestra una especie de cuadrícula?

—Es cierto. Me pregunto si existe una conexión.

Trout cogió el teléfono.

—Llamaré y dejaré un mensaje para que Chi se ponga en contacto con nosotros lo antes posible. Luego llamaremos a Kurt para decirle que podrías tener algo interesante.

Gamay examinó de nuevo el garabato.

—Sí, pero ¿qué?

Bajíos de Nantucket

El yate que había estado dando vueltas alrededor del barco se acercó y redujo el motor a punto muerto. La bandera blanca, roja y verde de Italia ondeaba en el mástil debajo de la bandera estadounidense. La figura esbelta de Angelo Donatelli emergió de la cabina del piloto y saludó con el brazo.

—Buenos días, señor Austin —gritó—, he venido en misión de rescate. Tengo entendido que se están quedando sin grappa y les he traído provisiones.

—Hola, señor Donatelli —dijo Austin—. Gracias por el detalle. Hemos estado bebiendo ácido de pilas.

—El capitán también le da las gracias y le invita a subir para llevar a cabo su misión misericordiosa —gritó McGinty con su vozarrón.

Donatelli regresó a la cabina del piloto. El ancla cayó al agua con un fuerte chasquido y el motor se detuvo. Donatelli y su primo Antonio subieron al bote que el yate remolcaba y salvaron la corta distancia que les separaba del barco.

Donatelli entregó al capitán una botella del feroz licor italiano.

—Espero que lo disfrute —dijo. Luego se volvió hacia Austin y le señaló el yate.

—¿Qué le parece mi afroditita azul, señor Austin?

El que todavía le llamara señor, se dijo Austin, debía de ser una costumbre del Viejo Mundo o simplemente la educación de un restaurador habituado a tratar con clientes distinguidos.

Austin contempló el casco azul y la superestructura cremosa del yate como si fueran las curvas de una mujer.

—Posee una silueta de belleza clásica —dijo—. ¿Qué tal se porta?

—Como un sueño. Me enamoré de él la primera vez que lo vi. Estaba abandonado en un astillero de Bristol, en Rhode Island. He invertido varios miles de dólares en su restauración. Mide catorce metros, pero el ángulo de la proa hace que parezca más largo. Es muy estable, ideal para sacar a pasear a los nietos. —Rió—. Y para escapar de la familia cuando necesito paz y tranquilidad. Mi astuto contable lo ha hecho pasar como parte del negocio, así que de vez en cuando tengo que pescar algún que otro pez para mis restaurantes. —Contempló las gaviotas que salpicaban de blanco la superficie oscura del agua—. De modo que aquí fue donde ocurrió.

Austin señaló la boya roja que se mecía sobre el suave oleaje.

—El barco yace a treinta brazas de profundidad. Nos hallamos justamente encima de él.

No había necesidad de pronunciar el nombre del *Doria*. Ambos sabían a qué barco se refería.

—He navegado por todas las aguas que circundan la isla —dijo Donatelli—, pero nunca había estado aquí. —Rió suavemente—. Los sicilianos somos gente supersticiosa y creemos en los espíritus.

—Razón de más para agradecerle su ayuda en este proyecto.

Donatelli miró fijamente a Austin.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. ¿Por dónde empezamos?

—Tenemos los planos en el camarote del capitán.

—*Bene*. Vamos, Antonio —dijo el restaurador a su primo—. Veamos qué podemos hacer por estos caballeros.

El capitán McGinty desplegó un rollo blanco sobre la mesa de su camarote donde aparecía escrito *Plano delle sistemazioni passeggeri* (Plano del alojamiento de los pasajeros). Sobre la frase aparecía una fotografía del trasatlántico surcando los mares en sus buenos tiempos. Debajo estaban los diagramas de nueve plantas.

Donatelli señaló la zona correspondiente al salón Belvedere, situado frente a la cubierta del barco.

—Estaba trabajando aquí cuando el *Stockholm* nos golpeó. Caí al suelo del impacto. —Su dedo se deslizó hasta la cubierta de paseo—. Todos los pasajeros están aquí y esperan a que alguien les rescate. La confusión es enorme —dijo, sacudiendo disgustado la cabeza—. El señor Carey me encuentra y bajamos a su camarote, que está aquí, en el lado de estribor de la planta superior. La pobre señora Carey está atrapada. Bajo corriendo hasta aquí como un conejo asustado para buscar un gato. — Su dedo reprodujo el trayecto de aquella noche—. Paso frente a las tiendas del vestíbulo pero el camino está bloqueado, así que regreso a popa y bajo hasta el nivel A.

Preso nuevamente del terror que le invadió cuando descendió a las negras entrañas del barco zozobrando, Donatelli hizo una pausa.

—Lo siento —se disculpó con voz ahogada—. Después de tantos años todavía... —Respiró hondo—. Esa noche descubrí por lo que había pasado Dante en su descenso a los infiernos. —Infló las mejillas y prosiguió—. Finalmente llegué al nivel B, donde está el garaje. ¿Conocen todos el resto de la historia?

Los allí reunidos asintieron con la cabeza.

—Bien —dijo Donatelli con alivio.

Aunque en el camarote no hacía calor, las cejas le brillaban de sudor y una vena de la sien le palpitaba.

—¿Podría decirnos dónde estaba exactamente el camión blindado? —preguntó Austin.

—Desde luego. Estaba aquí, en este rincón del garaje. —Cogió un lápiz y dibujó una X—. Me habían contado que había nueve coches, entre ellos el modelo que los italianos habían construido para Chrysler. —Donatelli sonrió con los labios apretados—. Al final no encontré ningún gato.

—Tenemos planeado entrar por las puertas del garaje —explicó Austin.

Donatelli asintió.

—Recuerdo que los coches podían entrar directamente en el garaje desde el muelle. Me parece una buena idea, aunque sé poco de estas cosas.

El capitán McGinty fue menos ambiguo. Unos minutos antes le habían llamado por el teléfono del barco. Ahora se hallaba de nuevo en el camarote sacudiendo la cabeza.

—Espero, muchachos, que no estéis planeando una misión inútil. Veo un serio problema.

—Eso es un eufemismo —repuso Austin—. No me extrañaría que los problemas estuvieran saltando sobre nuestras espaldas como un gorila de mil quinientos kilos.

—Sé de submarinistas que han entrado en ese garaje bajando por las diferentes plantas. —Señaló la pared de estribor—. Todo lo que contenga ese espacio, coches, camiones, mercancías, estará ahora apilado en el lado que descansa sobre la arena. Vuestro camión blindado podría estar enterrado bajo toneladas de escombros. Las personas que han entrado en el garaje vieron el coche de Chrysler pero no pudieron llegar a él porque estaba cubierto de un amasijo de vigas retorcidas y mamparos rotos. Si bajáis en chándal, como es vuestra intención, corréis el peligro de quedar enganchados.

Austin era consciente de que posiblemente se enfrentaba a una de las misiones más difíciles de su variada carrera. Más difícil, en cierto modo, que sacar el barco contenedor iraní o el submarino ruso.

—Gracias por la advertencia, capitán. Tenemos previsto acercarnos como si estuviéramos buscando algo en un fondo cubierto de basura. Como el East River, por ejemplo. Tal vez sea una misión imposible, pero creo que vale la pena intentarlo. —Austin sonrió—. A lo mejor encontramos el gato del señor Donatelli.

McGinty soltó una carcajada.

—¿Qué os parece si brindamos por nuestro éxito? —dijo al fin.

Donatelli abrió la grappa y sirvió varios vasos con ademanes de camarero que no le habían abandonado.

—Por cierto, la llamada era de los submarinistas —dijo McGinty—. Acaban de cortar el casco. Les dije que lo dejaran todo preparado para mañana y subieran a descansar. Vosotros bajaréis mañana a primera hora para hacer el trabajo.

Austin alzó su vaso.

—Por las causas perdidas y las misiones imposibles.

Las risas cesaron cuando Donatelli elevó su copa con solemnidad.

—Y por el *Andrea Doria* y las almas de quienes en él perecieron.

Esta vez el brindis se hizo en silencio.

La vida nunca es aburrida en torno al *Andrea Doria* para las colonias de peces que reclaman su derecho a habitar los lujosos camarotes por los que sus anteriores ocupantes pagaron miles de libras. Pero nada podría haberles preparado para la llegada de dos criaturas más extrañas que cualquier otro habitante de las profundidades marinas. Sus cuerpos rollizos estaban envueltos por una piel de color amarillo chillón y las espaldas protegidas por un carapacho negro. En medio de la cabeza bulbosa tenían un ojo y por debajo del cuerpo les colgaban dos colas. Del torso les salían apéndices similares, algo más cortos, que terminaban en una especie de garra. Pero lo más curioso de todo eran las aletas que giraban suavemente en cada costado.

Las criaturas flotaban en el agua como globos en un desfile de Acción de Gracias. La risa suave de Zavala retumbó en los auriculares de Austin.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te pareces al hombre de Michelín?

—Después de la cena de ayer con McGinty no me extraña. El chándal me aprieta en la barriga.

Quienquiera que apodó el traje Oceanic Hard con ese nombre debía de estar mal de la vista. El llamado chándal era, en realidad, un submarino ajustado al cuerpo. La piel de aluminio forjado constituía, técnicamente, un casco. Las hélices de dirección vertical y lateral colocadas en los costados se activaban mediante controles en los pies. Con capacidad para recircular el oxígeno y limpiar el dióxido de carbono, el traje permitía entre seis y ocho horas de buceo y cuarenta y ocho horas de respiración mediante un pulmón artificial de emergencia. La balanza marcaba casi media tonelada, pero en el agua pesaba menos de cuatro kilos. El traje Hard proporcionaba movilidad, tiempo de buceo prolongado y ausencia de descompresión. Su principal desventaja era el volumen. Penetrar en el interior del barco siguiendo la ruta de Donatelli sería un suicidio, pues quedarían atrapados entre los cables en cuestión de minutos.

A fin de concebir un plan de buceo, Austin había estudiado todas las inmersiones realizadas en el *Doria* hasta la fecha, tanto si fueron un éxito como si no. En su opinión, la expedición de Gimbel había dado con la idea correcta. El proyecto de 1975 intentó utilizar un sumergible de exploración, pero éste carecía de potencia para combatir la corriente. La campana diseñada para hacer de ascensor y centro de trabajo estaba mal lastrada y perdió el control. Lo que sorprendía a Austin era el hecho de que los buceadores de saturación, trabajando desde la superficie con mangueras umbilicales, consiguieran hacer tanto. Habían logrado, incluso, entrar en el garaje. La expedición de Gimbel de 1981 estaba mejor preparada. Esta vez el sistema de la campana funcionó bien. Aunque tropezaron con muchos problemas, entre ellos el mal tiempo y una corriente que enredaba las mangueras, los

submarinistas consiguieron encontrar la caja fuerte y engancharla a una grúa.

Al final, Austin eligió una combinación de trajes Hard y submarinistas de saturación. Para ello reunió una expedición relativamente bien equipada. Su padre facilitó el *Monkfish* y la tripulación. Gunn consiguió la campana de inmersión y una cámara de descompresión equipada con duchas y literas que colocaron en la cubierta del barco. Pero lo mejor fueron los seis expertos submarinistas de la NUMA que volaron desde Virginia. Desde su llegada habían estado trabajando en turnos ininterrumpidos para abrir un agujero en el casco del trasatlántico.

El tiempo en los bajíos de Nantucket hizo honor a su reputación de variable. Cuando Austin y Zavala bajaron de sus literas esa mañana el aire era claro como el cristal. El mar grumoso del día anterior había desaparecido y el océano parecía un espejo tranquilo donde se reflejaban los pájaros que salpicaban la superficie. Un par de aletas negras sesgaron el agua. Delfines. McGinty dijo que eran señal de buena suerte y que mantendrían a los tiburones alejados. La corriente de la superficie era aproximadamente de un nudo. Predijo que una niebla espesa cubriría más tarde los bajíos y que la fuerza de la corriente podría aumentar, pero no hasta un grado preocupante.

Embutidos en sus pesados trajes, los hombres de la NUMA descendieron hasta el agua en una grúa. Permanecieron en la superficie unos minutos comprobando el equipo mientras la grúa dejaba caer un cable Kevlar. El extremo se dividía en cuatro cuerdas con una pinza de metal en la punta. Austin y Zavala agarraron el cable con sus garras mecánicas. A renglón seguido activaron las hélices verticales y se sumergieron. El *Monkfish* estaba justamente encima del barco hundido sujeto por cuatro cuerdas de anclaje, dos en la proa y dos en la popa. La estabilidad era fundamental, pues de lo contrario la campana se balancearía al final del cable como un péndulo.

Aunque los trajes Hard estaban equipados con un foco y Austin y Zavala portaban linternas, no las necesitaron. La visibilidad era de diez metros y la silueta negra del barco resaltaba sobre la arena pálida. Nadaron hacia una sección del casco iluminada por un destello intermitente.

Dos submarinistas se aferraban al lado de babor como insectos en un tronco. Uno de ellos estaba arrodillado sobre el casco sosteniendo en su mano enguantada una antorcha cortante mientras su compañero supervisaba la operación y atendía el cable Kerry que transportaba el combustible. Habían bajado en la campana de inmersión, que hacía de ascensor y de habitación submarina para el equipo buceador.

Suspendida de un cable grueso atado a un cabestrante de la cubierta del *Monkfish*, la campana se hallaba unos metros por encima del casco. Tenía forma de una lámpara de *camping*. Las esquinas eran ligeramente redondeadas y el tejado se inclinaba desde el agujero destinado al cable elevador. Otro cable que contenía el sistema de comunicaciones y energía penetraba en la campana desde un punto inferior del tejado. Sujetos a las paredes exteriores había depósitos que contenían gases de

respiración y combustible para la antorcha. El fondo de la campana estaba abierto al mar, que mantenía a raya mediante presión de aire. Desde allí salían unas mangueras umbilicales, conectadas a los submarinistas, que transportaban la mezcla a respirar y agua caliente para los tubos calentadores de los trajes Dive Armadillo. Cada submarinista, además, llevaba una bombona de emergencia a la espalda.

Los submarinistas estaban trabajando en una sección del casco que habían limpiado de anémonas. La decoloración producida por las varas de magnesio de la antorcha describía un amplio rectángulo en torno a las puertas del garaje. El submarinista que atendía el equipo reparó en los dos globos amarillos que se acercaban y tiró del cable. Austin y Zavala podían comunicarse entre sí y con el barco de salvamento, pero con los submarinistas sólo podían hacerlo a través de la campana. A Austin, sin embargo, no le preocupaba porque habían repasado el plan numerosas veces.

El submarinista arrodillado en el casco apagó la antorcha cuando los vio llegar. Señaló las esquinas del rectángulo, donde había abierto agujeros dobles, y levantó el pulgar. Acto seguido él y su compañero ataron las pinzas del cable que habían bajado Austin y Zavala a los agujeros y se alejaron varios metros.

—Empezad a tirar —comunicó Austin a la tripulación del barco.

La tripulación de cubierta transmitió el mensaje al operador de la grúa y el cable Kevlar se tensó como la cuerda de un arco. Pasaron varios segundos y nada ocurrió. Los submarinistas habían perforado el rectángulo en torno a la puerta como una línea de puntos. Austin se estaba preguntando si haría falta cortar un poco más cuando se produjo una explosión de burbujas y el rectángulo saltó con un estallido ahogado. Austin ordenó a la tripulación que desviarán la grúa y dejaran caer la puerta sobre el casco.

Un enorme boquete rectangular se había abierto en el costado del barco a la altura del nivel B. Los camarotes de segunda clase se apiñaban en las secciones de popa y proa de esta planta y del nivel C. Los de la sección delantera quedaban divididos por la *autorimessa*, el garaje que contenía nueve coches y un camión blindado.

Zavala accionó su traje y quedó suspendido directamente sobre el agujero.

—Aquí cabe hasta un Hum Vee.

—¿Qué sentido tenía hacer las cosas a medias? Piénsalo. A partir de ahora todos los submarinistas que atraviesen este boquete lo llamarán el agujero de Zavala.

—Te cedo el honor. ¿Qué tal la abertura de Austin?

—¿Qué te parece si entramos?

—No hay nada como el presente.

—Bucearemos lento y suave. Vigila los cables sueltos y los mamparos desplomados. Acuérdate de mantener una distancia de seguridad.

Zavala no necesitaba que se lo recordaran. Los trajes Hard parecían trajes espaciales. Como ocurría con los astronautas, los movimientos tenían que ser deliberados y breves. Incluso a poca velocidad, la colisión entre trajes que pesaban

media tonelada les haría temblar de pies a cabeza.

Austin se colocó debajo de Zavala y el foco de su traje apuntó hacia el barco. El poderoso halo de luz fue engullido por la oscuridad. Activó sus hélices laterales, entró de pie en el garaje, se detuvo y efectuó un giro de trescientos sesenta grados. El agua estaba libre de cabos sueltos y salientes. Indicó a Zavala que el camino se hallaba despejado.

—Me recuerda a la Baja Cantina de Tijuana —dijo Zavala—. Aunque ahora que lo pienso, no es tan oscura.

—Tomaremos unos chupitos de cuervo a la vuelta —respondió Austin—. El barco tiene veintisiete metros de ancho. La mercancía debió de resbalar hasta el fondo, tal como dijo el capitán McGinty. Todo se halla a un ángulo de noventa grados, de modo que el suelo del garaje es, de hecho, esa pared vertical que tienes detrás. Avanzaremos pegados a la pared para no desorientarnos.

Mientras descendían podía oír la voz de Donatelli describiendo su aterrador descenso a las entrañas del barco. El viejo estaba equivocado, se dijo Austin. Esto era peor que cuanto hubiera podido imaginar Dante. Al menos Dante podía ver algo, aunque sólo fueran demonios y condenados.

Le costaba creer que las plantas de este inmenso barco hubiesen vibrado en otros tiempos con la potencia de cincuenta mil caballos mientras más de mil doscientos pasajeros disfrutaran de su belleza sensual con las necesidades satisfechas por una tripulación de casi seiscientos miembros. La primera persona que se sumergió hasta el *Andrea Doria* después del hundimiento dijo que el barco parecía estar todavía vivo, que podía oírse una cacofonía de gemidos y crujidos, el golpeteo de escombros sueltos, el agua entrando y saliendo por las puertas. Austin sólo veía putrefacción, vacío y silencio. Esta enorme masa de metal era un lugar espectral donde un hombre podría volverse loco si permanecía mucho tiempo.

El barco parecía cercarles a medida que avanzaban. Austin comprobaba continuamente su batómetro. Aunque sólo se hallaban a sesenta metros de la superficie, la oscuridad hacía que la profundidad pareciera mayor. Miró hacia arriba. La abertura rectangular se desvanecía en las tinieblas y a la larga la habrían perdido totalmente de vista si los submarinistas no hubiesen colocado una luz estroboscópica en el canto. Austin contempló el punto luminoso y se tranquilizó. Luego se concentró en lo que se extendía bajo sus pies.

Objetos sólidos aparecieron en los círculos de luz proyectados por los focos de los trajes. Líneas y cantos rectos. Formas redondeadas y misteriosas. Toneladas de escombros apiñadas en el espacio horizontal que en otros tiempos fue el mamparo de estribor del *Doria*. El garaje estaba lleno de pasarelas y engranajes de metal pesado. Austin y Zavala iniciaron una trayectoria de reconocimiento trazando líneas paralelas entre las paredes verticales que formaban el suelo y el techo del garaje, el mismo patrón que habrían seguido si estuvieran en la superficie rastreando un barco naufragado. A veces tropezaban con cables de viejos apliques, pero no eran

suficientes para representar un peligro y resultaban fáciles de evitar.

Los focos captaron un destello de metal y cristal y una silueta que poco a poco les resultó familiar.

—Oye, Kurt, ¿eso de ahí abajo no es un Rolls Royce?

Austin dirigió el foco hacia la sólida rejilla que sobresalía de entre los cascotes.

—Probablemente. Según el manifiesto del barco, un tipo de Miami se hizo traer un Rolls Royce de Europa.

—Eso demuestra que es preferible tener un Rolls en cada continente.

Austin pasó por encima del coche y divisó parte de otro vehículo de líneas originales.

—Se parece al coche experimental construido por Ghia para Chrysler. Es una pena que Pitt no esté aquí. Iría contra viento y marea por añadir un modelo único a su colección.

—Tendría que ir contra mucho lodo también.

Los coches estaban apiñados unos encima de otros y cubiertos de escombros y sedimentos. Austin había pensado en la posibilidad de un plan de excavación, pero era demasiado peligroso, costoso y entretenido. Cualquier intento de atravesar la capa de sedimentos levantaría una nube tan densa que tardaría días en aposentarse de nuevo.

Teniendo en cuenta lo que Donatelli había dicho sobre la posición del camión, éste tuvo que caer encima de todos los demás vehículos. Debería estar a la vista. ¿Se había equivocado el hombre? Esa noche sufría una tremenda tensión. A lo mejor el camión estaba en otro garaje. Austin soltó un gemido. Había supuesto un trabajo enorme abrir el boquete y no disponían de tiempo ni de recursos para hacer otro. Les habían prestado el equipo de submarinistas sólo unos días.

Sus dudas fueron en aumento a medida que buscaban.

—¿Qué fue del plan de sacar esta cosa a la superficie con pelotas de ping pong?
—preguntó Zavala.

—Creo que ni en China hay suficientes pelotas de ping pong para conseguirlo.
¿Qué opinas?

—Creo que Angelo Donatelli era un tipo valiente. Éste debe de ser el depósito antisensorial más grande del mundo. Me cuesta creer que todavía estemos en el planeta Tierra. Me siento como una mosca en un frasco de melaza.

—Estoy empezando a preguntarme si el camión está realmente aquí.

—¿Dónde podría estar si no?

—Ojalá lo supiera —respondió Austin.

—Nina se llevará una decepción.

—Lo sé. ¿Qué te parece si subimos a dar la mala noticia?

—De acuerdo. La vejiga me está diciendo que bebí demasiado café esta mañana.

Activaron las hélices verticales y, manteniendo un ritmo lento pero uniforme, avanzaron hacia el boquete con las linternas apuntando hacia el frente y hacia arriba.

La luz de Zavala sesgó la negrura de un recodo del garaje, se alejó y volvió a ella.

—Kurt —dijo—. Hay algo en ese rincón.

Austin divisó dos ojos rojos brillando en la oscuridad.

Después de haber pasado más de una hora en un entorno tan surrealista, su primera impresión fue que estaban mirando una enorme criatura marina que había hecho del barco su guarida. Iluminó con su linterna las dos órbitas y su pulso se aceleró. No podía ser. La pareja se acercó y concentraron toda la fuerza de sus luces en el rincón.

—¡Quién lo iba a decir! —Exclamaron al unísono.

Varias décadas antes de que Austin y Zavala consiguieran entrar en el garaje del *Andrea Doria*, un oficial del barco había previsto las calamitosas consecuencias de que un camión blindado de varias toneladas de peso empezase a dar tumbos durante una tempestad en el mar. Para evitarlas, habían envuelto el vehículo con unos cables que luego clavaron al suelo. Cincuenta años después los cables seguían sujetando el camión, que ahora formaba un ángulo recto con la pared que en otros tiempos fue el suelo del garaje.

La negra carrocería estaba cubierta de óxido y la goma de los neumáticos era una masa blanda y espesa. El cromo, no obstante, conservaba cierto brillo y el camión estaba entero. Después de un exhaustivo examen, Austin y Zavala salieron del barco. Los submarinistas se habían retirado a la comodidad seca de la campana. Austin les comprendía. La mezcla saturada es ocho veces más difícil de respirar que el aire de una bombona.

Llamó a McGinty.

—Dile al señor Donatelli que hemos localizado el camión.

—¡Sabía que lo conseguiríais! ¿Es posible recuperarlo?

—Con un poco de suerte y el equipo adecuado, sí. Tengo una lista de las cosas que necesitamos.

Austin se la leyó.

—Estupendo. Una tripulación de reemplazo bajará con el equipo.

La campana subió a la superficie y los submarinistas fueron sustituidos por otro grupo que vivía en la cámara de descompresión. Cuando la campana regresó, el equipo que Austin había pedido viajaba sujeto a la pared exterior. Había hablado por radio con los nuevos submarinistas y repasado el plan. Los hombres salieron por la parte inferior de la campana y nadaron hasta el agujero del casco. Austin y Zavala entraron en el barco y los submarinistas les siguieron arrastrando sus mangueras umbilicales. Uno de ellos portaba una antorcha cortante.

Austin lamentó no tener contacto directo con los submarinistas. Le habría gustado oír sus comentarios cuando vieron el camión colgado de la pared. Con todo, la agitación de brazos fue suficiente. Tras la primera reacción, los submarinistas procedieron a cortar las puertas traseras del camión, que no habían cedido a la palanca ni a las garras mecánicas de los trajes Hard.

Donatelli había explicado que los hombres que mataron a los vigilantes del camión cerraron las puertas de un golpe, pero probablemente estaban atrancadas a causa del óxido. La antorcha se encendió y el submarinista pasó la llama alargada por la cerradura y las bisagras, provocando una lluvia de chispas. Probaron de nuevo con la palanca. Las puertas se desplomaron y una nube marrón de sedimentos putrefactos

provocada por la intrusión de agua envolvió a los cuatro hombres. Cuando la nube se hubo disuelto, Austin introdujo su linterna en el interior del camión.

El espacio estaba repleto de cajas fuertes que habían caído de los estantes. El remolino de agua se había llevado la ropa, el pelo y los restos de tejido, por lo que las sonrientes calaveras parecían recién lavadas. Los huesos formaban ahora una pila con los demás escombros. Austin se hizo a un lado para dejar sitio a su colega.

Zavala permaneció un rato en silencio.

—Parece el osario que hay debajo de las viejas iglesias de México y España.

—A mí me recuerda más a un matadero —dijo Austin—. Angelo Donatelli tiene muy buena memoria. Esas cajas fuertes probablemente contienen joyas. —Se esforzó por no mirar las cuencas sin ojos—. Nos encargaremos de eso más tarde.

Hizo una señal a los submarinistas y éstos se acercaron para echar un vistazo al interior del camión. Cuando en el *Nereus* les habló de la estela, Austin les había advertido:

—También encontraréis algunos huesos humanos. Más tarde os contaré cómo llegaron allí. Espero que no seáis supersticiosos.

Los submarinistas contemplaron el interior del camión y sacudieron la cabeza, pero enseguida dejaron a un lado su estupefacción. Los submarinistas de la NUMA eran profesionales de verdad. Empezaron a apartar cajas y huesos hasta que divisaron la esquina de un objeto negruzco.

«La piedra parlante».

Austin y Zavala fueron hasta la campana y regresaron con un aparejo sujeto al cable Kevlar. Los submarinistas habían apilado respetuosamente los huesos en un rincón y apartado las cajas fuertes salvo una. Con gesto ceremonioso, uno de ellos abrió la caja y mostró el contenido. Dentro brilló una fortuna imponente de diamantes, zafiros y otras piedras preciosas.

Austin oyó la exclamación de Zavala.

—Debe de valer millones.

—Puede que billones, si las demás cajas contienen lo mismo. Esto confirma que el móvil fue el asesinato y no el robo.

Austin indicó a los submarinistas que apartaran la caja fuerte y entró con el aparejo. Zavala portaba un lazo metálico que los submarinistas ataron a un saliente de la piedra y al aparejo.

Austin sabía que debían mantener el centro de levantamiento justamente por encima del centro de gravedad. También sabía que eso raras veces ocurría. Era como pedirle a alguien que levantara un peso con las piernas en lugar de con la espalda. Buen consejo, pero poco útil cuando la carga está en el fondo de un armario o debajo de las escaleras del sótano. El cable Kevlar atravesaba el casco y giraba hasta el camión.

Austin se enfrentaba a varios interrogantes. Uno era el peso de la piedra. Un objeto es mantenido a flote por el agua que desplaza. Austin sabía que la estela sería

más ligera en el agua, pero ignoraba su peso original. Había pedido a McGinty un aparejo de dos poleas, capaces de levantar el doble de peso que una sola. Así pues, habían hecho todo lo posible por compensar el problemático sistema de tiraje.

El siguiente problema, después de extraer la piedra como si de una muela se tratara, era evitar que cayera al fondo. La solución estaba en unos tubos de salvamento oceánico, un concepto bastante nuevo. Se trataba de unas bolsas de nailon alargadas diseñadas para recuperar barcos. Con una capacidad de levantamiento de una tonelada y media cada una, habrían podido elevar el camión entero a la superficie.

Los submarinistas utilizaron el aparejo para trasladar la estela a un lugar dentro del camión donde pudieran acoplarle una bolsa desinflada a cada lado. Austin inspeccionó el increíble montaje, en especial los frágiles cables que sujetaban el camión a la pared, y dio la señal. Utilizando un tubo procedente de la campana, los submarinistas introdujeron aire en las bolsas, que se hincharon con la misma rapidez que una salchicha en una sartén. La piedra se elevó como por arte de magia. Manteniendo la cuerda de elevación atada por si se producía una emergencia, los submarinistas dieron un empujoncito a la piedra y ésta salió flotando del camión.

Austin se dijo que era una de las imágenes más extrañas que había visto en su vida, como un cuadro de Dalí donde todo está ladeado, la estela negra flotando en el oscuro abismo de la enorme cámara como una alfombra mágica, los submarinistas suspendidos de sus cordones umbilicales como salamandras recién nacidas, el camión blindado colgado de la pared.

Flanqueados por Austin y Zavala, que iluminaban el camino con sus focos, los submarinistas dirigieron la piedra hacia la abertura. Era una tarea delicada debido a la corriente que entraba en el barco, pero finalmente consiguieron colocarla justo debajo del boquete.

—Ojalá pudiera hablar con estos hombres y felicitarles por el buen trabajo que están haciendo —dijo Zavala. Intentó hacer el gesto con su garra mecánica, pero no funcionó—. Supongo que no deberíamos cantar victoria hasta que hayamos salido de estos trajes, que espero sea pronto.

—Unos minutos más y podremos encomendar el resto del trabajo a McGinty. ¿Lo ha oído, capitán?

Las conversaciones entre los trajes Hard también se oían en la cubierta para que la tripulación pudiera saber qué ocurría abajo.

—Hasta la última palabra —ladró McGinty—. Tengo una caja de cerveza enfriándose. Sacad esa cosa del barco y nosotros haremos el resto.

Los submarinistas tendrían que quedarse abajo para evitar los fuertes cambios de presión. Una vez que la carga estuviera fuera del *Doria*, Austin y Zavala la subirían a la superficie y la grúa haría el resto.

—¿Qué tiempo hace allí arriba? —preguntó Austin.

—El mar sigue tranquilo, pero la fábrica de niebla de Nantucket ha estado

trabajando a destajo. Se acerca un banco de niebla tan espesa que podrías hacer croquetas con ella.

Austin y el capitán se habrían mostrado más preocupados si supieran lo que la niebla ocultaba. Mientras el equipo se esforzaba por sacar la piedra del camión y subirla a la superficie, un barco grande cuyo casco gris lo hacía prácticamente invisible se acercaba al *Monkfish* a la misma velocidad que el muro de niebla. La extraña nave, de ciento ochenta metros de largo, proa en forma de V y popa ancha, era impulsada por seis reactores que le permitían alcanzar los cuarenta y cinco nudos, una velocidad increíble para un barco de ese tamaño.

Austin agradeció al capitán el parte meteorológico e indicó a los submarinistas que inflaran aún más los tubos elevadores. La estela empezó a cruzar lentamente el agujero. Los submarinistas la atendían para asegurarse de que no oscilara cuando la corriente que circulaba fuera del barco la golpeará. Austin y Zavala permanecieron dentro de la nave. Desde allí veían claramente a los dos submarinistas, que mantenían el ritmo del ascenso con suaves aleteos. Una operación perfecta.

Hasta que el infierno se desató.

Uno de los submarinistas empezó a sacudir las piernas y los brazos como un epiléptico en pleno ataque. Luego se arañó el cordón umbilical y con la misma rapidez recuperó el control de su cuerpo. Quedó suspendido en el agua por unos segundos y luego se introdujo en las fauces del *Andrea Doria*.

La secuencia había durado apenas unos segundos. Austin no tuvo tiempo de reaccionar, pero cuando se le acercó el submarinista comprendió lo que había ocurrido. El cordón umbilical se había soltado de un extremo y el hombre se había conectado a la bombona de emergencia. ¿Cómo demonios pudo ocurrir? El tubo no lo había cortado el canto mellado del agujero, pues Austin había estado observándolo todo el rato. El submarinista nadó hacia él con la cara blanca como el mármol. Austin se maldijo por no haber insistido en una comunicación total bajo el agua.

—Kurt, ¿qué ocurre? —preguntó Zavala por el intercomunicador.

—No tengo ni idea —dijo Austin mientras contemplaba la piedra suspendida sobre el agujero—. Tenemos que meter a este hombre en la campana. La bombona le permite respirar, pero se congelará sin el suministro de agua caliente. Lo subiré y de camino echaré un vistazo.

Austin tendió su brazo de metal y el submarinista se agarró al codo. Luego activó las hélices verticales e iniciaron el ascenso. El otro submarinista había desaparecido.

Mientras Austin lo buscaba, algo se movió en la penumbra. Una figura fantástica se acercó a la luz que proyectaba la campana. Era un submarinista embutido en un traje Hard de metal que hizo pensar a Austin en la armadura fabricada para alojar el cuerpo porcino de Enrique VIII.

Sospechó que el forastero tenía algo que ver con los problemas de su submarinista. Sus sospechas se vieron confirmadas un segundo más tarde, cuando el recién llegado levantó un objeto que sostenía en la mano. En ese momento se produjo

una explosión de burbujas y un proyectil pasó como un cohete a unos centímetros del hombro derecho de Austin.

El submarinista de la NUMA nadó frenéticamente hacia la campana. En cuanto lo vio desaparecer por la escotilla, Austin se concentró en asuntos más apremiantes.

Otras siluetas plateadas se materializaron y avanzaron hacia él. Austin contó hasta cinco antes de activar sus hélices verticales y sumergirse de nuevo en el *Doria*.

McGinty gritaba por la radio.

—¿Qué diablos está ocurriendo? ¡Que alguien me conteste o bajaré para verlo con mis propios ojos!

—No se lo aconsejo —respondió Austin—. Seis tipos con trajes Hard acaban de llegar para tomar el té y no parecen muy cordiales. Uno acaba de dispararme.

—¡Por todos los demonios! —bramó el capitán.

—¡Esos bastardos cortaron el tubo de Jack! —dijo otra voz próxima al histerismo.

El submarinista desaparecido hablaba desde el interior de la campana. Austin reconoció su acento tejano.

—¿Está bien?

—Sí, lo tengo aquí conmigo. Se ha llevado un susto de muerte, pero está bien.

—No os mováis de ahí —le ordenó Austin—. McGinty, ¿cuándo podría elevar la campana a la superficie?

—Tengo la mano sobre el interruptor.

—En ese caso, púselo.

—Ya está. ¿Quieres que llame a los guardacostas?

—Ni los lanceros de Bengala podrían hacer nada por nosotros. Este asunto habrá terminado antes de que nos llegue la ayuda. Tendremos que manejar la situación nosotros solos.

—¡Austin, ve con cuidado! Hace siglos que no me meto en peleas. Cómo me gustaría poder bajar y repartir unos cuantos puñetazos.

—Y a mí. No quiero parecer maleducado, capitán, pero tengo que dejarle. *Ciao!*

Detrás de la careta de plexiglás, los ojos verdiazules de Austin se habían endurecido como piedras turquesas. La mayoría de los mortales habrían reaccionado con miedo ante una situación como ésa. Austin no estaba libre de temor. A veces pensaba que su pelo se había tornado gris de los sustos sufridos a lo largo de su carrera. Si hubiese visto seis tiburones blancos frente a él habría lamentado no haber renovado su seguro de vida. Las fuerzas de la naturaleza son irreflexivas e implacables. No obstante, pese al aspecto temible de los intrusos, sabía que debajo de esas fundas de aluminio se ocultaban hombres, con todas sus debilidades.

El asalto en Marruecos se reprodujo de repente en su mente. La única diferencia con la situación actual era el escenario. Esa gente quería la piedra parlante y los submarinistas de la NUMA constituían un estorbo. Tenía que dejar de pensar. Los pensamientos podían ser resbaladizos como pieles de plátano. Un lobo no piensa en su presa antes de atacar. Austin dejó que su instinto de supervivencia dictara sus movimientos. Un calor repentino espantó el frío que se había apoderado de su cuerpo al ver a los agresores. Su respiración se relajó y su corazón empezó a palpar a un

ritmo regular. Con todo, no se engañaba. Sabía que los lobos tenían garras y dientes.

Zavala había oído la conversación con McGinty por radio.

—¿Qué táctica propones, Kurt? —preguntó con cierta inquietud.

—Dejaremos que vengan a buscarnos. Nosotros conocemos el territorio y ellos, no. Necesitaremos armas.

—Mi especialidad. Veré qué puedo conseguir.

Zavala se deslizó hasta la parte trasera del camión blindado.

—Alicates. ¿Qué llevan esos tipos?

—No lo sé. Pensaba que era un arpón, pero ya no estoy tan seguro.

Zavala blandió los alicates.

—Si nos acercáramos lo bastante podría cortar algunas cremalleras.

La mente de Austin, que trabajaba a toda velocidad, frenó con un chirrido. Había estado contemplando la puerta abierta del camión, hipnotizado por el rectángulo de luz que destacaba en la negra oscuridad. Se acercó. Las lámparas halógenas portátiles que habían utilizado mientras sacaban la piedra iluminaban el interior.

—Tengo una idea mejor —dijo Austin—. La dienea.

Explicó su plan a Zavala sin apartar la vista de la abertura del casco.

—Sencillo pero audaz. Eso se encargará de uno. ¿Y el resto?

—Improvisa.

Zavala levantó los alicates como un guerrero indio armado con un hacha para luchar contra los rifles de la caballería y se ocultó tras el compartimento del motor. Austin abrió dos cajas fuertes más.

Era como abrir cofres llenos de estrellas. El fulgor de los diamantes, zafiros y rubíes era cegador incluso debajo del agua. Colocó las cajas en hilera, donde pudieran verse, y añadió algunas calaveras para dar dramatismo a la escena. Luego también él se fundió con la noche artificial del barco. Suspendido en el vasto espacio, procedió a vigilar el camión y el boquete del casco. Aunque el interior del traje era seco y fresco, estaba sudando.

Por el boquete asomó un resplandor y dos submarinistas entraron como hurones en una conejera. La luz de las linternas bailaba en la oscuridad. Los hombres avanzaban con suma cautela. Austin pensó en la prudencia con que él y Zavala habían entrado en el barco la primera vez, su nerviosismo ante lo desconocido, el ajuste a un mundo desorientador donde arriba y abajo dejaban de ser puntos de referencia útiles. Había contado con esa confusión inicial. Y con la tendencia natural del ojo a concentrarse en el único objeto visible en medio del vacío: el camión blindado.

Los submarinistas avanzaban y retrocedían, probablemente pensando en un plan de acción y preguntándose si estaban adentrándose en una trampa. Pegados el uno al otro, la silueta de sus trajes apareció al fin en el hueco de la puerta.

Austin blasfemó. Estaban demasiado juntos. Si permanecían así su plan no funcionaría. En ese momento la naturaleza humana intervino. Uno de los

submarinistas apartó a su compañero de un empujón. Estaba justo en el hueco de la puerta con la cabeza dentro del camión. Austin esbozó una sonrisa fiera. No está bien eso de dar codazos, muchacho.

—¡Voy por él! —anunció Austin.

—Empiezo a cortar —respondió Zavala.

Austin activó las hélices a velocidad lateral máxima en dirección al camión. El traje aceleró lentamente pero cobró velocidad en cuanto su media tonelada de peso superó las fuerzas de la inercia y la resistencia del agua.

Avanzaba hacia el camión como una bola dispuesta a derribar el último bolo mientras rezaba para que el submarinista no se moviera. No quería que Zavala le recordara el resto de la eternidad que había pasado sus últimos momentos en la tierra imitando un acordeón.

Tuvo suerte. Las joyas habían dejado paralizado al submarinista. Probablemente estaba pensando en cómo sacarlas de ahí.

Austin se concentró en el enorme trasero metálico que asomaba por debajo del cascarón que cubría las bombonas de aire. Maldita sea. Volaba demasiado bajo. Se dio un ligero empujón vertical.

—¡Ahora! —gritó.

Elevó los pies, tratando de imaginarse en un trineo de carreras, pero lo único que consiguió con las articulaciones de metal que restringían sus movimientos fue levantar las rodillas.

Zavala, entretanto, trabajaba febrilmente. Los alicates habían roído algunas hebras del cable delantero que sostenía el camión. Tenía miedo de cortarlo antes de tiempo. Al oír la orden de Austin aplicó toda la fuerza de sus brazos a los mangos de los alicates. La herramienta cortó el resto del cable con la facilidad con que un depredador desgarra una presa.

Aunque Austin se esforzó por mantener los pies en alto, al final fueron sus rodillas metálicas las que chocaron con el trasero del submarinista que devoraba las joyas con la mirada. La rigidez del traje evitó que se le reventaran las rodillas. El submarinista se hundió de cabeza en el camión. Austin, por su parte, empezó a girar descontroladamente.

El submarinista intentó salir, pero sus hélices se habían enganchado en la estructura de los estantes. Austin, entretanto, daba vueltas en el espacio mientras trataba de averiguar la combinación de hélices que le devolvería la estabilidad.

—¡Bomba abajo! —Oyó gritar a Zavala.

El morro del camión se había desprendido y colgaba precariamente de la pared con los faros apuntando hacia abajo. Durante un instante Zavala creyó que el vehículo iba a quedarse así. En ese momento el peso del camión demostró ser excesivo. El resto del cable estalló y el vehículo se precipitó hacia las profundidades del barco, sumándose al cementerio de coches con un fuerte estallido y llevándose consigo los huesos de sus defensores, las joyas y al submarinista codicioso.

El otro buceador había contemplado toda la escena, pero enseguida se recuperó de su estupefacción. Austin había recobrado la estabilidad y estaba luchando contra el mareo cuando la luz de la linterna del submarinista explotó en su cara. Apretó los dientes y se preparó para el dolor punzante que se avecinaba. En ese momento la luz desapareció y el submarinista empezó a agitar el cuerpo frenéticamente.

¡Zavala!

Viendo el apuro en que se hallaba su amigo, Joe se había acercado por detrás y deslizado una mano por debajo del brazo del submarinista para desequilibrarlo. Forcejeaban a cámara lenta, como dos robots monstruosos. Zavala sujetaba en su garra izquierda los alicates, pero enseguida comprendió que su contrincante no tenía intención de permanecer quieto lo suficiente para permitirle cortar la cremallera. Zavala estaba agotado de tanto esfuerzo y notaba que el brazo empezaba a resbalársele.

Improvisa, recordó.

Introdujo los alicates en la caja de la hélice lateral de su contrincante y ésta se desintegró por completo. El submarinista impulsó ambas hélices para escapar, pero como sólo le funcionaba un lado empezó a girar descontroladamente. Al final desapareció en la oscuridad dando vueltas como una peonza.

Su arma bajó flotando lentamente hasta que Austin la atrapó con su garra metálica. De diseño primitivo pero hecha con metales modernos, constituía un instrumento mortal debajo del agua, donde las armas de fuego resultaban inútiles. El aparato contenía una recámara para seis flechas. Las flechas tenían aletas en un extremo y cuatro cuchillas afiladas en el otro que podrían haberle rebanado el traje de aluminio como un abrelatas. Los mandos, sencillos y enormes, se manejaban fácilmente con la garra mecánica.

Zavala se acercó.

—¿Qué es esto? —preguntó, todavía resoplando.

—Parece una versión moderna de una ballesta.

—¡Una ballesta! La última vez fueron pistolas de duelo —dijo Zavala con una mezcla de admiración y disgusto—. La próxima vez serán piedras.

—Los pobres no escogen, Joe. Me pregunto si esta cosa funciona realmente. —Austin sostuvo la culata contra su pecho y apuntó—. Es letal, pero dudo que sea muy precisa a larga distancia.

—Estás a punto de averiguarlo. Tenemos fantasmas en la una.

Dos luces delgadas asomaron por la abertura del casco acompañadas de dos submarinistas armados y menos propensos a las emboscadas que sus antecesores.

—Dudo que podamos sorprender a esos tipos tan fácilmente —dijo Austin—. Seguro que hablaron por radio con los otros y saben a qué atenerse.

—Tenemos dos puntos a nuestro favor. Ignoran que vamos armados y dónde estamos.

Austin sopesó las opciones. Una era jugar al escondite, pero el cansancio podría

con ellos. Los trajes Hard no estaban hechos para esos trotes, y al final se les agotaría la energía o el aire.

—De acuerdo, enseñémosles dónde estamos. Echaría a suertes quién hará de cebo, pero no tengo monedas. ¿Has hecho alguna vez de luciérnaga?

—Prepara la ballesta, Robin Hood.

Los intrusos se habían detenido, distraídos por el compañero que daba vueltas por el garaje. Zavala empezó a encender y apagar las luces de su traje. Por un instante quedó suspendido en medio de la oscuridad como un rótulo de carretera. Luego desapareció. Eso sí llamó la atención de los intrusos, que se acercaron hacia el lugar donde habían visto la luz por última vez. Zavala, no obstante, se había alejado varios metros. Las luces del pecho y la cabeza volvieron a encenderse y apagarse. Se desplazó de nuevo. Más luces. Más apagones.

El efecto resultaba sorprendente incluso para Austin, que conocía la causa. Por todas partes aparecían clones de Zavala.

—Jamás pensé que acabaría haciendo de árbol de Navidad —dijo Zavala.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, Joe. La táctica ha funcionado. Se te están acercando. —En pocos segundos estarían encima de él—. Una vez más, Joe. Estoy justo detrás de ti.

Zavala se encendió y apagó otra vez. Los agresores avanzaron hacia el último lugar donde vieron las luces, esto es, directamente hacia Austin.

Este se llevó el arma al hombro.

—Tienes cinco segundos para apartarte de la línea de tiro —dijo con voz relajada.

—Bajo —respondió Zavala, y se hundió varios metros.

Austin contó hasta cinco. Seguro ya de que Zavala se hallaba fuera de peligro, apretó el gatillo y notó el tirón de la ballesta al liberar la flecha. Aunque no podía verlo, supo que había dado en el blanco porque la luz de la derecha sufrió una violenta sacudida.

Austin cargó otra flecha y se llevó la ballesta al hombro blasfemando por la torpeza del mecanismo. Cuando estuvo preparado para disparar de nuevo, el segundo agresor ya había imaginado lo que estaba ocurriendo y apagado su linterna. Austin, con todo, disparó, pero presintió que había fallado.

—Le di a uno, pero el otro se me escapó, Joe. Salgamos a buscarlo. Yo iré delante con el arma.

Trató de ver en la oscuridad. Era inútil. Tenía que arriesgarse y encender las luces delanteras de su traje. Al hacerlo divisó un destello.

—Se dirige hacia el boquete.

—Lo veo —dijo Zavala—. Estoy justo detrás de ti.

La pareja fue en pos de su presa como si la vida les fuera en ello. Austin no podía evitar pensar que ésta debía de ser una de las batallas más extrañas de la historia. Hombres embutidos en pieles metálicas luchando con armas primitivas en el enorme garaje de un barco hundido.

La sombra atravesó el boquete del casco y desapareció.

¡Maldición!

—Demasiado tarde, Joe. Ha escapado.

—Dijiste que había seis. Uno cayó con el camión, a otro le disparaste y el tercero parece un tiovivo. Quedan tres.

—Creo que vi seis, pero no estoy seguro. Recuerda mis malos cálculos en el *Nereus*.

—¿Cómo podría olvidarlo? Terminemos con esto de una vez —dijo Zavala con voz cansada—. Estoy hecho polvo, necesito orinar y tengo una cita este sábado con una hermosa cabildera agrícola. Sus ojos son como la flor del cactus, Kurt, de un azul que no has visto en tu vida.

Un día algún científico penetraría en la libido de Zavala y liberaría una de las fuerzas más poderosas del universo, pensó Austin.

—No me gustaría estar entre tú y tu impulso sexual, Joe. Podría ser peligroso. Tú eres el oficial de armas. ¿Guardas algo en la manga?

—Creo que veo el tubo de la antorcha. —Zavala se elevó unos metros y agarró la herramienta—. La tengo, aunque ignoro de qué puede servirme. Oye, la piedra ha desaparecido.

Subieron hasta el margen de la abertura, ocupada ahora por una colonia de peces.

—La secuestraron mientras estábamos distraídos. —Austin visualizó el robo en su mente—. Habrán necesitado dos hombres para subirla. Tendrán las manos ocupadas y en ningún momento se les ocurrirá que podamos ir a por ellos.

—¿A qué esperamos? —dijo Zavala, arrojando la antorcha.

Salieron del barco y aunque todavía se hallaban en las profundidades del Atlántico, Austin se alegraba de escapar de la oscuridad claustrofóbica del *Doria*.

La campana de inmersión ya no estaba y la única luz provenía de la superficie. El gigantesco casco del *Andrea Doria* se extendía en ambas direcciones bajo sus pies, gris en las inmediaciones y negro en la lejanía. Austin divisó momentáneamente un brillo metálico a lo lejos, pero podía ser un pez. Le habría gustado frotarse los ojos. Sólo podía apretar los párpados con fuerza y abrirlos. Nada. Seguía teniendo delante el azul monótono del mar.

Un momento.

Otra vez ese brillo. Estaba seguro.

—Creo que están cerca de la proa.

Avanzaron en esa dirección. Zavala vio que algo se movía y avisó a Austin. Dos submarinistas tiraban de la piedra y los flotadores. Una cuerda remolcadora se perdía en la oscuridad del mar, probablemente manejada por un submarinista que no alcanzaba a ver.

—Les ofreceremos un espectáculo de luces y luego dispararé.

Dirigieron los focos a la piedra y sus escoltas.

Austin disparó una flecha que rebotó en la estela. Los submarinistas huyeron y la

cuerda remolcadora se soltó. La estela se detuvo justo encima del viejo puente del *Doria*.

—Deja que se vayan, Joe. Tenemos que ocuparnos de esto.

Descendieron y, luchando contra la corriente, regresaron con la piedra al agujero del casco.

—Soy McGinty. ¿Estáis bien?

—Sí. Tenemos la piedra. Regresamos a la zona de trabajo. Puede bajar la campana cuando quiera.

Hubo una pausa seguida de un gruñido.

—Me temo que tenemos un problema —repuso el capitán con patente irritación—. Hemos perdido los anclajes de proa. Me temo que cortaron las cuerdas. Las corrientes de la superficie nos están zarandeando. Si bajamos la campana, se balanceará como un péndulo y hasta podría hacernos volcar.

—Parece que nuestros amigos se cubrieron bien las espaldas, Joe.

—¿Podrían fijar de nuevo el anclaje?

Austin y Zavala estaban agotados. Los trajes Hard no estaban diseñados para combatir cuerpo a cuerpo y, con toda su parafernalia, se habían convertido en una prisión.

—Es posible hacerlo, aunque nosotros no podemos. Sería preferible que la subierais vosotros, pero no será un trabajo fácil.

Zavala preguntó al capitán si podía colocar el barco en su posición inicial.

—No será exacta, pero casi —dijo McGinty.

Se acercaban a la abertura del casco. El *Monkfish* debía de estar justo encima de ellos.

McGinty hizo un gran trabajo. El cable que habían utilizado para arrancar las puertas del garaje colgaba sobre sus cabezas. Ataron el cable a la piedra y dieron al capitán luz verde.

—Lista para subir, capitán —dijo Austin.

Austin obtuvo una buena perspectiva del impenetrable muro de niebla que envolvía el *Monkfish* cuando, suspendido como un rodaballo, se elevó por encima del mar. La grúa lo depositó sobre la cubierta del barco, donde miembros de la tripulación le ayudaron a salir del traje como escuderos asistiendo a un caballero con armadura.

Remolcado unos minutos antes, Zavala parecía haber encogido sin su envoltorio de aluminio. Como un astronauta que sale de la ingravidez, los primeros pasos de Austin fueron tambaleantes. Su compañero le tendió una taza de café caliente. Unos cuantos sorbos hicieron que la sangre volviera a circularle. Luego la pareja se ocupó de su máxima prioridad, correr hasta la letrina más cercana, de la que salieron con una amplia sonrisa en el rostro. Después de ponerse ropa seca, regresaron a cubierta.

El ascenso había transcurrido sin sobresaltos, pero hubo momentos tensos, sobre todo al principio, cuando el cabestrante alivió la tensión de la cuerda con tirones lentos e intermitentes y una vez en la superficie, cuando la piedra perdió su flotabilidad. La experta tripulación del *Monkfish* añadió más flotadores a la piedra, la introdujo en una eslinga y la embarcó utilizando la grúa de popa.

Austin contempló la estela de aspecto inofensivo que descansaba ahora sobre una plataforma de madera. Le resultaba difícil creer que hubiese causado tantos problemas y costado tantas vidas. Parecía una lápida enorme, lo cual era muy apropiado teniendo en cuenta toda la gente que había muerto por ella. Medía cerca de dos metros y era tan ancha y gruesa como un hombre. Austin se arrodilló y acarició la superficie, que iba pasando del negro al gris oscuro a medida que se secaba. Siguió el trazado de las inscripciones, pero carecían de sentido para él. Nada en todo este asunto tenía sentido.

Los miembros de la tripulación cubrieron la piedra con un material acolchado y una sábana de plástico encerado. Una carretilla elevadora trasladó la lápida a un almacén de cubierta. No podía ser muy frágil, habiendo sobrevivido medio siglo en un camión blindado sumergido en el fondo del mar y su traslado a la superficie, pero Austin no quería correr riesgos.

Donatelli contempló con tristeza la piedra.

—De modo que por eso murieron todos esos hombres.

—La matanza todavía no ha terminado —respondió Austin observando la niebla que envolvía el barco.

La temperatura había descendido por lo menos diez grados. Se estremeció al recordar la descripción de Angelo de un banco de niebla similar que ocultó el *Andrea Doria* de los ojos del *Stockholm*.

—Vayamos a ver al capitán. Está en la timonera —sugirió.

McGinty les invitó a entrar y señaló un punto blanco en la pantalla verde del

radar. Austin parpadeó. Probablemente había pasado demasiado tiempo debajo del agua. El punto avanzaba a una velocidad más propia de un avión que de un barco.

—¿Realmente va tan rápido como me parece? —preguntó Zavala.

—Como una bala —gruñó McGinty.

Austin golpeó la pantalla con un dedo.

—Podrían ser los chicos malos.

—En Southie, donde me crie —explicó McGinty—, cuando la policía patrullaba por mi barrio veías gente corriendo en todas direcciones. La poli siempre encontraba a alguien buscado por algo. Si tenías la conciencia intranquila, sólo tenías que ver la burbuja azul sobre el techo del coche para echar a correr. Supongo que en el mar ocurre lo mismo.

El punto intermitente adelantó a una embarcación que viajaba en la misma dirección.

—Calculo que esos tipos están huyendo a cincuenta nudos.

McGinty soltó un silbido.

—Parece un barco grande. Nunca había visto una nave de ese tamaño navegar a esa velocidad.

—Yo sí. Es un Barco Veloz, un nuevo diseño fabricado por la empresa Thornycroft y Giles. Utilizan un monocasco semiplaneador con surtidores que eliminan la cavitación de las hélices. Un Barco Veloz porta contenedores tiene una velocidad de crucero de cuarenta y cinco nudos. Las nuevas versiones son aún más rápidas. Capitán, ¿vio alguna embarcación cerca del *Andrea Doria* justo antes del ataque?

—Este es un lugar muy transitado. —McGinty se echó la gorra hacia adelante, como si eso pudiera refrescarle la memoria—. Van y vienen muchos barcos, sobre todo pesqueros. ¿Vimos ese barco en concreto? Puede. Había uno de gran tamaño a un kilómetro y medio de aquí, pero se perdió en la niebla. Yo estaba distraído con las operaciones de buceo.

—Creo que si pudiéramos indagar en los papeles de la compañía, descubriríamos que es propiedad de Halcón Industries.

—Podríamos intentar sobrevolarlo —propuso McGinty.

—Imposible con esta niebla. Y aunque diéramos con él, para subir a bordo necesitaríamos una orden judicial.

Zavala había estado escuchando con el labio fruncido.

—Hay algo que me tiene mosca —dijo—. Esos tipos sabían dónde estábamos y lo que estábamos haciendo. ¿Cómo lo averiguaron? Sólo hace unos días que decidimos rescatar esa piedra y hemos sido muy discretos.

Austin y McGinty se miraron.

—En esta operación ha intervenido mucha gente. Cualquier persona podría haber revelado sin querer algún dato que descubriera el pastel.

Austin no lo creía. Los asaltantes estaban demasiado bien preparados.

Al cabo de un rato el viento cambió de dirección llevándose la niebla consigo. Donatelli se despidió de los hombres de la NUMA y del capitán del *Monkfish* y se marchó con Antonio en su yate. Austin prometió al superviviente del *Doria* que le tendría al corriente de los progresos de la agencia.

El *Monkfish* rodeó cabo Cod y poco después se divisaban las luces de los aviones que aterrizaban y despegaban del aeropuerto de Logan. Dejaron atrás las islas del puerto de Boston y atracaron en un muelle próximo al acuario. Austin llamó a un emocionado doctor Orville y le pidió que consiguiera un camión para transportar la estela. Él y Zavala siguieron el camión hasta Harvard y presenciaron cómo guardaban la piedra bajo llave. Orville dijo que trabajaría toda la noche para descifrar las inscripciones y les invitó a quedarse, pero Austin y Zavala estaban agotados y querían volar a Washington a primera hora de la mañana. Después de una cena ligera y un vaso de *whisky* irlandés en compañía de McGinty, se tumbaron en sus camastros y cayeron rendidos.

El edificio tubular de la NUMA se erigía como un faro de bienvenida mientras el taxi navegaba por los mares imprevisibles del tráfico de Washington. Austin y Zavala habían volado desde el aeropuerto de Logan y llegado a Washington a media mañana. McGinty se había despedido con palmadas en la espalda y un sinfín de elogios.

—Me pregunto qué están tramando los Trout —murmuró Zavala.

La noche antes Austin había llamado a sus colegas desde el barco de salvamento para hablarles del *Doria* y la recuperación de la estela. Gamay dijo que ella y Paul tenían información nueva que compartirían con ellos al día siguiente. Austin estaba demasiado cansado para preguntar de qué se trataba. Los Trout esperaban con Hiram Yaeger en la sala de conferencias privada donde habían tenido la primera reunión. Rudi Gunn apareció un minuto más tarde y dijo que Sandecker estaba en la Casa Blanca desayunando con el presidente.

Gamay inauguró la reunión.

—Todos estáis informados sobre mi aventura en Yucatán con el doctor Chi, así que no me extenderé. Como sabéis, descubrimos un montón de piezas mayas robadas que aguardaban su salida del país. El almacén se hallaba en un lugar estratégico en cuanto a carreteras y vías fluviales. Encontramos cientos de objetos extraídos de varios emplazamientos arqueológicos importantes, algunos conocidos por excavadores autorizados y otros no. Cuando el doctor Chi clasificó las piezas, además de objetos de cerámica encontró piedras grabadas arrancadas, al parecer, de edificios mayas con una sierra de diamante. El tema de las naves debió de llamar la atención de los chicleros. El doctor Chi opinó que los grabados procedían de observatorios similares al MIT, el edificio que me enseñó en las ruinas mayas. Con todo, había un problema: desconocía la procedencia exacta de cada piedra.

Trout entregó una carpeta a cada uno de sus colegas y Gamay esperó a que el ruido de papeles cesara.

—La primera hoja muestra ocho dibujos realizados por el doctor Chi —prosiguió

—. Son figuras que representan a Quetzalcoátl, el dios maya conocido también como Kukulcán. A primera vista los dibujos parecen idénticos, pero si os fijáis veréis algunas diferencias sutiles.

—En éste la mandíbula es un poco más prominente —dijo Yaeger—. Y éste tiene las cejas más gruesas.

Gunn aguzó la mirada.

—Y la nariz de ese otro parece de boxeador.

Gamay sonrió como una maestra orgullosa.

—Aprenden rápido, caballeros. Cada diferencia indica un lugar concreto. Cada ciudad o centro urbano representaba al dios de una forma peculiar.

—¿Del mismo modo que la lechuza era el símbolo de la Atenas clásica? —preguntó Austin.

—Exacto, sólo que en este caso el dios también representa al planeta Venus.

Austin se removió impaciente en su asiento. Había esperado oír información relacionada directamente con el caso, no una conferencia sobre teología maya.

—Gamay, todo esto es muy interesante —dijo sin esforzarse por ocultar su impaciencia—, pero no sé adónde quieres ir a parar.

Gamay esbozó una de sus irresistibles sonrisas de muchachote.

—Estas figuras forman parte de los grabados de las naves.

Austin se inclinó con renovado interés.

—¿Las naves fenicias?

—Todavía no sabemos seguro que sean fenicias. Pero sí, las inscripciones, al parecer, marcaban el acontecimiento de los mayas dando la bienvenida a naves y gente forastera.

—El doctor Chi ya había deducido que los grabados procedían de observatorios —intervino Paul Trout—. Utilizó las figuras de la ciudad para determinar la ubicación de los mismos. Hay observatorios mayas esparcidos por toda América Central, pero sólo ocho, que nosotros sepamos, tienen como tema esas naves.

—Tenéis ocho observatorios idénticos, ubicados en diferentes lugares, adaptados a los ciclos de Venus y relacionados con una misteriosa flota de barcos —dijo Austin.

—Exacto —respondió Gamay, reanudando su explicación—. Y el número ocho constituye la clave del asunto. —Viendo la incompreensión en las caras de sus colegas, prosiguió—: Quetzalcoátl y Kukulcán eran representaciones de Venus, el dios más importante de los mayas. Los mayas trazaban la trayectoria del planeta con increíble precisión. Sabían que Venus, dentro de su ciclo, desaparecía durante ocho días y creían que pasaba ese tiempo en el infierno. Para seguir su rastro y el de otros objetos celestes utilizaban elementos arquitectónicos como puertas, esculturas o pilares, o la propia disposición de las calles. El profesor Chi cree que los observatorios eran parte de un plan mayor, o un mapa. Incluso de un ordenador rudimentario para resolver un problema.

—¿Como el problema de los barcos fenicios, perdón, de los barcos todavía no

identificados? —preguntó Austin.

—Exacto —respondió Paul—. La segunda hoja contiene un mapa con la ubicación de los observatorios.

Otro frufú de papeles.

—Intentamos conectarlos trazando líneas paralelas —explicó Gamay—, pero nada tenía sentido. Mientras nos devanábamos los sesos recibimos una llamada del doctor Chi. Había regresado del terreno para recoger provisiones y le dijeron que queríamos hablar con él. Le contamos que estábamos buscando algo en la oscuridad que sabíamos que existía y que necesitábamos su ayuda.

—Página tres, caballeros —dijo Paul—. El doctor Chi la envió por fax desde el museo nacional. Los españoles destruyeron todos los libros mayas salvo unos pocos, y éste es uno de ellos, el Dresden Codex. Contiene tablas de observación detalladas de Venus. Los datos fueron obtenidos de los observatorios.

—¿Qué tiene que ver esto con nuestro misterio? —inquirió Gunn.

—Sirve de ejemplo sobre el tipo de información que los mayas encontraban importante —contestó Gamay—. Intenta imaginarte a los sacerdotes mayas contemplando las estrellas noche tras noche. Una vez han reunido la información sobre su movimiento, pronostican lo que las estrellas y los planetas harán utilizando elementos arquitectónicos dentro de los observatorios.

—Ya lo entiendo —farfulló Yaeger—. A veces ayuda ser un repelente. Estás diciendo que estos ocho observatorios y los grabados constituyen el «*hardware*» o soporte físico del ordenador, y que el Codex es el «*software*» o soporte lógico que dice al ordenador lo que tiene que hacer. —Yaeger parpadeó raudamente tras sus gafas de montura metálica—. La forma física del programa puede ser blanda, como el disquete, o dura, como el disco.

—O, en nuestro caso, dura como una piedra —dijo Austin.

—¡Bingo! —Exclamó Gamay—. Menudos genios tenemos en la NUMA.

Agitado, Austin enumeró los puntos con las yemas de los dedos:

—Uno, tenemos ocho observatorios dedicados a Venus. Dos, los observatorios están dispuestos de una forma que nos ayudará a resolver un enigma relacionado con esas misteriosas naves y sus cargamentos. Tres, la piedra parlante nos dirá cómo hacerlo.

—No fue definitivo hasta que el doctor Orville llamó esta mañana. Había encontrado esas mismas ocho figuras en la estela. En la carpeta tenéis un fax. Las inscripciones se componen de tres elementos principales. El primero son las figuras y el segundo la representación abreviada del desembarco de las naves.

—¿Tenéis idea de por qué una de las naves está a punto de ser devorada por la serpiente? —preguntó Zavala, contemplando el fax.

—Es el tercer elemento —explicó Gamay—. La serpiente emplumada es la encarnación terrestre de Quetzalcoátl Kukulcán.

—Ah —dijo Zavala—. Eso lo aclara todo.

—Míralo de este modo —repuso Gamay—. Las figuras te dicen *dónde*. Las naves, *qué*. La serpiente, *cómo*. Observad a Kukulcán y decidme qué veis.

—Plumas —respondió Gunn.

—No —repuso Yaeger—. Hay algo más. Mira los colmillos. Forman una suerte de cuadrícula.

—Bravo. —Gamay aplaudió entusiasmada—. Nuestro gurú informático es el primero de la clase.

—No entiendo por qué —repuso Yaeger encogiéndose de hombros—. Que me cuelguen si sé de lo que estoy hablando.

—Observad la siguiente imagen de vuestra carpeta. Muestra uno de esos ocho observatorios. Es muy típico. Cilíndrico, con un balcón que rodea la parte superior y un friso en la zona inferior. Fijaos en las dos ventanas estrechas. Supusimos que las utilizaban para algún tipo de cálculo astronómico y que coincidían con Venus en los extremos de su posición en el cielo. Pero todo ello no adquirió sentido hasta que a Paul se le ocurrió mirar los observatorios desde arriba, como desde un avión.

Paul levantó la última hoja de la carpeta.

—Trazamos las líneas desde cada ventanuco y vimos que se entrecruzaban.

—¡Caray! —Dijo Yaeger—. Es la misma cuadrícula que forma la serpiente emplumada.

Gamay asintió.

—Empecé a sospecharlo cuando me di cuenta de que la cuadrícula me recordaba a un amuleto que una vez me prestó el doctor Chi. Las fauces de Kukulcán.

—¿No habíamos dicho que Colón dependía de algún tipo de cuadrícula? —preguntó Gunn.

—Exacto —dijo Paul—. La teoría de Orville es que Colón intentó utilizar esta piedra, pero se hallaba en desventaja. Sabía que existía un tesoro pero no podía descifrar el jeroglífico. Hizo copiar las inscripciones de la piedra para llevárselas en la Niña, probablemente con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera traducírselas.

Austin miraba fijamente el diagrama.

—En los tiempos en que Colón cruzó el océano los navegantes tenían mapas con líneas rectas llamadas cuartas. Quien navegaba de España a La Española elegía la línea que le ofrecía el trayecto más directo y establecía un rumbo. Llegabas a donde tenías que llegar si no te golpeaban las corrientes y los vientos. Puede que Colón creyera erróneamente que esto eran cuartas. Los mayas eran mucho más sofisticados de lo que él pensaba. ¿Pudisteis descifrarlo sobre un mapa?

—Al principio no tenía sentido —dijo Paul—. Venus se encontraba en otra posición en el cielo dos mil años atrás. Tuvimos que hacer algunos cálculos. Nuestra suposición es que el cruce en forma de V de las fauces, aquí, donde aparece la nave, indica que ahí hay algo.

Austin tenía otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará Halcón en deducir todo esto?

Los Trout se miraron.

—Se sabe que han desaparecido documentos colombinos y mayas de varios museos —dijo Paul—. Sospecho que el señor Halcón ha estado intentando unir las piezas, pero nosotros tenemos la piedra y ahora sabemos cómo utilizarla.

—Será mejor que pongamos manos a la obra cuanto antes, no vaya a ser que Halcón sea más inteligente de lo que pensamos —dijo Austin.

Gunn se aclaró la garganta y ordenó sus folios.

—Con todos mis respetos, Kurt, creo que antes de arrojarnos a las fauces de Kukulcán deberíamos averiguar quién es Halcón y por qué está causando tantos problemas.

—Comprendo. Muy bien, ahí va mi teoría. Halcón, al igual que Colón, va tras el tesoro fenicio que salió de Cartago. La clave para encontrarlo yace en pruebas precolombinas, pero Halcón no quiere que nadie se meta en su territorio, de modo que destruye las pruebas que van apareciendo y las personas que las encuentran.

—He rumiado esa misma teoría y creo que es acertada —dijo Gunn— pero sólo se trata de una parte del pastel. Pedí a Yaeger que elaborara un historial completo sobre Halcón. Háblanos de sus finanzas, «Hiram».

Yaeger contempló un expediente que tenía delante.

—Entre la fortuna familiar y las compañías, Halcón posee miles de millones de dólares, o incluso más.

—Gracias, Hiram. Eso es lo que no encaja, Kurt. ¿Por qué iba a molestarse Halcón en matar e intentar robar la llamada piedra parlante para encontrar un tesoro? Tiene más dinero de lo que cualquier persona normal podría desear.

—Creo que tú mismo has dado con la respuesta —repuso Austin—. Una persona normal. Teniendo en cuenta las ejecuciones que presencié Zavala en la pista de pelota, yo diría que estamos hablando de un demente.

—También he pensado en esa posibilidad, pero creo que el señor Halcón es mucho más complejo que un excéntrico rico y aburrido aficionado a la búsqueda de tesoros. Hiram, ¿te importaría desvelar el resto del material que recogiste sobre el caballero?

Yaeger se ajustó sus gafas de abuelita:

—Francisco Halcón nació en España de una familia con siglos de historia. Halcón no era, al parecer, el verdadero apellido, pero no he conseguido averiguar el nombre original. Nuestro hombre estudió en colegios privados de Suiza y en Oxford. Se convirtió en torero. Conocido como el Halcón, no le fue mal, pero dejó la afición a los toros a causa de un escándalo. Se dijo que había puesto veneno en la punta de su espada para que el animal muriera aunque no le acertara el punto.

—Un espíritu muy poco deportivo para un hombre de Oxford —comentó Austin con marcado acento británico.

—Parece más propio de Cambridge —añadió Zavala.

Yaeger se encogió de hombros.

—Del ruedo pasó a los negocios familiares. Los Halcón eran muy amigos del dictador Franco y la clase militar española antes y después de la guerra, y ganaron mucho dinero vendiendo armas. Cuando Franco murió y el rey restauró la democracia, las actividades de Halcón despertaron sospechas. La Interpol creía que estaba relacionado con una suerte de mafia española. Halcón abandonó el país y se instaló en México, donde una rama de su familia que se remonta a la conquista española poseía varios negocios. Tomó el mando de las operaciones en Estados Unidos, utilizó su dinero e influencia para cultivar sus contactos políticos y al poco tiempo se convirtió en ciudadano estadounidense.

—Le ha ido bastante bien, a juzgar por las compañías que tiene en San Antonio —dijo Zavala.

—La personificación del sueño americano —añadió Gunn sin ocultar su sarcasmo.

—En más de un sentido —dijo Yaeger—. Sus negocios legales servían de tapadera para operaciones oscuras a ambos lados de la frontera. Se sospecha que está detrás del contrabando a gran escala de drogas e inmigrantes procedentes de México.

—Eso significa que es amigo del partido dirigente de ese país —dijo Zavala—. Ningún negocio, legal o ilegal, escapa a la atención del gobierno.

—Encaja con la forma en que la familia funcionaba en España y Estados Unidos —dijo Austin—. ¿Ha mencionado alguien la hermandad?

—Como ya he dicho, se le creía relacionado con una organización mafiosa española —respondió Yaeger—. Podría ser la hermandad, pero nadie me lo ha confirmado.

—¿Qué se sabe del complejo que vi en San Antonio? —preguntó Zavala.

—Es propiedad de una de sus sociedades anónimas. Absolutamente legal, según las autoridades locales. Halcón está considerado un chiflado, pero un chiflado rico, de modo que si quería construir su propio parque temático, ¿por qué iban a impedirselo? Por cierto, los planos del complejo muestran la pista de pelota como un campo de fútbol.

—Aquello no se parecía a un partido de fútbol ni de lejos —dijo Zavala.

—Los lugareños oyen explosiones de tanto en tanto y dicen que a veces hay mucho tráfico, pero aparte de eso es un buen vecino que paga sus impuestos.

—Hiram ha guardado lo mejor para el final —dijo Gunn.

—Me ha llevado tiempo debido a las compañías, sociedades y fundaciones que hacen de tapadera, pero Halcón Industries se ha extendido por California y todos los estados del sudoeste. Halcón controla bancos, terrenos, personajes políticos, periódicos, cualquier cosa que esté a la venta.

—Está claro que quiere aumentar su poder además de su dinero —dijo Austin—. Como cualquier otra sociedad anónima con ejércitos de cabilderos.

—Qué interesante que hayas utilizado la palabra «ejército» —dijo Gunn—. Se me

ocurrió pasar los hallazgos de Hiram a la ATF, la agencia del alcohol, el tabaco y las armas de fuego. Enseguida encontraron algo que olía muy mal. Reconocieron el nombre de una de las empresas de Halcón que ha estado comprando armas de la República Checa y China.

—¿Qué clase de armas?

—Todas. Desde fusiles de infantería a tanques. Y muchos misiles. La ATF consiguió una orden de registro contra la compañía pero se encontraron con una oficina vacía.

—¿Adónde iban a parar todas esas armas?

—¿En concreto? Nadie lo sabe. Generalmente al norte de México, el sudoeste de Estados Unidos y California.

—Las armas que has descrito cuestan mucho dinero.

Gunn asintió.

—Hasta un multimillonario podría entramparse comprando armas suficientes para empezar una revolución.

El comentario de Gunn sumió la sala en un silencio sepulcral.

—Madre mía —susurró Zavala—. El tesoro. Necesita el tesoro para llevar a cabo su proyecto.

—Eso pensé —dijo Gunn—. Parece una locura, pero se diría que está planeando algún tipo de toma de poder militar y política.

—¿Tienes idea de cuándo se supone que ocurrirá? —preguntó Austin.

—Pronto, creo. Los informadores de Hiram han detectado importantes trasposos de dinero de cuentas suizas a traficantes de armas de Europa. Halcón tendrá que hacer algo para reemplazar ese dinero si no quiere quedarse en números rojos. Eso significa que tiene prisa por encontrar el tesoro.

—¿Qué hay de nuestras fuerzas armadas?

—Están alertadas. Aunque se le pueda detener militarmente, se verterá mucha sangre inocente.

—Existe otra forma de pararle los pies —repuso Zavala—. Sin tesoro no hay revolución.

—Gracias —dijo Austin—. Paul, Gamay, vosotros y el doctor Orville habéis hecho un gran trabajo. Nos habéis puesto en la pista correcta. —Se levantó de su asiento y miró las caras en torno a la mesa—. Ahora nos toca actuar a nosotros —añadió con una sonrisa severa.

El elegante comedor se hallaba a oscuras salvo por la mesa central donde Angelo Donatelli estaba repasando la carta del día siguiente. La decoración del restaurante de Donatelli tenía como tema Nantucket, pero a diferencia de otros locales de estilo náutico, aquí los objetos eran auténticos. Los arpones y cuchillos habían atravesado realmente carne de ballena, y los cuadros de veleros eran todos originales. Antonio

estaba sentado frente a Donatelli con un periódico italiano abierto sobre un mantel blanco. De vez en cuando daban un sorbo a sus respectivas copas de amaretto. Ni uno ni otro reparó en que no estaban solos hasta que una voz queda dijo:

—¿Señor Donatelli?

Angelo levantó la vista y vio dos figuras en la penumbra. ¿Cómo demonios habían entrado? Él mismo había cerrado con llave la puerta principal. Las visitas a deshoras no le sorprendían. La espera para una reserva era de varias semanas y la gente intentaba toda clase de trucos para abreviarla. La voz, además, le resultaba vagamente familiar, y eso le convenció de que debía de ser un cliente.

—Yo soy Angelo Donatelli —dijo con una cortesía indefectible—. Me temo que llega demasiado tarde. El restaurante está cerrado. Si llama mañana, el gerente le atenderá.

—Puede atenderme diciéndole a su hombre que coloque la pistola encima de la mesa.

Antonio levantó de su regazo el revólver que había deslizado de la cartuchera del hombro y lo dejó lentamente sobre la mesa.

—Si ha venido a robar, también llega tarde —dijo Donatelli—. El dinero está en el banco.

—No hemos venido a robar. Hemos venido a matarles.

—¿A matarnos? Ni siquiera sabemos quién es usted.

La figura avanzó hasta la luz. Un hombre delgado y moreno cogió el arma de Antonio y se la guardó en el cinturón de su traje negro. Angelo contempló el largo silenciador de la pistola, pero fueron los rasgos del hombre lo que le hizo sentir un escalofrío en todo el cuerpo. Había visto esa cara en un sueño. No, en una pesadilla. Era la cara de un asesino que, en el garaje de un barco que se hundía, miró en su dirección. Parecía increíble que no hubiera envejecido en más de cuarenta años.

—Le vi en el *Andrea Doria* —dijo atónito Donatelli.

Los labios finos del hombre dibujaron una sonrisa.

—Tiene buena memoria para las caras. Pero aquél era mi difunto padre. Me dijo que tuvo la sensación de que había alguien más en el garaje aquella noche. Usted y yo también tenemos una relación más íntima. Hablé una vez con usted por teléfono.

Donatelli recordó la llamada a altas horas de la madrugada que le despertó de un sueño profundo con amenazas contra él y su familia.

—La hermandad —susurró.

—Es una pena que no recordara mis advertencias sobre lo que ocurriría si no mantenía el pico cerrado. Normalmente no dirijo las operaciones diarias de mi organización, pero usted me ha causado muchos problemas. ¿Recuerda lo que le dije?

Donatelli asintió. Tenía la boca demasiado seca para hablar.

—Bien. Déjeme que se lo repita. Le advertí que si hablaba de aquella noche en el *Andrea Doria*, iría a la tumba sabiéndose el causante de la muerte de todos los miembros de su familia. Hijos, hijas, nietos. Todos. La familia Donatelli dejará de

existir salvo por la colección de lápidas en la parcela familiar.

—¡No puede hacer eso! —respondió Donatelli, recuperando la voz.

—Usted es el único culpable. Nadie le obligó a hablar con la NUMA.

—No —habló Antonio por primera vez—. La familia no entraba en el trato.

Angelo se volvió hacia su primo.

—¿De qué estás hablando?

Antonio tenía el rostro deformado a causa del remordimiento.

—Su primo no le contó que estaba trabajando para mí. Al principio se negó, pero no imagina lo mucho que le tira su tierra. Le dijimos que a cambio de mantenernos informados a través de usted de todas las actividades de la NUMA, le resolveríamos sus problemas con las autoridades sicilianas.

—Sí —dijo Antonio, empujando el mentón hacia afuera como Mussolini—. Pero no dijo nada de la familia. El trato era que me devolvería a Sicilia.

—Y mantendré mi palabra. Lo que no te dije fue que sería en una caja de pino. Pero primero usted, señor Donatelli. *Arrivederci*.

Antonio saltó de su silla con un grito rabioso y se arrojó delante de su primo. La pistola produjo un sonido más quedo que el cierre de una puerta. Un capullo rojo brotó de la camisa y Antonio cayó al suelo.

La pistola tosió otra vez.

Sin nadie que le protegiera, la siguiente bala perforó el tórax de Donatelli, que se desplomó en su silla mientras Antonio cogía la Beretta de la funda que llevaba en el tobillo. Consiguió apoyarse en los codos y apuntar hacia Halcón. Como por arte de magia, un agujero limpio y redondo apareció en medio de la frente de Antonio, que se derrumbó en el suelo mientras su disparo se perdía en el aire.

La segunda figura salió de la sombra empuñando una pistola humeante y miró impassible al hombre que acababa de matar.

—Nunca se fíe de un siciliano.

—Buen trabajo, Guzmán. Debí imaginar que me traicionaría. Paso tanto tiempo en mi despacho que he perdido reflejos en las operaciones sobre el terreno.

—Si lo desea, puede acompañarnos cuando nos encarguemos de la familia —dijo Guzmán con la mirada brillante.

—Será un placer, pero, por desgracia, eso tendrá que esperar. Tenemos asuntos más apremiantes. —Volviéndose hacia Angelo, añadió—: Es una pena que no pueda oír esto, Donatelli. He decidido dejar tranquila a su familia mientras deshago el lío que ha contribuido a crear. Pero no desespere. Sus seres queridos se reunirán pronto con usted en el infierno.

Fuera del restaurante empezaban a oírse voces. El disparo de Antonio había llamado la atención de los transeúntes. Halcón echó un último vistazo a los cuerpos inertes y él y su compañero de la cicatriz en el rostro desaparecieron en la oscuridad.

Guatemala

—¿Cuántos años dijiste que tenía este avión? —gritó Austin por encima del ruido del motor.

—Cincuenta, más o menos —respondió Zavala—. El propietario dijo que todas las piezas son originales, excepto, imagino, los dados que cuelgan del espejo retrovisor. —Viendo el rostro alarmado de Austin, Zavala sonrió—. Es una broma, Kurt. El motor ha sido revisado tantas veces que es prácticamente nuevo. Ya me gustaría estar en tan buena forma cuando llegemos a su edad.

—Si llegamos —repuso escépticamente Austin mientras miraba por la ventana el inhóspito terreno que se extendía debajo.

—No te preocupes, compañero. De Havilland Beaver es una de las mejores avionetas jamás construidas, dura como un tanque.

Austin miró la estatua de plástico de San Cristóbal pegada al tablero de mandos, se reclinó en su asiento y cruzó los brazos. Cuando sugirió a Zavala que buscara algo discreto en lo que volar, no había imaginado que sería una avioneta, con su hélice de dos aspas y su morro achatado tan poco aerodinámico. Sólo quería que no fuera un helicóptero del ejército, pues no podía volar en el espacio aéreo de los países vecinos de México sin permiso. Hasta un avión de la NUMA, con su pintura turquesa y sus enormes siglas oficiales, habría enarcado algunas cejas.

Habían encontrado la avioneta oculta bajo una tela de lona en un rincón de un hangar remoto del aeropuerto de Belize City. Los ojos de Zavala se encendieron como luminarias de Navidad y sus manos empezaron a temblar, ansiosas de hacerse con los mandos. Sólo otro avión habría provocado una reacción más intensa, pensó Austin. Por suerte, el invento de los hermanos Wright estaba en el Instituto Smithsonian, donde también debería estar esta avioneta.

El dueño tenía una mirada hambrienta. Hablaba en susurros y miraba con frecuencia por encima de su hombro como si esperara visitas indeseables. Un antiguo colega de la CÍA que participó en las operaciones clandestinas de la lucha de la contra con los sandinistas se lo había recomendado a Austin. A juzgar por los prudentes consejos sobre el manejo del cargamento y zonas de aterrizaje discretas, era evidente que el dueño pensaba que sus dos clientes estadounidenses eran traficantes de drogas. Y dadas las oscuras operaciones de la CÍA en Centroamérica, no era de extrañar. El hombre no hizo preguntas e insistió en que le pagaran una fianza en dólares lo bastante cuantiosa para comprarse un Boeing 747. Mientras contaba los billetes para asegurarse de que no le timaban, les advirtió que no olvidaran las reivindicaciones territoriales de Guatemala sobre Belice y que hicieran lo posible por fundirse con el

fondo. Austin señaló que eso resultaría muy difícil, sino imposible, dada la pintura amarillo mostaza que cubría el aparato. El hombre se encogió de hombros y se alejó con su fajo de billetes.

Austin reconoció que la avioneta era más apropiada para el trabajo que un aparato nuevo. No era exactamente el Concorde, pero con su velocidad de crucero de doscientos kilómetros por hora constituía una plataforma de observación aérea idónea. Además, estaba diseñada para aterrizar y despegar en espacios limitados sobre agua o tierra.

Zavala mantenía la velocidad por debajo de los novecientos metros. Estaban sobrevolando el Peten, la región arbolada del norte de Guatemala que penetra como un cuadrado en México. El territorio pasó de ser llano al principio a formar colinas bajas sesgadas por ríos y afluentes. En otros tiempos había sido habitado por mayas que utilizaban los ríos para el comercio entre ciudades, y a través de los árboles se divisaban algunas ruinas. Los picos distantes de los montes Maya se elevaban en la bruma por el sur. Austin anotaba su progreso en una tabla que sostenía un mapa con la cuadrícula de acetato y consultaba constantemente la brújula y el buscador por satélite de posición global.

—Nos acercamos al cruce, donde los colmillos se encuentran —dijo, señalando el mapa. Consultó su reloj—. Treinta segundos más y habremos llegado.

Miró de nuevo por la ventanilla. Estaban siguiendo el serpenteo de un río que desembocaba en un lago muerto. Austin señaló el agua.

—Ahí está. Las fauces de Kukulcán.

—Debimos traer el minisumergible —dijo Zavala.

—Demos algunas vueltas por el lago y si no tropezamos con fuego antiaéreo, bajaremos.

Zavala se puso sus gafas de sol de estilo aviador y levantó el dedo pulgar. Acto seguido ladeó la avioneta y el horizonte se inclinó severamente. Zavala utilizaba la misma técnica de vuelo —una mezcla de piloto de F16 y de avión acrobático— con todo aparato que manejaba, desde un sumergible hasta una avioneta construido cuando Harry Truman inició su primer mandato como presidente.

El lago, de unos setecientos metros de largo y la mitad de ancho, parecía un enorme ojo desde el aire. Tenía forma oval y en el centro había un pequeño islote que hacía de pupila. El río giraba bruscamente antes de llegar al lago y lo bordeaba hasta unirse a un canal de agua que salía por el otro extremo. Austin supuso que el lago se llenaba mediante arroyos o manantiales ocultos entre los árboles.

Lo sobrevolaron dos veces pero no vieron nada extraño. Con el camino aparentemente despejado, Zavala dirigió el morro de la avioneta hacia abajo, como si pretendiera horadar un agujero en el agua. En el último momento la levantó y estabilizó el aparato hasta que los flotadores blancos besaron la superficie. La avioneta se deslizó como una piedra plana hasta detenerse a medio camino entre el margen del lago y el islote. Austin abrió la puerta. Sin el ruido del motor un silencio

casi palpable envolvía el aparato. Zavala comunicó por radio su posición al barco mientras Austin examinaba con los prismáticos los bajos acantilados y la isla hasta asegurarse de que estaban solos.

—Todo bien —dijo—. Ese islote me tiene mosca.

Zavala se inclinó por encima del hombro de Austin y bajó la visera de la gorra para protegerse del sol.

—Yo no veo nada raro.

—Ese es el problema. El lugar es demasiado perfecto. Si trazáramos una línea de norte a sur y de este a oeste, esa isla estaría justamente en el cruce, como el objetivo en la mirilla de un rifle. En el centro exacto del lago.

Zavala acercó la avioneta a la isla. Lanzaron un ancla al agua y calcularon que el lago tenía más de treinta metros de profundidad. Inflaron una balsa y remaron hasta la isla. Austin dedujo que medía unos diez metros, parecía el caparazón deforme de una tortuga gigante asomando cinco metros por encima del agua. Sin dejarse intimidar por la espesa vegetación de helechos, Zavala trepó por la pendiente. Al llegar a la cima soltó un grito y retrocedió de un salto.

La mano de Austin fue directa a la pistola que colgaba de su cadera.

—¿Qué ocurre? —gritó. Lo primero que pensó fue que Joe había caído en un nido de víboras.

Zavala estalló en una carcajada.

—La isla está habitada, Kurt. Sube y te presentaré al amo y señor.

Austin subió raudamente y contempló la calavera que le sonreía desde detrás de los arbustos. Apartó a un lado las hojas y descubrió una grotesca cabeza de piedra que medía dos veces una cabeza normal, tallada en el dintel de una abertura cuadrada. El boquete se hallaba en uno de los lados de una construcción cúbica enterrada en la arena casi hasta arriba. El techo era plano y almenado, ribeteado de cráneos parecidos al anterior pero más pequeños. Utilizando un cuchillo, Austin retiró la arena y agrandó la abertura para que su compañero pudiera introducir la cabeza y los hombros.

Zavala encendió una linterna.

—Creo que quepo.

Se escurrió por el agujero con los pies por delante. Austin oyó un estornudo y la voz de Zavala diciendo:

—Tráete un plumero.

Austin le siguió.

—No es exactamente el Hilton —dijo.

La habitación tenía el tamaño de un garaje de dos plazas con paredes lo bastante gruesas para repeler el bombardeo directo de un cañón. La cabeza de Austin casi tocaba el techo. Manchas oscuras cubrían la superficie de las paredes y cuatro portales como el que acababan de cruzar.

—Tiene mucho que ofrecer, Kurt. Vistas al lago, decoración sencilla. Y hasta

bodega.

Austin se arrodilló para inspeccionar una losa enorme que descansaba en el suelo. Tenía varios agujeros perforados en los cantos. Haciendo palanca con sus respectivos cuchillos, levantaron la losa para descubrir una escalera de caracol. Zavala había sido el primero en entrar en el edificio, de modo que Austin se ofreció a bajar. La escalera terminaba en un pasadizo que se extendía unos metros hasta tropezar con un bloque de piedra. Austin pasó la linterna por el borde superior.

—Será mejor que bajas —dijo con voz grave.

Zavala se apresuró a hacerlo. En el suelo, frente al bloque de piedra, había una pila de huesos. A diferencia de las figuras que habían visto antes, los seis cráneos que contaron estuvieron en otros tiempos cubiertos de carne. Zavala levantó uno y extendió el brazo cual Hamlet contemplando los restos de Yorick.

—Víctimas de un sacrificio. A juzgar por el agujero en el cráneo, los verdugos acabaron con su miseria para que no tuvieran que morir de hambre.

—Eran todo corazón —dijo Austin—. Necesitaríamos una perforadora o dinamita para apartar esta piedra.

Habían visto suficiente. Regresaron a la cámara superior y Austin reparó en unos fragmentos blanquecinos que cubrían el suelo. Cogió uno y se deshizo en su mano.

—Crustáceos de agua dulce —dijo—. Este lugar estuvo sumergido en otros tiempos.

Zavala pasó sus dedos por las paredes.

—Es posible. Parece verdín seco.

Salieron al exterior y exploraron el perímetro del edificio. Estaba construido sobre una extensa plataforma de piedra que se había convertido en recipiente del material flotante del lago. Algunas semillas, probablemente traídas por los pájaros, habían brotado y sus raíces impedían que la tierra se fuera con el viento. Mirando abajo desde el borde mismo de la isla se veía una grada de piedra sumergida en el agua. Austin se quitó las botas, entró en el agua y buceó algunas brazadas.

—Creo que esta estructura cúbica es un templo construido encima de una pirámide muy grande —dijo al salir—. Ignoro hasta dónde llega.

—Te dije que trajéramos un submarino —repuso Zavala—. Si este edificio es un templo, estamos en la boca de Kukulcán.

—Sólo tenemos que encontrar una forma de llegar a la garganta.

—Qué idea tan encantadora. Podríamos intentar volar el edificio.

—Cierto, y probablemente funcionaría, pero no es un método muy ortodoxo que digamos. Nuestros amigos arqueólogos no volverían a dirigirnos la palabra. Pensemos en ello mientras inspeccionamos el terreno.

Deslizaron la avioneta hasta el final del lago y se apearon. El bosque estaba en penumbra salvo por las motas de sol que se filtraban por el follaje. El suelo era una mullida alfombra de hojas. Austin siguió un murmullo de agua y se detuvo donde el río que habían visto desde el aire aparecía flanqueado por cimientos de piedra. El

cauce estaba lleno de tierra y vegetación, pero algunos arroyos brotaban del embalse que se había formado detrás de la presa y alrededor de la vieja barricada en dirección al lago. El curso principal del río giraba bruscamente justo antes de llegar a los cimientos y se adentraba en el bosque. Austin siguió el agua y se detuvo en un par de cimientos similares.

—Justamente lo que sospechaba —dijo.

—¿Cómo sabías que esas cosas estarían aquí?

Austin cogió una rama, la arrojó al río y contempló cómo se alejaba con la corriente.

—¿Recuerdas el aspecto de este río desde el aire? Creo que dijiste que tenía más curvas que una bailarina de la danza del vientre. Antes de llegar al lago hace un giro de noventa grados. Enseguida pensé que era demasiado recto para ser natural. Como ese templo en el centro del lago. Nada en la naturaleza es absolutamente perfecto. Pensé que a lo mejor era un canal. ¿Conoces el parque histórico de Chesapeake y Ohio, en el norte de Washington?

—Uno de mis lugares favoritos para una primera cita barata —dijo Zavala con una sonrisa—. Muy romántico. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Piensa en el templo. A veces está bajo el agua y a veces, no.

Austin casi podía oír los engranajes de la mente mecánica de Zavala procesando la información.

—Claro, las esclusas.

Austin despejó un trozo de terreno con el pie y cogió un palito.

—Adelante, profesor Z —dijo, tendiéndoselo a su amigo.

Zavala dibujó una línea en la tierra.

—Este es el río Potomac. En el río no pueden circular los barcos debido a los rápidos, de modo que abren un canal en torno a la corriente. Aquí. Luego se construye un sistema de esclusas para controlar el nivel del agua en el canal por secciones. Veamos si tengo razón. —Dibujó un círculo oval que representaba el lago—. En su estado normal, el río entra por aquí arriba, llena la llanura para crear el lago, sale por abajo y continúa hasta llegar al mar.

—Sin objeciones por el momento, profesor.

—En algún momento unos ingenieros desconocidos construyeron una presa aquí. —Zavala trazó una línea en la parte superior del lago—. La presa impide que el agua entre en el lago, pero esa agua tiene que ir a parar a algún lado o bordearía la presa. —Trazó una línea que se alejaba del lago—. Así pues, abrieron este canal para desviar el agua a otro cauce. —Levantó la cabeza con mirada triunfal—. De ese modo resulta posible vaciar el lago.

—Y construir la pirámide. Aquí. —Austin trazó una X en la tierra con la punta de la bota.

Zavala retomó el relato.

—Una vez colocada la última piedra, se cierra la esclusa del canal y se abre la del

lago. El lago se llena rápidamente y el templo queda oculto bajo el agua.

—El único problema es que la esclusa está hecha de piezas móviles. Con el tiempo, sin un departamento de mantenimiento, se va deteriorando. Lo que queda de la civilización maya es aplastado por los españoles. Ese giro es un recogedor natural de todo lo que baja flotando por el río. La basura se acumula frente a la esclusa del lago formando un dique, la esclusa del canal se pudre y se abre, y el río vuelve a desviarse del lago. El lago recibe algo de agua, pero con el tiempo el nivel baja y aparece la cumbre de la pirámide, que se cubre de vegetación.

—De modo que si esperamos lo bastante —dijo Zavala—, el lago bajará hasta dejar la pirámide totalmente al descubierto a menos que el embalse reviente y eleve el nivel del lago.

Austin meditó sobre el comentario de Zavala y asintió.

—Te contaré el resto de mi teoría mientras volvemos.

—Tienes que reconocer que es una buena obra de ingeniería.

—Lo es. Les permitía vaciar el lago de nuevo, lo cual deja abierta la posibilidad de que quisieran entrar nuevamente en el templo. La entrada en lo alto de la pirámide podría ser falsa, como ocurre en las pirámides egipcias, para engañar a los saqueadores de tumbas. No me sorprendería que hubiesen puesto esos esqueletos a propósito. Haremos un pedido por radio.

Una vez en la avioneta, Zavala comunicó por radio la lista de lo que necesitaban al *Nereus*. Cuando leyó uno de los artículos que pedía Austin levantó una ceja pero no hizo preguntas.

Mientras esperaban comieron algo y descansaron a la sombra.

—Estaremos ahí dentro de diez minutos, muchachos —crujió la radio.

Con absoluta puntualidad, un helicóptero turquesa de la NUMA descendió sobre el lago, se detuvo cerca de la avioneta y arrojó una caja envuelta en plástico grueso y rodeada de flotadores. Los tripulantes del helicóptero vieron a la pareja recoger el envío, saludaron con una mano y se marcharon por donde habían venido.

Dentro de la caja había dos equipos de buceo y algunas cajas más pequeñas. Austin las cargó en la balsa y remó hasta el extremo superior del lago mientras Zavala acercaba la avioneta a una ensenada de la orilla. Sabía que era preferible no preguntar a su amigo qué había planeado. Kurt se lo diría cuando necesitara saberlo.

Cubrió el aparato con una red de pescar y estaba insertando ramas cuando Austin regresó con la balsa pero sin las cajas. Tras asegurarse de que la avioneta quedaba bien oculta, volvieron a la isla y borraron los indicios de su visita. Desinflaron el bote, lo hundieron en aguas bajas y lo cubrieron de piedras. Como el agua estaba templada, vestían trajes de licra en lugar de neopreno.

Austin se guardó la petaca que le colgaba del cuello en un bolsillo impermeable. Después de inspeccionar el equipo, nadaron unas brazadas y, sin perder más tiempo, dejaron escapar el aire de sus compensadores de flotamiento y se sumergieron en las aguas sombrías del lago.

Aleteando suavemente, llegaron al fondo empequeñecidos por la imponente masa de piedra. Las gradas descendían por los costados de la pirámide como escalones gigantes.

—Menudo pedazo de roca —dijo Austin a través del comunicador.

—Me alegro de que no seamos supersticiosos. He contado trece gradas.

—Toquemos madera —repuso Austin mientras consultaba su batómetro—. Ciento catorce pies. ¿Listo para actuar?

La estrategia era sencilla: explorar los cuatro lados de arriba abajo. Iniciaron el recorrido en sentido contrario a las agujas del reloj. La pirámide se erguía totalmente sola y Austin se preguntó si la habrían construido para un único fin. El segundo lado era como el primero y apenas tardaron unos minutos en explorarlo. El tercero, sin embargo, fue diferente.

Mientras que los otros apenas tenían adornos, este contenía una escalera ancha que iba desde lo alto del templo hasta el suelo. Al pie de la escalera, como un portero solitario en la grandeza de un hotel de Las Vegas, había una estela de piedra colocada verticalmente sobre una plataforma.

Zavala iluminó la superficie con su linterna halógena.

—¿Te resulta familiar?

Austin contempló el grabado de una serpiente emplumada devorando un barco.

—El mundo es un pañuelo. Es idéntica a la piedra del *Doria*. Me recuerda a la estela que aparecía en la película *2001*. Puede que quiera decirnos algo.

Se deslizaron escalera arriba como un hilo perezoso de humo. La escalera mostraba grabados en los bordes y cabezas esculpidas en algunos escalones. A medio camino la enorme cara de una serpiente asomó por una corona de plumas. La boca, lo bastante grande para engullir a un hombre, estaba abierta. Dos gruesos colmillos del tamaño y la forma de un cono de tráfico salían del techo de la boca y se encontraban con otro par que apuntaba hacia arriba.

—Qué cara tan simpática —dijo Zavala—. ¿Crees que muerde?

—He aquí la serpiente emplumada, conocida en otras partes como Kukulcán.

—Parece un cruce de rottweiler y caimán. Pregúntale si sabe cómo entrar en la pirámide.

—No es mala idea. —Austin se acercó a la boca y tanteó la oscuridad con la linterna—. Di «ah» —ordenó, y entró sin más.

Los gruesos colmillos arañaron la botella de oxígeno, pero una vez dentro había espacio para girar. Austin asomó la cabeza por la boca, invitó a Zavala a pasar y se adentró en la pirámide. Nadaron lentamente por un pasadizo con escalones que subía hasta desembocar en una cámara lo bastante grande para dos personas de pie. Un

tramo de peldaños conducía a otro pasadizo.

—Me siento como un montón de ropa sucia arrojada por el túnel de la lavandería. Está resultando demasiado fácil —dijo Zavala con suspicacia.

—Estaba pensando lo mismo. Pero recuerda que la gente que construyó esta pirámide sabía que el agua la cubriría. Probablemente imaginaron que si alguien quería entrar perdería el tiempo intentando hacerlo por el bloque de piedra que hay dentro del templo y que, aun cuando vieran la boca de la serpiente, no se atreverían a cruzarla. En cualquier caso, no bajas la guardia.

Subieron por la escalera como fantasmas en una casa encantada.

—Cómo me gustaría que se decidieran de una vez. Arriba. Abajo —murmuró Zavala.

Austin compartía la queja de su compañero. Ni siquiera un submarinista experimentado podía dejar a un lado el temor claustrofóbico de que esos miles de toneladas de roca se le cayeran encima. Y lo peor de todo, que quedara atrapado, incapaz de moverse, para sufrir una muerte lenta y asfixiante. Se alegró cuando su cabeza atravesó el agua. Zavala asomó un segundo después. Iluminaron con las linternas el estanque circular. Zavala levantó un brazo para quitarse el regulador de la boca.

La mano de Austin aferró su muñeca.

—¡Espera! —dijo—. No sabemos si el aire es bueno.

La atmósfera podría tener más de dos mil años de antigüedad. Austin ignoraba si durante todo ese tiempo se habían formado microorganismos, esporas o toxinas, pero no quería correr riesgos. Salió del agua, se quitó las aletas y el cinturón y ayudó a Zavala a hacer lo mismo. El ruido de sus respectivas respiraciones a través de los reguladores sonaba con extraña fuerza fuera del agua.

La cámara, larga y angosta, tenía un techo abovedado sostenido por arcos voladizos típicamente mayas. La linterna de Austin se detuvo en una cabeza alargada con orejas en punta y grandes fosas nasales.

—¿Es lo que creo que es? —dijo Zavala.

—Un caballo.

—Lo sé, pero ¿qué demonios está haciendo aquí?

Austin bajó la linterna e iluminó el cuello de madera.

—Es... es un mascarón de proa.

La cabeza del caballo coronaba la proa de un barco que terminaba en un espolón alargado. Los constructores eran auténticos artistas, pensó Austin mientras caminaba frente al casco rojo y brillante. La nave era alargada y estrecha, de fondo plano y elevada en ambos extremos para formar una curva elegante. El mástil descansaba a lo largo sobre la cubierta.

Los tablones se habían caído y dejaban ver docenas de ánforas almacenadas en la bodega. Había objetos redondos de metal esparcidos por el suelo que parecían escudos. Contra el fondo del barco descansaban dos remos largos, deformados por el

tiempo, que parecían esperar las manos de timoneros ya fallecidos. El barco navegaba no sobre un mar azul, sino sobre una cuna de piedra. Aunque la mayoría de los maderos permanecían intactos, algunos se habían podrido y la embarcación estaba ligeramente ladeada.

—Es mucho más bonita en persona —murmuró Zavala.

Austin recorrió la mano por la madera como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

—Es una de las naves representadas en la estela y los demás grabados.

—¿Qué hace un barco fenicio en un templo maya sumergido en el agua?

—Esperar a dar la vuelta a todas las teorías arqueológicas elaboradas hasta la fecha —dijo Austin—. Verás cuando Nina ponga los ojos en esta hermosa criatura. Tendremos que darle algunos datos sobre los que rumiar hasta que podamos introducir una cámara. ¿Cuánto crees que mide?

—Sin duda, más de treinta metros.

Zavala estuvo a punto de tropezar con uno de los cuatro pilares distribuidos a lo largo del barco. En el otro lado había otros cuatro.

—Ocho pilares —dijo.

—Ocho días significativos en el ciclo de Venus —repuso Austin.

La cámara, en lugar de terminar en una pared, mostraba un arco voladizo con una escalera que subía a una habitación mucho más pequeña con un foso rectangular en el centro. En el foso había un sarcófago y en la tapadera aparecían grabados sobre el tema de la serpiente emplumada. Austin y Zavala intentaron levantar la tapa con sus cuchillos.

—Quizá encontremos algo en el barco con lo que hacer palanca —sugirió Austin.

Regresaron a la cámara inferior. Zavala se agarró a la barandilla del barco y saltó a cubierta ayudado por Austin. Luego se cogió a la regala y dio un paso para comprobar su peso.

—Parece que el suelo aguanta, pero yo en tu lugar me mantendría en el travesaño por si las moscas. —La madera crujió—. Hay un montón de ánforas. ¡Santo Dios! —Hubo una pausa—. ¡Kurt tienes que ver esto!

Zavala regresó a la barandilla y ayudó a Austin a subir. A lo largo de los siglos la cubierta se había asentado y ahora los tablones se curvaban en el centro, que era donde estaban casi todas las ánforas. Austin siguió a su compañero por el travesaño.

Zavala se inclinó sobre una jarra partida y se levantó con la mano llena de un resplandor verde. El elaborado collar, con incrustaciones de esmeraldas y diamantes, provenía de una pila de oro y joyas que descansaba en el valle artificial formado por los tablones sesgados. Austin cogió el collar y se dijo que nunca había visto una joya tan hermosa. Los engastes eran una auténtica obra de arte. Zavala introdujo una mano en un ánfora y sacó un puñado de piedras preciosas. Diamantes. Rubíes. Esmeraldas.

—Debe de ser el tesoro más grande de toda la historia —dijo con estupefacción.

Austin estaba arrodillado frente a un ánfora partida por la mitad.

—Hace que las joyas de la corona británica parezcan cuentas de niños, ¿no crees?

—Piedras del tamaño de una canica se deslizaron por sus dedos—. Los abogados internacionales van a tenerlo difícil para decidir a quién pertenece todo esto.

—Puede que el último propietario esté en ese sarcófago.

Austin levantó dos puntas de lanza.

—Veamos si se trata de alguien que conocemos.

Bajaron de la nave y regresaron al sepulcro. Las puntas de las lanzas eran fuertes y encajaron debajo de la tapa, pero ningún método de palanca, ni siquiera en manos de dos hombres fuertes y hábiles, habría podido con el ingenio de quienes diseñaron y construyeron el sarcófago.

Zavala comprobó su batómetro.

—Tendremos que pasar a la botella de repuesto si nos quedamos mucho más.

—Hemos visto todo lo que teníamos que ver. Quizá los científicos puedan darle un sentido a todo esto.

Se disponía a bajar a la cámara donde estaba la nave cuando se produjo una explosión sobre sus cabezas que sacudió la tranquilidad sobrenatural del sepulcro. El instinto de supervivencia de Austin chocaba con mandatos contradictorios.

Corre. Tírate al suelo. No te muevas.

El suelo tembló y aire fresco entró en la estancia creando el efecto de un túnel aerodinámico. La onda expansiva empujó a Austin y Zavala contra el sarcófago y, finalmente, los envió al espacio que había entre éste y la pared. La caída les produjo cortes y heridas pero, probablemente, les salvó la vida. Un trozo de techo tan grande como el bloque de un motor diésel cayó en el lugar que habían ocupado segundos antes. Por el aire volaban piedras cortantes que parecían disparadas desde un caza. Una espesa nube de polvo entró en la cámara y lo cubrió todo.

Austin escupió polvo y preguntó a su compañero si estaba bien.

Zavala dio a conocer su presencia y su estado con un ataque de tos seguido de una sarta de maldiciones en español.

—Sí, estoy bien —farfulló al fin—. ¿Y tú?

—Creo que estoy entero.

—¿Qué ha ocurrido?

—Yo diría que unos cuantos kilos de explosivo plástico C4 —gruñó Austin—. Me gustas mucho, Joe, pero todavía no estoy preparado para comprometerme contigo. ¿Te importaría apartarte un poco?

Siguieron blasfemando mientras desenredaban piernas, brazos y tubos de respiración. Finalmente se levantaron. Zavala cogió la linterna halógena y alumbró su cara y la de su amigo. Los cristales de las gafas, que permanecían intactos, les habían protegido los ojos del polvo cegador.

—Pareces un mimo venido a menos —rió Zavala.

—Odio a los mimos, incluso a los buenos. Tú también estás un poco pálido. Tengo otra revelación que hacerte. Estamos respirando sin los reguladores.

Zavala se llevó la careta que contenía el micrófono y el regulador a la cara y

mordió la boquilla.

—Todavía funciona —dijo.

—La mía también, pero creo que no la necesitaremos. Noto la entrada de aire fresco.

—Eso significa que alguien voló la punta de la pirámide. Es hora de moverse. ¿Puedes caminar?

Zavala asintió y salió del foso. Estaban cubiertos de polvo de la cabeza a los pies. Austin alumbró el sarcófago con la linterna y vio que la explosión había roto la tapa. Sabía que debían irse, pero la curiosidad pudo más. Dirigió la luz de la linterna a la figura que descansaba dentro.

Una máscara de jade con ojos redondos y nariz aguileña cubría el rostro. El cuerpo estaba envuelto en una mortaja oscura que parecía de terciopelo. Mechones de pelo rojiblanco salían de debajo de un sombrero amorfo hecho de la misma tela. Las manos momificadas sostenían unos rollos de pergamino antiguo. Austin cogió uno, lo examinó maravillado y lo devolvió a su lugar. Luego observó un brillo amarillo debajo del mentón de la máscara. La forma le resultaba familiar, pero parecía fuera de contexto. Quería examinarlo mejor, pero no había tiempo. De la cámara principal llegaban voces.

La espesa nube formada en la cámara principal se estaba diluyendo rápidamente. Las motas de polvo giraban en los rayos de sol que entraban por un enorme boquete abierto en el techo. Fragmentos de roca gigantescos habían aplastado la popa de la nave y las columnas yacían rotas en el suelo. Austin no tuvo tiempo de lamentar la destrucción del barco. Por el boquete cayó una escala de cuerda y dos hombres vestidos de negro bajaron por ella.

—Lamento el desorden, don Halcón —dijo una voz monótona y fría.

—Era inevitable, Guzmán —respondió un hombre moreno y alto—. Lo importante es que hemos conseguido nuestro objetivo, no cómo lo hemos conseguido. —Encendió una linterna y apuntó con ella hacia el barco destruido—. ¡Santo Dios, qué maravilla!

Los intrusos se abrieron paso entre los escombros y subieron por las vigas astilladas de la popa hasta la zona menos dañada de la nave. Poco después Halcón gritaba de emoción.

—¡Mira esto, Guzmán! —dijo con un júbilo histérico—. ¡Tengo suficientes joyas en la mano para crear todo un ejército nuevo!

Austin se hallaba en la entrada de la cámara con

Zavala, meditando sobre su situación. Sus respectivos cuchillos eran todo su arsenal. Seguro que Halcón y su guardaespaldas llevaban, como mínimo, pistola. Si él y Zavala corrían hacia la escala o el pozo, caerían como patos en una galería de tiro al blanco.

Austin susurró su preocupación a Zavala.

—Quizá podamos tirarnos un farol para escapar.

Joe había llegado a la misma conclusión que su compañero.

—¿Qué podemos perder?

Nuestras vidas y las de muchos otros, pensó Austin.

—Tenemos que regresar por donde vinimos. Deshazte de las botellas de aire y conserva la de emergencia y el regulador. —Acarició la petaca que llevaba colgada del cuello—. Tengo una sorpresa que podría distraerlos, pero he de encontrar el momento adecuado. No tardarán en dar con nosotros. Si les sorprendemos, podrían empezar a disparar.

—De acuerdo, hazles saber que estamos aquí —dijo Zavala—. Yo te seguiré.

Austin dio a su colega una palmada en el hombro, respiró hondo y entró en la cámara.

—Hola, caballeros —dijo con voz alta y clara.

El hombre del pelo blanco y la cicatriz en la cara desenfundó una pistola.

—Estamos desarmados, sólo somos dos —se apresuró a decir Austin. Había

contado con que el hombre fuera demasiado profesional para disparar llevado por el pánico.

—Acercaos donde pueda veros.

Austin y Zavala dieron varios pasos al frente. El hombre bajó de la nave, se acercó con cautela y les quitó los cuchillos. La lívida cicatriz era más pronunciada cuando sonreía.

—Deberíamos dejar de vernos así —dijo, arrojando lejos los cuchillos.

—Preséntame a tus amigos, Guzmán.

Halcón bajó del barco empuñando una pistola.

—Disculpe mi mala educación, don Halcón. Permítame que le presente al señor Austin y a su colega de la NUMA, el señor Zavala. Les conocí en Arizona. Zavala es el caballero que fue fotografiado por nuestra cámara de vigilancia.

—Es cierto. Ahora lo reconozco.

—Espero que me envíe una copia, Halcón —dijo Zavala.

Este rió.

—Me habría sorprendido que unos caballeros tan ingeniosos no conocieran mi nombre. Guzmán me ha hablado de ustedes. De hecho, le di la orden de que les matara. Han tenido suerte, porque raras veces pasa por alto una tarea. Antes de que expie su falta, les confesaré que no entiendo cómo entraron en el templo.

—Kukulcán nos engulló —explicó Austin.

Halcón estudió al miembro de la NUMA como un entomólogo examina un insecto encerrado en un frasco.

—No estoy seguro de si bromea o no —dijo Halcón—, pero tampoco importa. Ya no irán a ninguna parte.

—Le contaré cómo entramos si responde a las preguntas de dos hombres condenados a morir. Tengo curiosidad por saber si nuestra teoría es correcta.

Halcón probablemente pensaba que el hombre intentaba ganar tiempo. Austin, sin embargo, lo veía como una oportunidad de urdir una huida. No tenía intención de morir en ese agujero...

—Un negociador hasta el último minuto —dijo Halcón, visiblemente intrigado por el juego—. Adelante.

—En primer lugar, ¿cómo encontró el templo?

—Del mismo modo que sabíamos lo de la expedición en el *Andrea Doria*. Nos lo dijo el guardaespaldas del señor Donatelli, el siciliano.

—¿Antonio?

—Su nombre carece de importancia. Cuando usted le dijo al señor Donatelli que viajarían a Guatemala, ordenamos a nuestros espías que les siguieran. Esa ridícula avioneta amarilla es demasiado llamativa.

Conque la Beaver era discreta, pensó Austin.

—Le he concedido una pregunta de más —prosiguió Halcón—. Todavía me interesa su teoría.

—A ver qué le parece —dijo Austin—. Los fenicios comerciaron con las Américas durante miles de años. Cuando los romanos sitiaron Cartago, una flota fenicia trasladó sus tesoros al otro lado del océano. Siglos más tarde Colón llega al Nuevo Mundo y oye historias sobre un tesoro fabuloso. Encuentra la piedra parlante, decide que señala el camino y se embarca en un último viaje para traerse el tesoro a casa. Malinterpreta la información de la piedra pero se acerca bastante.

—Casi tanto como usted, señor Austin. Bien, ¿me dirá cómo entró?

—Bajamos por esa escalera —dijo Austin, mirando hacia los peldaños que conducían al sepulcro.

Halcón sonrió y se volvió hacia su guardaespaldas.

—Guzmán...

—No he terminado —le interrumpió Austin—. Colón está vinculado a una organización secreta llamada Los Hermanos, de modo que es muy probable que éstos sepan lo del tesoro.

—Más que probable. —Halcón detuvo la mano de Guzmán—. Estoy realmente impresionado, señor Austin. La hermandad ha sido uno de los secretos mejor guardados del mundo. Ni siquiera cuando hundimos uno de los transatlánticos más famosos del mundo sospechó nadie de nuestra existencia.

—¿Insinúa que la hermandad hundió el *Andrea Doria*? —preguntó Austin.

—Bueno, en realidad fue Guzmán. Mientras mi padre y los demás se encargaban de los vigilantes del camión blindado, Guzmán estaba al mando del timón en el puente del barco.

—Fue un accidente —le contradijo Austin.

—Eso dicen. No fue tan difícil como parece. Sabíamos que esa noche los barcos pasarían muy cerca el uno del otro. Guzmán estaba dispuesto a matar a todas las personas del puente del *Stockholm* y hacer chocar el barco sueco con el italiano. Al final, sólo tuvo que aprovecharse de los errores cometidos por otros individuos.

—Si lo que dice es cierto y la hermandad sabía que la piedra parlante indicaba el camino al tesoro, ¿por qué la hundieron?

—Por desgracia, el valor de la piedra no se conoció hasta hace poco. Fue mi padre quien ordenó el hundimiento. Estaba llevando a cabo el mandato original de Los Hermanos de destruir todo aquello que desacreditara los descubrimientos de Colón.

Zavala rio y dijo algo en español.

—Tiene razón, señor Zavala. Mi padre, como bien ha dicho, la jodió. Con todo, no podía saber que yo iba a cambiar el mandato de la hermandad.

—¿Cuándo pasó de hundir barcos a iniciar revoluciones? —preguntó Austin.

Halcón se puso súbitamente serio. Luego se echó a reír y aplaudió.

—Bravo, señor Austin, acaba de ganar aún más tiempo. Dígame qué sabe la NUMA de mi plan.

—Lo haré después de atar algunos cabos sueltos.

—Su lengua se soltaría si empezara a perforar los brazos y las piernas de su colega —dijo Halcón con una sonrisa.

—Puede, pero le propongo otra cosa. Cuénteme su plan y le revelaré un secreto que nadie en este planeta conoce salvo yo. Le doy mi palabra.

—Y la acepto.

Austin había juzgado a Halcón correctamente al considerarlo como un megalómano siempre dispuesto a dar a conocer su demente proyecto.

—Puedo resumirle mi plan en una palabra: «Angélica», el nuevo país que surgirá de los estados del sudoeste de Estados Unidos y del sur de California. Los descendientes hispanos recuperarán lo que les fue robado por la fuerza.

Joe rió.

—Buena suerte, amigo. Conozco una superpotencia que podría protestar.

—No me subestime, por favor. Soy perfectamente consciente del poder armado de Estados Unidos y no tengo intención de ir a por él directamente.

—¿Insinúa que todas esas armas que está comprando son para el tiro al plato?

—Oh, no, se utilizarán con objetivos militares. Usted, señor Zavala, es de ascendencia española, así que sabe qué se aprende en la plaza de toros. Con unos cuantos pases hábiles es posible vencer a un enemigo mucho más grande y poderoso.

—Estados Unidos no es exactamente un toro —dijo Austin.

—El mismo principio vale. He preparado bien las bases. He trasladado a millones de inmigrantes ilegales a los territorios españoles ocupados ahora ilegalmente por Estados Unidos, tantos que están a punto de superar en número a los no hispanos. He utilizado mi fortuna para comprar empresas de sectores clave como el gas, el petróleo y la minería. Con los beneficios he apoyado a candidatos manejables para cargos públicos y comprado y sobornado a otros. Ahora ya puedo poner mi plan en marcha. El ejército que he estado entrenando tomará posiciones en las ciudades fronterizas. Otros asaltarán territorios del interior. Se producirá una reacción violenta contra los hispanos parecida a la sufrida por los japoneses americanos en la Segunda Guerra Mundial. Esta vez, no obstante, contarán con los medios necesarios para hacer frente a los atormentadores blancos y con un móvil: recuperar el orgullo nacional que Estados Unidos tantas veces ha degradado.

—Está hablando de derramamiento de sangre y caos.

—¡Exactamente mi objetivo! ¿Qué puede hacer Estados Unidos? ¿Liberar Alburquerque y Fénix lanzando bombas atómicas? ¿Dirigir un cuerpo a cuerpo en las avenidas de San Diego? Sabrán que todo conflicto armado va seguido de un acuerdo político, y yo proporcionaré la solución. Los gobernadores por mí elegidos pedirán la paz y sugerirán que Estados Unidos acepte a uno de sus ciudadanos de ascendencia española como mediador. Yo negociaré la secesión de la Unión.

—Su plan podría no funcionar, en cuyo caso cientos de miles de personas habrán muerto por nada.

—Habrán sido el medio para un fin.

—Muchas de esas personas serán latinas —dijo Zavala.

—¿Y qué? —Espetó Halcón—. Mis antepasados conquistadores utilizaron facciones de indios en conflicto como aliados para vencer al imperio azteca y luego los convirtieron en esclavos. Yo ofreceré a los supervivientes la oportunidad de revivir la grandeza del pasado al restaurar la gloria de dos grandes civilizaciones, la india y la española.

—¿Glorias como el juego de pelota y la Inquisición? —preguntó Austin.

—Y más cosas que ni siquiera imagina, señor Austin. Mucho más. —El tono de Halcón era siniestro—. Me he cansado de jugar —dijo con impaciencia—. ¿Cuál es ese gran secreto? No le reprocharé que me haya mentido, pero eso no le salvará.

—No le he mentado. Está en la cámara de arriba.

Halcón intercambió miradas con Guzmán.

—Nada de trucos. Guzmán es muy rápido con el gatillo. Ustedes irán delante.

Austin subió primero, seguido de Zavala, Guzmán y Halcón, y se detuvo en el borde del foso.

—¿Ustedes entraron por aquí? —preguntó Halcón mientras buscaba una abertura con la mirada.

—Mentí con respecto a eso, pero no con respecto a esto.

La figura del sarcófago había atraído la atención de Halcón.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Puedo?

Vigilado de cerca por Guzmán, Austin introdujo una mano en el ataúd y extrajo el objeto brillante de las manos huesudas de la momia. Se lo entregó a Halcón, que lo examinó con expresión ceñuda.

—No entiendo —dijo con suspicacia.

—Piense en ello —dijo Austin—. Ustedes son los mayas que viven sentados encima de este tesoro durante cientos de años esperando que los hombres que lo trajeron regresen y lo reclamen. Un día un hombre blanco del este llega y dice que quiere su tesoro de vuelta. El hombre fallece antes de poder hospedarle. Se preguntan si encarna al dios Venus, la serpiente emplumada Kukulcán, pero no están seguros. Finalmente deciden enterrarle con su tesoro y trazar un mapa en la estela de piedra que sólo el dios Venus puede comprender. Esos rollos de pergamino que tiene en la mano son copias de las inscripciones de la piedra. Pero si eso no es suficiente para convencerle, dígame qué hace una cruz cristiana en un templo maya.

—¡Imposible! —exclamó Halcón.

—Don Halcón, le presento al Almirante del Océano, Cristóbal Colón.

Halcón contempló la momia durante un instante y soltó una carcajada forzada. Luego arrojó la cruz al sarcófago.

—Toda tuya, idiota.

Mientras todos los ojos estaban clavados en el ataúd, Austin estrujó la petaca que

llevaba colgada del cuello. Segundos después se oyó una detonación lejana, seguida de otras.

—¿Qué es eso? —preguntó Halcón.

Guzmán se acercó a la escalera y escuchó.

—Parecen truenos.

Mientras el guardaespaldas estaba distraído, Austin se agachó y cogió una de las puntas de lanza que él y Zavala habían utilizado para intentar abrir el sarcófago. Rodeó con su brazo el cuello delgado de Halcón y le clavó la afilada aguja en la piel.

La pistola de Guzmán se volvió hacia él.

—¡Aparta esa arma o le alcanzo la yugular! —le advirtió Austin. Apretó y del cuello de Halcón empezó a gotear sangre.

Sin apenas poder hablar a causa de la presión en la garganta, Halcón susurró:

—Obedece.

—Enfunda la pistola —ordenó Austin.

Guzmán sonrió. En la curva de sus finos labios se apreciaba un atisbo de admiración. Obedeció y Austin ordenó a Halcón que tirara el arma.

Con Zavala cerca, Austin salió de la cámara y arrastró a su escudo humano por las escaleras hasta la cámara principal. Guzmán les siguió con paso lento hasta que se detuvieron bajo la luz que entraba por el boquete abierto en el techo.

En ese momento les cayó encima una tromba de agua. Todos levantaron la vista salvo Austin.

—No es agua de lluvia, en el caso de que alguien lo crea así. Los estallidos que oyeron hace unos minutos eran explosivos. Utilicé un detonador teledirigido para volar la presa que impide la entrada del agua en el lago. Ahora mismo están entrando millones de litros.

—No le creo —gruñó Halcón.

—A lo mejor es cierto, don Halcón —dijo Guzmán—. Parece que el señor Austin no mentía en lo del detonador.

—No podía prever lo que iba a ocurrir —repuso Halcón.

—Cierto. Mi plan original era volar la presa después de abandonar el lago para que a usted le fuera más difícil encontrar el templo. Por lo menos ahora moriremos todos juntos.

Otra tromba de agua, más fuerte esta vez, los dejó empapados.

—Creo que es sólo la primera onda de la explosión. El embalse habrá estallado ya. El agua alcanzará el boquete. No sé cuánto tardará en llenarse esta cámara, pero yo en su lugar no me quedaría por aquí mucho tiempo.

Guzmán miró hacia la escala y pareció perder parte de su serenidad de acero.

—Debemos irnos.

—No sin el tesoro.

—A mí me trae sin cuidado —dijo Austin—. Como bien dijo, somos hombres muertos.

Volvió a entrar agua, esta vez en forma de torrente.

—Don Halcón... —dijo Guzmán con voz alarmada.

—Es un farol, idiota —respondió Halcón con desprecio.

—El tesoro no servirá de nada si ese hombre tiene razón —repuso Guzmán.

La mirada de Halcón se llenó de odio.

—Has sido un cretino homicida desde el día que mi padre te contrató —dijo con desdén—. Eres incapaz de ver la gloria.

Guzmán esbozó una sonrisa severa.

El agua caía ahora sobre ellos con tal fuerza que les costaba verse unos a otros. Sin embargo, nadie se movió.

—Menudo dilema, Guzmán —dijo Austin, elevando la voz para ser oído—. Permanecer leal a tu jefe demente y la hermandad o morir ahogado. Espero sinceramente que resuelvas tu disputa familiar, pero tendrás que hacerlo sin mí. ¡Es la señal, Joe!

Zavala corrió hasta el pozo y se lanzó al agua. Austin tiró la lanza, agarró a Halcón por el trasero y lo lanzó con fuerza contra Guzmán, que se había distraído con la carrera de Zavala. La pareja cayó al suelo y mientras rodaba el guardaespaldas desfundó su pistola. Austin echó a correr hacia el pozo. Guzmán se levantó y disparó, pero Austin era un blanco difícil en la débil luz y la bala se perdió.

Guzmán blasfemó y fue tras Austin, pero éste ya se había sumergido. Azotado por el torbellino de agua en torno a los tobillos y las rodillas, apenas había dado unos pasos cuando comprendió que era un suicidio permanecer en la cámara. Su conclusión adquirió fuerza cuando se volvió y vio que Halcón se abría paso entre la marea en dirección a la escala. El instinto de supervivencia había podido más que sus sueños de gloria. Finalmente Halcón llegó bajo el boquete y, cegado por la fuerza del agua, buscó a tientas la escala. Su mano resbaló. Apretó los dientes y lo intentó de nuevo. Esta vez consiguió agarrarse a un peldaño.

Estaba subiendo cuando una mano le cogió del tobillo y tiró de él. Guzmán se abrazó a las rodillas de Halcón y utilizó todo el peso de su cuerpo para hacerle caer. Halcón se sostenía con una mano mientras con la otra desfundaba su pistola, la cual había recuperado, y la sacudía con toda la fuerza de que era capaz dada su incómoda postura. El cañón chocó contra el cráneo de su guardaespaldas, pero éste aguantó. Halcón alzó la pistola y la descargó dos veces más contra la cabeza de Guzmán.

Guzmán perdió pie y cayó sobre una pila de cascotes del barco. Con todo, no se daba por vencido. Estaba de rodillas, intentando ponerse en pie, cuando un madero tan largo como un hombre le abofeteó la cara. Arrastrado por la corriente, el madero tuvo el efecto de un ariete. Un dolor feroz gritó en su cerebro. Mareado y ciego de un ojo, agitando los brazos inútilmente, intentó respirar pero los pulmones se le llenaron de agua. Sus frenéticos movimientos se fueron debilitando y la corriente se lo llevó a las profundidades de la cámara.

Halcón también tenía sus problemas. Había trepado unos metros cuando una ola

entró en el boquete y lo aporreó como puño gigante. Finalmente cayó al suelo y, tras aceptar que esa escapatoria era imposible, se abrió camino hasta la escalera que subía al sepulcro. Con el agua azotándole los talones, trepó por ella con las manos y las rodillas.

Zavala había estado batiendo agua hasta que Austin se lanzó al pozo. Con la bala de Guzmán silbando sobre sus cabezas, bajaron por el túnel compartiendo una sola botella de aire. Al cabo de unos minutos salían de las fauces de Kukulcán. Consultaron la brújula y bucearon hacia aguas abiertas utilizando cada músculo de sus piernas para vencer la corriente producida por la inundación del templo. Emergieron cerca de la ensenada que ocultaba la avioneta. En pocos minutos retiraron las ramas, pusieron en marcha el motor y despegaron desde el agua. En cuanto la avioneta hubo ganado altura, Zavala trazó un amplio círculo sobre el lago.

El islote que cubría el templo había desaparecido. En su lugar había ahora un agujero negro. El agua del lago giraba por él como el desagüe de una bañera y tiraba del amarre de un hidroavión que debía de ser de Halcón.

Habían visto suficiente. Sobrevolaron el lago a escasa altura para echar un último vistazo al vórtice. Zavala no pudo resistir la tentación. Se asomó por la ventana y gritó:

—Adiós, Colón.

Luego pusieron rumbo al *Nereus*.

El velero de mástil achaparrado navegaba con su enorme vela por las aguas azules de la bahía de Chesapeake, impulsado por una brisa uniforme de quince nudos. Austin holgazaneaba en la cabina abierta con un brazo en la barandilla y el otro en la caña del timón. Sus ojos escudriñaban el tráfico marítimo en busca de una presa.

Su cacería se vio agradablemente interrumpida por Nina, que salió del camarote subterráneo con un vaso en cada mano.

—Ron con zumo de frutas —dijo.

Vestía una camiseta de la NUMA y pantalones blancos muy cortos que resaltaban sus largas piernas y su piel cremosa. Austin no era ajeno a sus encantos, pero estaba concentrado en su tarea. Le dio las gracias sin apartar los ojos del mar.

—Ajá, bonita —dijo como la bruja mala del *Mago de Oz*.

Cogió unos prismáticos y observó una elegante corbeta con un casco de fibra de vidrio de ocho metros que, al igual que Austin, paseaba tranquilamente con la vela mayor y el viento detrás.

Dio un trago a su bebida, colocó el vaso en una argolla y movió la caña del timón para acercar el laúd a la corbeta. Saludó con la mano a los dos jóvenes que había en la cabina, levantó el dedo pulgar y dibujó un giro amplio con el viento de costado.

La tripulación de la corbeta aceptó el amistoso desafío de una carrera.

Austin acercó la proa al viento y la corbeta hizo otro tanto. Ahora estaban paralelos, separados por unos treinta metros, preparándose para salir.

Austin tensó la vela y los hombres de la corbeta hicieron lo mismo. Muy pronto las dos embarcaciones estaban cortando las olas de la bahía. La corbeta era esbelta y veloz, y los tripulantes buenos marineros, pero Austin no tardó en adelantarlos. Se recostó relajadamente en la barandilla mientras disfrutaba de su copa, hasta que la corbeta se perdió a lo lejos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Nina con una sonrisa.

—Enseñar a otro par de marineros que el hecho de que este barco parezca una bañera no significa que navegue como tal.

—A mí me parece un gran barco. La cubierta es amplia y es increíble todo el espacio que tiene abajo pese a medir sólo cinco metros.

—He pasado aquí muchas noches y, como habrás observado, me gusta tener espacio para tumbarme a mis anchas. El laúd se construía al principio como un barco de trabajo. La vela puede manejarla una sola persona y es lo bastante grande para recoger un viento ligero al final del día. También es capaz de navegar en condiciones meteorológicas que hundirían a otros barcos. Y lo mejor de todo es que es rápido sin parecerlo. Así puedo atraer a tipos ingenuos como los de esa corbeta y enseñarles lo que es bueno. Ya hemos llegado.

Habían navegado hasta una isla pequeña. Austin echó el ancla y hundieron las manos en la cesta del almuerzo mientras el suave oleaje mecía la embarcación.

Después de comer Nina se sentó junto a Austin y se recostó en su hombro.

—Gracias por invitarme a navegar.

—Pensé que nos iría bien un poco de diversión después de estas últimas semanas. La mirada de Nina se perdió en la distancia.

—No puedo dejar de pensar en esos hombres. Qué forma tan horrible de morir.

—No sientas pena por ellos. Guzmán asesinó a cientos de personas a lo largo de su vida, por no mencionar el hundimiento del *Andrea Doria*. En cierto modo, morir ahogado es la muerte que merecía. Si el plan de Halcón hubiese tenido éxito, miles de personas habrían muerto. Guzmán tuvo suerte. Halcón, en cambio, tuvo tiempo de repasar sus errores. El aire de la cámara sepulcral mantuvo a raya el agua durante unas horas. Lo mejor de todo es que la hermandad murió con él. Ojalá hubiese vivido lo bastante para ver qué fue de su preciado tesoro.

—Me descubro ante el almirante Sandecker —dijo Nina, deseosa de cambiar de tema—. Proponer que el tesoro fuera depositado en un fondo internacional para ayudar a erradicar la pobreza y la enfermedad en el mundo fue una idea genial.

—La otra opción habrían sido años de litigios sin ganadores. ¿Quiénes son los dueños? ¿Los descendientes de los fenicios? ¿Los romanos? ¿Los mejicanos? ¿Los guatemaltecos?

—O Cristóbal Colón. —Nina sacudió la cabeza—. ¿No te parece irónico? Su obsesión por el oro le mató, como a Halcón.

—Según la autopsia, ya no gozaba de muy buena salud cuando zarpó. No habría tardado en morir aunque no hubiese emprendido el quinto viaje. Por lo menos de esa forma disfruta de más fama que antes, la merezca o no. Además, estoy en deuda con Cris. De no ser por sus obsesiones, quizá nunca nos hubiéramos conocido.

Nina tomó la mano de Austin.

—Si supiera lo que saldrá de ese viaje —dijo—. Recuperar su cuerpo y el tesoro será el proyecto arqueológico más grande de la historia porque contará con la cooperación de naciones y gobiernos de todo el mundo. Estoy impaciente por empezar a trabajar. Colón ha hecho más por unir a los pueblos en muerte que en vida. Lástima que su legado como descubridor de América desaparezca.

—No parece tener demasiada importancia. He visto los planos de la lujosa tumba que quieren construirle en Madrid. También Washington y San Salvador han pujado por su cuerpo.

—Sin embargo, nadie ha propuesto erigir un monumento a los fenicios y africanos que pisaron por primera vez el Nuevo Mundo —dijo Nina.

—A lo mejor no fueron los primeros.

Nina levantó una ceja.

—¿Cómo? ¿Tiene pruebas para apoyar esa posibilidad, profesor Austin?

—Puede. Eché otro vistazo a los grabados de las naves. ¿Recuerdas el dibujo del

hombre colgado de un objeto con forma de diamante?

—Sí. Pensé que podía ser algún tipo de dios.

—Yo lo abordé desde otra perspectiva. Me pregunté cómo habían conseguido los mayas una vista de pájaro cuando dispusieron los puntos que conducían a las fauces de Kukulcán. Creo que utilizaron cometas gigantes.

—¡Mayas voladores! ¿Y dónde aprendieron a hacer eso?

El timbre del móvil de Austin interrumpió la conversación. Su rostro se iluminó cuando oyó la voz al otro lado de la línea. Habló durante unos minutos y colgó.

—Era Angelo Donatelli llamando, desde el hospital —dijo—. Saldrá dentro de unos días.

—Es un milagro que no le mataran.

—Más que un milagro. Su primo Antonio desvió el tiro de Halcón cuando fue por él.

—Me alegro. El señor Donatelli parece un buen hombre por lo que me has contado.

—Podrás comprobarlo por ti misma. Va a celebrar una gran fiesta familiar en su casa de Nantucket. Estás invitada. Paul y Gamay también irán.

—Me encantará ir.

—Estupendo. Y ahora, ¿te gustaría oír el resto de mi teoría sobre las cometas?

Nina asintió con la cabeza.

—Creo que los mayas aprendieron de los mejores voladores de cometas. Los japoneses.

Nina rió.

—¿No crees que vas demasiado lejos?

—¿Adónde te gustaría ir a ti?

Nina arrojó el móvil a un lado.

—A un lugar donde no necesites esto.

Se quitó las gafas de sol, sonrió y sus labios exuberantes se abrieron incitantemente. Austin aceptó la invitación, que fue tan cálida y dulce como prometía.

—¿Qué te parece si bajamos y... cómo dijiste... ah sí, nos tumbamos? —susurró Nina.

Sin decir una palabra más, Austin la condujo de la mano hasta el espacioso camarote y cerró las puertas al mundo. Por lo menos durante un rato.

Presentación de un amigo

Cuando me pidieron que presentara a Kurt Austin, Joe Zavala y sus amigos de la Agencia Nacional Submarina, acepté con sumo placer y entusiasmo. He tenido el privilegio de tratar con Kurt y Joe durante muchos años. Nos conocimos cuando ingresaron en la NUMA por invitación del almirante Sandecker, no mucho después de que lo hiciéramos Al Giordino y yo. Aunque nunca hemos tenido la oportunidad de trabajar juntos en un mismo proyecto, las aventuras de Kurt y Joe sobre y dentro del agua han hecho a menudo cabalgar mi imaginación y despertado mi deseo de haber estado allí.

Kurt y yo somos, en algunos aspectos, similares. Aunque es unos años menor que yo y físicamente no nos parecemos, vive en el río Potomac, en un cobertizo para botes reformado, y colecciona pistolas de duelo antiguas, sabia elección teniendo en cuenta que son más fáciles de mantener y guardar que los viejos coches de mi hangar. También le gusta remar y navegar en velero, lo cual me deja agotado sólo de pensarlo.

Kurt es ingenioso y sagaz, y tiene más agallas que un tiburón blanco con esteroides. También es un tipo realmente bueno, poseedor de una integridad inquebrantable, que cree en la bandera, las madres y la tarta de manzana. Para desazón mía, las mujeres le encuentran más atractivo incluso que a mí. La única conclusión a la que puedo llegar —y me duele mucho decirlo— es que entre Kurt y yo, él es el más guapo.

Me alegro de que las hazañas de Kurt y Joe salgan de los expedientes de la NUMA y sean finalmente relatadas. No me cabe la menor duda de que usted, querido lector, las encontrará entretenidas y verá en ellas una forma fascinante de pasar el tiempo. Por lo menos, ésa ha sido mi experiencia.

Agradecimientos

Mi sincero agradecimiento a Don Stevens por bajarnos hasta el *Andrea Doria* sin mojarnos los pies, y al trabajo de dos grandes escritores, Alvin Moscow y William Hoffer, cuyos libros *Collision Course* y *Saved* describen vívidamente el lado humano de esa terrible tragedia marítima. Y a la tenacidad de ese intrépido explorador que es L. Stephens, que desafió a los mosquitos y la malaria al recorrer Yucatán descubriendo las maravillas de la perdida civilización maya.